

30 de Jul. 38.

20296

OBRAS SELECTAS

DE

VOLTAIRE

PRIMERA EDICION

COMPLETA HECHA EN CASTELLANO

PRECEDIDA DE LA

VIDA DE VOLTAIRE

POR CONDORCET

Y DE UN ESTUDIO CRITICO

POR

DON JUAN VALERA

TOMO SEGUNDO—NOVELAS

TRADUCCION DEL ABATE DON JOSÉ MARCHENA Y NOTICIA BIOGRÁFICA SOBRE
EL TRADUCTOR ESPAÑOL.



MADRID

BIBLIOTECA PEROJO

CALLE DE PIZARRO, NÚM. 15

1878

5385

11-5^o 6111

47-4053



20296

Set 1847

OBRAS SELECTAS

DE

VOLTAIRE

2

NOVELAS. II.

MADRID.—TIPOGRAFÍA ESTEREOTIPIA PEROJO

PIZARRO, 15.—MENDIZABAL, 64.

5325
OBRAS SELECTAS

DE

VOLTAIRE

PRIMERA EDICION

COMPLETA HECHA EN CASTELLANO

PRECEDIDA DE LA

VIDA DE VOLTAIRE

POR CONDORCET

Y DE UN ESTUDIO CRÍTICO

POR

DON JUAN VALERA

TOMO SEGUNDO—NOVELAS

TRADUCCION DEL ABATE DON JOSÉ MARCHENA Y NOTICIA BIOGRÁFICA SOBRE
EL TRADUCTOR ESPAÑOL.



MADRID
BIBLIOTECA PEROJO

CALLE DE PIZARRO, NÚM. 15

1878

Derechos reservados.

Ref. p. 9. hb. 51

EL HOMBRE
DE LOS CINCUENTA DUCADOS

EL HOMBRE

DE LOS CINCUENTA DUCADOS

Un buen viejo, que *siempre se está quejando del tiempo presente y alabando el pasado*, me decía un día: Amigo, la Francia no es tan rica como lo era en tiempo de Enrique IV. ¿Y por qué? Porque no están los campos tan bien cultivados; porque faltan brazos para la labranza; porque habiendo los jornaleros encarecido sus jornales, dejan muchos colonos sus tierras sin labrar.

¿De dónde viene esa escasez de operarios?—De que todo aquel que ha visto que tenía algo de habilidad ha tomado el oficio de bordador, de grabador, de relojero, de tejedor de seda, de procurador ó teólogo. De que la revocacion del edicto de Nántes ha dejado un inmenso vacío en el reino. De que se han multiplicado las monjas y los pordioseros, y en fin, de que cada uno ha esquivado, en cuanto ha podido, las penosas faenas del cultivo de la tierra, para que Dios nos ha criado, y que hemos reputado por ignominioso, de puro juiciosos que somos.

Otra causa de nuestra pobreza es la muchedumbre de necesidades nuevas: pagamos á nuestros vecinos 15.000.000 por

este artículo, 20 ó 30 por aquel, por meternos en las narices un polvo hediondo que viene de América: el café, el té, el chocolate, la grana, el añil y las especias nos cuestan más de 200.000.000 de reales al año. Nada de esto era conocido en tiempo de Enrique IV como no fuesen las especias, de que se hacía mucha ménos consumacion. Gastamos cien veces más cera, y más de la mitad nos viene de país extranjero, porque no cuidamos de propagar las abejas. Las vecinas de París y demas ciudades grandes llevan hoy al cuello, á las manos y á las orejas más diamantes que tenían todas las damas de palacio, sin exceptuar la reina, y casi todas estas superfluidades las hemos tenido que pagar en dinero contante.

No omita V. que pagamos más de 60.000.000 de réditos á los extranjeros, y que cuando subió Enrique IV al trono, habiendo encontrado una deuda de 8.000.000, reembolsó parte del principal para aliviar de esta carga el Estado.

Contemple V. que nuestras guerras civiles habían traído á Francia los tesoros de Méjico, queriendo *Don Felipe el Prudente* comprar el reino, y que despues las guerras en país extranjero nos han aligerado de la mitad de nuestro dinero.

Estas son en parte las causas de nuestra pobreza que escondemos bajo techos embarnizados y con los artificios de nuestras modistas, y somos pobres de gusto fino. Asentistas, empresarios y comerciantes hay riquísimos, muy ricos son sus hijos y sus yernos, pero la nacion en general es pobre.

El racionio bueno ó malo de este viejo me hizo mucha impresion, porque el cura de mi parroquia, que siempre me quiso bien, me enseñó algo de historia y geometría, y empiezo á discurrir, cosa muy rara en mi tierra. Yo no sé si llevaba razon; pero como soy muy pobre, no se me hizo difícil de creer que tenía muchos compañeros (1).

(1) Mad. de Maintenon, mujer muy hábil en todo, ménos en las cosas que consultaba con el embelequero y pleitista abate Gobelín, su confesor; Mad. de Maintenon, pues, ajusta en una de sus cartas la cuenta de lo que gastaban su hermano y su hermana en 1680. El marido y la mujer tenían

DESGRACIA DEL HOMBRE DE LOS CINCUENTA DUCADOS.

Quiero que sepa el universo que tengo una tierra que me valdría 50 ducados limpios, si no fuese por los tributos que paga.

Salieron varios edictos de algunas personas que, hallándose de vagar gobiernan el Estado desde un rincon de su chimenea, y era el preámbulo de dichos edictos que *la potencia legisladora y ejecutora por derecho divino es copropietaria de mi tierra*, y le debo la mitad, cuando ménos, de cuanto cómo. Santiguéme tres veces contemplando en la enormidad del estómago de la potencia legisladora y ejecutora. ¿Pues qué sería si esta potencia, que preside al *orden esencial de las sociedades*, se llevara mi tierra toda entera? Cosa más divina todavía fuera ésta que la otra.

El excelentísimo señor ministro de Hacienda sabe muy bien que, contándolo todo, no pagaba yo más que 44 reales, lo cual ya era para mí una carga muy pesada, y que no hubiera podido sobrellevar si no me hubiera favorecido Dios con la habilidad de hacer cestos de mimbre, con lo cual ganaba para subvenir á mi pobreza. ¿Pues cómo he de poder dar de repente al Rey 25 ducados?

En su preámbulo decían tambien los nuevos ministros que los campos son los únicos que deben pagar, porque todo, hasta las lluvias, viene de la tierra; y que, por consiguiente, los frutos de la tierra son los únicos que deben la contribucion.

Durante la última guerra vino uno de esos alguaciles á mi

que pagar el alquiler de una casa cómoda; sus criados eran diez; tenían cuatro caballos y dos cocheros, y una buena comida diaria. Todo esto lo valúa Mad. de Maintenon á 3.000 ducados al año y otros 1.000 para juego, espectáculo, antojos y magnificencias del amo y del ama.

En Paris, para vivir hoy con este lujo, sería necesario gastar 13.000 ducados, y en tiempo de Enrique IV 2.000 hubieran sido suficientes. Este ejemplo prueba que no estaba el buen viejo enteramente chocho.

casa, y me pidió por mi cupo tres fanegas de trigo y un costal de habas, valor en todo de 20 ducados, para continuar la guerra que se estaba haciendo, sin que haya podido averiguar yo por qué, y sin saber otra cosa sino que en la tal guerra, segun decían, no iba la Francia á ganar nada y aventuraba perder mucho. Como á la sazón no tenía trigo, ni habas, ni un ochavo, la potencia legisladora y ejecutora me hizo meter en la cárcel, y continuó la guerra como Dios le dió á entender.

Al salir del calabozo con sólo el pellejo y los huesos, topé de manos á boca con un hombre rollizo y colorado, que iba en un coche de seis caballos con seis lacayos detras, á cada uno de los cuales le daba un salario del doble de lo que yo tenía; su mayordomo, que estaba tan de buen pasar como él, ganaba 8.000 reales de salario cada año, y robaba otros 80.000; su moza no le costaba más que 40.000 ducados cada medio año. A este sujeto le había yo conocido cuando estaba más pobre que yo, y para mi consuelo me dijo que disfrutaba de una renta corta de millon y medio de reales. Segun eso paga V. 750.000 al Estado, le dije, para sustentar la ventajósísima guerra que estamos haciendo; porque yo que no tengo más que 50 ducados de renta pago la mitad.

¡Yo contribuir á las urgencias del Estado! me dijo. Usted se chancea, amiguito. He heredado á un tío que había ganado 30.000.000 de reales en Cádiz y en Surete, y no soy dueño ni de un celemin de tierra; todo mi caudal consiste en créditos sólidos y buenas letras de cambio; con que así nada debo al Estado. Usted que es señor de tierras sí que debe pagar la mitad de su subsistencia. ¿Pues no ve que si me pidiese el ministro de Hacienda algun socorro para la patria, sería un majadero que no entendiera de cálculo? Todo viene de la tierra; el dinero y los vales no son otra cosa que prendas de las permutas; en vez de poner á un naípe á la banca 100 cargas de trigo, 100 vacas, 1.000 carneros y 200 fanegas de cebada, pongo yo un monton de oro que representa todos esos miserables géneros; y si despues de haber cobrado la única contribucion sobre di-

chos géneros me pidieran más dinero, ya ve V. que sería doble carga y pedir dos veces una misma cosa. Mi tío vendió en Cádiz valor de 8.000.000 de reales de trigo de Francia, y otros ocho de tejidos de lana, y en estas dos ventas ganó más de un 100 por 100. Bien ve V. que esta ganancia la hizo sobre tierras que habían pagado ya: lo que mi tío le compraba á V. por dos reales, lo vendía en Méjico por 200, y deducido todo gasto ganó 30.000.000. Ya ve V. que fuera una injusticia horrorosa cobrarle un solo maravedí de los reales dos que á V. había pagado. Si veinte sobrinos como yo, cuyos tios en Méjico, en Buenos-Aires, en Lima, en Surate ó en Pondichery hubiesen ganado 30.000.000, prestaran al Estado 750.000 reales cada uno en una necesidad urgente, el tal empréstito ascendería á 1.000.000 de pesos: figúrese V. horror tamaño. Pague V., amiguito, pues disfruta en paz una renta de 50 ducados limpios de polvo y paja; sirva con celo la patria, y véngase de cuando en cuando á comer con mis criados.

Tan plausible razonamiento dió mucha materia á mis meditaciones, pero no fué parte para consolarme.

CONVERSACION CON UN GEÓMETRA.

Muchas veces sucede que no sabe uno qué responder, y no queda convencido, y aunque se halla concluido, siente en lo interior de su corazon cierto escrúpulo, cierta repugnancia que le estorba, que crea lo que le han probado. Nos demuestra un geómetra que entre un círculo y una tangente podemos hacer pasar una infinidad de líneas curvas, y que no es posible que pase una recta; los ojos y la razon nos están diciendo lo contrario, y el geómetra responde con mucha prosopopeya que es un infinito de segundo orden; uno se calla y se queda pasmado, sin haberse formado idea clara ninguna, sin entender nada y sin replicarle. Consulta luégo con un geómetra más ingenuo, el cual le dice: Suponemos lo que no puede existir en la naturaleza, líneas con longitud y sin anchura: físicamente

hablando, es imposible que una línea real sea penetrada por otra; ni curva ni recta, ninguna real puede pasar por entre dos líneas reales en su punto de contacto; todos estos son juegos del entendimiento y quimeras ideales, la geometría verdadera es el arte de medir las cosas existentes.

Satisfízome mucho la confesion de este juicioso matemático, y en medio de mi desventura me eché á reir al ver que había embaiduría hasta en la ciencia llamada por antonomasia la *ciencia sublime*.

Era mi geómetra un ciudadano filósofo, que algunas veces se había dignado de discurrir conmigo en mi pobre choza. Díjele: V., caballero, ha procurado dar luz á los papanatas de Paris acerca de lo que más á los hombres importa, que es la duracion de la vida humana; y el ministerio ha sabido por V. lo que ha de dar á los que ponen fondos á renta vitalicia, segun la edad de cada uno; V. ha propuesto un medio para llevar á cada casa de Paris el agua que le hace falta, y librnos, en fin, del oprobio risible de oir pregonar *¿quién compra agua?* y de ver muchachos que suben cubos de ella á un cuarto piso: hágame V., pues, el favor de decirme cuántos animales bimanos y bípedos hay en Francia.

El geómetra.

Dicen que hay unos 20.000.000, y yo adopto este avalúo que es muy probable, ínterin le verifican, cosa que sería muy fácil, y que aún no han hecho, porque *nunca se piensa en hacerlo todo* (1).

El hombre de los cincuenta ducados.

¿Cuántas fanegas de tierra piensa V. que tiene la Francia?

(1) Las Memorias de los intendentes de fines del siglo xvii comprueban esta valuacion, y la esfuerzan el censo por familias, hecho en 1753 por órden del señor conde de Argenson, y más especialmente la obra del señor de Mezense, escrita en virtud de las noticias dadas por el señor intendente de la Michaudière, sujeto de los más ilustrados de Francia.

El geómetra.

Ciento y sesenta millones; cerca de la mitad en veredas, lugares, villas y ciudades, páramos, pantanos, arenales, terrenos estériles, conventos inútiles, jardines de recreo más agradables que útiles, tierras sin cultura, y tierras muy malas y peor cultivadas. Los campos que dan fruto se pueden reducir á 100.000.000 de fanegas; pero echemos ciento y cinco, porque no se diga que andamos escasos con nuestra patria.

El hombre de los cincuenta ducados.

¿Cuánto cree V. que da cada fanega, un año con otro, término medio, de trigo y toda especie de semillas, vino, estanques, leña, metales, animales, frutas, lana, seda, leche, aceite, etc. deducidos los gastos, y sin contar el impuesto?

El geómetra.

Eh, si una con otra produce 100 reales, es todo lo del mundo, pero contemos hasta diez ducados por no desalentar á nuestros conciudadanos; tierras hay que dan hasta 100 ducados por fanega, y otras que no reditúan arriba de uno; la media proporcional entre uno y ciento es diez, porque bien sabe V. que uno es á diez como diez es á ciento. Bien es verdad que si hubiese muchas fanegas que diesen diez ducados y muy pocas que diesen ciento, no saldría la cuenta; pero vuelvo á decir que no me quiero parar en pelillos.

El hombre de los cincuenta ducados.

¿Y cuánto reditúan en dinero los 105.000.000 de fanegas de tierra?

El geómetra.

La cuenta es clara: 1.050.000.000 de ducados, valor actual de la plata.

El hombre de los cincuenta ducados.

He leído, no sé dónde, que el rey Salomon poseía 100.000 millones de reales en dinero efectivo; y cierto no hay arriba de 9.000.000.000 en circulación en Francia, que, según me han dicho, es un reino mucho mayor y más rico que el de Salomon.

El geómetra.

Eso es cosa de misterio. Acaso no llega á 4.000.000.000 el dinero que circula en Francia; pero como pasa de mano en mano para pagar todas las mercancías y todo cuanto se trabaja, un mismo ducado puede ir y volver mil veces del bolsillo del labrador al del tabernero y al del recaudador de tributos.

El hombre de los cincuenta ducados.

Ya entiendo. Pero V. me ha dicho que éramos 20.000.000 de habitantes entre hombres y mujeres, niños y viejos: ¿á cuánto toca á cada uno?

El geómetra.

Cincuenta ducados, poco más ó menos.

El hombre de los cincuenta ducados.

Esa es cabalmente mi renta; cinco fanegas de tierra tengo, que contando los años de barbecho con los del producto, me valen 550 reales, que es poquísima cosa. ¿Conque si cada uno tuviera igual porcion de tierra, no tendría más de 27 duros y medio al año?

El geómetra.

Nada más, segun mi cálculo que he abultado un poco; esa es la condicion del linaje humano. La vida y el caudal son cosas muy limitadas; en Paris uno con otro viven los hombres de veintidos á veintitres años, y tiene 50 ducados anuales para su gasto cada frances; quiero decir que 50 ducados representan lo que V. come, lo que gasta en vestirse, en muebles, en alquiler de casa, etc.

El hombre de los cincuenta ducados.

¡Ay! ¿Qué mal he hecho á V., que así me priva de mi vida y mi caudal? ¿Conque es cierto que no tengo más que veintitres años de vida, á ménos que robe la parte de mis camaradas?

El geómetra.

Es cosa indubitable en la buena ciudad de Paris; pero de esos veintitres años hay que quitar diez á lo ménos de la niñez, porque los niños no gozan de la vida que se preparan á vivir. La infancia es el vestíbulo del edificio, el árbol que todavía no da fruto, el crepúsculo del dia. Quite V. ahora de los trece años que restan la mitad á lo ménos de sueño y de aburrimiento, y quedan seis años y medio, que se van en pesares, enfermedades, fugaces contentos y esperanzas.

El hombre de los cincuenta ducados.

¡Dios mio! según esa cuenta, no quedan ni tres años de una tolerable existencia.

El geómetra.

No es culpa mía. La naturaleza se cura muy poco de los individuos. Otros insectos hay que no viven arriba de veinticuatro horas, y la especie dura siempre perpetua. La naturaleza es muy parecida á los príncipes ilustres que tienen en nada la pérdida de 400.000 hombres, con tal que lleven á cabo sus augustos proyectos.

El hombre de los cincuenta ducados.

¡Cincuenta ducados, y tres años de vida! ¿Y qué remedio encuentra V. para estos dos males?

El geómetra.

Para alargar la vida fuera necesario purificar el aire de París, que fuese la gente ménos glotona, que hiciese más ejercicio, que las madres diesen el pecho á sus criaturas, que no tuviesen la necesidad de temer la inoculación; todo esto ya lo he dicho yo. En cuanto al caudal, lo más acertado es casarse, y hacer muchachos y muchachas.

El hombre de los cincuenta ducados.

¿Conque el medio de vivir con comodidad es juntar mi miseria con la miseria ajena?

El geómetra.

Cinco ó seis miserias juntas hacen un mediano bienestar. Con una mujer que trabaje, dos hijos y dos hijas, junta V. 300 ducados para su casita, suponiendo que la repartición sea igual, y que tenga cada individuo 50 ducados de renta. Los hijos en la primera infancia cuestan muy poco, cuando son grandes ayudan; su auxilio le ahorra á V. casi todo gasto, y vive feliz como un filósofo, á ménos que los señores que gobiernan el Estado cometan la barbaridad de sacar á cada uno de ustedes 25 ducados de contribuciones al año. Pero da la desgracia que no estamos en el siglo de oro, en que todos eran iguales, y tenían igual parte en las pingües producciones de una tierra no cultivada, y hoy estamos muy distantes de que cada animal de dos piés y dos manos sea dueño de un campo que reditúe 50 ducados al año.

El hombre de los cincuenta ducados.

¡Ah, que nos quita V. el pan! Poco hace nos decía que en un país donde hay 100.000.000 de fanegas de buena tierra, y 20.000.000 de habitantes, le tocaban á cada uno 50 ducados de renta, y ahora nos los quita V.

El geómetra.

Sí, pero contaba segun los libros de caja del siglo de oro, y es menester contar segun los del de hierro. Muchos habitantes hay que no tienen valor de 25 ducados de renta; otros que no tienen arriba de cuatro ó cinco, y pasan de 6.000.000 los que no tienen ni un maravedí.

El hombre de los cincuenta ducados.

Pues esos se morirán de hambre al cabo de tres días.

El geómetra.

No por cierto, los otros que poseen sus porciones les dan que trabajar y parten con ellos, y así son pagados el teólogo, el confitero, el boticario, el predicador, el comediante, el procurador y el cochero. V. se creía digno de compasion porque no tiene más de 550 reales que gastar al año, reducidos á 500 por los 50 que pecha; pues contemple á los soldados que vierten su sangre por la patria, y que á razon de seis cuartos al día no componen arriba de 257 reales con 22 maravedís, y viven muy alegres juntándose en ranchos.

El hombre de los cincuenta ducados.

Pues segun eso un ex-jesuita tiene más de cinco veces la paga del soldado, aunque los soldados hayan hecho más servicios al Estado, á vista del Rey en Fontenoy, en Laufeld y en el sitio de Friburgo que cuantos pudiera alegar el reverendo padre la Valette.

El geómetra.

Eso es muy cierto, como lo es tambien que cada jesuita secularizado tiene más que lo que costaba á su convento, y muchos de ellos han ganado bastante dinero componiendo folletos contra los parlamentos, como el reverendo padre Patouillet y el reverendo padre Nonotte. En este mundo cada uno se ingenia; éste dirige una fábrica de lienzos, aquél una de china, estotro es empresario de la Opera, uno compone la gaceta eclesiástica, otro una tragi-comedia ó una novela al estilo inglés, y mantiene al papelero, al fabricante de tinta, al librero, al encuadernador, que si no fuera por él pedirían limosna. Todo se resume en que la restitution de los 50 ducados á los que nada tienen, hace que florezca el Estado.

El hombre de los cincuenta ducados.

¡Lindo modo de florecer!

El geómetra.

Pues no hay otro: en todo país el rico hace que viva el pobre, y esa es la única vena de la industria mercantil. Cuanto más industriosa es una nación, más ganancia saca de los extranjeros. Si sacáramos de los países extranjeros 40.000.000 de reales al año por la balanza de comercio, dentro de veinte años habría 800.000.000 más en el Estado, que serían 40 reales más por cabeza que repartir, esto es, que los negociantes harían ganar á cada pobre 40 reales más con la esperanza de hacer ganancias todavía más considerables. Pero el comercio tiene límites lo mismo que la fertilidad de la tierra; si no sería proceder en infinito; y luégo no es cosa fija que la balanza de comercio nos sea siempre favorable; épocas hay en que perdemos.

El hombre de los cincuenta ducados.

Muchas veces he oido hablar de poblacion. Si nos ocurriese hacer el doble de chiquillos que hacemos, si nuestra patria tuviese doble poblacion, y que hubiese 40.000.000 en vez de 20, ¿qué sucedería?

El geómetra.

Que cada uno tendría 25 ducados ménos que gastar uno con otro, ó que fuera menester que redituara la tierra doble de lo que reditúa, ó que habría doble número de pobres, ó que sería preciso tener doble industria, y ganar doble en el comercio con los extranjeros, ó enviar la mitad de la nación á la América, ó que la mitad de la nación se comiera la otra.

El hombre de los cincuenta ducados.

Pues contentémonos con nuestros 20.000.000 de hombres, y nuestros 50 ducados por cabeza, repartidos como Dios quisiere; pero esta situación es muy triste, y el siglo de hierro muy duro.

El geómetra.

Ninguna nación hay que esté más rica y, muchas hay que son más pobres. ¿Cree V. que haya en el Norte con que repartir valor de 50 ducados á cada individuo? Si hubieran tenido el equivalente los hunos, los godos, los alanos, los vándalos y los francos, no hubieran desertado de su patria para ir á establecerse en otra, talándolo todo á hierro y fuego.

El hombre de los cincuenta ducados.

Si le escucho á V., en breve me persuadirá á que soy feliz con mis 50 ducados.

El geómetra.

Si se figura V. que lo es, lo será sin duda.

El hombre de los cincuenta ducados.

Nadie se puede figurar lo que no es, á ménos de no estar loco.

El geómetra.

Ya he dicho á V. que para vivir con más desahogo y más feliz es preciso que se case; pero añado que su mujer ha de tener 50 ducados de renta como V., quiero decir cinco fane-

El hombre de los cincuenta ducados

gas de tierra á 10 ducados la fanega. Los antiguos romanos no tenían cuatro cabales. Si sus hijos de V. son laboriosos, podrá ganar otro tanto cada uno trabajando para lo demas.

El hombre de los cincuenta ducados.

¿Conque no han de poder tener dinero sin que le pierdan otros?

El geómetra.

Esa es la ley de todas las naciones, y á ese precio vivimos todos.

El hombre de los cincuenta ducados.

¿Y ha de ser forzoso que demos mi mujer y yo cada uno la mitad de nuestra cosecha á la potencia legislatora y ejecutora, y que se lleven los nuevos ministros la mitad del precio de nuestro sudor y de la sustancia de nuestras pobres criaturas ántes que puedan ellas ganar la vida? Ruego á V. que me diga cuánto dinero meten en las arcas reales nuestros nuevos ministros.

El geómetra.

V. paga 25 ducados por cinco fanegas de tierra que rinden 50, el rico que posee 500 fanegas pagará 2.500 ducados, y 100.000.000 de fanegas darán al rey 500.000.000 de ducados al año, ó 5.500.000.000 de reales.

El hombre de los cincuenta ducados.

Tan impracticable me parece eso como imposible.

El géometra.

Tiene V. muchísima razon; y esa imposibilidad es una demostracion geométrica de que el racionio de nuestros nuevos ministros adolece de un vicio radical.

El hombre de los cincuenta ducados.

¿Pues no es cosa demostrada que es una monstruosa injusticia sacarme la mitad de mi trigo, de mi cáñamo, de la lana de mis carneros, etc., y no exigir pecho ninguno de los que hayan ganado 40, 80 ó 100.000 reales con mi cáñamo, tejiendo lienzos; con mis lanas, fabricando paños, y con mi trigo, vendiéndole más caro que le compraron?

El géometra.

Tan evidente es la injusticia de esa administracion, como errado su cálculo. Es necesario favorecer la industria, pero tambien lo es que la industria opulenta socorra el Estado. Cosa es demostrada que esta industria le ha quitado á usted parte de sus cincuenta ducados, que se ha apropiado vendiéndole sus camisas y su vestido veinte veces más caros que le hubieran costado si se los hubiera hecho V. propio. Confieso que el fabricante que á costa de V. se ha hecho rico, ha dado un jornal á sus oficiales que nada propio tenían; pero ha retenido cada año una cantidad para sí, que al cabo le ha valido 10.000 ducados de renta. Luego ha ganado este caudal á costa de V., y nunca podrá venderle V. sus géneros tan caros que se pueda resarcir de lo que en lo que le ha comprado ha perdido; porque si quisiera encarecerlos, los traería él de país extranjero más baratos. La prueba de que así sucede, es que sus 10.000 ducados de renta no van á ménos, miéntras que los 50 de V. no aumentan, y muchas veces en lugar de

umentar, se disminuyen. Por tanto es necesario y conforme á la equidad que pague más la industria fina del comerciante, que la tosca del labrador. El mismo principio milita respecto á los recaudadores de los caudales públicos. Antes que nuestros grandes ministros le quitasen á V. 25 ducados, pagaba 4, de los cuales retenía el publicano 2 reales para sí; de suerte que si en la provincia de usted hay quinientas mil almas, habrá ganado 1.000.000 de reales al año; y suponiendo que gaste 200.000, es claro que al cabo de diez años tendrá un caudal de 8.000.000. Justo es que contribuya á proporcion, sin lo cual todo andaría pervertido y trastornado.

El hombre de los cincuenta ducados.

Doy á V. mil gracias por haber hecho pechero á ese asenista; que con eso se alivia mi imaginacion. Pero, habiendo él aumentado tanto sus sobras, ¿cómo haré yo para aumentar tambien mi pobre peculio?

El geómetra.

Ya lo he dicho: casándose, trabajando y procurando sacar de la tierra algunas espigas más de las que ántes producía.

El hombre de los cincuenta ducados.

Supongo que he trabajado mucho, que la nacion entera ha hecho lo propio, que la potencia legisladora y ejecutora ha cobrado más pechos: ¿cuánto habrá ganado la nacion al fin del año?

El geómetra.

Ni un ochavo, á ménos que haya hecho un comercio exterior ventajoso; pero habrá vivido con más comodidad, y cada uno á proporcion habrá tenido más vestidos, más camisas y

más muebles que ántes tenía. En el Estado habrá habido una circulacion más abundante; con el tiempo habrán aumentado los jornales casi á proporcion del número de haces de trigo, de vellones de carnero, de cueros de bueyes, de venados y de cabras que se hayan curado, de racimos de uvas que en el lugar se hubieren pisado. El rey habrá recaudado más valores de géneros en dinero, y habrá pagado más de dichos valores á los que trabajan por su órden; pero no habrá un maravedí más en todo el reino.

El hombre de los cincuenta ducados.

¿Pues qué le quedará á la potencia al cabo del año?

El geómetra.

Nada, vuelvo á decir; y eso es lo que á toda potencia sucede. Esta no atesora; se ha mantenido, vestido, alojado, y alhajado su casa; y lo mismo han hecho todos, cada uno á proporcion de sus facultades. Si la potencia atesora, saca de la circulacion todo el dinero que amontona, y hace miserables á otros tantos cuantas pilas de 50 ducados encierra en sus arcas.

El hombre de los cincuenta ducados.

Pues, segun eso, nuestro gran Enrique IV era un ruin, un roñoso y un estafa-buenos, segun me han dicho; había zampado en la Bastilla más de 200.000.000 de reales.

El geómetra.

Enrique IV era un monarca tan prudente y bueno como esforzado; se estaba disponiendo para una guerra justa, y amontonando en sus arcas 90.000.000 de reales, moneda de entónces, y teniendo que recibir otros 80 que dejaba en

circulacion, ahorra á su pueblo más de 400 que le habrían costado si no hubiera tomado esta acertada medida; y estaba moralmente seguro de triunfar de un enemigo que encontraba desprevenido: el cálculo de probabilidades era todo en su favor.

El hombre de los cincuenta ducados.

Bien me lo había dicho mi anciano, que á proporcion éramos más ricos bajo el ministerio del duque de Sulli que bajo el de los nuevos ministros que han puesto la única contribucion, y me han llevado 25 ducados de los 50 que tengo. Ruego á V. que me diga si hay alguna nacion en el mundo que disfrute el exquisito beneficio de la única contribucion.

El géometra.

Ninguna opulenta. Los ingleses, que no son muy tentados de la risa, se han echado á reir cuando han sabido que unos hombres de talento habían propuesto una idea semejante en nuestro país. Los chinos exigen un derecho de todo navío mercante que aporta á Canton; los holandeses adeudan uno en Nangasaqui cuando son admitidos en el Japon, con pretexto de que no son cristianos. Verdad es que los lapones y samo-yedas pagan una contribucion única en pieles de marta, y que la república de San Marino no paga más que el diezmo para mantener el esplendor del Estado.

En nuestra Europa hay una nacion célebre por su justicia y su valor, que no paga pecho ninguno, que es el pueblo helvético; pero lo que sucede es que este pueblo se ha subrogado á los duques de Austria y Zeringen. Los cantones chicos son democráticos, y cada habitante paga una moderadísima suma para las urgencias de la pequeña república: en los cantones ricos recibe el Estado los censos que cobraban los archiduques de Austria y los que tenían el señorío de lugares. Los canto-

nes protestantes son á proporcion más ricos que los católicos, porque el Estado posee los bienes que fueron de frailes. Los que ántes eran vasallos de los archiduques de Austria, de los duques de Zeringen y de los frailes, lo son hoy dia de la patria, y pagan á la patria los mismos diezmos, los mismos derechos y el mismo laudemio que pagaban á sus señores antiguamente; y como generalmente los moradores trafican poco, no está sujeto el comercio á pecho ninguno, como no sea algunos derechos de corta entidad. Los hombres comercian con sus personas propias con las potencias extranjeras, y se venden por algunos años, con lo cual gana el país un poco de dinero á nuestra costa; y es un ejemplo que no tiene segundo en las naciones civilizadas, como tampoco le tiene la contribucion establecida por nuestros modernos legisladores.

El hombre de los cincuenta ducados.

¿Conque así, señor, á los suizos no los privan por derecho divino de la mitad de sus bienes, ni da dos vacas al Estado el que no posee más que cuatro?

El geómetra.

Ni por pienso. En un canton de trece toneles de vino dan uno, y se beben doce; y en otro pagan la duodécima parte, y se beben once.

El hombre de los cincuenta ducados.

¡Ah! suizo me vuelvo. ¡Maldita contribucion la inicua y única contribucion que me ha puesto á pedir limosna! ¿Pero son más justos y más llevaderos otros trescientos ó cuatrocientos impuestos que ni áun sus nombres puedo conservar en la memoria? ¿Ha habido legislador que cuando fundó su Estado, le ocurriese crear plazas para medir el carbon, aforar el vino,

moler la aceituna, y fabricar el jabon, mantener un ejército de pillos más crecido que el de Alejandro Magno, y mandado por una caterva de generales que entran un país á saco, alcanzan cada dia ilustres victorias, hacen prisioneros, y á veces los sacrifican en el aire ó en un tablado, como hacían los escitas antiguos, segun he oido decir al cura de mi parroquia? ¿Valía más semejante legislacion, contra la cual se han suscitado tantos clamores, y que hacía verter tantas lágrimas, que la que de primer envite me priva pacíficamente de la mitad de mi existencia? Mucho me temo que, si se echa bien la cuenta, el método antiguo nos quitase á pellizcos las tres cuartas partes de nuestro caudal.

El géometra.

Iliacos intra muros peccatur, et extra...

Est modus in rebus...

Caveas ne quid nimis.

El hombre de los cincuenta ducados.

Yo sé algo de historia y de geometría, pero no entiendo el latin.

El géometra.

Mi latin significa: ambos partidos se engañan; en todo se ha de guardar un buen medio; de nada en demasía.

El hombre de los cincuenta ducados.

De nada en demasía; sí, señor, en ese caso me hallo yo: lo malo es que no tengo lo suficiente.

El géometra.

Convengo en que se morirá V. de hambre, y yo tambien, y el Estado tambien, suponiendo que la nueva administracion dure dos años nada más; esperemos que tendrá Dios misericordia de nosotros.

El hombre de los cincuenta ducados.

Esperando pasa la vida, y esperando se muere uno. Quédese V. con Dios; instruido salgo, pero muy desconsolado.

El géometra.

Ese es muchas veces el fruto de la ciencia.

AVENTURAS CON UN FRAILE CARMELITA.

Habiendo dado rendidas gracias al académico de la Academia de Ciencias, me volví á mi casa mohino además, y gruñendo entre dientes estas tristes razones: ¡No más que 50 ducados para vivir, y nada más que veinte años de vida! ¡Ah, pluguiera al cielo que fuese todavía más corta nuestra vida, pues tan llena está de desventuras!

En medio de mis reflexiones me hallé enfrente de un soberbio edificio: ya me apretaba el hambre, y no poseía ni siquiera la centésima parte de la cantidad que de derecho pertenece á cada individuo. Dijéronme empero que este palacio era la residencia de los reverendos padres carmelitas descalzos, y respiré entónces, diciendo entre mí: Una vez que son tan humildes estos santos que andan sin zapatos, tambien tendrán caridad suficiente para darme de comer. Toqué, pues, la campanilla, y vino un carmelita.—¿Qué quiere, hijo mio?—Reverendo padre, pan; que los edictos nuevos me lo han quitado de la boca.—Hijo mio, nosotros pedimos limosna, mas no la damos.—¡Conque les manda á ustedes su santo instituto que no lleven calzas, y tienen una casa de príncipe, y no me quieren dar que comer!—Hijo mio, verdad es que andamos sin medias ni zapatos, y eso ménos tenemos que gastar; pero tan poco frio tenemos en los piés como en las manos, y si nos mandara nuestro santo instituto que fuésemos con el culo al aire, tam-

poco tendríamos frío en el trasero. Lo que es nuestra magnífica casa, la hemos levantado con mucha facilidad, porque las que alquilamos en esta misma calle nos reditúan 400.000 reales al año.—¡Ah, ah! ¿Conque dejan ustedes que me muera de hambre, y tienen 400.000 reales de renta? Sin duda que pagan 200.000 al nuevo gobierno.—Líbrenos Dios de pagar ni un maravedí. Sólo el fruto de la tierra cultivada por manos laboriosas, encallecidas y bañadas en lágrimas, debe pecho á la potencia legisladora y ejecutora. Con las limosnas que nos han dado hemos levantado esas casas que nos reditúan 400.000 reales anuales; pero como provenían dichas limosnas de los frutos de la tierra, y éstos ya han pagado su tributo, no deben pagar dos veces, habiendo santificado á los fieles que se han empobrecido por enriquecernos; de suerte que seguimos pidiendo limosna, y forzando á contribuir al vecindario del arrabal de San German para santificar más y más á los fieles. Diciendo esto me dió el carmelita con la puerta en los hocicos.

Pasé luégo por el cuartel de carabineros, conté lo que me había pasado á uno de ellos, y me dieron bien de comer y medio duro. Uno de los carabineros dijo que era menester ir á pegar fuego al convento; pero otro compañero más cuerdo le hizo ver que aún no era tiempo, y le exhortó á que esperase dos ó tres años.

AUDIENCIA DEL MINISTERIO DE HACIENDA.

Fuíme con mi medio duro á presentar un memorial al señor ministro de Hacienda, que aquel dia daba audiencia. La antesala estaba atestada de todo género de gentes, y noté que había semblantes más rubicundos, barrigas más obesas y rostros más altivos que el de mi sujeto de los 30.000.000. No me atreví á arrimarme á ellos; los veía, y no me veían.

Un fraile que cobraba inmensos diezmos había puesto pleito á unos ciudadanos que calificaba de *vasallos* suyos. Gozaba de

más rentas que la mitad de sus feligreses juntos, y era con eso señor de vasallos. Pretendía que habiendo éstos, á poder de rudas faenas, convertido en viñas unos matorrales, le eran deudores de la décima parte de su vino; lo cual, valuando el coste del trabajo, de los rodrigones, de las cubas y de las atarazanas, ascendía á más de la cuarta parte del valor de la cosecha. Mas como son, decía, de derecho divino los diezmos, solicito en nombre de Dios la cuarta parte de la sustancia de mis vasallos. Díjole el ministro: Ya veo que es V. muy caritativo.

Un asentista general, sujeto muy versado en materia de rentas provinciales, dijo entónces: Señor excelentísimo, el lugar no puede dar nada á este fraile, porque habiendo yo hecho pagar el año pasado 32 impuestos á sus feligreses por el vino que habían cogido, no les queda recurso en lo humano. He sacado á vender sus animales de labranza y sus aperos, y aún no me han acabado de pagar; y así me opongo á la solicitud del reverendo. El ministro le replicó: Sin duda que tiene V. razon en ser su émulo; ambos aman por igual á su prójimo, y ambos me tienen por igual lleno de edificacion.

El tercero, que era señor de vasallos y fraile, y sus vasallos lo que en Francia llaman manos muertas, esperaba tambien una sentencia del consejo del rey adjudicándole los bienes de un pobre tonto de parisiense, que habiendo inadvertidamente vivido un año y un dia en una casa sujeta á esta servidumbre, sita en los estados de dicho clérigo, había fallecido en ella pasado el año; y reclamaba el fraile todo el caudal del pobre tonto, fundándose en el derecho divino. Al ministro le pareció que este fraile tenía un corazon tan piadoso y tan recto como los dos primeros.

El cuarto, que era contador de bienes de la corona, presentó un elocuente papel en derecho, justificándose en él de haber dejado por puertas á veinte familias, las cuales habían heredado bienes de sus tios ó tias, hermanos ó primos, y habían tenido que pagar los correspondientes derechos. El contador les pro-

bó con indecible nobleza de ánimo que no habían valuado en lo suficiente sus herencias, que eran mucho más ricos de lo que creían; y habiéndolos, por tanto, condenado á pagar una multa triplicada del importe del impuesto, arruinándolos con gastos de justicia, y habiendo hecho meter en la cárcel á varios padres de familia, había comprado sus más pingües posesiones sin que le costara un ochavo.

Díjole el ministro, á la verdad con tono algo acerbo: *Euge, contador bone et fidelis; quia super pauca fuisti fidelis, intendem de provincia te constituam*. Al mismo tiempo le dijo en voz baja á un covachuelista que junto á él estaba: Menester será hacer que vomiten la sangre que han chupado todas estas sanguijuelas sagradas y profanas; que ya es tiempo de dar algun algun alivio al pueblo, el cual, si no fuera por nuestra equidad y nuestros afanes, no tendría con que vivir como no fuera en el otro mundo.

Presentáronse unos cuantos ingeniosos proyectistas: uno había imaginado imponer un tributo sobre la agudeza. Todo el mundo, decía, se dará priesa á pagarle, porque nadie quiere pasar plaza de tonto. Usted está exento de esa contribucion, le dijo el ministro.

Un digno y discreto ciudadano se ofreció dar al rey tres veces más rentas, y que la nacion pagase tres veces ménos tributos. El ministro le envió á la escuela para que aprendiese á contar.

Otro probaba por amistad al rey, que no podía sacar arriba de 300.000.000 de reales de impuesto, y que él le iba á proporcionar 900. Mucho favor me hará V., dijo el ministro, así que hayamos pagado las deudas del Estado.

Llegó en fin un escribiente del autor moderno que hace la potencia legisladora la copropietaria de todas nuestras tierras de derecho divino, y da al rey 4.400.000.000 de reales al año. Conocí al hombre que me había metido en la cárcel por no haber pagado mis 25 ducados, y me eché á los piés del ministro para pedirle justicia. Su excelencia partió de una gran

carcajada, me dijo que me habían hecho una burla, y mandó á los burlones que me diesen 100 ducados en resarcimiento de daños, eximiéndome de pechos por todo lo restante de mi vida. Despedíme diciéndole: Dios se lo pague á vueselencia.

CARTA AL HOMBRE DE LOS CINCUENTA DUCADOS.

Muy señor mio: Puesto que soy tres veces más rico que V., quiero decir, que poseo 150 ducados de renta, le escribo como si fuera su igual, sin afectar la vanidad de las grandes riquezas.

He leído la historia de su desgracia y de la justicia que le ha hecho el señor ministro de Hacienda, y le congratulo por ello muy de véras; pero acabo de leer por mi desdicha *El Asentista ciudadano*, no obstante la repugnancia que me había inspirado el título, que á muchas gentes les parece contradictorio. El tal ciudadano le quita á V. 10 ducados de renta y 30 á mí, no dando más de 40 ducados á cada individuo de la totalidad de habitantes; verdad es que para subsanar nuestra pérdida otro autor no ménos ilustre nos sube á 60 ducados, y ya veo que su geómetra de V. ha tomado un justo medio, no siendo uno de aquellos magníficos señores que de una plumada pueblan á Paris de 1.000.000 de almas, y hacen correr 6.000.000.000 de reales en dinero físico en el reino, no obstante todo cuanto hemos perdido en las pasadas guerras.

Como V. es muy amigo de leer, le prestaré *El Asentista ciudadano*; pero no dé asenso á todo lo que dice, porque cita el Testamento del gran ministro Colbert, sin saber que es una mala rapsodia compuesta por un tal Gatien de Courtilz; cita el Diezmo del mariscal de Vauban, no sabiendo que es de un tal Boisguilbert; cita el Testamento del cardenal de Richelieu, y tampoco sabe que es del abate de Bourzeis; supone que dice el Cardenal, que *cuando se encarece la carne se le da más prest al soldado*, siendo así que se encareció mucho la carne durante su ministerio, y no por eso se subió la paga á la tropa; cosa que, sin recurrir á otras mil pruebas, hace ver que este libro,

que fué reconocido por apócrifo cuando se publicó, y que se ha atribuido luégo al Cardenal, no es más obra suya que lo son de aquellos en cuyo nombre están escritos los testamentos del mariscal de Belisle y del cardenal Alberoni.

Desconfiase V. toda su vida de testamentos y sistemas: yo he sido víctima de éstos lo mismo que V., y si han hecho burla de V. los Solones y Licurgos modernos, todavía se han mofado de mí los Triptolemos flamantes, y sin una corta herencia que me ha cabido, me hubiera muerto de hambre.

Ciento cincuenta fanegas de tierra de labor poseo en el país más agradable de la tierra y el terreno más ingrato, y cada fanega, pagados los gastos, no rinde, en mi país, arriba de un ducado en limpio. Habiendo leído en los papeles públicos que un cultivador ilustre había inventado un nuevo método de sembradío, y sembraba su pegujar por tablas, de suerte que sembrando ménos grano cogía más, tomé dinero á usura y sembré por tablas, con lo cual perdí mi tiempo, mi dinero y mi trabajo, no ménos que el susodicho ilustre agricultor, el señor Duhamel, que ya no siembra por tablas.

Quiso mi mala estrella que leyera luégo el *Diario económico*, que se vende en casa del librero Boudet en Paris, y ví en él la experiencia de un ingenioso parisien, que por divertirse había hecho arar quince veces los cuadros de su jardín, donde había sembrado trigo en vez de poner tulipanes, y que cogió una cosecha muy pingüe. Hice, pues, otro impuesto, diciendo entre mí: Voy á dar treinta labores á mi tierra, y así me dará doble producto del que le ha dado su jardín al dignísimo parisien que ha estudiado principios de agricultura cursando la ópera y la comedia, y me haré rico con su ejemplo y sus lecciones. En mi tierra es materia imposible dar ni cuatro labores á la tierra, porque no lo permite el rigor y la mudanza repentina de las estaciones, sin contar con que la desgracia que había tenido de sembrar por tablas, me había precisado á vender mi yunta de labranza. Hice, pues, arar treinta veces mis 150 fanegas de tierra por todas las yuntas que había cuatro leguas en

torno. Tres labores por fanega cuestan cinco ducados , precio hecho; de suerte que por las treinta tuve que pagar 50 ducados por cada fanega, y la labranza de las 150 me salió por 7.500 ducados. Verdad es que la cosecha, que en los años medianos en mi maldito país no es más que de 300 fanegas, fué aquel año de 330, que á siete ducados la fanega, me produjeron 2.310 ducados; de suerte que perdí 5.190 ducados, ó 57.090 reales, puesto que me quedó la paja de ganancia.

Arruinado, perdido estaba, si no hubiera sido por una tia vieja, á quien un gran médico dió dimisorias para el otro mundo, discurrendo sobre medicina con tanto acierto como yo sobre agricultura.

¿Creerá V. que todavía tuve la flaqueza de dejarme engañar por el diario de Boudet? Al cabo este hombre no había jurado mi perdicion. Léi en su recopilacion que un adelanto de 1.000 pesos basta para ganar 1.000 pesos de renta en alcachofas: vaya con Dios, dije, Boudet me restituirá en alcachofas lo que en trigo me ha hecho perder; con que me gasto los 1.000 pesos y los ratones se comen mis alcachofas. Todos me hucheaban en mi tierra, y mohino además, escribo una carta fulminante á Boudet. La respuesta que tuve fué que el bribon escribió mil chanzonetas relativas á mí en su diario, y hasta me negó que los caribes eran rojos; de suerte que tuve que enviarle una fe testimoniada del ex-procurador del rey de la Guadalupe, declarando que Dios había criado á los caribes rojos como á los negros negros; pero este triunfo no quita que haya perdido toda la herencia de mi tia hasta el último maravedí, por haber dado sobrado crédito á los nuevos sistemas. Vuelvo á repetir á V. que se guarde de embaidores, y quedo muy suyo , etc.

NUEVOS QUEBRANTOS PROCEDENTES DE LOS NUEVOS SISTEMAS.

(Trozos sacados de los manuscritos de un anciano solitario.)

Ya veo que se han divertido algunos buenos ciudadanos en gobernar los Estados y sustituirse á los reyes, y si otros se han creído Céres y Triptolemos, más altivos otros todavía se han subrogado sin cumplimiento á Dios, y han criado el universo con su pluma, como al principio le crió Dios con su palabra.

Uno de los primeros que á mi adoracion se ofreció fué un descendiente de Tales, llamado Telliamed, el cual me dijo que las montañas y los hombres habían nacido de las aguas del mar, que primero hubo soberbios hombres marineros, que luégo se tornaron anfibios, convirtiéndose su hermosa cola ahorquillada en muslos y piernas. Tenía llena la idea de los metamorfoseos de Ovidio, y de un libro que demostraba que el linaje humano era bastardo de un linaje de babuinos, y tanto me daba descender de un pescado como de un jimio.

Con el tiempo me sobrevinieron algunas dudas acerca de esta genealogía, como tambien acerca de la formacion de las montañas. ¿Pues qué, no sabe V., me dijo, que las corrientes del mar, que echan sin cesar arena á un lado y á otro á diez ó doce piés de alto cuando más, en una serie de infinitos siglos han formado montañas de 20.000 piés de alto donde no hay arena? Sepa V. que es forzoso que el mar haya cubierto el globo entero, y la prueba es que se han descubierto áncoras de navío en el monte de San Bernardo, que estaban allí largos siglos ántes que tuvieran los hombres navíos.

Figúrese V. que es la tierra un globo de vidrio, el cual estuvo largos siglos cubierto de agua. Cuanto más me explicaba su doctrina, más incrédulo me iba haciendo. Pues qué, continuó, ¿no ha visto V. las capas de conchas de la Turena, á 36 leguas de distancia del mar, que es un amontonamiento de despojos de ostras con que abonan la tierra como si fuera es-

tiércol? Pues si la mar ha depositado, durante una sucesion de años una mina entera de conchas á 36 leguas del Océano, ¿por qué no ha de haber andado 3.000 leguas en nuestro globo de vidrio en la serie de los siglos?

Respondíle yo: Sr. Telliamed, personas hay que andan á pié 15 leguas al día, sin que puedan por eso andar 50. Yo no puedo creer que sea de vidrio mi jardín, y en cuanto á su capa de conchas de V., dudo mucho que sea de conchas marinas: muy bien puede suceder que fuese una mina de piedrecillas calizas que con facilidad figuran fragmentos de conchas, como hay piedras que tienen figura de lenguas y no son lenguas; de estrellas sin ser astros; de culebras enroscadas, y que no son culebras; de partes naturales del bello sexo, y no por eso son despojos de señoras. Vemos déndritas y piedras figuradas que representan árboles y casas, sin que hayan sido las tales piedrecillas encinas ni edificios. Si tantas capas de conchas ha depositado el mar en la Turena, ¿por qué no ha hecho lo mismo en la Bretaña, la Normandía, la Picardía y las demas costas? Mucho me recelo que esa tan decantada capa de conchas así proceda del mar como proceden los hombres; pero dado caso que hubiese venido el mar á 36 leguas, no quiere eso decir que haya cubierto 300 y hasta 3.000, y que sean todas las montañas parto de las aguas. Tanto fundamento tiene decir que el Cáucaso fué formado por la mar, como afirmar que lo fué la mar por el Cáucaso.

—¿Pues qué responderá V., señor incrédulo, á las ostras petrificadas que se han encontrado en la cumbre de los Alpes?

—Responderé, señor criador, que así he visto ostras petrificadas como áncoras de navíos en lo alto del Mont-Cenis: responderé lo que ya está respondido, que se han hallado conchas de ostras que fácilmente se petrifican, á distancias muy considerables del mar, así como se han desenterrado medallas romanas cien leguas de Roma; y más bien creeré que han dejado los peregrinos de Santiago algunas conchas en San Mauricio, que imaginarme que haya sido formado por el mar el

monte de San Bernardo. Conchas se encuentran en todas partes; ¿pero está demostrado que no sean despojos de testáceos y crustáceos de nuestros lagos, más ántes que de pececillos marinos?

—Señor incrédulo, yo le ridiculizaré á V. en el mundo que me propongo criar.—Señor criador, como á V. se le antoje, cada uno es dueño de sus acciones en ese mundo; mas nunca me persuadirá V. que sea de vidrio éste en que vivimos, ni que unas conchas sean demostraciones de que haya el mar formado los Alpes y el monte Tauro. Ya sabe V. que no hay concha ninguna en las montañas de América; menester es que no sea V. el criador del otro hemisferio, y que se haya contentado con formar el mundo antiguo; y basta y áun sobra.

—Señor mio, si aún no se han descubierto conchas en las montañas de América, ya se descubrirán.—Señor mio, eso se llama hablar como criador, que sabe lo que hay y está cierto de lo que ha de ser. Si V. quiere, yo le dejaré su mina de conchas, con tal que me deje mis montañas; y con esto quedo el más obediente y seguro servidor de Vuestra Providencia.

Miéntas que me estaba instruyendo Telliamed, un jesuita irlandés, en traje de hombre, que era excelente observador, y tenía buenos microscopios, formó anguilas con harina de trigo que empezaba á nacer. Al punto tuvieron por materia averiguada que con harina de buen candel se formarían hombres; y sin tardanza se criaron moléculas orgánicas, las cuales compusieron hombres. ¿Y por qué no? Una vez que el célebre geómetra Fatio había resucitado muertos en Lóndres, con la misma facilidad podían hacerse hombres vivos en París con partículas orgánicas; mas la desgracia ordenó que desaparecieran las nuevas anguilas de Needham, y con ellas los hombres nuevos, refugiándose al país de las monadas, que encontraron en el lleno con la materia sutil, globulosa y estriada.

No quiero decir que no hayan servido mucho para los ade-

lantamientos de la física estos criadores de sistemas, ni plegue á Dios que disminuya yo el mérito de sus tareas: pueden compararse con los alquimistas, que trabajando por hacer oro, que nadie hace, han hallado excelentes remedios ó cosas muy curiosas cuando ménos. Posible es que sea uno hombre de raro ingenio, y se equivoque acerca de la formacion de los animales y de la estructura del globo.

Ni los peces convertidos en hombres, ni las aguas en montañas, me habían acarreado los perjuicios que el Sr. Boudet: me ceñía á dudar sin alterarme, cuando un lapon me tomó bajo su proteccion. Era éste un profundo filósofo, pero que nunca perdonaba á los que no eran de su dictámen. Lo primero que hizo fué hacerme saber clara y distintamente los sucesos futuros exaltando mi alma, y tan portentosamente la exalté, que caí malo; pero me curó untándome con trementina de piés á cabeza. Apénas podía andar, me propuso que hiciéramos un viaje á las tierras australes para disecar cabezas de gigantes, á efecto de saber qué cosa era el alma. No podía yo aguantar el mar, y me hizo el favor de llevarme por tierra, atravesando el globo terráqueo con un agujero que iba á parar á los Patagones. Partímonos, pues, pero á la entrada del agujero me rompí una pierna, y costó mucho trabajo enderezármela: al fin se formó en la fractura un callo que me ha dejado muy aliviado. Llamábase mi filósofo lapon el señor de Maupertuis, y en sus obras ha dejado á la posteridad todos los descubrimientos que llevo apuntados.

CASAMIENTO DEL HOMBRE DE LOS CINCUENTA DUCADOS.

Habiéndose instruido mucho el hombre de los cincuenta ducados, y hecho un caudalejo, se casó con una bonita muchacha que tenía 100 de renta; en breve se hizo embarazada su mujer, y el marido se fué á ver á su geómetra, y á preguntarle si sería el recién-nacido chiquillo ó chiquilla. Respondióle el geómetra que comunmente lo sabían las parteras y las

criadas de servicio; pero que no estaban tan adelantados como ellas los físicos que predicen los eclipses.

Luégo quiso saber si tenía ya un alma su hijo ó su hija. Díjole el geómetra que no entendía de eso, y que lo consulta con el primer teólogo sopista.

Preguntó el hombre de los 50 ducados, que era ya hombre de 200 por lo ménos, en qué sitio estaba su hijo. En una bolsita, le dijo su amigo, entre la vejiga y el intestino recto. ¡Jesus me valga! exclamó: ¡conque el alma inmortal de mi hijo ha nacido y reside entre la orina y otra cosa peor! Sí, amado vecino, y el alma de un cardenal no ha tenido alojamiento más aseado; y con eso hacen de sujetos, y echan de señores principales.

—¿Me podrá V. decir, señor docto, cómo se hacen los chiquillos?—No, amigo; pero si V. quiere le diré lo que han imaginado los filósofos; que es tanto como decir, como no se hacen.

Lo primero, el reverendo padre Sanchez, en su excelente libro de *Matrimonio*, es en todo del dictámen de Hipócrates, y cree como artículo de fe que se lanzan y se unen entre sí los dos vehículos fluidos del hombre y la mujer, y por esta union se concibe al punto la criatura. Tan persuadido está el católico doctor de esta doctrina física, convertida en teología, que en el capítulo 21 de su libro segundo examina, *Utrum virgo María semen emiserit in copulatione cum Spiritu Sancto*.

Ya he dicho á V., señor, que no entiendo latin; explíqueme V. en romance ese oráculo del padre Sanchez. El geómetra se le tradujo y ambos se estremecieron de horror. Pero aunque Sanchez pareció extraordinariamente ridículo al recién casado, quedó bastante satisfecho con Hipócrates, y con la halagüeña idea de que había desempeñado su mujer todas las condiciones que pide este doctor para hacer un chiquillo.

Por desgracia, le dijo su vecino, muchas mujeres hay que no derraman licor ninguno, que reciben con aversion las caricias de sus maridos, y no por eso dejan de tener hijos; y esto

sólo resuelve la cuestion contra Hipócrates y Sanchez. Tambien parece verosímil que en los mismos casos obra siempre la naturaleza por los mismos principios; ora muchas especies hay de animales que engendran sin coito, por ejemplo los pescados de escama, las ostras y los pulgones: por tanto ha sido indispensable que topasen los físicos una mecánica de generacion adaptable á todos los animales. El célebre Harvey, que fué el que primero demostró la circulacion de la sangre, y merecía descubrir el secreto de la naturaleza, creyó que le había encontrado en las gallinas, las cuales ponen huevos, y se imaginó que tambien las mujeres ponían. Los juglares de su tiempo dijeron que los mozos *gallean* cuando empiezan á gustarles las muchachas; y la cazuela en la comedia la llama el vulgo el gallinero, porque las mujeres que la ocupan ponen como las gallinas. Estos chistes no fueron parte para apear á Harvey de su dictámen, y quedó sentado en Europa que provenimos de un huevo.

El hombre de los cincuenta ducados.

Pero si dice V. que la naturaleza siempre es semejante á sí propia, y que en casos idénticos obra por los mismos principios, ¿cómo es que las mujeres, las burras, las yeguas y las anguilas no ponen? V. se rie.

El geómetra.

No ponen fuera, pero ponen dentro; las mujeres tienen su ovario, y se embolla en la matriz. Todos los pescados de escama y las ranas ponen huevos que fecunda el macho; las ballenas y los demas cetáceos hacen nacer sus huevos en la matriz; los aradores, las polillas y los más viles insectos proceden visiblemente de un huevo; todo proviene de huevo, y nuestro globo es un huevo muy grueso que contiene todos los demas.

El hombre de los cincuenta ducados.

De véras que ese sistema tiene todas las señales de cierto: es sencillo, uniforme y visible á los ojos en más de la mitad de los animales: estoy muy satisfecho con él, y no quiero seguir otro. Los huevos de mi mujer son muy preciosos para mí.

El geómetra.

Al fin se han cansado de este sistema, y han hecho los chiquillos de otra manera.

El hombre de los cincuenta ducados.

¿Y por qué siendo esa tan natural?

El geómetra.

Porque han pretendido que las mujeres no tenían ovario, sino unas glandulitas.

El hombre de los cincuenta ducados.

Me presumo que algunos que tenían otro sistema que acreditar han desacreditado los huevos.

El geómetra.

Bien puede ser. Dos holandeses se imaginaron examinar al microscopio el licor seminal del hombre y de muchos animales, y creyeron distinguir en él animales ya formados que corrían con increíble velocidad; estos animales los vieron hasta en el licor seminal del gallo. Entónces se creyó que todo lo hacían los machos y nada las hembras, las cuales sólo sirvieron de depositarias del tesoro que en ellas encerraba el macho.

El hombre de los cincuenta ducados.

Cosa muy rara es esa. Yo dudo mucho que todos esos animalejos bullan tanto en un licor y luégo se queden inmóviles en los huevos de los pájaros, y no ménos inmóviles por espacio de nueve meses, como no sea algunas volteretas que dan en el vientre de una mujer. Eso no me parece consiguiente, ni es, á lo que alcanzo, el proceder de la naturaleza. Dígame usted, ¿qué figura tienen esos hombrecillos que tan buenos nadadores son en el licor que me dice?

El geómetra.

La de unos gusanos. Un médico había, llamado Andry, que en todas partes se figuraba que había gusanos, y estaba empeñado en destruir el sistema de Harvey, y que si hubiese podido habría aniquilado la circulación de la sangre, porque la había descubierto otro. Pues este Andry con otros dos holandeses, á poder de cometer el pecado de Onan, y mirar las cosas con el microscopio, redujeron al hombre á que fuese oruga. Primero somos un gusano como éstas, luégo en nuestro capullo nos convertimos como éstas por espacio de nueve meses en verdadera crisálida, y al fin, si la oruga llega á ser mariposa, pasamos á hombres; esas son nuestras metamorfosis.

El hombre de los cincuenta ducados.

¿Y ha parado aquí, ó ha habido despues otra moda nueva?

El geómetra.

Se han fastidiado de ser orugas. Un filósofo muy gracioso, llamado Maupertuis, ha descubierto en una Venus física que los chiquillos se hacían por atraccion, y vea V. cómo. Así que

cae el espermatozoide en la matriz, el ojo derecho atrae al izquierdo, el cual en cuanto ojo se viene á unir con él; pero se lo estorban las narices, que encuentra en el camino, y que le obligan á que se ponga en la izquierda, y lo mismo sucede con los brazos, los muslos y las piernas que están pegadas á los muslos. En esta hipótesis no es fácil explicar la situacion de las tetas y las nalgas. No admite este gran filósofo designio ninguno del Sér criador en la formacion de los animales, y está muy distante de pensar que fué hecho el corazon para recibir y reverter la sangre, ni el estómago para digerir, ni los ojos para ver, ni para oír los oídos; opinion que le parece una vulgaridad; todo lo hace la atraccion.

El hombre de los cincuenta ducados.

Ese es loco rematado, y bien creo que nadie adoptó tan extravagantes ideas.

El geómetra.

Dieron mucho que reír, pero hubo de malo que este frenético era parecido á los teólogos, los cuales persiguen cuanto pueden á aquellos á quien dan que reír.

Otros filósofos han imaginado otros modos que no han podido granjear crédito. Ya no es el brazo el que corre tras del brazo, ni el muslo tras del muslo; que son moléculas orgánicas, particillas de brazos y piernas las que unas á otras se sobreponen. Al cabo nos veremos obligados acaso á recurrir otra vez á los huevos, despues de haber perdido mucho tiempo.

El hombre de los cincuenta ducados.

¡Que me place! ¿Y en qué han parado todas esas contiendas?

El geómetra.

En dudas. Si se hubiera controvertido la cuestion entre doctores teólogos, hubiera habido excomuniones y derramamiento de sangre, pero los físicos presto hacen las paces; cada uno se ha ido á acostar con su mujer, sin dársele un bledo de su ovario, ni de sus trompas de Falopio; y las mujeres se han quedado embarazadas ó en cinta, sin averiguar siquiera cómo se efectúa este misterio, del mismo modo que siembra V. el trigo, sin saber cómo germina éste en la tierra.

El hombre de los cincuenta ducados.

¡Oh! eso sí que lo sé; mucho hace que me han dicho que brota porque se pudre, pero á veces me dan tentaciones de risa con lo que me dicen.

El geómetra.

Y es tentacion de hombre de juicio. Aconséjole á V. que dude de todo, como no sea de que los tres ángulos del triángulo son iguales á dos rectos; de que los triángulos que tienen la misma base y la misma altura son iguales, y de otras proposiciones semejantes, por ejemplo, de que tres y dos son cinco.

El hombre de los cincuenta ducados.

Sí, señor, bien creo que de sabios es dudar, pero siento en mí mucha curiosidad desde que tengo un poquillo de caudal y no trabajo tanto. Cuando mi voluntad mueve mi brazo ó mi pierna, quisiera yo saber por qué muelle los mueve, porque es cierto que algun muelle hay. Algunas veces me pasmo al contemplar que puedo alzar y bajar los ojos y no puedo alzar las orejas. Pienso y desearía saber... ya V. me entiende...

tocar con la mano mi pensamiento, que ha de ser cosa muy curiosa. Querría averiguar si pienso por mí propio, si me da Dios las ideas, si ha venido mi alma á mi cuerpo cuando tenía éste seis semanas ó cuando tenía un dia, cómo está aposentada en mi cerebro, si pienso mucho cuando duermo bien ó cuando estoy con un letargo. Me devano los sesos por saber cómo impele un cuerpo á otro; no ménos me maravillan mis sensaciones, y hallo en ellas cierta cosa divina, sobre todo en el deleite. Algunas veces me he afanado por imaginar un nuevo sentido, y jamás lo he podido conseguir. Los géometras saben todas esas cosas, hágame V. el favor de instruirme en ellas.

El géometra.

¡Ay! tan ignorantes somos como V., acuda á los teólogos de Sorbona.

EL HOMBRE DE LOS CINCUENTA DUCADOS TIENE UN HIJO, Y DISCURRE
ACERCA DE LOS FRAILES.

Cuando se vió padre de unchico el hombre de los 50 ducados, se empezó á figurar que era hombre de alguna importancia en el Estado, y esperó dar diez vasallos á lo ménos al rey, útiles todos. Era el hombre que más bien sabía tejer canastillos, y su mujer era excelente costurera. Esta era natural de un pueblecillo inmediato á una abadía de 50.000 ducados de renta. Preguntóme un dia su marido por qué motivo siendo estos señores tan pocos comparativamente á sus rentas, se habían engullido tantas porciones de 50 ducados. ¿Son acaso más útiles que yo á la patria?—No, querido vecino.—¿Contribuyen, como yo, á la poblacion del reino?—No, á lo ménos manifestamente.—¿Labran la tierra? ¿Defienden el Estado cuando es acometido?—No; pero ruegan á Dios por V.—Pues bien está; yo rogaré á Dios por ellos, y partamos.

¿Cuántos individuos útiles de uno y otro sexo cree V. que encierren los conventos?—Segun las Memorias de los intendentes del siglo pasado, habia entónces cerca de 90.000.—Segun nuestra cuenta, á razon de 50 ducados cada uno, no deben tener más de 4.500.000 ducados.—¿Y cuánto tienen?—Cosa de 200.000.000 de reales, contando las misas y la cuesta de los frailes mendicantes que cobran verdaderamente una contribucion enorme del pueblo. Un hermano demandador de un convento de Paris se ha jactado públicamente de que sacaba de limosna 1.000 onzas de oro todos los años.—Veamos cuánto componen para cada uno 200.000.000 de reales, repartidos entre 90.000 modregos.—2.222 rs. con 8 maravedís.—Fuerte suma es en una sociedad numerosa, donde disminuyen los gastos por la misma cantidad de consumidores; porque gastan mucho ménos 10 personas que viven juntas, que si tuviera cada una mesa y casa aparte.—¿Conque los ex-jesuitas, á quien pagan hoy 1.600 reales de pension, han perdido segun eso?—Creo que no, porque casi todos se han retirado á casa de parientes que los ayudan; muchos llevan dinero por decir misa, cosa que no hacían ántes; otros se han hecho preceptores; á otros los mantienen las beatas; todos se han ingeniado, y acaso hay á la hora esta muy pocos que habiendo disfrutado del mundo y la libertad, quisieran volver á las antiguas cadenas. Digan lo que quieran, la vida monástica nada tiene de envidiable; y es proverbio muy sabido que son hombres que se reunen sin conocerse, viven sin quererse y mueren sin llorarse.—¿Conque piensa V. que fuera hacerles favor el desenfrailarlos todos?—Mucho ganarían sin duda, y todavía más el Estado. Se restituirían á la patria ciudadanos y ciudadanas que han hecho el temerario sacrificio de su libertad en edad en que no permiten las leyes que disponga uno de un peculio de dos reales de renta, se sacarían estos cadáveres de la sepultura, y sería una verdadera resurreccion. De sus conventos se harían casas de ayuntamiento, hospitales, escuelas publicas, ó se aplicarían para fábricas; crecería la poblacion y el cultivo de las artes

Cuando ménos, pudiera disminuirse el número de esas víctimas voluntarias fijando el de novicios, y tendría la patria más sujetos útiles y ménos desventurados. Tal es la opinion de todos los magistrados, y tal el deseo unánime del pueblo, desde que se han ilustrado las gentes. Prueba es evidente de la necesidad de esta reforma el ejemplo de la Inglaterra y de otras muchas naciones. ¿Qué hiciera hoy la Gran Bretaña con 40.000 frailes, en vez de 40.000 marinos? Quanto más se han multiplicado las artes, más indispensable ha sido aumentar el número de hombres laboriosos. Es seguro que hay en los claustros enterrados muchos hombres de talento que pierde el Estado. Para que un reino florezca, es menester que haya cuantos ménos eclesiásticos y cuantos más artesanos fuere posible. Léjos de que hayamos de guiarnos por la ignorancia y la barbaridad de nuestros padres, nos deben al contrario servir de advertencia para que hagamos lo que hubieran hecho ellos si hubieran estado en nuestro lugar y tenido nuestras luces.— ¿Conque, segun eso, no quiere V. abolir los frailes por odio que les profese, sino por lástima que de ellos tiene, y por amor de la patria? Lo mismo pienso yo; y sentiría tanto que fuese fraile un hijo mio, que si creyese que criaba hijos para el claustro, no me acostaría nunca con mi mujer.

Efectivamente, ¿qué buen padre de familia no se lamenta de ver á su hijo y á su hija perdidos para la sociedad? Lllaman á eso huir de la guerra; ¿pero no castigan á un soldado que se huye de la pelea? Todos somos soldados del Estado; á todos nos da prez la sociedad, y cuando la desamparamos, somos desertores. ¿Qué digo? los frailes son unos parricidas que ahogan la posteridad entera; 90.000 encapuchados que berrean ó ganguean en latín, pudieran dar dos vasallos uno con otro al Estado, que suman 180.000 hombres que en embrion perecen. Al cabo de cien años es inmensa la pérdida: esta es una verdad demostrada.

¿Pues cómo se ha podido establecer el monaquismo?—Porque desde Constantino fué casi siempre absurdo y detestable

el gobierno; porque en el imperio romano llegó á haber más frailes que soldados; porque en solo el Egipto había 100.000; porque eran inmunes de trabajar y pechar; porque habiéndose hecho cristianos los caudillos de las naciones bárbaras para gobernar á cristianos, ejercitaron la más horrenda tiranía; porque se metían de tropel en los claustros, por huir de la furia de estos tiranos, y abrazaban una esclavitud por evitar otra más dura; porque con la institucion de tantas órdenes diferentes de santos haraganes, granjeaban los papas vasallos en los Estados cristianos; porque un villano más quiere que le llamen reverendo padre y echar bendiciones, que manejar el arado; porque no sabe que el arado es más noble que la capucha; porque le acomoda más vivir á costa de los tontos que trabajando honradamente; en fin, porque ignora que metiéndose fraile se prepara una vida miserable, tejida de pesares y aburrimiento.—Vamos, señor, no más frailes, por su dicha y por la nuestra. Pero siento mucho haber oido decir al señor de mi pueblo, padre de cuatro muchachos y tres hijas, que no sabe qué hacerse con tanta familia, si no mete á las chicas en un convento.—Esa alegacion, tantas veces repetida, es inhumana, anti-patriótica y destructiva de la sociedad. Siempre que puede decirse de un estado en la vida, sea el que fuere, que se acabaría el linaje humano si le abrazara todo el mundo, es cosa demostrada que no vale nada al Estado, y que quien le abraza hace al género humano cuanto daño está de su parte; ora, cosa es clara que si se metiesen en conventos todos los mancebos y todas las doncellas, se acabaría el mundo; luego la frailería, por su propia naturaleza, es enemiga del género humano, sin contar los horrosos males que muchas veces ha causado.

¿No pudiéramos decir lo mismo de los soldados?—No, por cierto; porque si toma las armas á su turno cada ciudadano, como antiguamente hacían en todas las repúblicas, y particularmente en la de Roma, el soldado es mejor labrador aún de lo que sería. El soldado ciudadano se casa, y pelea por su mujer y sus hijos. ¡Ojalá que fueran todos los cultivadores militares

y casados, que serían ciudadanos excelentes! Pero un fraile, en cuanto fraile, sólo para engullirse la sustancia de sus compatriotas es bueno, y no hay verdad más notoria.—¿Pero, señor, las doncellas, las hijas de los hidalgos pobres que no se pueden casar, qué han de hacer?—Ya se ha dicho mil veces lo que hacen en Inglaterra, en Escocia, en Irlanda, en la Suiza, en Holanda, en la mitad de Alemania, en Suecia, en la Noruega, en Dinamarca, en Tartaria, en Turquía, en África y en casi todo lo restante del mundo; serán muy mejores esposas, muy mejores madres de familia así que se acostumbren, como hacen en Alemania, á casarse los hombres con mujeres que no traen dote. Una mujer económica y trabajadora aprovecha más en una casa que la hija de un millonario, que más gasta en cosas supérfluas que el dote que á su marido le trajo. Menester es que haya fundaciones que den albergue á la vejez, á las enfermedades y á la disformidad; pero por una consecuencia del abuso más detestable, todas las fundaciones no admiten más que la mocedad y las personas de buena conformacion. La primera cosa que en los conventos hacen es poner en cueros á los novicios de ambos sexos, contra toda ley de decencia, y examinarlos atentamente por detras y por delante. Si se presenta para tomar el hábito una vieja jorobada, la despedirán ignominiosamente, á ménos que pague una cuantiosa dote. ¿Qué digo? Toda monja ha de pagar su dote, si no quiere ser la azacana del convento. Nunca hubo más intolerable abuso.—Bien está, señor, bien está; júrole á V. que nunca serán mis hijas religiosas, y que aprenderán á hilar, á coser, á hacer punto, á bordar, en una palabra, á ser útiles. Ruego á V. que me explique cómo ha podido sustentar un amigo mio, sin duda por llevar la contraria de todo el género humano, que son utilísimos para la poblacion de un Estado los frailes, porque sus conventos están más bien cuidados que las casas de los señores y más bien cultivados sus cortijos:—¿Y quién es ese amigo de usted que tan extraña proposicion afirma?—El amigo de los hombres, ó por mejor decir, el de los frailes.—Pues se quería

chancear, que sabe muy bien que diez familias, que tiene cada una 2.000 ducados de renta en tierras, son cien veces y mil más útiles que un monasterio que disfruta de 20.000 ducados, y que siempre tiene su tesoro secreto. Alaba los soberbios conventos que han levantado los frailes, y cabalmente eso es lo que irrita á los ciudadanos y de lo que más se quejan en toda Europa. El voto de pobreza condena los palacios, como se opone á la soberbia el de humildad, y como el de aniquilar su descendencia se opone á la naturaleza.—Voy creyendo que es menester fiarse muy poco de los libros.—Es menester hacer de ellos el uso que de los hombres hacemos, escoger á los más discretos, examinarlos y nunca dar crédito como á la evidencia no fuere.

DE LAS CONTRIBUCIONES QUE SE PAGAN A LOS EXTRANJEROS.

Un mes hace que me vino á ver el hombre de los 50 ducados; entró reventando de risa, y de tan buena gana se reía, que sin saber por qué me eché yo tambien á reir; tan imitador ha nacido el hombre, tanto nos enseñoera el instinto y tan contagiosos son los grandes movimientos del ánimo.

Rien con el que rie los humanos ;
Con el que llora lloran (1).

Cuando se hubo reido muy á su sabor, me dijo que acababa de dar con un hombre que se decía proto-notario de la Santa Sede, y que enviaba el tal una gran cantidad de dinero á un italiano que residía 300 leguas de aquí, en nombre de un frances á quien había conferido el Rey un feudecillo, y que nunca podría disfrutar el tal frances los beneficios del Rey, si no le daba al italiano el primer año de la renta.

(1) *Ut ridentibus arident, ita flentibus adflent,
Humani vultus.*

El padre Sanadon ha leído *adsunt* por *adflent*. y un aficionado á Horacio dice que por eso fueron abolidos los jesuitas.

Cosa es muy cierta, le dije, mas no tan risible. En derechos de esta especie paga la Francia más de millon y medio de reales al año, y en espacio de más de dos siglos y medio que hace que dura esta práctica, hemos contribuido á la Italia con más de 365.000.000 de reales.

¡Dios de mi alma! exclamó, ¡cuántas veces 50 ducados! ¿Con que ese italiano nos sojuzgó hace dos siglos y medio, y nos impuso ese tributo? Por cierto, le respondí, que antiguamente nos imponía otros más gravosos, y que esto es una friolera en comparacion de lo que por espacio de muchos siglos sacaba de nuestra pobre nacion y de las otras pobres naciones de Europa. Contéle entónces de qué modo se habían establecido estas santas usurpaciones, y como sabe algo de historia y tiene sana razon, con facilidad se dió á entender que habíamos sido galeotes que todavía llevábamos arrastrando un trozo de nuestra cadena. Habló con mucha energía y muy largamente contra estos abusos. ¡Pero qué respeto profesaba á la religion! ¡Qué reverencia á los obispos! ¡Cómo deseaba que tuviesen muchos centenares de ducados para gastarlos en sus diócesis en obras de caridad! Tambien quería que todos los curas de lugares tuviesen un número de 50 ducados, bastante para vivir con decencia. Cosa triste es, decía, que se vea obligado un cura á litigar con un feligres suyo por medio celemin de trigo y que no le pague con liberalidad el Estado, y cosa ignominiosa que estén siempre en pleitos con los cabildos. Estas contiendas eternas por imaginarios derechos y por los diezmos, acaban con el respeto que les es debido; el malhadado cultivador que ya ha pagado al Rey el diezmo, el encabezamiento y el rescate de alojamiento de tropa, sin que le eximan de alojar tropa, etc., etc.; este desventurado, digo, que ve que su cura viene despues á llevarse el diezmo de lo que le queda, ya no le mira como á su pastor, sino como á un carnicero que le acaba de desollar del poco pellejo que le ha quedado; porque muy bien ve que quitándole de derecho divino uno por diez de la pobreza que le han dejado, tiene la endemoniada crueldad de no contar con

lo que le ha costado la cosecha de los otros nueve celemines. ¿Y qué le queda para sí y para su familia? Llantos, hambre, desaliento, desesperacion y morirse de fatiga y miseria. Si el Estado pagara al cura consolaría á sus feligreses, en vez de mirarle como á público enemigo.

Enterneciase el buen hombre diciendo estas razones, porque amaba su patria y era idólatra del bien público. Decía algunas veces: ¡Qué nacion la francesa, si quisieran!

Fuimos á ver á su hijo, á quien su madre, muy lavada y muy aseada, estaba dando una teta muy blanca, y la criatura era muy preciosa. ¡Ay! dijo su padre, veintitres años no más tienes que vivir y 50 ducados que gastar.

DE LAS PROPORCIONES.

El producto de los extremos es igual al producto de los medios, pero dos costales de trigo robados no son, respecto del ladron, como la pérdida de la vida de éste es al interes de la persona robada.

El prior de..., á quien dos de los trabajadores de su cortijo le habían quitado dos fanegas de trigo, acaba de hacer ahorcar á los dos delincuentes, justicia que le ha costado más de lo que valía toda su cosecha, y desde entónces no halla ni un jornalero.

Si hubieran mandado las leyes que los que roban el trigo de su amo labrasen el campo del robado toda su vida con un grillete al pié y una campanilla al cuello atada á una argolla, hubiera ganado mucho el tal prior.

Sin duda que es preciso poner miedo al delito, pero más le intimidan que la horca el trabajo forzoso y la vergüenza duradera.

Algunos meses hace que fué condenado en Lóndres un malhechor á ser transportado á la América para trabajar con los negros en los ingenios de azúcar. En Inglaterra como en otros muchos países, tienen derecho los delincuentes para presentar

un memorial al Rey, pidiendo ya sea perdon entero, ya commutacion de la pena. Este presentó memorial para que le ahorcasen, alegando que aborrecía de muerte la faena, y que más bien quería que le ahorcasen en un minuto, que no que le obligaran á hacer azúcar toda su vida. No todos piensan así, los gustos son diferentes; pero ya se ha dicho y nunca se repetirá lo bastante, que un ahorcado para nada sirve, y que los suplicios deben ser útiles.

Algunos años hace que en la Tartaria (1) condenaron á empalar á dos mancebos por haber tenido el bonete en la cabeza miétras pasaba una procesion de lamas. El emperador de la China (2), hombre de mucho talento, dijo que él los hubiera condenado á ir delante de las procesiones con la cabeza descubierta, por espacio de tres meses.

Proporcionad las penas á los delitos, dice el marqués de Berberia; los que han hecho las leyes no eran geómetras.

Si compone unos libelos miserables el abate Guyon ó Cogé ó cualquiera otro ex-jesuita ó clerizonte, ¿le habremos de ahorcar como ha hecho el prior de... con sus dos gañanes, con pretexto de que los calumniadores son más delincuentes que los ladrones? ¿Hemos de sacar á la vergüenza al Sr. Larcher, porque es un escritor indigesto que amontona errores sobre errores, porque nunca supo distinguir los grados de probabilidad, porque quiere que en una inmensa y antigua ciudad, afamada por su civilizacion, y por lo celosos que eran los maridos, en Babilonia en fin, donde eran las mujeres guardadas por eunucos, fuesen devotamente todas las princesas á conceder en público á los extranjeros sus favores en la catedral? Cifñámonos á enviarle al país á ver si es tan favorecido; seamos en todo moderados, y proporcionemos los delitos á las penas.

Las leyes de Dracon, que castigaban por igual los delitos y las leves faltas, la perversidad y la locura, me parecen muy

(1) En Abbeville, en Picardía.

(2) El rey de Prusia.

aborrecibles. No tratemos al jesuita Nonotte, que no ha cometido más delito que escribir denuestos y disparates, como trataron á los jesuitas Malagrida, Oldecorne, Garnet, Guignard, Gueret y como debieran haber tratado al jesuita Le Tellier, que engañó á su rey y llenó de duelo y confusion la Francia. En todo pleito, en toda contienda, en toda disputa, distingamos el agresor del agravio y el opresor del oprimido. La guerra ofensiva es propia de un tirano, pero el que se defiende es justo.

Engolfado me hallaba yo en estas reflexiones, cuando me vino á ver deshecho en llanto el hombre de los 50 ducados. Preguntéle muy alterado si había muerto su hijo, que debía vivir veintitres años. No, me dijo, la criatura está buena y tambien mi mujer; pero me han llamado á declarar contra un molinero que han puesto á cuestion de tormento, y que ha resultado inocente; le he visto desmayarse en las redobladas torturas, he oído crugir sus huesos y todavía traigo en los oídos sus aullidos y sus gritos, que no los puedo echar de mí; lloro de lástima y tiemblo de horror. Yo tambien eché á llorar y empecé á estremecerme, siendo de un natural muy compasivo.

Representóseme entónces á la memoria la espantosa aventura de los Calas: una virtuosa madre encarcelada, sus hijas prófugas y sin consuelo, saqueada su casa, un respetable padre de familias quebrantado por la tortura, agonizando en una rueda y espirando en una hoguera; su hijo cargado de cadenas, arrastrado ante los jueces, y uno de éstos diciéndole: *Hemos roto vivo á tu padre y tambien á tí te romperemos*. Acorzóseme la familia de Sirven, que encontró uno de mis amigos en montes cubiertos de nieve, huyendo de la persecucion de un juez tan inicuo como ignorante. Este juez, me dijo mi amigo, ha condenado á morir en un cadalso toda esta inocente familia, suponiendo sin la más leve apariencia de prueba, que el padre y la madre, con ayuda de sus dos hijas, habían degollado y ahogado á la tercera, por temor de que fuese á

misa. Sentencias de este juez me mostraban el cúmulo de la estupidez, de la injusticia, y de la inhumanidad.

El hombre de los 50 ducados y yo nos condolíamos de la naturaleza humana. Llevaba yo en el bolsillo el discurso de un fiscal del Delfinado, que en parte versaba acerca de estas importantes materias; saquéle y le leí los siguientes pasajes:

«Cierto que fueron varones de verdad eminentes los que
»primero fueron osados á encargarse del gobierno de sus semejantes, y á imponerse el gravámen de la pública felicidad
»los que, por el beneficio que á los hombres querían hacer, se
»aventuraron á su ingratitud, y por afianzar el público sosiego, del suyo propio renunciaron; los que se colocaron, digámoslo así, entre los hombres y la Providencia, por formar á
»los primeros una artificial felicidad que ésta al parecer les había negado.....

»¿Qué magistrado por poco que en sus obligaciones se embeba, puede sufrir esta idea? Cuando se encuentra solo en su gabinete, ¿puede, sin estremecerse de horror y lástima, pasar la vista por esos autos, desventurados monumentos del delito ó la inocencia? ¿No le parece que oye salir de estos escritos fatales una gemebunda voz, que le insta á que falle el destino de un ciudadano, un esposo, un padre y una familia?
»¿Cuál es el juez despiadado, encargado de una sola causa criminal, que puede sin demudarse pasar por una cárcel? ¿Conque soy yo, dirá, quien detengo en esta detestable mansion á mi semejante, á mi igual acaso, á mi conciudadano, á un hombre en fin! ¡Yo quien todos los dias le encadeno, y quien le cierro estas aborrecidas puertas! Por ventura se ha apoderado la desesperacion de su ánimo, y lanza al cielo con maldiciones mi nombre, y sin duda clama contra mí al Supremo Juez que nos contempla, y ha de juzgarnos á ambos.....

«Aquí un horroroso espectáculo se presenta á deshora á mis

»ojos; cansado el juez de preguntar con palabras, quiere pre-
 »guntar con suplicios, fatigado ya de sus pesquisas, y acaso ir-
 »ritado con su inutilidad; tráense cadenas y palancas, y en-
 »cendidas teas, y todos los instrumentos que para atormentar
 »fueron inventados. El verdugo acude á desempeñar las funcio-
 »nes del magistrado y á concluir con la violencia la declara-
 »cion que había empezado por la libertad. Dulce filosofía, tú
 »que sólo con la paciencia y la atencion indagas la verdad,
 »¿esperabas acaso que en tu siglo se usaran para descubrirla
 »instrumentos semejantes? ¿Es cierto que aprueban nues-
 »tras leyes tan incomprendible método, y que le consagra la
 »práctica?.....

«Con sus leyes imitan sus preocupaciones; tan crudos son
 »los públicos suplicios como las venganzas privadas, y no son
 »ménos despiadados que los actos de sus pasiones los de su
 »razon. ¿Pues cuál es el motivo de tan extraña oposicion? Que
 »son antiguas nuestras preocupaciones y moderna nuestra
 »moral, que tan imbuidos estamos en nuestro sentir como ha-
 »cemos poco aprecio de nuestras ideas, que el ansia de gozar
 »deleites nos estorba que reflexionemos en nuestras necesida-
 »des, y nos damos más priesa á vivir que á dirigirnos con
 »acierto, en una palabra, que son muelles nuestras costum-
 »bres sin que sean buenas, y que somos cultos, empero no so-
 »mos humanos.»

Estos fragmentos, dictados por la humanidad á la elocuen-
 cia, penetraron de un suave consuelo el ánimo de mi amigo.
 Estaba maravillado y enternecido. ¡Conque se componen
 obras maestras en la provincia! decía absorto. Me habían di-
 cho que no había más que un Paris en el mundo. No hay más
 que un Paris, le dije, donde se compongan óperas cómicas;
 pero en las provincias hay hoy día muchos magistrados que
 piensan con la misma virtud y se explican con igual vigor.
 Antiguamente los oráculos de la justicia y los de la moral eran
 igualmente ridículos; el Dr. Balonard era un farsante en el

foro y un Gerundio en el púlpito. Al cabo ha venido la filosofía y ha dicho: No habéis en público, como no sea para decir verdades útiles y nuevas con la elocuencia del afecto y de la razón. ¿Y si nada tenemos que decir? han clamado los parlanchines. Callaos, pues, les ha respondido la filosofía, que todos esos vanos razonamientos de aparato, que sólo palabrotas contienen, son como las hogueras de la noche de San Juan, que encienden los muchachos cuando ménos necesidad hay de calentarse, y no dan gusto ninguno, ni quedan de ellos siquiera las cenizas.

Lea la Francia los libros buenos. Mas no obstante los adelantamientos de la razón humana, leemos muy poco, y la mayor parte de los que se quieren instruir leen muy mal. Mis vecinos y mis vecinas juegan después de comer un juego muy dificultoso que llaman el revesino. Muchos honrados vecinos y muchas cabezas redondas, que se tienen por buenas cabezas, dicen, muy fruncidos de cejas, que para nada valen los libros. ¿Pues saben ustedes, señores babiecas, que sólo con libros se gobiernan? ¿Saben que la ordenanza civil, el código militar y el Evangelio, son libros de que continuamente dependen? Lean, ilústrense; que con sólo la lectura se fortalece el alma: la conversacion la disipa, y el juego la apoca.

Muy poco dinero tengo, me respondió el hombre de los 50 ducados; mas si llego á juntar algún caudalejo, compraré libros en casa del librero Sancha de Madrid.

DEL GÁLICO Ó LAS BUBAS.

Vivía el hombre de los 50 ducados en un pueblo corto, donde de ciento cincuenta años atrás no había habido guarnición, y en este rincón de la tierra eran tan puras las costumbres como el aire que respiraba. Nadie sabía que se podía inficionar el amor con un veneno destructivo, que se corrompían en su germen las generaciones, y que, contradiciéndose á sí propia la naturaleza, podía tornarse horrible el cariño, y

espantable el deleite. Y se abandonaban todos al amor con la confianza de la inocencia. Vino tropa y varió todo.

Dos tenientes, el capellan del regimiento, un cabo y un recluta, que salía del seminario conciliar, bastaron á envenenar doce lugares en ménos de tres meses. Dos primas del hombre de los 50 ducados se llenaron de costras de piés á cabeza; se les cayeron sus luengos y blondos cabellos; se les enronqueció el habla; cargáronse las niñas de sus parados y amortecidos ojos de un color cárdeno, y no se volvieron á cerrar para que calmase el sosiego los dolores de sus dislocados miembros, que empezaban á ser roídos de una secreta carcoma, como los del árabe Job, aunque nunca adoleció Job de semejante achaque.

El cirujano mayor del regimiento, hombre de consumada experiencia, se vió precisado á pedir á la corte que le enviara colegas para curar á todas las muchachas del país, y como el ministro de la Guerra era protector declarado del bello sexo, le envió una leva de practicantes, que con una mano echaban á perder lo que con la otra curaban.

Estaba entónces el hombre de los 50 ducados leyendo la historia filosófica de Cándido, traducida del aleman, del doctor Ralph, la cual prueba palpablemente que todo está bien, y que en el mejor de los mundos posibles era una cosa absolutamente imposible que las bubas, la peste, la piedra, la estranjería, los lamparones y la santa Inquisicion, no fuesen parte constitutiva del universo criado únicamente para el hombre, rey de los animales, y semejanza de Dios, al cual es claro que se parece como un huevo á una castaña.

Pues, como iba diciendo, en la historia verídica de Cándido leyó que en la cura había perdido el doctor Panglós un ojo y una oreja. ¡Ayl decía, ¿conque se van á quedar mis dos infelices primas tuertas y desorejadas? No, señor, le dijo el mayor consolándole: los alemanes tienen la mano pesada; pero nosotros curamos á las muchachas con mucha presteza, sin causarles disgusto y con solidez. Efectivamente, las dos bonitas

primas no tuvieron que padecer cosa ninguna más que tener la cabeza hinchada como una tinaja por espacio de seis semanas, escupir la mitad de los dientes y muelas con medio pié de lengua sacada, y morirse de afecto de pecho al cabo de seis meses.

Miéntas se hacía la operacion, tuvieron el cirujano y el primo la conversacion siguiente:

El hombre de los cincuenta ducados.

¿Es posible, señor, que haya la naturaleza cercado de tan espantables tormentos un gusto tan necesario, de tantos duclos tan suaves glorias, y que sea cosa más peligrosa hacer un chiquillo que matar á un hombre? ¿Es cierto á lo ménos, para nuestro consuelo, que se disminuye algo esta plaga en la tierra y que cada dia se va haciendo ménos peligrosa?

El cirujano mayor.

Muy al reves: cada dia cunde más en toda la Europa cristiana, y ya se ha dilatado hasta la Siberia. Más de 50 personas he conocido yo que de ella han muerto, entre otras un general muy afamado y un ministro de Estado muy prudente. Pocos pechos débiles resisten la enfermedad y al remedio, y las bubas y las viruelas se han coaligado, todavía más que los frailes, para acabar con el género humano.

El hombre de los cincuenta ducados.

Otro motivo más para abolir los frailes, para que repuestos en la clase de hombres reparen en algo el daño que causan esas dos enfermedades. Ruego á V. que me diga si tienen bubas los animales.

El cirujano.

Ni conocen las bubas, ni las viruelas, ni los frailes.

El hombre de los cincuenta ducados.

Pues confesemos que son más felices y más cuerdos que nosotros en este prototipo de los mundos posibles.

El cirujano.

Nunca lo he dudado. Adolecen de ménos achaques que nosotros; su instinto es ménos falible que nuestra razon, y nunca los atormenta ni el tiempo pasado ni el venidero.

El hombre de los cincuenta ducados.

Usted ha sido cirujano de un embajador de Francia en Turquía. Dígame si hay muchas bubas en Constantinopla.

El cirujano.

Los francos las han llevado al arrabal de Pera, donde ellos viven. En dicho arrabal conocí á un capuchino que estaba roido de ellas como Panglós; pero no han penetrado en lo interior de la ciudad. Casi nunca duermen los francos en ella, y apénas hay rameras en esta inmensa capital. Todos los turcos ricos tienen mujeres esclavas de la Circasia, guardadas y vigiladas siempre, y cuya hermosura nunca puede acarrear riesgos. Las bubas las llaman los turcos *el mal cristiano*, y no contribuyen poco á aumentar el desprecio tan profundo en que á nuestra teología tienen. Para desquitarse disfrutaban de la peste, enfermedad del Egipto, de la cual no hacen caso, y que no se toman nunca el trabajo de precaver.

El hombre de los cincuenta ducados.

¿Y en qué tiempo cree V. que empezó esta plaga en Europa?

El cirujano.

A la vuelta del primer viaje de Cristóbal Colon á pueblos inocentes que ni la avaricia ni la guerra conocían, el año de 1494. Un tiempo inmemorial hacía que adolecían de este achaque estas sencillas y buenas gentes, así como reinaba la lepra en la Arabia y la Judea y la peste en el Egipto. El primer fruto que sacaron los españoles de la conquista del Nuevo-Mundo fueron las bubas, que se esparcieron con mucha más prontitud que la plata de Méjico, la cual no circuló en Europa hasta mucho tiempo despues, y fué la causa que en todos los pueblos había entónces magníficos edificios públicos llamados mancebías, establecidos por mandado de los soberanos para conservar el honor de las damas. Los españoles envenenaron estas casas privilegiadas, de donde sacaban los príncipes y los obispos las mozas que necesitaban, y sabemos que en Constancia había 718 para abasto del concilio que con tanta devocion mandó quemar á Juan Hus y Jerónimo de Praga. Por donde se deja colegir con cuánta rapidez cundió esta enfermedad en todo el país. El primer magnate que de ella murió fué el ilustrísimo y reverendísimo obispo virey de Hungría, en 1499, no habiéndole podido curar Bartolomé Montanagua, médico célebre de Padua. Gualtieri afirma que Bertoldo de Henneberg, arzobispo de Maguncia, acometido de las bubas, entregó su alma á Dios en 1504. Sabido es que nuestro rey Francisco I murió de ellas; Enrique III se contagió en Venecia, pero Jacobo Clemente, fraile dominico, anticipó el efecto del mal.

Siempre celoso del bien público el Parlamento de Paris, tomó providencia contra las bubas, prohibiendo en 1497 á todos los bubosos vivir en Paris so pena de horca; mas como no

era fácil probar jurídicamente á los vecinos y vecinas que eran delincuentes, no fué más eficaz dicha providencia que la que posteriormente tomó contra el emético; y contra la voluntad del Parlamento de Paris, fué aumentando sin cesar el número de reos. Verdad es que si, en vez de mandarlos ahorcar los hubieran exorcizado, ninguno andaría hoy por el mundo; pero quiso la mala ventura que no pensarán en ello.

El hombre de los cincuenta ducados.

¿Es cierto lo que en Cándido he leído, que cuando marchan en orden de batalla dos ejércitos de treinta mil hombres cada uno, puede apostarse que hay veinte mil bubosos de cada parte?

El cirujano.

Certísimo; y lo mismo sucede con los cursantes de teología de la Sorbona. ¿Qué quiere V. que hagan unos estudiantes mozos, á quien la naturaleza se explica con más vigor y en más alta voz que la teología? Puedo jurar á V. que á proporcion más clérigos mozos curamos mis colegas y yo que oficiales.

El hombre de los cincuenta ducados.

¿No habrá medio para extirpar ese contagio que asuela la Europa? Una vez que ya se ha debilitado el veneno de las viuelas, ¿no se pudiera atacar el otro veneno?

El cirujano.

Uno solo habría, y es que se coliguen todos los príncipes de Europa, como hicieron en tiempo de Godofredo de Bullon. Cierto que una cruzada contra las bubas fuera mucho más

conforme á razon que las que antiguamente se hicieron contra Melecsala, Saladino y los albigenses, y que tan funestas fueron. Más valiera concertarse para exterminar el enemigo comun del humano linaje, que ocuparse sin cesar en atisbar el instante propicio para talar un reino y cubrir los campos de cadáveres, por quitar á su vecino dos ó tres ciudades y algunos lugarejos. Hablo aquí contra mis intereses, porque la guerra y las bubas forman mi peculio; pero ántes de ser cirujano mayor soy hombre.

Así aprendía el hombre de los 50 ducados á discurrir y á sentir. No sólo heredó á sus dos primas, que murieron en espacio de seis meses, mas tambien tuvo otra herencia de un pariente lejano que había tomado á subarriendo la empresa de los hospitales del ejército, y se había hecho rico teniendo á dieta á los soldados heridos. Tenía éste un bonito serrallo, nunca se había querido casar, de ninguno de sus parientes había hecho caso, había vivido en la crápula, y muerto de una ahitera. Ya se ve cuán útil sujeto era para el Estado.

Vióse obligado nuestro nuevo filósofo á ir á París á recoger la sucesion de su pariente, que le disputaron los asentistas de rentas reales; pero tuvo la dicha de ganar el pleito, y la generosidad de dar á los pobres de su lugar, que no tenían su cupo de 50 ducados de renta, parte de los despojos del ricacho; y despues quiso satisfacer el deseo que siempre había tenido de poseer una biblioteca.

Todas las mañanas leía y extractaba, y por la tarde consultaba á los doctos por saber en qué lengua había la serpiente hablado con nuestra madre Eva; si reside el alma en el cuerpo calloso ó en la glándula pineal; si había estado San Pedro veinticinco años en Roma; cuál es la diferencia específica de un trono á una dominacion; por qué tienen los negros las narices aplastadas; proponiéndose además no gobernar nunca el Estado, y no componer folleto ninguno contra las comedias nuevas. Llamábanle M. Andrés, que era su nombre de bautismo; y cuantos le conocían alababan su modestia y sus buenas

prendas naturales y adventicias. Ha levantado una casa muy cómoda en su antiguo predio de cinco fanegas; su hijo tendrá muy en breve edad de ir al colegio; pero quiere su padre que no vaya al de Mazarino, por motivo del profesor Cogé, que compone libelos y un profesor no debe componer libelos.

Mad. Andrés ha parido una muchacha muy linda, que espera casar con un covachuelista de Hacienda, con tal que no adolezca del mal que quiere extirpar el cirujano mayor en toda Europa.

CONTIENDA MUY REÑIDA.

Miéntas estaba M. Andrés en Paris, se suscitó una contienda muy importante. Tratábase de saber si Marco Antonino era hombre de bien y si estaba en el infierno, en el purgatorio ó en el limbo miéntas llegaba el dia de la resurreccion. Todas las personas de forma se hicieron abogados de Marco Antonino; Marco Antonino, decían, fué siempre justo, sobrio, casto, benéfico. Verdad es que no ocupa un lugar tan alto en el cielo como el bendito San Junípero, porque en todo debe haber proporcion, como llevamos dicho; pero es cierto que el alma de Marco Antonino no está cociendo en las calderas de Pedro Botero. Si está en el purgatorio, sacarle de él. No hay más que mandar decir misas por él: ahí están los jesuitas que nada tienen que hacer, que digan tres mil misas por el descanso del alma de Marco Antonino, que á tres reales la pieza les valdrán 9.000 reales de vellon. No hablemos del respeto debido á una testa coronada, que no se ha de meter en el infierno por un quítame allá esas pajas.

Los contrarios de estas personas de buena composicion decían que no se le podía dar cuartel á Marco Antonino; que era un herejote; que había sido peor que los carpocracianos y los montanistas; que había muerto sin confesion; que era necesario hacer un ejemplar; que convenía enviarle al infierno para que escarmentaran los emperadores de la China y del Ja-

pon, los de Persia, Turquía y Marruecos, los reyes de Inglaterra, Suecia, Dinamarca y Prusia, el estatuder de Holanda y la aristocracia de Berna, los cuales así se confesaban como el emperador Marco Antonino; finalmente, que es una satisfacion inefable fulminar decretos contra los soberanos muertos cuando no puede uno lanzarlos contra los vivos, por miedo de que le corten las orejas. Tan seria llegó á ser esta contienda como antiguamente la disputa de las monjas de Santa Ursula con las del convento de la Anunciacion, sobre quién llevaría más tiempo entre las nalgas huevos pasados por agua sin cascarlos. Temióse un cisma, como en tiempo de los cien-tos y un cuentos de la tarasca, y de ciertas letras de cambio pagaderas en el otro mundo. Cosa muy horrenda es esto de cisma, porque cisma quiere decir *diferencia de parecer*, y hasta este fatal momento todos los humanos habían pensado de un mismo modo.

M. Andrés, excelente ciudadano, convidó á cenar á las cabezas de ambos partidos. Era uno de los hombres más joviales que se conocían, alegre sin alboroto, y el corazon en las manos, sin afectar aquella especie de ingenio que no deja lucir el de los demas, y se conciliaba cariño y autoridad con su buena gracia, su moderacion y un semblante de hombre sin malicia que á todo el mundo peta; hombre que hubiera hecho que cenaran en paz un genovés y un corso, un representante y un negativo de Ginebra, el muftí y un arzobispo de Toledo. Con mucha maña amortiguó los primeros tiros que se asestaban los convidados, mudando la conversacion y diciendo chufetas que hicieron reir á los condenantes y á los condenados; al cabo, así que un dedo de vino los puso alegritos, logró que firmaran que permanecería el alma del emperador Marco Antonino *in statu quo*, esto es, entre el cielo y la tierra como los duendes, hasta el dia del juicio universal. Volviéronse luégo á sus limbos las almas de los doctores con mucha pachorra, despues de haber cenado, y todo se sosegó. Esta reconciliacion llenó de honra al hombre de los 50 ducados.

dos, y luégo, así que se suscitaba una disputa muy terca y muy envenenada entre literatos ó personas sin letras, decían á entrambos partidos: señores, vayan á cenar á casa de monsieur Andrés.

Dos facciones sé yo muy encarnizadas que por no haber cenado en casa M. Andrés se han acarreado recíprocamente horribles infortunios.

PÍCARO ECHADO Á LA CALLE.

La reputacion que se había granjeado M. Andrés de pacificar las contiendas, dando bien de cenar, le trajo la semana pasada una visita muy extraña. Un hombre vestido de negro, de muy mal pelaje, las espaldas corvas, la cabeza torcida hácia el hombro izquierdo, los ojos aviesos y las manos muy puercas, vino á suplicarle que le convidase á cenar con sus enemigos.

¿Pues quién son sus enemigos de V., y quién es V., le dijo M. Andrés. ¡Ay! respondió, confieso á V., señor, que me tienen por uno de esos belitres que componen libelos por ganar un pedazo de pan, y van gritando: ¡Dios, Dios! ¡Religion, religion! por sacar alguna prebendilla ó beneficio simple. Mas me acusan de que he calumniado á los ciudadanos de religion más sincera, á los que más de véras adoran la Divinidad y á los más hombres de bien del reino. Verdad es, señor, que en el fuego de la composicion, á los escritores de mi calaña se les van á veces inadvertencias de poca monta que tratan luégo de errores crasos y aserciones inexactas, que califican de descaradas mentiras; nuestro celo es reputado una horrorosa miscelánea de picardía y fanatismo, y afirman que miéntas engañamos algunas viejas bobas, somos blanco del desprecio y la execracion de cuantos hombres de bien saben leer. Mis enemigos son los principales miembros de las primeras Academias de Europa, escritores ilustres y benéficos ciudadanos. Acabo de dar á luz una obra titulada *Anti-filosófica*, impelido por la

más sana intencion; pero nadie ha querido comprar mi libro; todos aquellos á quienes se le he presentado le han tirado al fuego, diciéndome que no solamente era anti-racional, mas tambien anti-decente y anti-cristiano.

Pues bien está, le dijo M. Andrés, haga V. como esos á quienes ha presentado su libelo, tírele al fuego y no se hable más de él. Mucho alabo su arrepentimiento, pero no le puedo convidar á cenar con personas de talento, que no pueden quererle mal, porque nunca leerán sus obras.

¿No pudiera V., señor, á lo ménos, dijo el santurron, ponerme bien con la familia del difunto señor presidente de Montesquieu, cuya memoria he agraviado por glorificar al reverendo padre Rout, que fué á llenar de amargura sus últimos instantes y fué echado de la casa á patadas?

Por vida mia, respondió M. Andrés, ya hace mucho tiempo que se ha muerto el reverendo padre Rout; váyase á cenar con él.

M. Andrés es hombre que gasta malas pulgas cuando trata con esta raza de tontos pícaros. Conoció que el cazurro quería cenar en su casa con sujetos de mérito por entablar una disputa, y luégo ir á calumniarlos, á escribir contra ellos y á imprimir otras nuevas mentiras; y le echó de su casa, ni más ni ménos que á Rout le habían echado del aposento del presidente de Montesquieu.

No es fácil dar dado falso á M. Andrés. Todo cuanto tenía de ingenuo y sencillo cuando era el hombre de los 50 ducados, ahora que ha conocido á los hombres lo tiene de avisado y despierto.

LA SANA RAZON DE M. ANDRÉS.

¡Cuánto se ha fortalecido la sana razon de M. Andrés desde que tiene una biblioteca! Vive con los libros como con los hombres; escoge en ellos y nunca se deja llevar de los nom-

bres. ¡Qué satisfacción es tan grande instruirse y agrandar su alma por medio duro y sin salir de su casa!

Se da el parabien por haber nacido en un tiempo que se empieza á perfeccionar la razon humana. ¡Qué desgracia hubiera sido la mia, dice, si fuera mi siglo el del jesuita Garasse, el del jesuita Guignard, ó del doctor Boucher, del doctor Aubri, del doctor Guincestre, ó de los que condenaban á galeras á los que escribían contra las categorías de Aristóteles!

La miseria había aflojado los muelles del ánimo de M. Andrés, y la riqueza les ha restituido su elasticidad. Millares como M. Andrés hay por el mundo, á quien no ha hecho falta más que una vuelta de la rueda de la fortuna para ser sujetos de un mérito muy raro. Hoy dia está instruido en todos los asuntos públicos de Europa, pero especialmente en los adelantamientos del entendimiento humano.

El mártes pasado me decía: Me parece que la razon viaja á jornadas cortas, del Norte al Mediodía, con dos sus amigas íntimas, la experiencia y la tolerancia, y en compañía de la agricultura y el comercio. Se ha presentado en Italia, pero la ha repelido la congregacion del *Index*, y no ha podido conseguir otra cosa que despachar allá algunos de sus agentes secretos, que no dejan de aprovechar. Dentro de pocos años el país de los Escipiones no será el de purchinelas con el sayal.

De cuando en cuando se suscitan contra ella enemigos encarnizados en Francia; pero tiene tantos amigos, que al fin vendrá á ocupar el primer ministerio en este país.

Cuando se presentó en Baviera y en Austria se encontró con dos ó tres pelucones que la miraron con ojos asombrados y atontados, y le dijeron: Señora, aquí nunca hemos oido mentar á V., ni sabemos quién es. Señores, les respondió, con el tiempo ustedes me conocerán y me querrán. En Berlin, en Moscou, en Copenhague, en Estocolmo, estoy muy bien quista; muchos años hace que por empeños de Loke, de Gordon, de Trenchard, de milord de Shaftesbury y de otros muchos, estoy naturalizada en Inglaterra, y ustedes me daban albergue

un día. Yo soy la hija del tiempo y todo lo espero de mi padre.

Cuando pasó por la raya de España y Portugal dió gracias á Dios de ver que no se encendían con tanta frecuencia las hogueras de la Inquisicion, y tuvo halagüeñas esperanzas cuando vió echar de ambos reinos á los jesuitas; mas se receló que hubiesen purgado el país de raposos para entregársele á los lobos.

Si hace nuevas tentativas por entrar en Italia, se presume que empezará estableciéndose en Venecia y residirá en el reino de Nápoles, no obstante las derretiduras del país que le causan vaguidos. Añaden que posee un infalible secreto para desprender los cordones de una corona que se halla enredada, sin saber cómo, en los de una tiara, y para estorbar que las hacaneas hagan acatamiento á las mulas.

La conversacion de M. Andrés me agrada mucho, y cuanto más le trato más le quiero.

DE UNA BUENA CENA EN CASA DE M. ANDRÉS.

Ayer cené en su casa, en compañía de un doctor de la Sorbona; del Sr. Pinto, judío célebre; del capellan de la capilla reformada del embajador báltavo; del secretario del señor príncipe Galitzin, del rito griego; de un capitán suizo, calvinista; de dos filósofos y tres señoras de mucho talento. En toda la cena, puesto que fué muy larga, no se habló palabra de religion, ni más ni ménos que si ninguno de los convidados la tuviese. ¡Tan corteses nos hemos hecho y tanto tememos incomodar á los que cenán con nosotros! No sucede así con el regente Cogé, ni con el ex-jesuita Nonotte, ni con el ex-jesuita Patouillet, ni con el ex-jesuita Rotalier, ni con todos los animales de esta calaña; que estos follones más picardías dicen en un folleto de dos hojas, que cosas instructivas y agradables puede decir en cuatro horas la gente de trato más fino de Paris, y lo que hay que extrañar es que á nadie se atreverían á

decir en su cara lo que tienen la avilantez de imprimir.

Al principio de la conversacion se trató de un chiste de las *Cartas persianas*, en el cual, fundándose en la autoridad de varones muy graves, se repite que no solamente va el mundo á peor, mas tambien que se va despoblando de dia en dia; de suerte que á los reyes les sucederá lo que al guardian que se quedó sin ser prelado por falta de frailes. El doctor de la Sorbona afirmó que efectivamente estaba reducido el mundo á muy poca cosa, y citó en prueba al padre Petau, el cual demuestra que en ménos de trescientos años, uno solo de los hijos de Noé (no sé si fué Sem ó Jafet) había procreado de su cuerpo una serie de hijos que ascendía á 623.612.358.000 fieles, el año 285 despues del diluvio universal. M. Andrés le preguntó por qué en tiempo de Felipe el Hermoso, esto es, cerca de trescientos años despues de Hugo Capeto, no había ya 623.000.000.000 de príncipes en la casa real. Porque ha disminuido la fe, dijo el doctor de Sorbona.

Hablaron mucho de Tébas de cien puertas, y del millon de soldados que, con 20.000 carros de guerra, salía por las tales puertas. Apriete V., apriete; desde que me he dado á leer, presumo que antiguamente la historia se escribía con la misma pluma que nos ha dejado las Sergas de Esplandian. Lo cierto es, dijo uno de los convidados, que Tébas, Ménfis, Babilonia, Nínive, Troya, Seleucia eran ciudades populosas que ya no existen. Así es la verdad, respondió el secretario del príncipe de Galitzin; pero tambien eran páramos entónces Moscow, Constantinopla, Lóndres, Paris, Amsterdam, Leon de Francia, que vale más que Troya y todas las ciudades de Francia, Alemania, España y el Norte. El capitán suizo, sujeto muy instruido, nos confesó que cuando quisieron sus ascendientes abandonar sus montañas y precipicios por ir á apoderarse, como era razon, de otro país más ameno, César, que vió por sus propios ojos el censo de estos emigrantes, halló que ascendía á 368.000, contando ancianos, niños y mujeres. Hoy día, en sólo el canton de Berna, que no es la mitad de la Suiza, hay

otros tantos, y puedo asegurar á ustedes que la poblacion de los trece cantones pasa de 720.000 almas, sin contar los que militan ó trafican en países extraños. Y luégó, señores doctos, hagan ustedes cálculos y sistemas, que serán tan erróneos unos como otros.

Ventilóse luégó la cuestion de si los vecinos de Roma en tiempo de los Césares eran más ricos que los de Paris en tiempo de Luis XV. A mí me toca responder á eso, dijo M. Andrés, que he sido mucho tiempo el hombre de los 50 ducados. Bien creo que los ciudadanos romanos tenían más: estos ilustres salteadores de caminos habían saqueado los países más hermosos del África, Asia y Europa, y vivían con mucha ostentacion del fruto de su rapiña, puesto que no faltaban pordioseros en Roma, y estoy persuadido á que entre estos vencedores del orbe, había algunos ceñidos á 50 ducados de renta como yo lo he estado.

¿Sabe V., le dijo un docto de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, que cada cena que daba Lúculo en su salon de Apolo le costaba 157.489 reales con 12 maravedís de nuestra moneda, y que Atico, el célebre epicúreo Atico, no gastaba en su mesa arriba de 940 reales al mes?—Si así es, era dignísimo de ser electo presidente de la órden de caballeros de la Tenaza. Tambien yo he leido en Floro esa increíble anécdota; pero sin duda Floro nunca cenó en casa de Atico, ó los copistas han viciado ese texto como otros muchos. Nunca me persuadirá Floro á que no costaba la mesa 1.000 reales al mes al amigo César, Pompeyo, Ciceron y Antonio, que muchas veces comían en su casa.

Cabalmente la historia así se escribe.

Interrumpió Mad. Andrés, diciendo al erudito que si quería encargarse de pagar el gasto de la suya con otros diez tantos, le haría mucho favor.

Estoy persuadido á que esta noche de M. Andrés valía tanto como treinta de las de Atico, y las señoras dudaron mucho de

que fuesen más divertidas las cenas de Roma que las de Paris. Fué muy amena la conversacion, aunque algo científica, y no se trató ni de las modas últimas, ni de las ridiculeces del pórjimo, ni de los sucesos escandalosos más recientes.

Tratóse de raíz la cuestion del lujo. Preguntaron si era debida al lujo la destruccion del imperio romano, y se probó que lo que había destruido ambos imperios, el de Oriente y el de Occidente, hábia sido la teología y los monjes: efectivamente, cuando se apoderó Alarico de Roma, no se trataba más que de disputas teológicas, y cuando tomó á Constantinopla Mahometo II, con más teson defendían los frailes la eternidad de la luz del Tabor, que en su ombligo veían, que la ciudad contra los turcos.

Hizo uno de nuestros doctos una reflexion que me dejó parado, y fué que yacían por tierra estos dos grandes imperios, miéntras que subsisten los escritos de Horacio, Virgilio y Ovidio.

Del siglo de Augusto pasaron de un vuelo al de Luis XIV, y preguntó una señora por qué los autores del día, con mucho talento, no dan á luz producciones de un grande ingenio. Respondió M. Andrés que era porque las habían dado los del siglo pasado. Esta idea era aguda pero exacta, y los circunstantes la profundizaron. Luégo hicieron cruel rechifla de un escocés que se ha metido á regulador de buen gusto, y á crítico de Racine, sin saber una palabra de frances (1). Con más rigor to-

(1) El señor Home, gran juez de Escocia, enseña á los héroes de tragedia á que hablen con decoro, y trae por dechado el siguiente ejemplo sacado de la tragedia de Enrique IV, del divino Shakespeare. Introduce el divino autor á milord Falstaf, jefe de la justicia que acaba de hacer prisionero al caballero Juan Coleville, y se le presenta al rey.

«Señor, aquí le teneis, yo os lo entrego, y suplico á Vuestra Gracia que mande archivar esta hazaña con las otras de esta jornada, ó por Dios, que la haré poner en un romance, con mi retrato por delante, que represente á Coleville besando mis plantas. Así lo haré, si no haceis vos tan relumbrante mi gloria como una pieza de dos cuartos dorada, y vereis entónces en el claro cielo de la fama empañado vuestro esplendor, como eclipsa la

davía fué tratado un italiano llamado Denina, el cual ha denigrado el espíritu de las leyes sin entenderle, censurando más lo más apreciable que en esta obra se encuentra. Esto trajo á la memoria el desprecio afectado en que Boileau tenía al Tasso. Uno de los convidados dijo que con todos sus defectos era Tasso tan superior á Homero, como con los suyos, todavía mayores, lo es al fárrago de Grocio, Montesquieu. Reprendiéronse las malas críticas dictadas por el odio nacional y las preocupaciones, y se le trató al Sr. Denina como merecía, y como tratan las personas de talento á los pedantes. Notóse particularmente con mucha sagacidad que se versan en el exámen de las obras maestras del siglo pasado la mayor parte de las obras y de las conversaciones literarias del presente. Nuestro mérito es ventilar su mérito, y somos parecidos á unos hijos desheredados que hacen la cuenta del caudal de su padre. Todos confesaron que había adelantado mucho la filosofía, pero que el estilo y el idioma se habían estragado un poco.

Estrella es de todas las conversaciones saltar de un asunto á otro. En breve desaparecieron todos estos objetos de curiosidad, ciencia y gusto, ante el magnífico espectáculo que estaban dando al mundo la emperatriz de Rusia y el rey de Polonia, que acababan de levantar la humanidad abatida, estableciendo la libertad de conciencia en un país de la tierra muy más dilatado que nunca lo fué el imperio romano. Celebróse, como era debido, tamaño servicio hecho al género humano, y tan alto ejemplo dado á Gabinetes que se tienen por políticos; brindóse á la salud de la emperatriz, del rey filósofo y del primado filósofo y á la de los que los imitasen, y hasta el doctor de Sorbona los alabó, porque en este gremio se hallan á veces

»luna llena las apagadas ascuas del elemento del aire, que en torno de ella
»cabezas de alfileres se parecen.»

Esta absurda y abominable algarabía, muy comun en el divino Shakespeare, la propone el Sr. Home como un dechado de buen gusto y arte en la tragedia: verdad es que la *Ifigenia* y la *Fidia* de Racine le parecen cosa sumamente ridícula.

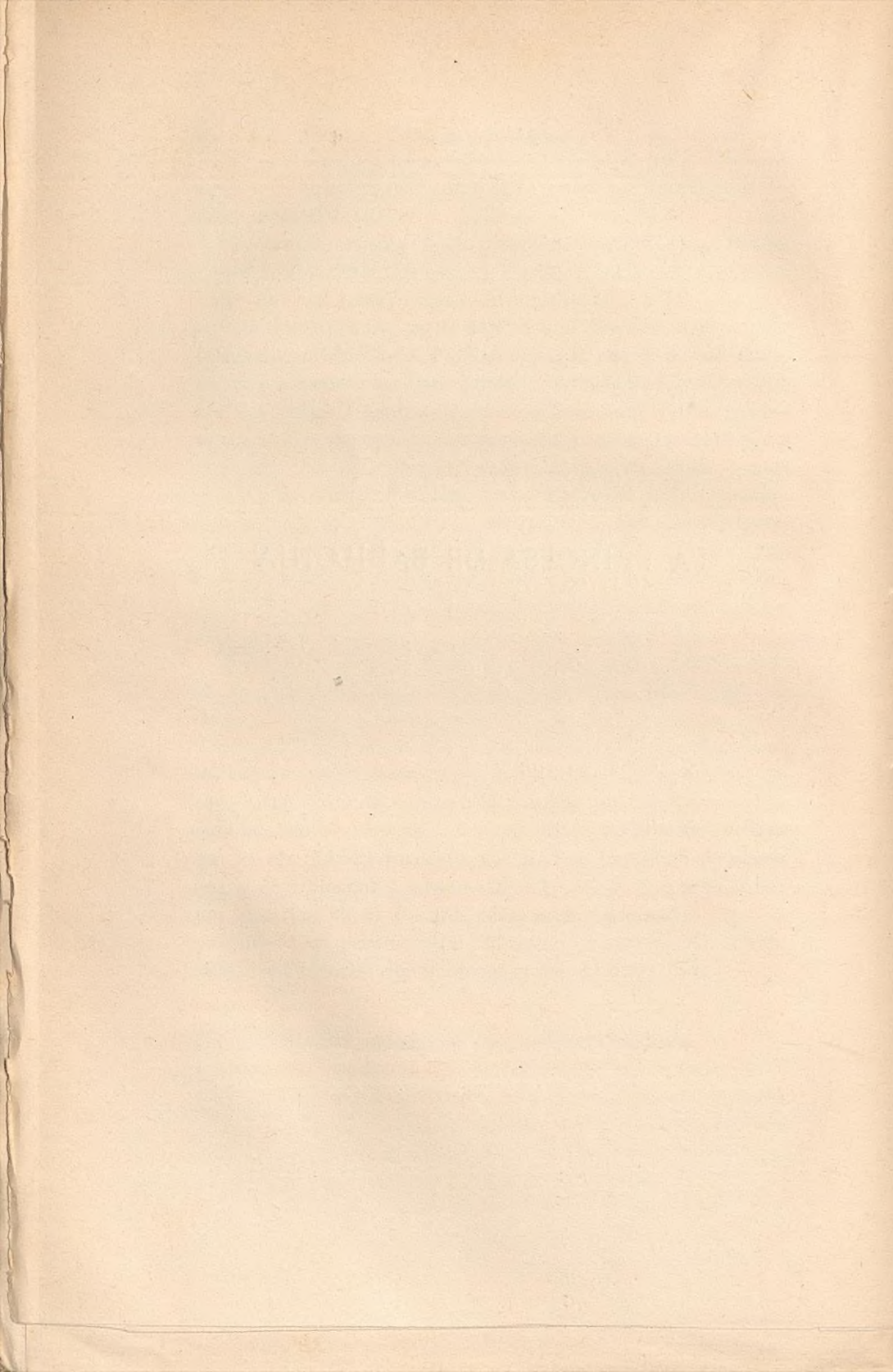
sujetos de buena razon, como se encontraban hombres de talento en la Beocia.

El secretario ruso nos dejó pasmados contándonos todos los vastos establecimientos que en Rusia se hacían. Preguntaron luego por qué gustaba más la historia de Carlos XII, que pasó la vida destruyendo, que la de Pedro el Grande, que empleó la suya en criarlo todo. Fallamos que la razon de esta preferencia era nuestra insustancialidad y falta de meollo; que Carlos XII fué el D. Quijote y Pedro el Solon del Norte; que los entendimientos superficiales prefieren á los vastos planes del legislador un extravagante heroismo; que les agrada ménos la narracion circunstanciada de la fundacion de una ciudad, que la temeridad de un hombre que con sólo sus sirvientes arrostra 10.000 turcos; finalmente, que la mayor parte de lectores más quieren divertirse que instruirse, y por eso 100 mujeres leen ridículas novelas por una que haya leído un capítulo de Condillac.

¡De cuántas cosas se habló en esta cena, que no olvidaré yo en mucho tiempo! Al fin fué preciso tocar la tecla de los cómicos y cómicas, eterno asunto de las conversaciones de las mesas de Versalles y Paris. Convinieron en que tan raro era un buen representante como un buen poeta, y se concluyó la cena cantando unas coplas muy bonitas que había compuesto para las señoras uno de los convidados. Yo por mí confieso que no me hubiera parecido más grato el banquete de Platon que el de monsieur y madama Andrés. Sin duda que se hubieran aburrido en él nuestros petimetres y petimetas, que se precian de ser gentes de trato fino; pero nunca ni M. Andres, ni yo cenamos con semejantes personas de trato fino.

FIN DEL HOMBRE DE LOS CINCUENTA DUCADOS.

LA PRINCESA DE BABILONIA



LA PRINCESA DE BABILONIA

§. I.

El anciano Belo, rey de Babilonia, pensaba que era el primer hombre del mundo, porque se lo decían todos sus cortesanos y se lo probaban sus historiógrafos. Si algo podía disculpar esta rareza, era que efectivamente, si sus predecesores habían fundado á Babilonia más de treinta mil años ántes de su reinado, él la había hermoseedo. Su palacio y su coto, situados á distancia de algunas parasanges de Babilonia, ocupaban entre el Tígris y el Eufrátes las riberas deliciosas que bañan estos rios. Levantábase hasta las nubes su vasto palacio de 3.000 pasos de fachada. El terrado estaba rodeado de una balaustrada de mármol blanco, de 50 piés de alto, que sustentaba las estatuas colosales de todos los reyes y varones eminentes del imperio. Constaba el terrado de dos hileras de ladrillos cubiertas de gruesas latas de plomo de uno á otro extremo, con doce piés de tierra encima; y la tierra estaba plantada de una selva de olivos, naranjos, limones, palmas, giroflés, canelos y cocos, que formaban calles impenetrables á los rayos del sol.

Las aguas del Eufrates, levantadas por artificios, y repartidas en cien columnas huecas, venían á estos jardines á llenar vastas pilas de mármol; y precipitándose luégo en otros cana-

les formaban en el coto cascadas de 6.000 piés de largo, y cien mil caños de agua que subían tan altos que se perdían de vista, y luégo iban á parar al Eufrates, de donde habían salido. Los pensiles de Semíramis, que muchos siglos despues asombraron el Asia, eran una mal bosquejada copia de estos portentos, porque ya en tiempo de Semíramis todo empezaba á degenerar entre los hombres y entre las mujeres.

Lo más maravilloso empero que en Babilonia había, y lo que eclipsaba todo lo demas, era la hija única del rey, llamada Formosina. En la serie de los siglos esculpió Praxiteles su Afrodite, y la que fué llamada Vénus de las bellas nalgas, á imitacion de sus retratos y sus estatuas; pero ¡qué diferencia, cielos, del original con las copias! Por eso Belo, su padre, estaba más ufano con su hija que con su corona. Había cumplido diez y ocho años, y era menester casarla con un marido digno de ella; ¿pero dónde le había de encontrar? Un oráculo antiguo había declarado que Formosina no podía dar su mano á quien no hubiese armado el arco de Nembrod. Nembrod, el fuerte cazador delante del Señor, había dejado un arco de siete piés babilónicos de alto, y de madera de ébano más duro que el hierro del Cáucaso, que se fragua en las herrerías de Derbent; y, desde Nembrod mortal ninguno había podido estírar este maravilloso arco. Tambien había declarado el oráculo que el brazo que armase el arco había de matar al leon más tremendo y fiero que en el circo de Babilonia hubiese sido hasta entónces lanzado; y no bastaban todos estos requisitos, que el flechero, el vencedor del leon había de prostrar á todos sus émulos, ser hombre de mucho ingenio, el más magnífico y el más virtuoso de los mortales, y había de ser dueño de la cosa más rara que en todo el universo hubiese.

Presentáronse tres reyes que se atrevieron á aspirar á la conquista de Formosina: el Faraon de Egipto, el Chah de las Indias y el gran Kan de los Escitas. Aplazó Belo el día y el sitio del combate al fin de su coto, en el vasto espacio que riegan las olas del Tigris y el Eufrátes reunidas. En torno del palen-

que fué erigido un anfiteatro de mármol, donde podían caber quinientos mil espectadores. Enfrente del anfiteatro estaba el trono del rey, que había de asistir con Formosina, acompañada de toda la gente de palacio, y á mano izquierda y derecha, entre el anfiteatro y el trono, había otros tronos y otros asientos para los tres monarcas y todos los demas soberanos que tuvieran la curiosidad de acudir á ver ceremonia tan augusta.

El primero que llegó fué el rey de Egipto, montado en el buey Apis, y trayendo en la mano el sistro de Isis. Seguíanle dos mil sacerdotes vestidos de ropajes de lino más albos que la nieve, dos mil eunucos, dos mil mágicos y dos mil guerreros.

Poco despues llegó el rey de las Indias en un carro tirado de doce elefantes, y traía una comitiva más lucida y mayor todavía que el Faraon de Egipto.

El postrero que se dejó ver fué el rey de los Escitas, que venía acompañado solamente de guerreros escogidos, armados de arcos y flechas. Era su cabalgadura un soberbio tigre que había domado, tan alto como los más hermosos caballos de la Persia. La estatura de este monarca, de buena planta y majestuoso, eclipsaba la de sus émulos, y sus brazos descubiertos, blancos y nervudos, ya parecía que iban á tender el arco de Nembrod.

Los tres príncipes se postraron primero ante Belo y Formosina. El rey de Egipto presentó en dón á la princesa los dos cocodrilos más hermosos del Nilo, dos hipopótamos, dos cebras, dos ichneumones, dos momias y los libros del insigne Hermes, que creía que era lo más raro que había en la tierra. El rey de las Indias le ofreció cien elefantes, que cada uno llevaba encima una torre de madera dorada, y puso á sus plantas el Veidam, escrito de la propia mano de Jaca. El rey de los Escitas, que no sabía leer ni escribir, le regaló cien caballos de batalla cubiertos de gualdrapas y pieles de zorras negras.

Bajó la princesa los ojos á la vista de sus amantes, y se inclinó con tanta modestia como gracia y nobleza, y Belo man-

dó llevar á los tres reyes á los tronos que se les habían destinado. ¡Ojalá tuviera tres hijas! les dijo, que haría en este día felices á seis personas. Luégo hizo sortear quién había de probar primero el arco de Nembrod. Echáronse en un yelmo de oro los nombres de los tres pretendientes, y salió el primero el del rey de Egipto, y luégo el del rey de las Indias. El rey escita, al contemplar el arco y sus competidores, no se quejó de ser el postrero.

Miéntras que se disponían tan lucidas pruebas, veinte mil pajes y otras tantas hermosas doncellas distribuían con orden refrescos á los espectadores entre las filas de asientos, y todo el mundo decía en voz unánime que los dioses habían formado á los reyes para que todos los dias dieran fiestas, con tal que no fuesen uniformes; que es la vida muy corta para que la empleemos en otra cosa; que los pleitos, los enredos, las guerras, las disputas sacerdotales, en que se gasta la vida humana, son cosas muy horrorosas y absurdas; que el hombre nació para disfrutar; que si así no fuera, no tendría tanta y tan duradera pasion á los deleites; que la esencia de la humana naturaleza es la alegría, y que todo lo demas es locura; moral excelente que sólo los hechos han desmentido siempre.

Cuando se iban á empezar las pruebas que habían de decidir la suerte de Formosina, se presentó en la barrera un mancebo desconocido con un criado, que venían caballeros en dos unicornios, y el mancebo traía sobre la muñeca un pájaro grande. Pasmáronse los guardas al ver en este traje un mozo que parecía una deidad, porque tenía, como despues han dicho, el rostro de Adónis sobre el cuerpo de Hércules, hermanando con la gracia la majestad. Eran negras sus cejas y rubios sus luengos cabellos, mezcla de hermosura no conocida en Babilonia, y que embelesaron á toda la concurrencia. Levantóse todo el anfiteatro por mirarle más á su sabor, y todas las damas de palacio clavaron atónitas en él los ojos, y hasta Formosina, que siempre los tenía bajos, los alzó, y se paró colorada: asustáronse los tres reyes, y todos los espectadores,

comparando á Formosina con el desconocido, clamaban: sólo este mancebo en el mundo es tan bello como la princesa.

Maravillados los ujieres de palacio, le preguntaron si era el rey. Respondió el extranjero que no tenía tanta honra, pero que era venido de países muy remotos por ver si había reyes dignos de Formosina. Introdujéronle en la primera fila del anfiteatro con su escudero, sus dos unicornios y su pájaro; hizo una profunda reverencia á Belo, á su hija, á los tres reyes y á toda la compañía, y luégo se sentó con mucha modestia: los dos unicornios se echaron á sus piés, su pájaro se le posó en el hombro, y su escudero, que traía un saquito, se puso á su lado.

Empezaron luégo las pruebas. Sacaron de su caja de oro el arco de Nembrod, y el primer maestro de ceremonias, acompañado de cincuenta pajes y precedido de veinte trompetas, se le presentó al rey de Egipto, que mandó á sus sacerdotes que le bendijeran, y apoyándole en la cabeza del buey Apis, no dudó alcanzar este primer triunfo. Bajando luégo en medio de la arena, se prueba, pone todas sus fuerzas, y hace tales contorsiones, que suelta el anfiteatro la risa, y la propia Formosina no puede ménos de sonreirse. Acercóse entónces á él su capellan mayor, y le dijo: Renuncie V. M. de ese fútil honor, que no es otro que el de los músculos y los nervios, y persuádase que saldrá triunfante de las otras pruebas. Vencereis al leon con el alfanje de Osiris que poseeis; la princesa de Babilonia ha de ser del príncipe de más ingenio, y vos habeis adivinado enigmas; se ha de casar con el más virtuoso, y vos lo sois, habiendo sido educado por los sacerdotes de Egipto: el más generoso debe de ser preferido, y vos le habeis regalado los dos más hermosos cocodrilos y dos más lindos ichneumones que se han hallado en el Delta; poseeis el buey Apis y los libros de Hermes, que son la más rara cosa del universo: conque nadie puede competir con vos por Formosina. Razon tenéis, dijo el rey de Egipto, y se volvió á sentar en su trono.

Pusieron luégo el arco en manos del rey de las Indias, y las

ampollas que le hizo le duraron quince días; pero se consoló con la esperanza de que no sería más afortunado que él el rey escita. Este manejó el arco á su vez con tanta maña como fuerza, y tomó al parecer la cuerda alguna elasticidad en sus manos, y le doblégó un poco, mas nunca consiguió tenderle. El anfiteatro, que por las buenas trazas de este príncipe le había cobrado afecto, sintió que no hubiese salido con su empresa, y creyó que nunca se casaría la hermosa princesa.

Entónces se puso de un brinco en la arena el mancebo desconocido, y dirigiéndose al rey de los Escitas le dijo: No se pasmé V. M. de no haber salido enteramente con su intento; estos arcos de ébano se fabrican en mi país, y es menester tomarles el tino; más mérito habeis tenido en doblarle que podré tener yo en armarle. Diciendo esto, cogió una flecha, la puso en la cuerda, tendió el arco de Nembrod, y lanzó la flecha mucho más léjos que la barrera. Un millón de manos aplaudieron el prodigio; resonó Babilonia en aclamaciones, y decían todas las mujeres: ¡Qué fortuna que un mancebo tan lindo sea tan forzudo! Sacó luégo de la faltriquera una tablilla de marfil, y habiendo escrito unos renglones en ella con un puntero de oro, ató la tablilla de marfil al arco y se lo presentó todo á la princesa con una gracia que á todos los circunstancias los dejó embelesados, y se volvió luégo á su asiento entre su pájaro y su escudero. Toda Babilonia estaba maravillada, confusos los tres reyes, y el desconocido, al parecer, no lo advertía. Todavía se quedó más atónita Formosina cuando en la tablilla de marfil, colgada del arco, leyó estos versos en buen caldeo:

El arco de Nembrod arco es de guerra,
Y arco es de dicha el arco de Cupido;
Tú le asestas; por tí toda la tierra
Del dios rapaz al yugo se ha rendido.
Tres poderosos reyes que ésta encierra,
Hoy por tu posesion han combatido;
No sé de quién será la alta victoria,
Mas sí que el orbe envidiará su gloria.

No disgustó este madrigal á la princesa, puesto que le criticaron algunos señores viejos de palacio, diciendo que en el buen tiempo Belo hubiera sido comparado con el sol, y Formosina con la luna, su cuello con una torre y sus pechos con un celemin de trigo. Fallaron, pues, que no tenía imaginacion el extranjero, y que se desviaba de las reglas de la buena poesía; pero á todas las damas les parecieron muy bonitos los versos, y se maravillaron de que un hombre que armaba con tanta facilidad un arco tuviese tanto ingenio. La dama de honor de la princesa le dijo: Señora, ¡qué de habilidades inútiles! porque ¿de qué le han de valer á ese jóven su ingenio y el arco de Belo? De que se maravillen de él, respondió Formosina. ¡Ah! dijo entre dientes la dama de honor; con otro madrigal que haga, pongo á que de él se enamoran.

Habiendo empero Belo consultado con sus magos, declaró que puesto que ninguno de los tres reyes había podido armar el arco de Nembrod, su hija no por eso se había de quedar doncella, y que sería de aquel que venciese al gran leon que para el caso habían criado en la casa de las fieras. El rey de Egipto, que había sido criado con toda la cordura de su país, pensó que era cosa muy extravagante echar á un rey á las fieras para casarle; y si bien confesaba que la posesion de Formosina era de mucha valía, todavía alegaba que si daba fin el leon de él nunca podría ser marido de esta hermosa babilonia. Del mismo dictámen que el egipcio fué el rey de las Indias, y ambos dijeron que el de Babilonia hacía burla de ellos; que era preciso que viniesen sus ejércitos á tomar venganza; que sobrados vasallos tenían que tendrían á mucha honra morir por servir á sus amos, sin que perdieran ni un cabello sus sagradas cabezas; que con facilidad destronarían al rey de Babilonia, y luégo sortearían á la bella Formosina. Hecho este convenio, cada uno de los reyes despachó á su país una órden terminante de juntar un ejército de trescientos mil hombres para robar á Formosina.

No obstante, el rey de los Escitas bajó solo á la arena, con

la cimitarra en la mano. No estaba éste muy prendado de Formosina; hasta entónces la gloria había sido su única pasión; ésta sola le había traído á Babilonia, y quiso mostrar que, si eran los reyes de Egipto y de la India sobrado prudentes para habérselas con leones, era él sobrado animoso para acometer esta aventura, y no dejar empañado el lustre de la diadema. Su mucho esfuerzo no le dejó siquiera que se valiese del auxilio de su tigre, y solo, armado á la ligera, entró en el circo, cubierto de un yelmo de acero guarnecido de oro, y del cual tremolaban tres colas de caballo más blancas que la nieve.

Lanzaron contra él el más enorme leon que se había criado en las montañas del Anti-Líbano; sus garras terribles tenían trazas de despedazar á los tres reyes juntos, y su honda sima de dientes de engullírselos. Resonaba el anfiteatro con sus horrorosos rugidos. Precipítanse uno contra otro los dos fieros mantenedores á carrera tendida; el valeroso escita le mete la espada en la boca al leon, pero tropieza con uno de aquellos terribles dientes que resisten al acero más duro, salta la hoja en pedazos, y enfurecido con su herida el monstruo de las selvas, ya ahondaba sus sangrientas garras en el pecho del monarca.

Condolido el mancebo desconocido del peligro de tan valeroso príncipe, con la presteza del relámpago se lanza en la arena y le corta al leon la cabeza con la misma destreza que despues hemos visto en los torneos, á caballeros mozos y diestros, enhilar en la lanza sortijas y cabezas de moros. Sacando luégo una cajita, se la presentó al rey de los Escitas diciéndole: En esta caja hallará V. M. el dítamo legítimo que se cria en mi país; en un instante sanará de sus gloriosas heridas. El acaso sólo estorbó que triunfarais del leon, mas no por eso es ménos portentoso vuestro valor.

Más agradecido el rey escita que celoso, dió las gracias á su libertador, y habiéndole dado un tierno abrazo, se volvió á su alojamiento para aplicar á sus heridas el dítamo.

Dió el desconocido la cabeza del leon á su escudero, el cual,

habiéndola lavado en la fuente grande que había debajo del anfiteatro, y desangrándola bien, sacó un gatillo de su saco y arrancó sus cuarenta dientes al leon, sustituyendo en su lugar cuarenta diamantes del mismo tamaño. Su amo, con su acostumbrada modestia, se volvió á su sitio, y dando la cabeza del leon á su pájaro, le dijo: Hermoso pájaro, ve á poner á las plantas de Formosina este pobre tributo. Vuela el pájaro llevando en una de sus garras el tremendo trofeo, y se le presenta á la princesa, bajando rendidamente el cuello y humillándose ante ella. Todos se quedaron deslumbrados con los cuarenta brillantes, que aún no era conocida esta magnificencia en la soberbia Babilonia, y todavía eran reputados por los más preciosos adornos la esmeralda, el topacio, el zafiro y el píropo. Belo y toda su corte estaban arrobados; pero todavía los maravilló más el pájaro que ofrecía este regalo, el cual era del tamaño de un águila, pero tenía los ojos tan suaves y amorosos como son fieros y amenazadores los de las águilas; su pico era de color de rosa, algo parecido al de los bellos labios de Formosina; su cuello reunía todos los colores del arco íris, pero eran más vivos y más lucientes; en su plumaje resplandecía el oro en mil matices; sus piés parecían una mezcla de púrpura y plata, y no se podía comparar con su cola la de las hermosas aves que más tarde fueron al carro de Juno uncidas.

Llevábanse los cuarenta diamantes y el pájaro alternativa-mente la atencion, la curiosidad, el asombro y el pasmo de los cortesanos. Este se había posado encima de la balaustrada, entre Belo y su hija Formosina, la cual le halagaba, le acariciaba y le besaba, y él recibía al parecer sus cariños con cierta satisfaccion unida con respeto. Cuando le daba besos la princesa, se los volvía y la miraba con ojos enternecidos, recibía de ella bizcochos y alfónsigos, que agarraba con su pata de argentada púrpura, y ponía en el pico con una gracia inefable.

Belo, que había mirado con mucha atencion los diamantes, pensaba que apénas con una provincia suya podría pagar tan

rica dádiva. Mandó disponer para el desconocido otros dones todavía más magníficos que los que para los tres monarcas estaban destinados. Sin duda que este mancebo, decía, es hijo del rey de la China ó de la parte del mundo llamada Europa, que algunas veces he oido mentar, ó del Africa, que dicen que linda con el reino de Egipto. Sin tardanza envió á su caballero mayor á congratular al desconocido, y á preguntarle si era soberano de alguno de estos imperios, y por qué siendo dueño de tesoros tan inmensos había venido con un solo escudero y un costal chico.

Miéntras que iba el caballero mayor al anfiteatro á desempeñar su comision, llegó otro escudero en un unicornio, y hablando con el mancebo le dijo: Vuestro padre Ormar está en el último trance de su vida, y he venido á decíroslo. Alzó los ojos al cielo el desconocido, vertió llanto, y no dijo más palabra que: Vámonos.

El caballero mayor, despues de haber congratulado de parte de Belo al vencedor del leon, al donador de los cuarenta diamantes, al dueño del hermoso pájaro, preguntó al escudero de qué reino era rey el padre de este héroe mozo. Respondió el escudero: Su padre es un pastor anciano muy amado en su país.

Durante esta corta conversacion ya había montado el desconocido en su unicornio, y dijo entónces al caballero: Dignaos, señor, de ponerme á las plantas de Belo y su hija, y suplicad á ésta de mi parte que cuide mucho del pájaro que le dejo, que es, como ella, único en el mundo. Diciendo estas razones, se partió como un rayo, seguido de sus dos escuderos, y desapareció en pocos instantes.

Formosina no pudo ménos de dar un grito muy agudo. El pájaro, volviéndose al anfiteatro donde había estado sentado su amo, dió muestras de mucha afliccion por no verle, y clavando luégo la vista en la princesa, y estregando blandamente con su pico su bella mano, parecía dar á entender por señas que se consagraba á su servicio.

Más atónito que nunca Belo con saber que hombre tan extraordinario era hijo de un pastor, no lo pudo creer y mandó ir en su seguimiento; pero en breve le vinieron á decir que nadie podía dar alcance á los unicornios en que iban montados estos tres hombres, y que al paso que llevaban debían de andar cien leguas por día.

§ II.

Discurría todo el mundo acerca de este raro suceso, y hacía mil vanas conjeturas. ¿Cómo puede el hijo de un pastor regalar cuarenta diamantes gruesos? ¿Por qué cabalga en un unicornio? Nadie sabía qué decir, y Formosina acariciaba su pájaro y estaba pensativa además. La princesa Doris, su prima hermana, doncella de buena planta y casi tan hermosa como Formosina, le dijo: Prima, no sé si este semi-dios jóven es hijo de un pastor, pero me parece que ha desempeñado cuantas condiciones para tu casamiento se pedían: ha tendido el arco de Nembrod, ha vencido al leon y tiene mucho talento, pues te ha compuesto una octava muy bonita de repente: despues de los cuarenta enormes diamantes que te ha dado no puedes negar que sea el más generoso de los mortales; en su pájaro poseía la cosa más rara que hay en la tierra; su virtud no tiene segundo, pues pudiendo quedarse contigo se ha ido sin tardanza así que ha sabido que estaba malo su padre. En todos puntos está cumplido el oráculo, ménos en el que exige que derribe á sus competidores; pero más ha hecho que eso, pues ha librado la vida al único que podía temer, y cuando se trate de echar por tierra á los otros dos, creo que no dudas de que se saldrá con ello sin mucha dificultad. Es cierto todo cuanto dices, respondió Formosina; pero, ¿cómo es posible que el mayor, y acaso el más amable de los hombres, sea hijo de un pastor?

Metiéndose entónces la dama de honor en la conversacion, dijo que muchas veces la palabra *pastor* se aplicaba á los re-

yes; que los llamaban *pastores* porque esquilan muy de cerca su ganado; que sin duda el escudero había querido chancearse; que el héroe jóven había venido tan mal acompañado para manifestar cuántas ventajas llevaba su mérito al fausto de los reyes, y para deber la posesion de Formosina á sólo su valor. La princesa no dió otra respuesta que dar mil tiernos besos á su pájaro.

Disponíase en tanto un soberbio banquete para los tres reyes y todos los príncipes que habían venido, en que habían de hacer el principal papel la hija y la sobrina de Belo. Lleváronse á los reyes regalos dignos de la magnificencia de Babilonia, y Belo, miéntras servían, juntó su consejo para consultar acerca del casamiento de la bella Formosina, y á fuer de político consumado habló de esta manera:

Yo soy viejo, y no sé qué me haré ni á quién daré mi hija. El que la merecía es un vil pastor; el rey de Indias y el de Egipto unos petates; el de los Escitas me convendría, pero no ha cumplido con ninguna de las condiciones que se habían impuesto. Voy otra vez á consultar el oráculo; deliberad entre tanto, y nos determinaremos por lo que diga el oráculo, porque un rey siempre se debe gobernar por los preceptos expresos de los inmortales. Fuése dicho esto el rey á sú capilla, y le respondió el oráculo en breves palabras, segun lo tenía de costumbre: *Tu hija no se casará hasta que haya corrido el mundo*. Atónito Belo, se vuelve al consejo con esta respuesta.

Tenían todos los ministros un respeto profundo á los oráculos; todos ó confesaban ó fingían confesar que eran el fundamento de la religion, y que no debe la razon replicarles en nada; que por ellos reinan los reyes en los pueblos, y los magos en los reyes; que sin los oráculos no habría ni virtud ni sosiego en la tierra. Finalmente, despues de haberles manifestado la más rendida veneracion, casi todos opinaron que éste era impertinente, que no debía ser obedecido, que no había cosa más indecente para una doncella, y especialmente para la hija del gran rey de Babilonia, que correr sin saber

adónde; que ese era medio seguro de no casarse ó contraer un matrimonio clandestino, vergonzoso y ridículo; en una palabra, que no tenía este oráculo sentido comun.

El más mozo de los ministros, llamado Onadaso, el cual tenía más entendimiento que los demas, dijo que sin duda hablaba el oráculo de alguna romería devota, y que él se ofrecía á conducir á la princesa. El rey adoptó su dictámen; pero todos querían servir de escuderos. El rey decidió que iría la princesa á distancia de trescientas parasanges, camino de la Arabia, á un templo cuyo santo tutelar tenía fama de buen casamentero, y que la acompañaría el decano del consejo. Tomada esta resolución se fueron á cenar.

§ III.

En mitad de los jardines se levantaba, entre dos cascadas, un salon ovalado de 300 piés de diámetro, cuya azulada bóveda, sembrada de estrellas de oro, representaba todas las constelaciones con los planetas, cada uno en su lugar, y giraba como el cielo esta bóveda por medio de máquinas tan invisibles como las que dirigen los movimientos celestes. Cien mil encendidas mechas, metidas en cilindros de cristal de roca, alumbraban lo interior y lo exterior de la sala; un aparador en gradas estaba cubierto de veinte mil vasos ó platos de oro, y enfrente otras gradas llenas de músicos; otros dos anfiteatros estaban cargados, uno de frutas de todas las estaciones y otro de ánforas de cristal, donde brillaban todos los vinos de la tierra.

Tomaron los convidados asiento en derredor de una mesa embutida toda de piedras preciosas que figuraban frutas y flores. Colocóse la bella Formosina entre el rey de Indias y el de Egipto, y la bella Doris junto al rey de los Escitas. El rey de Babilonia, en medio, enfrente de su hija, parecía sentido de no haber podido casarla, y gustoso por conservarla todavía en su

compañía. Pidióle Formosina licencia para poner su pájaro á su lado á la mesa, y el rey se la otorgó.

La música que se empezó á oír dió entera libertad á cada príncipe para hablar con su vecino, y el banquete pareció tan delicioso como era magnífico. Habían servido delante de Formosina un plato que gustaba mucho al rey su padre: la princesa mandó que se le llevasen á S. M.; al punto agarra con portentosa destreza el pájaro del plato, y va á presentársele al rey. Ya se deja entender cuál fué el asombro de los convidados: Belo le acarició tanto como su hija. Echó luégo el pájaro á volar, y se volvió junto á la princesa, y en su vuelo desplegaba tan hermosa cola, eran tan brillantes los colores de sus alas extendidas, y el oro de su plumaje tan resplandeciente, que todos los ojos estaban clavados en él: todos los concertantes pararon la música y se quedaron inmóviles; nadie comía, nadie chistaba, sólo un murmurio de admiracion se oía. La princesa de Babilonia no hizo más que besarle en toda la cena, sin curarse siquiera de si andaban reyes por el mundo. Los de Indias y Egipto sintieron crecer su enojo, y cada uno de ellos se propuso firmemente acelerar la marcha de sus trescientos mil hombres y vengarse.

El rey de los Escitas estaba entretenido en hablar con la bella Doris, y su arrogante corazon, despreciando sin indignarse los desdenes de Formosina, le había cobrado más desamor que enojo. Confieso, decía, que es hermosa; pero se me figura una de aquellas mujeres que sólo en su beldad se ocupan, y piensan que les debe dar gracias el linaje humano cuando se dignan dejarse ver en público: en mi país no adoramos imágenes; más quisiera una fea condescendiente y amable que esta hermosa estatua: vos, señora, sois tan hermosa como ella, y os dignais á lo ménos conversar con los extranjeros; yo os confieso, con la ingenuidad de un escita, que os prefiero á vuestra prima. Equivocábase, es verdad, acerca del carácter de Formosina, que no era tan desdeñosa como parecía; pero la princesa Doris recibió muy bien su cumplido: em-

pezó á ser muy interesante el diálogo, y ántes de levantarse de la mesa estaban ya ambos muy satisfechos y seguros uno de otro.

Acabada la cena se fueron todos á pasear por los sotillos de los jardines, y el rey de los Escitas se encontró con Doris en un cenador desviado. Doris, que era la ingenuidad misma, dijo así á este príncipe: No quiero yo mal á mi prima, puesto que es más hermosa que yo, y está destinada á regir el cetro de Babilonia. La honra de gustaros me tiene más ufana que si fuera hermosa, y prefiero con vos la Escitia á la corona de Babilonia sin vos, aunque sea de derecho esta corona mia, si derecho hay en el mundo, porque soy de la rama mayor de Nembrod y Formosina es de la menor, habiendo su abuelo destronado al mio y mandádole matar. ¡Conque tanta es la fuerza de la sangre en la casa real de Babilonia! dijo el escita. ¿Cómo se llamaba vuestro abuelo?—Doris como yo, y mi padre tenía el mismo nombre; éste fué desterrado con mi madre al otro extremo del imperio, y despues de la muerte de ambos, no recelando Bulo nada de mí, quiso criarme al lado de su hija, pero intimándome que nunca me casara. Yo quiero vengar á vuestro padre, á vuestro abuelo y á vos, le dijo el rey de los Escitas. Yo os fío que sereis casada; pasado mañana de madrugada os robo, porque mañana estoy convidado á comer con el rey de Babilonia, y vuelvo á mantener vuestros derechos con un ejército de trescientos mil hombres. Sea en buena hora, dijo la bella Doris; y habiéndose jurado guardar fe recíprocamente, se separaron.

Mucho tiempo hacía que se había retirado á su cuarto la incomparable Formosina. Al lado de su cama había mandado poner un naranjito en una maceta de plata para que durmiera su pájaro. Las cortinas estaban cerradas, pero no tenía sueño, que estaban sobrado despiertos su corazon y su imaginacion. Siempre tenía presente al lindo desconocido; ya le veía tirando la flecha con el arco de Nembrod, ya le contemplaba cortando la cabeza al leon, ya recitaba su octava, y ya le veía huir de

entre la muchedumbre montado en su unicornio; prorumpía entónces en sollozos, y clamaba llorando: No le volveré á ver, no le volveré á ver, no volverá más.

Sí, volverá, señora, le respondió desde su naranjo el pájaro; ¿quién es capaz de haberos visto y no volveros á ver?

¡Cielos! ¡potencias eternas! ¡mi pájaro habla en buen caldeo! Diciendo estas palabras, extiende los brazos y se hinca de rodillas en la cama. ¿Sois un dios que ha bajado á la tierra? ¿sois el grande Orosmales escondido en este hermosísimo plumaje? Si sois un dios, restituidme al hermoso mancebo. Soy un pobre volátil, replicó el pájaro; empero nací cuando hablaban todos los animales y cuando conversaban familiarmente con vosotros los burros, los caballos y los grifos. No he querido hablar delante de la gente, de miedo de que me creyeran brujo vuestras damas, y sólo á vos me quiero descubrir.

Fuera de sí Formosina, desatentada, embriagada con tantos portentos, agitada con el anhelo de hacerle mil preguntas de consuno, la primera que le hizo fué qué edad tenía.—Veinte y siete mil y novecientos años y seis meses; soy del tiempo de la pequeña revolucion del cielo, que llaman vuestros magos la precision de los equinoccios, y dura cerca de veintiocho mil de vuestros años. Revoluciones hay infinitamente más largas, y así tenemos otros séres muy más viejos que yo. Veintidos mil años há que en uno de mis viajes aprendí el caldeo, y siempre he conservado mucha aficion á la lengua caldea; pero los demas animales, mis camaradas, han renunciado del habla en vuestros climas.—¿Y por qué así, divino pájaro?— ¡Ay! porque se han acostumbrado los hombres á comernos en vez de conversar y de instruirse con nosotros. ¡Bárbaros! ¿pues qué? ¿no se debían persuadir á que pues tienen los mismos órganos que nosotros, los mismos afectos, las mismas necesidades y los mismos deseos, teníamos lo que llaman un alma lo mismo que ellos, á que éramos sus hermanos y á que sólo los malos eran los que debían cocer y comerse? Tan hermanos vuestros somos, que cuando el Sér Supremo, el Sér Eterno y

Criador hizo un pacto con los hombres (1), nos comprendió positivamente en el tratado, prohibiéndoos expresamente que os alimentaseis con nuestra sangre y á nosotros que bebiéramos la vuestra. Las fábulas de vuestro antiguo Locman, en tantos idiomas traducidas, serán un testimonio eternamente perenne del venturoso comercio que ántes con nosotros teníais, que todas empiezan así: *Cuándo hablaban los animales*. Verdad es que muchas mujeres hay que sin cesar hablan con sus perrillos; mas éstos se han resuelto á no responderos palabra desde que á latigazos los habeis forzado á ir á cazar, y los habeis hecho cómplices de la matanza de nuestros antiguos amigos comunes ciervos, gamos, liebres y perdices. Todavía os quedan poemas antiguos en que hablan los caballos, y áun les hablan vuestros cocheros, empero con expresiones tan indecentes y diciéndoles tan infames palabras, que los caballos, que antiguamente os querían mucho, hoy os detestan. La tierra donde vive vuestro precioso desconocido es hoy la única donde sabe vuestra especie amar á la nuestra y hablar con ella, y el único rincon de la tierra donde sean justos los humanos.

¿Y dónde está esa tierra de mi caro desconocido? ¿cómo se llama ese heroe? ¿cómo su imperio? Porque no puedo creer que sea un pastor, así como no puedo creer que eres tú un murciélago.

Su tierra, señora, es la de los Gangáridas, pueblo invencible y virtuoso, que habita la ribera oriental del Ganges. El nombre de mi amigo es Amazan. No es rey, y no sé si querría abajarse á serlo, que quiere mucho á sus compatriotas. Pastor es como ellos, mas no os imagineis que se parecen estos pastores á los vuestros, los cuales, apénas mal cubiertos de andrajos, guardan carneros muy mejor vestidos que ellos, gimen agobiados de miseria y pagan á un publicano la mitad de la mez-

(1) Véase el cap. IX del Génesis y cap. III, versículos 18 y 19 del Eclesiastes.

quina soldada que de sus amos cobran. Los pastores gangáridas todos han nacido iguales, y son poseedores de innumerables rebaños que pastan en sus eternamente frondosas praderías. Nunca los matan, que es un delito horroroso en el Gániges matar y comerse á sus semejantes: sus lanas, más finas que la más fina y brillante seda, componen el mayor objeto de comercio del Oriente. Sin eso produce el territorio de los gangáridas todo cuanto puede contentar los deseos de los hombres. Los gruesos diamantes que ha tenido Amazan la honra de regalaros provienen de una de sus minas; el unicornio en que habeis visto que venía caballero, es la cabalgadura comun de los gangáridas, y son los más hermosos, los más arrogantes, los más tremendos y los más mansos animales que ornan la haz de la tierra. Cien gangáridas y cien unicornios serían bastantes á disipar innumerables ejércitos. Cerca de doscientos años hace que hubo un rey de las Indias tan frenético que emprendió la conquista de esta nacion y se presentó con una comitiva de diez mil elefantes y un millon de soldados. Los unicornios traspasaron de medio á medio á los elefantes, del mismo modo que he visto yo en vuestra mesa las alondras enhiladas en asadores de oro. Los gangáridas echaban por tierra á los soldados indios, como los pueblos del Oriente siegan el arroz. El rey, con más de seiscientos mil de los suyos, fué hecho prisionero; le bañaron en las salutíferas aguas del Gániges; le pusieron á la dieta del país, la cual consiste en no comer más que vegetales, que produjo la naturaleza para alimento de todo cuanto vive. Los hombres que se alimentan con carne y beben licores fuertes, tienen una sangre acre y adusta, que los torna locos en cien maneras diversas, y su principal desatino se cifra en la manía de verter la sangre de sus hermanos y asolar fértiles llanuras por reinar en cementerios. Seis enteros meses se gastaron en curar de su dolencia al rey de las Indias, y cuando al fin fallaron los médicos que estaba más sosegado su pulso y más sereno su ánimo, dieron un certificado en su favor al consejo de los gangáridas, el cual, por dictámen de

los unicornios, permitió con mucha humanidad que se volviera el rey de las Indias á su país con sus estúpidos cortesanos y sus tontos soldados. Esta lección los ha hecho cuerdos, y desde entónces acá han respetado los indios á los gangáridas, así como los ignorantes que se quieren instruir en vuestro país respetan á los filósofos caldeos, que no pueden igualar. Decidme, amado pájaro, le dijo la princesa, ¿tienen religion los gangáridas?—¡Que si tienen religion, señora! Los dias de la luna llena nos juntamos todos para dar gracias á Dios; los hombres en un vasto templo de cedro, las mujeres en otro, porque no haya distracciones; los pájaros todos en un bosquecillo, y los cuadrúpedos en una hermosa alfombra de césped, y le rendimos las gracias por todos los beneficios que nos hace, y tenemos con especialidad papagayos que predicán á las mil maravillas. Esta es la patria de mi amado Amazan; en ella vivo yo, y le tengo tanta amistad cuanto amor os ha inspirado. Si me dais crédito nos iremos juntos, y le pagareis su visita.

De véras, pájaro mio, que haces bonito oficio, le respondió sonriéndose la princesa, que no podía consigo de ganas de emprender el viaje, y no se atrevía á confesarlo. Sirvo á mi amigo, dijo el pájaro, y despues de la ventura de amaros, la mayor es servir vuestros amores.

Formosina no sabía lo que por ella pasaba, y se creía transportada fuera de la tierra. Todo cuanto había visto, y cuanto estaba viendo en este dia, todo cuanto estaba oyendo, y sobre todo cuanto en su corazon sentía, la tenía en un éxtasis que se dejaba muy atras el que disfrutaban hoy los venturosos musulmanes, cuando desprendidos de sus vínculos terrenales, se hallan en el noveno cielo, en brazos de las huríes, cercados y embebidos en gloria y felicidad celestial.

§ IV.

Toda la noche se le fué hablando de Amazan, á quien no llamaba más que su pastor; y desde entónces muchas naciones emplean promiscuamente los nombres de pastor y de amante para significar una misma cosa.

Unas veces preguntaba al pájaro si había tenido Amazan otras queridas; el pájaro respondía que no, y la princesa no cabía en sí de gozo. Otras quería saber en qué pasaba su vida, y sabía con el mayor júbilo que la gastaba en hacer bien, en cultivar las artes, en penetrar los secretos de la naturaleza y en perfeccionar su sér. Otras quería saber si era el alma de su pájaro de la misma naturaleza que la de su amante, y por qué había vivido el uno cerca de veintiocho mil años, cuando no tenía el otro más que diez y ocho ó diez y nueve. Otras cien preguntas semejantes hacía, y respondía el pájaro con una reserva que irritaba su curiosidad. Al fin cerró el sueño sus párpados, entregando á Formosina á la dulce ilusion de los ensueños enviados por los dioses, que exceden á veces á la realidad misma y que explica con mucha dificultad toda la filosofía de los caldeos.

Era muy tarde cuando despertó Formosina. Acababa de dejarla el sueño cuando entró en su cuarto su padre el rey. El pájaro recibió á su majestad con respetuosa cortesía, fué hasta la puerta, batió las alas, alargó el pescuezo y se volvió á posar en su naranjo. Sentóse el rey sobre la cama de su hija, que habían puesto más hermosa sus sueños, arrimó su lengua barba al hermoso semblante, y habiéndole dado dos besos, le dijo así: Hija querida, ayer no pudiste encontrar un marido, como yo esperaba, puesto que es menester que tengas uno, que lo requiere así la salud de mi imperio. He consultado con el oráculo, el cual, como tú sabes, nunca miente y es la norma de toda mi conducta, y me ha mandado que vayas á correr mundo, y así es fuerza que viajes. ¡A la tierra de los gangári-

das, sin duda! dijo ella; y cuando hubo soltado estas palabras, advirtió que había hecho un disparate. El rey, que no sabía palabra de geografía, le preguntó qué tierra era la de los gangáridas, y ella halló con facilidad una salida. Díjole su padre que era preciso que fuese á una romería, que había nombrado las personas de su comitiva, el decano de los consejeros de Estado, el capellan mayor, una dama de honor, un médico, un boticario y su pájaro con toda la servidumbre correspondiente. Formosina, que nunca había salido del palacio del rey su padre, y que hasta el día de Amazan y los tres reyes había pasado una vida muy insulsa en la etiqueta del fausto y la apariencia de los deleites, se alegró mucho de ir á una romería. ¿Quién sabe, decía en su corazon, si inspirarán los dioses á mi amado gangárida el mismo deseo de ir á la propia ermita, y si tendré el gusto de volver á ver á mi peregrino? Dió luego amorosas gracias á su padre, diciéndole que siempre había sido devota muy de corazon al santo á cuya capilla la enviaba.

Dió Belo una excelente comida á sus huéspedes, donde no se encontraron más que hombres, todos muy mal apareados; reyes, príncipes, ministros, pontífices, celosos todos unos de otros, pesando sus palabras, mal avenidos con sus vecinos y consigo propios. Fué muy triste el banquete, puesto que bebieron mucho los convidados. Las princesas se quedaron en sus aposentos, ocupadas ambas en componer su viaje, y comieron á su mesa separada. Fuése luego Formosina á pasear al jardin en compañía de su amado pájaro, el cual por divertirla volaba de uno en otro árbol, extendiendo su soberbia cola y su plumaje divino.

El rey de Egipto, que estaba caliente con el vino, por no decir borracho, pidió á uno de sus pajes un arco y flechas. Verdad es que era este príncipe el más desmañado flechero de su reino; y cuando tiraba al blanco, el sitio en que estaba uno más seguro era aquel adonde dirigía el apunte. Pero el hermoso pájaro, volando con tanta presteza como la flecha, se

presentó de sí propio al tiro y cayó ensangrentado en los brazos de Formosina. El egipcio, riendo con una risa tonta, se retiró á su alojamiento. Traspasaba la princesa con sus llantos el cielo, se deshacía en lágrimas y se daba de golpes y bofetadas. El moribundo pájaro le dijo al oído: Quemadme, y no dejéis de llevar mis cenizas á la Arabia Feliz, al Oriente de la antigua ciudad de Aden ó Eden, y ponerlas al sol en una pira chica de clavo y canela. Dichas estas palabras, espiró. Formosina estuvo largo rato desmayada; cuando volvió en sí fué para prorumpir en nuevos sollozos. Su padre, participando su dolor y pronunciando imprecaciones contra el rey de Egipto, no dudó de que presagiaba esta aventura un siniestro porvenir, y fué luego á consultar con el oráculo de su capilla, que le respondió: «Mezcla de todo, muerto vivo, infidelidad y constancia, ganancia y pérdida, dicha y calamidad.» Ni su consejo ni él entendieron una palabra; pero al cabo estaba muy satisfecho con haber cumplido con lo que pedía la devoción.

Deshecha en lágrimas su hija mientras él consultaba con el oráculo, hizo al pájaro las fúnebres exequias que había éste mandado, y se resolvió á llevarle á la Arabia á peligro de su vida. Le quemó en tela incombustible con el naranjo donde había dormido y recogió las cenizas en un vaso chico de oro esmaltado en carbunclos y diamantes que arrancó de la boca del leon. ¡Oh, si hubiera podido, en vez de cumplir con tan funesto ministerio, quemar vivo al detestable rey de Egipto! Ese era todo su anhelo. Mandó matar de despecho á sus dos cocodrilos, á sus dos hipopótamos, á sus dos cebras y á sus dos ichneumones y tirar sus dos momias al Eufrates; y si hubiera cogido á su buey Apis, le hubiera hecho pasar mal rato. Fuera de sí con tamaño agravio el monarca egipcio, se partió sin demora para dar priesa á sus 300.000 soldados; y el de Indias, viendo que se había ido su aliado, se marchó aquel mismo dia, con ánimo firme de juntar sus 300.000 indios con el ejército egipcio. Aquella noche se escapó con la princesa Do-

ris el rey de Escitia, resuelto á venir á pelear en su demanda al frente de 300.000 escitas, para restituirle la corona de Babilonia, que le pertenecía como descendiente de la rama mayor. La hermosa Formosina se puso tambien en camino á las tres de la madrugada con su caravana de romeros, con la esperanza de que podría ir á la Arabia á cumplir con la última voluntad de su pájaro, y de que le tornaríá la justicia de los inmortales dioses á su caro Amazan, sin el cual no podía ya vivir un punto.

Cuando despertó el rey de Babilonia se encontró solo. Así se acaban las fiestas solemnes, decía, dejando tras de sí un espantoso hueco en el alma, despues del estrépito que han hecho. Arreatóse empero de una saña verdaderamente regia, cuando supo que había sido robada la princesa Doris, y dió orden de despertar á todos sus ministros y de convocar el consejo. En tanto que se congregaban fué á consultar á su oráculo, del cual no pudo sacar más que estas palabras, que despues tan célebres han sido en todo el Universo: «Cuando no »casan á las doncellas, se casan ellas.»

Expidiéronse luégo órdenes para que marcharan 300.000 hombres contra el rey de los escitas. Así se encendió en todas partes la más terrible guerra ocasionada por los deleites de la más lucida fiesta que se haya celebrado en la tierra. Cuatro ejércitos de 300.000 hombres iban á desolar el Asia. La guerra de Troya, que asombró el mundo algunos siglos despues, era juego de niños comparada con esta; pero es verdad que en la contienda de los troyanos se trataba de una vieja muy libertina, que dos veces había hecho que la robaran, y en ésta de un pájaro y dos doncellas.

El rey de Indias se fué á esperar su ejército por la magnífica calzada que entónces iba desde Babilonia á Cachemira, y el de los escitas, en compañía de Doris, por la que atravesaba el monte Imao, que todas han desaparecido despues á causa del mal gobierno. El rey de Egipto se había dirigido al Occidente, y se encaminaba hácia el pequeño Mar Mediterráneo,

que los hebreos , ignorantes , llamaron luégo el Mar Grande.

La bella Formosina seguía el camino de Basora, plantado de dátiles, que daban sombra eterna y fruta en todas las estaciones del año. En la misma Basora estaba el templo adonde iba en romería, y el santo á quien estaba dedicado era, con corta diferencia, como el que posteriormente adoraron en Lamsaco, el cual daba maridos á las doncellas y les servía muchas veces de marido, y era el santo á quien más devocion tenían en toda el Asia. Formosina no se curaba del santo de Basora, ni invocaba otro que á su adorado pastor gangárida, el hermoso Amazan. Pensaba embarcarse en Basora y aportar á la Arabia Feliz, para cumplir la manda del pájaro difunto.

La tercera jornada, apénas hubo entrado en una posada donde sus aposentadores le habían preparado alojamiento, supo que tambien había llegado el rey de Egipto, que informado por sus espías del camino que traía la princesa, había mudado la direccion del suyo, acompañado de una crecida comitiva. Así que llegó hizo poner centinelas á todas las puertas, y subió al cuarto de la bella Formosina, á quien dijo: Señorita, en busca vuestra he venido; poquísimos aprecio habeis hecho de mí cuando estaba en Babilonia, y es muy justo castigar á remilgadas y melindrosas; haréisme el favor de cenar esta noche conmigo; mi cama será la vuestra y me portaré con vos segun me dejéis satisfecho.

Bien vió Formosina que no sacaría nada á fuerza, y sabiendo que la prudencia consiste en conformarse con su situacion, se resolvió á librarse del rey de Egipto con un ardid inocente. Paróse á mirarle con mucha ternura y de soslayo, y con una modestia, una gracia, una confusion, un cariño y una muchedumbre de embelesos que hubieran hecho perder la cabeza al hombre más cuerdo y cegado, al más perspicaz, le dijo así: Confiésoos, señor, que siempre tuve bajos los ojos en vuestra presencia, cuando honrasteis al rey, mi padre, viniendo á su palacio; porque me recelaba de mi corazon y de mi sencillez, ingenua en demasía, y me temía que mi padre y vuestros com-



petidores advirtiesen la preferencia que yo os daba y que tan bien merecis. Ahora me puedo abandonar á los sentimientos de mi corazon. Por el buey Apis, que despues de vos es para mí la más respetable cosa del mundo, que me ha llenado de júbilo vuestra propuesta. En el palacio del rey, mi padre, cené con vos, y hoy cenaré tambien en esta posada sin que él esté presente; lo único que os ruego es que convideis á vuestro capellan mayor, que me pareció en Babilonia sujeto muy jovial; traigo conmigo excelente vino de Chiras, y quiero que le bebais ambos. Vuestra segunda propuesta es ciertamente muy apreciable; pero una doncella bien criada no puede responder categóricamente á ella; basteos con saber que siempre os he tenido por el mayor de los reyes y el más amable de los mortales.

Con estas razones perdió la cabeza el pobre rey de Egipto, y consintió en que fuese el capellan de la partida. Otro favor tengo que pedir, dijo la princesa, y es que me permitais que hable con mi boticario: las doncellas adolecen siempre de ciertos leves achaques que requieren algunos remedios; por ejemplo, dolores de cabeza, palpitaciones de corazon, cólicos, vágidos que en ciertas circunstancias se deben precaver; en fin, necesito á mi boticario, y espero que no me negueis esta leve prueba de cariño. Señorita, respondió el rey de Egipto, puesto que tiene un boticario planes diametralmente opuestos á los míos, y son los objetos de su arte lo contrario de los del mio, soy yo hombre tan bien criado que no quiero negarme á tan justa solicitud: voy á dar órden de que hable con vos mientras disponen la cena; y como pienso que estareis algo cansada del viaje y podreis necesitar de una camarera, teneis facultad para llamar á la que os pareciere: yo luégo aguardaré vuestras órdenes y la hora que por más oportuna tuviereis. Retírase dicho esto, y vino el boticario y la camarera llamada Irla, en quien tenía la princesa una entera confianza. Mandóle que trajera seis botellas de vino de Chiras para cenar, y que hiciera que bebiesen del mismo todos los centinelas que tenían á sus

oficiales arrestados, y encomendó luégo al boticario que pusiera en todas las botellas ciertas drogas de su botica que hacían dormir por espacio de veinticuatro horas, y que traía siempre consigo. Hizose puntualmente lo que había mandado. Al cabo de media hora volvió el rey con su capellan mayor; fué la cena muy divertida; el monarca y el sacerdote se bebieron las seis botellas, y confesaron que no había vino tan exquisito en Egipto, y la camarera cuidó de que bebieran del mismo los criados que habían servido á la mesa. La princesa se guardó muy bien de probarle, pretextando que la tenía su médico á dieta. En breve tiempo se quedaron todos dormidos.

Tenía el capellan del rey de Egipto la barba más hermosa que en hombre de su oficio se podía ver. Formosina se la cortó con mucha maña, y cosiéndola luégo á una cinta se la ató á la cara; se vistió con el ropaje del tal capellan y con todas las insignias de su dignidad, disfrazó á su camarera de sacristan de la diosa Isis, y antecogiendo luégo sus piedras preciosas y su urna, salió de la posada atravesando las centinelas que estaban dormidas como su rey. La sirvienta había cuidado de tener dos caballos dispuestos. La princesa no se pudo llevar consigo á ningun oficial de su comitiva, porque le hubiera arrestado la gran guardia. Pasaron Irla y Formosina por medio de las filas de soldados, que creyendo que la princesa era el sumo sacerdote, le llamaban *padre reverendísimo* y le pedían la bendición.

En veinticuatro horas llegaron las dos fugitivas á Basora ántes que despertara el rey, y dejaron su disfraz que hubiera podido hacerlas sospechosas: fletaron luégo una nave que por el estrecho de Ormuz las condujo á la amena playa de Eden, en la Arabia Feliz. Este mismo es aquel Eden cuyos jardines fueron tan célebres que fingieron que eran la mansion de los justos, y fueron la pauta de los campos Elíseos, de los jardines de las Hespéridas y de las Islas Fortunadas, porque en estos ardientes climas nunca imaginaron los hombres mayor bienaventuranza que la sombra y el murmurio de las aguas.

Vivir en el cielo eternamente con el Sér Supremo, ó pasearse en el jardín, en el paraíso, fué una cosa misma para los hombres que siempre hablan sin entenderse, y nunca han podido formarse ideas claras ni expresarlas con exactitud.

Luégo que se vió la princesa en este país, lo primero en que pensó fué en tributar á su caro pájaro las honras fúnebres que había exigido, y con sus hermosas manos erigió una pira chica de clavo y canela. ¡Cuánto fué su asombro cuando habiendo esparcido en esta pira las cenizas del pájaro la vió inflamarse espontáneamente! En un momento se consumió todo, y sólo quedó en vez de las cenizas un huevo muy grueso, del cual vió salir á su pájaro más brillante que nunca. Este fué el instante más delicioso que en toda su vida había tenido la princesa: uno sólo le podía parecer más grato; pero ansiaba por él, sin esperanza de que se realizara.

Bien veo, dijo al pájaro, que sois el fénix de que tanto me han hablado, y estoy á punto de morir de gozo y de asombro. No creía en la resurreccion, pero mi dicha me ha convencido de su certeza. La resurreccion, señora, le dijo el fénix, es la cosa más sencilla de este mundo, y no es más portento nacer dos veces que una. Todo en este mundo es resurreccion: las orugas resucitan hechas mariposas; un hueso de fruta sembrado resucita en forma de árbol; todos los animales enterados resucitan convertidos en hierba, y alimentan á otros animales de cuya sustancia componen luégo parte; todas las partículas componentes de los cuerpos se mudan en séres diferentes. Verdad es que yo soy el único á quien ha otorgado el omnipotente Orosmales la prerogativa de resucitar en su propia forma y naturaleza.

Formosina, que desde el dia que había visto por la vez primera al fénix y á Amazan, estaba en un asombro perpetuo, le dijo: Bien entiendo que el Supremo Sér haya podido formar de vuestras cenizas un fénix parecido á vos; empero que seas precisamente la misma persona y tengais la misma alma, confieso que no lo entiendo con claridad. ¿Qué se ha hecho vues-

tra alma miéntras que despues de vuestra muerte os llevaba yo en mi faltriquera?—¡Dios mio, señora! ¿No es tan fácil para el grande Orosmales continuar su accion en una pequeña partícula de mí propio, como empezar esta accion? Antes me había dado el sentido, la memoria y el pensamiento; ahora me los da de nuevo; que haya subordinado esta prerogativa á un átomo de fuego elemental oculto en mí ó al conjunto de mis órganos, poco importa; jamás ni los hombres ni los fénixes sabran cómo sucede este fenómeno; pero la mayor gracia que me ha otorgado el Sér Supremo es hacer que renazca para servirlos. ¡Ojalá y pudiera pasar los veintiocho mil años que me quedan que vivir de aquí á mi primera resurreccion futura junto á vos y á mi querido Amazan!

Fénix mio, le replicó la princesa, acuérdate que las primeras palabras que en Babilonia me dijiste, y de que nunca me olvidaré, fueron darme esperanza de volver á ver al amado pastor que idolatro. Es necesario que vayamos juntos al país de los gangáridas, y que me lo lleve conmigo á Babilonia. Ese es mi ánimo, dijo el fénix; pero no perdamos un momento, vamos en busca de Amazan por el camino más corto, quiero decir, por los aires. En la Arabia Feliz hay dos grifos, íntimos amigos míos, que viven poco más de 150 millas de aquí; les voy á escribir por la posta de palomas, y vendrán ántes que anochezca. Tiempo tendremos para que nos hagan un canapé muy cómodo con cajones para bastimentos: estareis muy á gusto en este carruaje en compañía de vuestra doncella: los dos grifos son los más robustos de su casta, y cada uno llevará un brazo del canapé en sus garras; pero repito que son preciosos los instantes. Fuése al punto con Formosina á mandar hacer el canapé en casa de un ebanista conocido suyo, y en cuatro horas estaba ya concluido. En los cajones metieron panecillos de leche, bizcochos más exquisitos que los de Babilonia, ponciles, piñas, cocos, alfónsigos y vino de Eden, tan superior al vino de Chiras como éste lo es al de Fuencarral.

Era el canapé tan ligero quanto sólido y cómodo. Los dos

grifos llegaron á Eden á la hora aplazada y Formosina se sentó con Irla en la silla de manos. Los dos grifos la levantaron como si fuese una pluma. El fénix unas veces iba volando al lado, y otras se posaba en el respaldo. Dirigieron los grifos el rumbo hácia el Ganges con la velocidad de una flecha que hiende los aires; sólo por la noche descansaban un rato para comer y para que bebiesen un trago los dos carruajeros.

Al fin llegaron al país de los gangáridas, palpitándole á la princesa el corazón de esperanza, amor y alborozo. Hizo el fénix parar el carruaje á la puerta de la casa de Amazan, y dijo que le quería hablar; pero tres horas hacía que se había marchado, sin que nadie supiera adónde.

Ni aún en el idioma de los gangáridas hay términos que basten á manifestar la desesperación de Formosina. ¡Ay! esto era lo que yo me temía, dijo el fénix; las tres horas que en vuestra posada, camino de Basora, habeis pasado con aquel maldito rey de Egipto, os han robado, acaso para siempre, la dicha de vuestra vida, porque mucho me temo que hayamos perdido á Amazan sin remedio.

Preguntó entónces á los criados si se podía hablar con su señora madre, y respondieron que había muerto su marido dos días hacía, y que no recibía á nadie. El fénix, que tenía mucha mano en la casa, hizo que descansara la princesa de Babilonia en una sala cuyas paredes estaban vestidas de maderas de naranjo con bordes de marfil: los zagales y zagalas vestidos de ropas tálares blancas con guarniciones de color de aurora, le sirvieron en cien canastillos de porcelana cien deliciosos manjares, sin que hubiese en todos ellos ningun cadáver disfrazado; que eran arroz, segú, sémola, fideos, macarrones, huevos con leche, requesones, todo género de pasteles, legumbres, frutas de un aroma y un sabor de que no hay idea en los otros climas, y una profusión de licores refrigerantes, más delicados que los mejores vinos.

Miéntas que comía la princesa acostada en una cama de rosas, la aventaban con sus lucidas alas cuatro pavones ó pavos.

reales, mudos por fortuna, y le daban música en dos coros doscientos pájaros y cien pastores con otras tantas pastoras; los ruisiñores, los canarios, las currucas y los pinzones cantaban el tiple, y los pastores llevaban el contralto y el bajo; en fin, era la hermosa sencillez de la naturaleza. Confesó la princesa que si en Babilonia había más magnificencia, era cien veces más agradable la naturaleza en el país de los gangáridas. Pero mientras le daban esta música tan suave y tan deliciosa se estaba deshaciendo en lágrimas, y diciendo á su compañera la jóven Irla: Estos pastores y pastoras, estos ruisiñores y canarios disfrutaban de sus amores, y yo estoy privada del héroe gangárida, digno objeto de mis impacientes y amorosas ansias.

Mientras que estaba haciendo este desayuno, y pasmándose y llorando, decía el fénix á la madre de Amazan: Señora, no podeis ménos de ver á la princesa de Babilonia: ya sabeis... Todo lo sé, dijo, hasta su aventura en la posada, camino de Basora, que me la ha contado esta mañana un mirlo, y este mirlo cruel es la causa de que desesperado mi hijo haya perdido el juicio y haya abandonado sus hogares paternos. ¿Conque no sabeis, replicó el fénix, que me ha resucitado la princesa?—No, hijo mio, por el mirlo supe que habías muerto, y esto me tenía desconsoladísima, y tan afligida estaba con tu pérdida, con la muerte de mi marido y con la partida arrebatada de mi hijo, que había mandado no dejasen entrar á nadie; pero una vez que me honra la princesa de Babilonia con su visita, dile que éntre al punto, que tengo cosas de la mayor gravedad que decirle, y quiero que estés presente. Fué luégo á otra sala á recibir á la princesa, á pasos lentos, porque tenía ya unos 300 años de edad, aunque aún estaba de buen parecer, y se echaba de ver que de 230 á 240 años había sido muy linda. Recibió á Formosina con una respetuosa dignidad, unida con tanto interes y sentimiento, que hizo la más viva impresion en la princesa.

Dióle primero Formosina el pésame por la muerte de su marido. ¡Ay! dijo la viuda, más de lo que pensais os toca de cerca

su pérdida. Mucho la siento, dijo Formosina; era padre de... Diciendo estas palabras, echó á llorar. Sólo por él he venido, arrojando mil riesgos; por él he abandonado á mis padres y la corte mas brillante del universo: he sido robada por un rey de Egipto á quien detesto; he frustrado á este forzador de doncellas, y he atravesado los aires por venir á ver á quien tanto quiero; llego, y él huye de mí. Las lágrimas y los suspiros le quitaron que dijese otra cosa. Respondióle entónces la madre: Señora, cuando os robaba el rey de Egipto, cuando estabais cenando con él en un meson, camino de Basora, cuando le escanciaban vuestras manos el vino de Chiras, ¿no os acordais de un mirlo que andaba revoloteando por el cuarto?—Sí, por cierto, ahora hago memoria, no había parado la atencion; pero recapacitando mis ideas, bien me acuerdo que cuando se levantó de la mesa el rey de Egipto para darme un beso, se voló el mirlo por la ventana dando un fuerte grito, y no se le volvió á ver. ¡Ay! señorita, replicó la madre de Amazan, pues esa justamente es la causa de vuestras desgracias: mi hijo había enviado á ese mirlo á saber de vuestra salud y cuanto sucedía en Babilonia; pensaba volver muy en breve á ponerse á vuestras plantas, y consagraros su vida entera, porque es inddecible cuánto os adora. Los gangáridas son todos enamorados y fieles; pero mi hijo es el más rendido y más constante de todos. El mirlo os encontró en la venta donde bebíais con mucha algazara con el rey de Egipto y un maldito capellan: vió finalmente que dabais un beso amoroso á este monarca que había muerto al fénix, y á quien tiene mi hijo una repugnancia invencible; y poseído de una justa indignacion al presenciar esta escena, se voló maldiciendo vuestro fatal amor. Hoy ha vuelto y lo ha contado todo, ¡y en qué instante, santos cielos! cuando estaba mi hijo lamentando conmigo la muerte de su padre y la del fénix, y cuando sabía de mi boca que es primo hermano vuestro.—¡Oh cielos, primo mio, señora! ¿Es posible? ¿Por qué accidente? ¿Cómo? ¡Conque es tanta mi dicha, y tanta con ella mi desgracia, que le he ofen-

dido! Ya os he dicho que mi hijo es primo vuestro, replicó la madre, y al instante os voy á dar la prueba; pero cuando gano una parienta me quita ésta á mi hijo, porque no podrá sobrevivir al pesar que le ha causado el beso que disteis al rey de Egipto. ¡Ah tial exclamó la bella Formosina, por él os juro y por el potente Orosmales, que léjos de ser culpado, era este beso fatal la más alta prueba de amor que podía yo dar á vuestro hijo. Por él desobedecía á mi padre; por él he venido desde el Eufrates al Ganges. Habiendo caido en manos del indigno Faraon de Egipto, sólo engañándole podía escaparme de él; testigos son las cenizas y el alma del fénix que iba entónces en mi faltriquera, y que no me dejará mentir. ¿Pero cómo puede ser primo mio vuestro hijo que ha nacido á orillas del Ganges, cuando mi familia reina en las del Eufrates tantos siglos hace? Ya sabeis, le dijo la venerable gangárida, que Doris vuestro tio era rey de Babilonia, y fué destronado por el padre de Belo.—Sí, señora.—Tambien sabeis que Doris su hijo tuvo de su matrimonio á la princesa Doris criada en vuestro palacio. Pues este príncipe perseguido por vuestro padre se vino á refugiar á nuestro venturoso país, y tomando otro nombre se casó conmigo. De nuestra union nació el príncipe jóven Doris Amazan, el más hermoso, el más esforzado, el más valiente, el más virtuoso de los humanos, y hoy el más desatinado: fué á las fiestas de Babilonia, llevado de la reputacion de vuestra beldad; desde entónces os idolatra, y acaso nunca volveré á ver á mi caro hijo.

Diciendo esto, presentó á la princesa todos los documentos de la casa de los Doris, pero apénas se dignó mirarlos Formosina. ¡Ah! señora, exclamó, ¿quién se detiene á examinar lo que desea? Harto crédito os da mi corazon. ¿Mas dónde está Doris Amazan? ¿dónde mi pariente, mi amante, mi rey? ¿dónde está mi vida? ¿qué camino ha llevado? que iré á buscarle en cuantos globos ha formado el Eterno y que él orna, que iré á la estrella de Canopo, á Chacath y á Aldebaran: allá subiré á probarle mi amor y mi inocencia.

Justificó el fénix á la princesa del delito que le había imputado el mirlo de haber dado un beso amoroso al rey de Egipto; pero se trataba de desengañar y traerse consigo á Amazan. Despachó pájaros por todos los caminos, hizo que recorriesen el país una muchedumbre de unicornios: al cabo supo que se había encaminado Amazan á la China. Pues vamos á la China, exclamó la princesa, que no está léjos, y dentro de quince dias lo más tarde espero estar de vuelta con vuestro hijo. ¡Qué de lágrimas vertieron al decir estas palabras la madre gangárida y la princesa de Babilonia! ¡qué de tiernos abrazos y cuán de corazon se dieron! Al punto dispuso el fénix poner un coche con seis unicornios. La madre le dió doscientos jinetes, y regaló á su sobrina la princesa algunos miles de los más hermosos diamantes del país; y el fénix, afligido con los males que había traído la imprudencia del mirlo, hizo mandar por un bando á todos los mirlos que saliesen desterrados, y desde entónces no se ha visto uno á orillas del Gániges.

§ V.

En ménos de ocho dias llevaron los unicornios á Cambalú, capital de la China, á Formosina, Irla y el fénix. La ciudad era mayor que Babilonia y de una magnificencia que en nada se le parecía. Se hubiera Formosina complacido con el espectáculo de estos nuevos objetos y nuevas costumbres, si hubiera podido pensar en otra cosa que en su Amazan.

Luégo que supo el emperador de la China que estaba la princesa de Babilonia á una de las puertas de la ciudad, le despachó cuatro mil mandarines en traje de ceremonia, que todos se postraron en su presencia, y le ofreció cada uno un cumplido escrito en letras de oro en un pliego de seda color de escarlata. Díjoles Formosina que si tuviera cuatro mil lenguas, sobre la marcha respondería á los cuatro mil mandarines; pero que como no tenía más de una les suplicaba que se diesen por satisfechos si les daba las gracias á todos en gene-

ral. Luégo la llevaron con mucho respeto al palacio del emperador.

Era éste el monarca más justo, más urbano y más cuerdo de la tierra: él fué el primero que labró un campo pequeño con sus manos imperiales, para que su pueblo respetase la agricultura; el primero que fundó recompensas para la virtud cuando en los demas países se ceñían torpemente las leyes á castigar los delitos. Acababa de expeler de sus estados á una turba de bonzos extranjeros venidos de los extremos de Occidente, con la desatinada idea de forzar á toda la China á que pensara como ellos, y con pretexto de anunciar verdades ya habían granjeado riquezas y honores. Cuando los echó, les dijo estas palabras terminantes, archivadas en los anales del imperio:

«Aquí pudierais hacer tanto mal como en otras partes habeis
» hecho: habeis venido á predicar dogmas de intolerancia en
» la nacion más tolerante de la tierra. Os echo por no verme
» precisado á castigaros. Os volverán á conducir con honor
» hasta mis fronteras, y os darán todo lo necesario para volve-
» ros á los linderos del hemisferio de donde habeis venido. Id
» en paz, si podeis vivir en paz, y no volvais más.»

La princesa de Babilonia supo con mucha satisfaccion esta decision y estas palabras del monarca, asegurandose de ser bien vista en su corte, porque estaba muy léjos de profesar dogmas intolerantes. El emperador de la China comió con ella á solas, y fué tan cortés que desterró todo el engorro de una etiqueta incómoda. Formosina le presentó el fénix al cual acarició mucho el emperador, y al fin de la comida le confesó sin rebozo el motivo de su viaje, y le rogó que mandase buscar en Cambalú al bello Amazan, contándole las aventuras de éste, sin ocultarle cuán enamorado estaba su corazon del héroe mozo. ¿A quién se lo decís? le respondió el emperador de la China: ese amable Amazan me ha hecho el favor de venir á mi córte, y me ha embelesado. Verdad es que está profundamente afligido, pero eso más interesan sus gracias. Ninguno

de mis validos es más discreto; ningun mandarín togado posee más vasto saber; ningun mandarin militar tiene mas aire marcial y más heroico, y su mucha juventud da nuevo lustre á todas sus habilidades. Si fuera yo tan desdichado, tan abandonado del Tien y del Changti, que quisiera ser conquistador, le rogaría que se pusiera al frente de mis ejércitos y estaría cierto de triunfar del orbe entero : lástima es que su pesar le haya vuelto un poco el juicio.

Ah, señor, le dijo Formosina, inflamado el semblante y con tono de mujer resentida, pesarosa y sobrecogida, ¿por qué no le habeis convidado á comer conmigo? Me estais dando mil muertes; mandadle llamar al punto.—Señora, esta mañana se ha ido sin decir adónde se encaminaba. Volviéndose entónces Fermosina al fénix le dijo: ¿Has visto, fénix mio, doncella más desgraciada que yo? Pero, señor, continuó, ¿cómo y por qué ha dejado una córte tan culta como la vuestra donde me figuro yo que quisiera cualquiera pasar su vida?—El caso, señora, ha sido que se ha enamorado de él una princesa de la sangre, de las más hermosas, y le ha citado para las doce del día en su casa; pero él se ha ido al amanecer, dejando esta esquila que ha costado á mi parienta amargos llantos.

«Bella princesa de la sangre china, merecis un corazon
»que nunca haya sido de otra que vos, y yo he hecho voto á
»los dioses inmortales de no amar á ninguna otra que á For-
»mosina, princesa de Babilonia, y de enseñarle cómo puede
»uno domar sus apetitos en sus viajes. Ha tenido ella la des-
»gracia de rendirse á un indigno rey de Egipto, y yo soy el
»más desventurado de los hombres. He perdido á mi padre y
»al fénix y la esperanza de ser amado de Formosina; he de-
»jado á mi desconsolada madre y mi patria, no pudiendo vi-
»vir un instante en los lugares donde he sabido que Formo-
»sina estaba prendada de otro que de mí; he jurado correr el
»mundo y serle fiel. Vos me despreciaríais, y los dioses me
»castigarían si violase mi juramento : escoged un amante, se-
»ñora, y sedle tan fiel como yo.»

¡Ah! dejadme esa asombrosa carta, dijo la bella Formosina, que será mi consuelo : en mi desgracia soy feliz. Aman me quiere, Aman renuncia por mí de la posesion de las prince-sas chinas. Sólo él en la tierra es capaz de alcanzar tan alta victoria. Un gran ejemplo me da : bien sabe el fénix que yo no le necesitaba : triste cosa es verse privada de su amante por el beso | más inocente dado por mera fidelidad. Pero en fin, ¿adónde ha ido? ¿qué camino lleva? Dignaos de decírmelo, y me parto al instante.

Respondióle el emperador de la China que segun los avi-sos que le habían dado, creía que había seguido su amante un camino que iba á parar á Escitia. Al punto uncieron á los uni-cornios, y la princesa, habiéndole hecho los más afectuosos cumplidos, se despidió del emperador, y se fué con el fénix, su camarera Irla y toda su comitiva.

Luégo que llegó á la Escitia, vió más que nunca cuánto se diferencian los hombres y los gobiernos, y se diferenciarán siempre, hasta que algun pueblo más ilustrado que los otros comunique progresivamente la luz despues de mil siglos de ti-nieblas, y hasta que se encuentren en bárbaros climas ánimos heroicos que tengan suficiente fuerza y perseverancia para convertir los brutos en hombres. En la Escitia no había ciudades, ni por consiguiente artes agradables ; solo se veían vastos prados y naciones enteras bajo tiendas ó encima de carros : este aspecto causaba espanto. Preguntó Formosina en qué tienda ó carreta vivía el rey y le dijeron que ocho dias ha-cía se había puesto en camino al frente de trescientos mil jine-tes para salir al encuentro al rey de Babilonia, cuya sobrina, la hermosa Doris, se había traído robada. ¡A mi prima ha ro-bado! exclamó Formosina ; no sabía yo esta nueva aventura. ¡Conque mi prima, que se tenía por muy dichosa con hacer-me corte, es reina y yo todavía no estoy casada! Incontinenti hizo que la condujeran á las tiendas de la reina.

Su inesperada reunion en estos remotos climas, las cosas extrañas que recíprocamente se tenían que decir, dieron á su

conferencia cierto embeleso que fué parte á que se olvidaran de que nunca se habían querido. Se volvieron á ver con gran júbilo ; se susitiuyó una ilusión halagüeña á un cariño sincero; se abrazaron llorando, y se hablaron con lisura y cordialidad, visto que no era la conferencia en un palacio.

Reconoció Doris á la confidenta Irla y el fénix, y regaló pieles de cebollina á su prima, la cual le dió diamantes. Hablaron de la guerra que emprendían ambos reyes, y se con dolieron de la suerte de los hombres que por antojo envían los monarcas á que se quiten la vida por contiendas que dos árbitros honrados podrían conciliar en una hora; pero particularmente razonaron del bello extranjero, vencedor de leones, dador de los diamantes más gruesos del universo, compositor de versos, poseor del fénix y el más desventurado de los hombres por la habladuría de un mirlo. Ese es mi querido hermano, decía Doris. Es mi amante, exclamó Formosina; sin duda que le has visto y acaso está todavía aquí ; porque ya sabes, prima, que es hermano tuyo, y no te habrá dejado de repente como ha hecho con el rey de la China. ¡Que si le he visto, dioses santos! replicó Doris ; cuatro dias enteros ha pasado conmigo. ¡Ah, prima, qué digno de compasion es mi hermano! Un aviso falso le ha vuelto enteramente loco, y anda corriendo el mundo sin saber adónde va. Figúrate que es tanto su frenesí, que no ha admitido los favores de la más hermosa mujer de toda Escitia : ayer se partió despues de escribirle una carta que la ha desesperado, y se fué al país de los Cimerios. Bendito sea Dios, dijo Formosina, nuevo desden en gloria mia : mi ventura excede mis esperanzas, como mi desgracia excede mis temores. Manda que me den esa preciosa carta y me voy en su seguimiento, llenas las manos de sus sacrificios. Adios, prima, Amazan está en el país de los Cimerios, allá voy volando.

A Doris le pareció que su prima la princesa era todavía más loca que su hermano Amazan; pero como ella misma había sentido los tiros de esta epidemia, como por seguir al rey de

los Escitas había abandonado las delicias y la magnificencia de Babilonia, y como siempre toman interes las mujeres en las locuras que causa el amor, la enterneció de véras Formosina, le deseó feliz viaje, y le prometió que la pondría bien con su hermano si tenía la dicha de volverle á ver.

§ VI.

En breve llegaron la princesa de Babilonia y el fénix al imperio de los Cimerios, á la verdad mucho ménos poblado que la China, pero doble más dilatado, parecido en otro tiempo á la Escitia, y que en pocos años había florecido tanto como los reinos que se preciaban de instruir á los demas estados.

Despues de algunos dias de marcha entraron en una ciudad inmensa que hacía hermohear la emperatriz reinante; pero no se hallaba á la sazón en ella, porque hacía un viaje desde las fronteras de Europa á las de Asia, para conocer por sus propios ojos sus estados, juzgar de las dolencias y aplicar los remedios, aumentar las ventajas y propagar la instruccion.

Informado uno de los principales oficiales de esta antigua capital del arribo de la dama babilonia y el fénix, fué á tributar sus homenajes á la princesa y le hizo cuanto agasajo fué dable, persuadido á que su soberana, que era la reina más cortés y magnífica, se daría por muy satisfecha de que recibiese á tan alta señora con las mismas atenciones que ella propia hubiera hecho. Fué hospedada Formosina en palacio, apartando la importuna muchedumbre, y le dieron fiestas muy ingeniosas. Un señor cimerio, que era gran naturalista, razonó largamente con el fénix, miéntras estaba retirada la princesa en su albergue. Confesóle el fénix que había viajado algun tiempo hacía por la Cimeria, y no conocía al país. ¿Cómo se han podido efectuar en tan corto tiempo, decía, tan portentosas mudanzas? No hace trescientos años que ví aquí la naturaleza silvestre con todos sus horrores, y hoy encuentro las artes, el

esplendor, la urbanidad y la gloria. Un hombre solo, respondió el cimerio, acometió tamaña empresa, y una mujer le ha dado cima; una mujer ha sido mejor legisladora que la Isis de los egipcios, y la Cérés de los griegos. La mayor parte de legisladores se han conducido por un mezquino y despótico ingenio, que ha limitado sus planes al país que gobernaban; todos han considerado sus pueblos como si fueran los únicos en la tierra, ó como enemigos naturales de lo demas del mundo, y han formado instituciones para estos pueblos solos, introducido estilos peculiares de ellos solos, y fundado religiones exclusivas de ellos solos. Así se han embrutecido y deshonorado con sus bárbaras supersticiones los egipcios, tan célebres por sus montones de piedras; piensan éstos que son profanas las demas naciones, no tienen comunicacion con ellas, y exceptuando la córte, donde uno que otro arrostra las vulgares preocupaciones, no hay egipcio que coma en plato que haya servido á un extranjero. Sus sacerdotes son absurdos y crueles, y más valiera no tener leyes, ni escuchar más que la naturaleza, la cual ha grabado en nuestros corazones los caracteres de la justicia y la injusticia que sujetar á tan insociables leyes la sociedad. Proyectos diametralmente opuestos son los que abraza nuestra emperatriz. Su vasto Estado, donde se vienen á reunir todos los meridianos, le contempla como habiendo de corresponder con todos los pueblos que habitan en estos diferentes meridianos. Su primera ley ha sido la tolerancia de todas las religiones, y la compasion de todos los errores que ha conocido su vasto ingenio, que si son distintos los cultos, en todas partes es una misma la moral; fundándose en este principio ha estrechado con todas las naciones del mundo la suya, y los cimerios mirarán como hermanos al escandinavo y al chino. Más ha hecho, que ha querido que se estableciese en las naciones comarcanas esta tolerancia preciosa, primer vínculo de los humanos, y habiendo así merecido el dictado de madre de la patria, se granjeará si persevera el de bienhechora del linaje humano. Antes, unos hombres que por desgracia

eran poderosos, enviaban ejércitos de homicidas á talar pueblos inocentes y bañar en sangre de sus hijos los paternos campos; estos asesinos se apellidaban héroes, y sus latrocinios eran calificados de glorias. Otras son las glorias de nuestra soberana, que ha puesto en marcha ejércitos para poner en paz, para estorbar que se hagan mal los hombres y forzarlos á que se toleren unos á otros, y han sido sus insignias las de la pública concordia. Embelesado el fénix con cuanto le decía este señor, le respondió: Veintisiete mil nuevecientos años y siete meses há que vivo en el mundo, y no he visto todavía cosa que á lo que contais de comparar sea. Pidióle luégo nuevas de su amigo Amazan; y le contó el cimerio otro tanto que lo que habían dicho á la princesa en la China y la Escitia: Amazan se escapaba de cuantas córtes visitaba, así que alguna dama le daba una cita á la cual se recelaba que no podría resistir. Luégo informó el fénix á Formosina de esta nueva prueba de fidelidad que le daba Amazan; eso mas admirable que no podía sospechar que llegara nunca á noticia de su princesa.

Se había partido para la Escandinavia. En estos climas se ofreció un nuevo espectáculo á sus ojos; aquí subsistían juntas la libertad y la monarquía por un vínculo que en otros estados parece impracticable; participaban los labradores de la legislación, no ménos que los magnates del reino, y daba un príncipe jóven las más altas esperanzas de ser digno del cetro de una nacion libre. Más allá se veía un espectáculo más raro, el único rey despótico de derecho en el mundo, por un pacto formal hecho con su pueblo, era al mismo tiempo el más mozo y el más justo de los reyes.

En la Sarmacia vió Amazan á un filósofo en el trono; podía llamársele rey de la anarquía, porque era caudillo de cien mil reyezuelos que con una palabra sola tenían facultad para aniquilar las decisiones de todos los demas. No era más leve el afan de Eolo en contener á los vientos todos que pelean sin cesar, que el de este monarca en conciliar los ánimos. Era un piloto cercado de eternas tormentas, y no obstante no zozo-

braba la nave , porque el príncipe era aventajado marino.

Corriendo todos estos países tan distintos de su patria, dese-
chaba Amazan con imperturbable constancia cuantos lances
de amor se le presentaban, desesperado siempre por el beso
que había dado Formosina al rey de Egipto, y firme siempre
en su incomprensible resolucion de dar á Formosina ejemplo
de incontrastable y nunca desmentida fe. Seguía sin cesar sus
huellas la princesa de Babilonia con el fénix, y llegaba siem-
pre uno ó dos dias despues que Amazan había dejado el país,
sin que se cansara éste de andar ni perdiera la princesa un
momento en seguirle.

Así atravesaron toda la Alemania, asombrándose de los pro-
gresos que hacían en el Norte la razon y la filosofía. Todos
los príncipes eran instruidos, y todos autorizaban la libertad de
pensar; no se había fiado su educacion de hombres interesa-
dos en engañarlos ó engañados ellos, que los habían criado
enseñándoles á respetar la moral universal y despreciar la su-
persticion. En todos estos estados se había abolido una prác-
tica desatinada que enflaquecía y despoblaba los Estados me-
ridionales, y era la de enterrar vivos en vastas mazmorras á
personas de ambos sexos separadas para siempre de las del
otro, haciéndolas que jurasen que no comunicarían nunca con
las del otro sexo que el suyo; exceso de frenesí acreditado por
espacio de muchos siglos, y que tanto como las más sangrien-
tas guerras había asolado la tierra. Al fin habían conocido los
príncipes del Norte que para tener buenos potros no se habían
de separar los caballos de las yeguas. Otros errores habían
destruido no ménos extravagantes y perniciosos. Al fin se atre-
vían los hombres á ser racionales en estos vastos países, mién-
tras en otras partes creían que no era dable el gobernarlos sin
que fuesen estúpidos.

§ VII.

Llegó Amazan al país de los batavos, y en medio de su pesar sintió algun alivio en su corazon al ver un rasguño del país de los venturosos gangáridas: la libertad, la igualdad, el aseo, la abundancia, y la tolerancia; pero eran tan frias las damas que ninguna le hizo propuestas, como le había sucedido en las demas partes, y así no tuvo el mérito de la resistencia. Si hubiera querido acometer, habría vencido á todas estas damas una tras otra, sin que ninguna le hubiera querido, pero estaba muy léjos de meditar conquistas.

En poco estuvo que le alcanzara Formosina en esta nacion; pocos minutos hacía que se había partido. Oyó hablar á los batavos con tales elogios de cierta isla llamada Albion, que se resolvió á embarcarse con sus unicornios en una nave que con un viento propicio le puso en cuatro horas en las playas de este pueblo más célebre que Tiro y la isla Atlántida.

A la sazón la bella Formosina, que le había seguido á las orillas del Duina, del Vístula, el Alba y el Vesper, llegaba á las bocas del Rhin, cuyas raudas ondas desembocaban entónces en el mar Germánico. Le dicen que su caro amante ha zarpado para las playas de Albion, cree que ve su nave, da gritos de júbilo que pasmaron á todas las damas batavas, que no entendían cómo podía un mozo causar tanta alegría. Del fénix hicieron muy poco aprecio, porque creyeron que verosíblemente nõ se venderían tan caras sus plumas como las de los ánades y gansos de sus pantanos. Fletó la princesa dos embarcaciones para ir con toda su gente á esta isla feliz, que iba á poseer el objeto de todas sus ansias, el alma de su vida, el dios de su corazon. De repente se levantó un funesto viento de Poniente, al tiempo que saltaba á la tierra en Albion el desgraciado y fiel Amazan, y los navíos de la princesa no pudieron levar anclas. Oprimiósele el corazon á Formosina; apoderóse

de ella una melancolía profunda y un dolor amargo, metióse en la cama ínterin mudaba el viento, pero arreció con terrible violencia por espacio de ocho dias enteros. Miéntras duró este siglo de ocho dias, leía Irla novelas á la princesa, no porque los batavos las supiesen componer, pero como eran los regatones de todo el universo, vendían el ingenio de las demas naciones lo mismo que sus géneros. Mandó comprar la princesa todos los cuentos que habían escrito los Ausonios y los Velchas, y que con mucha cordura estaba prohibido que se vendieran en estos pueblos para enriquecer á los batavos. Creía que encontraría en estas historias alguna aventura que se pareciese á la suya y calmase su pena. Leía Irla, y daba su dictámen el fénix, mas ni en la *Casita en el bosque*, ni en el *Conde de Cominge* pudo hallar la princesa cosa que algun aire á sus aventuras se diese, y á cada paso interrumpía la lectura para preguntar de dónde soplabá el viento.

§ VIII.

En tanto ya estaba Amazan en camino de la capital de Albion, en su coche de seis unicornios, pensando en su princesa, cuando advirtió un carruaje atascado en un lozadal; los criados se habían ido á buscar quien les ayudase, y el amo del carruaje estaba dentro de él muy sosegado, sin dar señas de impaciencia y fumando, porque entónces fumaban. Llamábase milord *What-then*, que quiere decir milord *Qué importa* en la lengua en que traducimos estas memorias. Acudió volando Amazan á su socorro, y él solo sacó del atolladero el carruaje; tantas ventajas llevaba en fuerza á los demas hombres. Milord *Qué importa*, no dijo más que: Este hombre es muy robusto.

Habiendo acudido unos zafios de la vecindad, se enfadaron porque los habían llamado inútilmente y echaron la culpa al extranjero, amenazándole y llamándole perro extranjero, y le

quisieron pegar. Cogió Amazan dos en cada mano y los arrojó á veinte pasos, los otros le respetaron, le saludaron y le pidieron para refrescar, y Amazan les dió más dinero que nunca habían visto. Milord Qué importa, le dijo: Os estimo mucho, venid á comer conmigo en mi casa de campo, que dista tres millas; y subió al carruaje de Amazan, porque el suyo se había descompuesto.

Después de un cuarto de hora, miró milord un rato á Amazan, y le dijo: *How d'ye do*, que significa, *¿cómo haceis hacer?* y en la lengua del traductor, *¿cómo os va?* cosa que no quiere decir nada en lengua ninguna; luego añadió: Bonitos son vuestros unicornios, y se puso otra vez á fumar. Díjole el caminante que estaban para servirle, y que había venido con ellos del país de los gangáridas, y luego le contó quién era la princesa de Babilonia y el beso fatal que al rey de Egipto había dado, á lo cual no replicó el otro una palabra, no dándosele un bledo de que hubiese en el mundo un rey de Egipto ni una princesa de Babilonia. Quedóse luego otro cuarto de hora sin hablar, al cabo del cual volvió á preguntar á su compañero *¿cómo hacía hacer?* y si se comía buen *rost-beef* en el país de los gangáridas. Respondióle con su acostumbrada urbanidad el viajante, que á orillas del Ganges nadie se comía á sus hermanos, y le explicó el sistema que tantos siglos después profesaron Pitágoras, Porfirio y Jamblico; con lo cual se quedó milord dormido y se llevó en un sueño lo restante del camino hasta que llegó á su casa.

Tenía su mujer moza y hermosa, que había dotado la naturaleza de alma tan viva y sensible cuanto era indolente la de su marido; aquel día habían venido muchos señores albioneses á comer con ella, y los había de toda especie de caracteres, porque habiendo sido casi siempre regido el país por extranjeros, las familias que habían venido con estos príncipes habían traído costumbres diversas. En la compañía se hallaban sujetos muy amables, otros de superior ingenio y algunos de un profundo saber. El ama de la casa nada tenía de aquel aire des-

mañado, afectado y peritioso, de aquella desagradable cortedad que echaban entónces en cara á las mujeres jóvenes de Albion; no escondía con un ademan desdeñoso y un silencio afectado la esterilidad de sus ideas y la engorrosa confusion de no saber qué decir, no había mujer más halagüeña. Amazan fué recibido por ella con la urbanidad y la gracia que le eran tan naturales. La mucha beldad del extranjero mozo y la pronta comparacion que de él hizo con su marido, le dieron mucho golpe.

Cuando sirvieron, puso á su lado á Amazan y le sirvió *puddings* de toda especie, habiendo sabido de su boca que no se alimentaban los gangáridas con nada que hubiese recibido de los dioses el celestial dón de la vida. Su hermosura, su fuerza, las costumbres de los gangáridas, los progresos de las artes, la religion y el gobierno dieron pábulo á una conversacion tan amena como instructiva miéntas la comida, que duró hasta la noche, y en la cual bebió mucho milord Qué importa, y no habló una palabra. Despues de comer, miéntas que echaba miladi el té, devorando con los ojos al mozo, conferenciaba éste con un miembro del Parlamento, porque todos saben que ya entónces había un Parlamento, que llamaban *Wittengagemot*, que significa *la asamblea de los hombres de talento*. Informábase Amazan de la constitucion, las costumbres, las leyes, la fuerza, los estilos, las artes que tan recomendable hacían á este país, y este señor le dijo así: Largo tiempo hemos andado desnudos, puesto que no es nada caliente nuestro clima; largo tiempo hemos sido tratados como esclavos por hombres venidos de la antigua tierra de Saturno, regada de las ondas del Tíber; pero nosotros mismos nos hemos causado más graves perjuicios que cuantos nos habían acarreado nuestros primeros vencedores. Uno de nuestros reyes fué tan soez que se declaró vasallo de un sacerdote que vivía tambien á orillas del Tíber, llamado el Viejo de las Siete montañas; tanto tiempo ha sido estrella de las siete montañas dominar en una vasta porcion de la Europa habitada á la sazón por brutos.

Despues de esta época de avillanamiento vinieron otros siglos de ferocidad y anarquía. Más borrascosa nuestra tierra que los mares que la cercan, fué saqueada y ensangrentada por nuestras discordias; muchas testas coronadas perdieron la vida en un patíbulo, y más de cien príncipes de sangre real ensangrentaron los cadalsos, sacaron el corazon á todos sus partidarios y los abofetearon con él. Al verdugo competiría escribir la historia de nuestra isla, porque él era quien zanjaba las contiendas importantes.

Poco tiempo há que por cúmulo de horror algunas personas que llevaban capas negras, y otras que se ponían una camisa blanca encima de la chupa, fueron mordidas de perros rabiosos, y pegaron la rabia á toda la nacion. Todos los ciudadanos fueron matadores ó degollados, verdugos ó ajusticiados, foragidos ó esclavos, en nombre del cielo y buscando al Señor.

¿Quién creyera que de este espantable piélagos, de este caos de disensiones, atrocidades, ignorancia y fanatismo, hubiese de resultar al fin el gobierno más perfecto acaso que hoy se encuentra en el mundo? Un rey respetado y rico, todopoderoso para hacer bien, sin poder para el mal, es el caudillo de una nacion libre, ilustrada, belicosa y comerciante, y participan con el monarca en la legislacion por una parte los magnates, y por otra los representantes de las ciudades. Por una rara fatalidad habíamos visto disturbios, guerras civiles, la anarquía y la miseria, cuando aspiraban los reyes al poder arbitrario; el sosiego, la riqueza y la felicidad pública han reinado entre nosotros así que han conocido los monarcas que no eran absolutos; todo estaba subvertido, cuando disputábamos acerca de cosas ininteligibles, y todo está en orden desde que las despreciamos. Nuestras victoriosas escuadras llevan nuestra gloria á todos los mares, y las leyes afianzan nuestros bienes; nunca puede explicarlas á su antojo un juez, nunca se da una sentencia sin señalar el motivo, y castigaríamos como asesinos á jueces que fuesen osados á condenar á muerte á un

ciudadano sin manifestar los testimonios que le acusan, y la ley que le condena.

Verdad es que hay constantemente entre nosotros dos partidos que pelean con la pluma y con enredos; pero siempre se reunen así que se trata de tomar armas en defensa de la patria y la libertad. Los dos partidos se celan uno á otro, se estorban recíprocamente violar el sagrado depósito de las leyes, y se aborrecen, pero aman el Estado, que son amantes celosos que obsequian á competencia una misma dama.

Con el mismo espíritu que ha hecho que conozcamos y sustentemos los derechos de la naturaleza humana, hemos adelantado las ciencias hasta la última meta á que puedan llegar entre los humanos. Vuestros egipcios, que por tan grandes mecánicos están reputados, vuestros indios que por tan consumados filósofos se tienen, vuestros babilonios que se alaban de haber observado los astros por espacio de cuatrocientos treinta mil años, los griegos que tantas frases y tan pocas cosas han escrito, no saben absolutamente nada si se comparan con el menor estudiante que ha estudiado los descubrimientos de nuestros grandes maestros. Más secretos hemos robado á la naturaleza en el intervalo de cien años que había descubierto el linaje humano en la muchedumbre de los siglos. Tal es la situación en que nos hallamos: no os he disimulado ni lo bueno ni lo malo, ni nuestra gloria ni nuestros oprobios, y no he abultado nada.

Al oír Amazan este razonamiento, sintió en sí un vivo deseo de instruirse en las sublimes ciencias de que le hablaban, y si no hubieran podido más en su lastimado pecho su amor á la princesa de Babilonia, su filial respeto á la madre que había abandonado y el amor de su patria, habría querido quedarse á vivir en la isla de Albion; pero aquel infausto beso que había dado al rey de Egipto su princesa, no le dejaba suficiente desahogo en el ánimo para estudiar las sublimes ciencias.

Confiésoos, dijo, que habiéndome impuesto el precepto de correr mundo y de evitarme á mí propio, se ha excitado en mí

la curiosidad de ver esa antigua tierra de Saturno, ese pueblo del Tíber y las siete montañas que os sojuzgó en otro tiempo; sin duda ha de ser el primer pueblo de la tierra. Os aconsejo, replicó el albionés, que emprendais ese viaje si sois algo aficionado á la música y á pintura. Con mucha frecuencia nos sucede á nosotros transportar nuestro fastidio á las siete montañas; mas os quedareis pasmado cuando veais á los descendientes de nuestros vencedores.

Fué larga la conversacion, y puesto que tenía algo lisiado el cerebro el hermoso Amazan, hablaba con tanta gracia, era tan dulce el metal de su voz, y tan noble y expresiva su facha, que no pudo ménos de hablarle á solas el ama de casa apretándole amorosamente la mano, y mirándole con húmedos y encendidos ojos que avivaban los deseos en todos los muelles de la vida. Hízole quedarse á cenar y á dormir, y cada palabra, cada instante, cada mirada de Amazan inflamaba su pasion. Luégo que se retiró la gente le escribió una esquela, no dudando de que viniera á obsequiarla á su cama miéntras dormía en la suya milord Qué importa. Todavía tuvo Amazan valor para resistirse; tan portentosa eficacia tiene un si es no es de locura en los ánimos esforzados y que han recibido una honda herida. Respondió Amazan á la dama con mucho respeto como acostumbraba, y representándole la santidad de su juramento y la forzosa obligacion en que se veía de enseñar á la princesa de Babilonia á vencer sus pasiones. Al punto mandó uncir sus unicornios y se volvió á la Batavia, dejando absorta toda la compañía y desesperada el ama de casa, que vencida del dolor dejó caer la carta de Amazan, y al otro día por la mañana la leyó milord Qué importa, y encogiéndose de hombros dijo: ¡Qué de insulsas boberías! Y se fué á caza de zorras con algunos borrachos vecinos suyos.

Ya iba Amazan sesgando los mares con un mapa geográfico que le había regalado el docto albionés con quien había conferenciado en casa de milord Qué importa, y contemplaba absorto una vasta porcion de tierra en un pliego de papel. Erra-

ban sus ojos y su imaginacion en este estrecho recinto, miraba el Rhin, el Danubio, los Alpes del Tirol, señalados entónces con otros nombres, y todos los países por donde había de pasar ántes de llegar á la ciudad de las siete montañas; pero sobre todo detenía su vista en el país de los gangáridas, en Babilonia, donde había visto á su cara princesa, y en el fatal país de Basora, donde había ésta dado un beso al rey de Egipto. Suspiraba, vertía lágrimas; pero confesaba que había tenido razon el albionés, que le había regalado el universo en miniatura, en decir que sabían mil veces más á orillas del Támesis que á las del Nilo, el Eufrátes y el Ganges.

Cuando él se volvía á Batavia, Formosina volaba hácia Albion con sus dos navíos que navegaban desplegadas las velas. El de Amazan y el de la princesa se cruzaron y casi se tocaron; los dos amantes se hallaban el uno junto al otro y no lo podían saber. ¡Ah, si lo hubiesen sabido! Mas no lo permitió el rigor del destino.

§ IX.

Luégo que desembarcó Amazan en el llano y cenagoso terreno de la Batabia, se partió como un rayo á la ciudad de las siete montañas. Tuvo que atravesar la parte meridional de la Germania, donde encontraba de cuatro en cuatro millas con un príncipe y una princesa, sus damas de honor y pordioseros. Pasmábase de los requiebros que con toda la ingenuidad germánica le decían las damas y las doncellas, y respondía con modestas repulsas. Atravesó los Alpes, y embarcándose en el mar de Dalmacia, aportó á una ciudad que en nada se parecía á cuanto hasta entónces había visto. Las calles las formaba la mar, estaban edificadas las casas en el agua; las pocas plazas públicas que ornaban la ciudad estaban llenas de hombres y mujeres que tenían dos caras, la que les había dado la naturaleza y otra de carton mal pintado que se ponían encima, de

suerte que parecía compuesta de espectros la nación. Lo primero que hacían los extranjeros que llegaban al país era comprar una cara, como se compran en otras partes zapatos y gorros. Amazan no se quiso sujetar á una moda contra lo natural, y se presentó como él era. En la ciudad había doce mil mozas matriculadas en el libro grande de la república; mozas provechosas al Estado, encargadas del comercio más útil y agradable que puede enriquecer una nación. Los comerciantes despachaban, á mucha costa y con mucho riesgo, tejidos al Oriente, y estas hermosas comerciantas, sin riesgo ninguno, traficaban con su hermosura sin perderla. Todas se vinieron á presentar al bello Amazan, ofreciéndole á escoger; pero él se escapó pronunciando el nombre de la incomparable princesa de Babilonia, y jurando por los dioses inmortales que era más hermosa que las doce mil muchachas venecianas todas juntas. Sublime bribona, exclamaba arrebatado, yo te enseñaré á que seas fiel.

Finalmente, las amarillentas ondas del Tíber se le presentaron á la vista con sus pestilenciales pantanos, sus macilentos, flacos y pocos moradores cubiertos de viejas túnicas agujereadas, por donde se veía su seca y curtida cútis. Este fué el anuncio de que estaba á las puertas de la ciudad de las siete montañas, ciudad de héroes y legisladores que habían conquistado y civilizado una vasta porcion del globo. Se había figurado que vería en la puerta triunfal quinientos batallones mandados por héroes, y en el Senado una asamblea de semidioses dictando leyes á la tierra, y se redujo todo el ejército que vió á unos treinta pillos que hacían centinela con un quitasol por miedo del calor. Entrando luégo en un templo que le pareció muy hermoso, aunque no tanto como el de Babilonia, extrañó mucho oír una música ejecutada por hombres que tenían voces de mujer.

Donoso país, dijo, es esta antigua tierra de Saturno. Una ciudad he visto donde nadie enseña su cara, y en ésta los hombres no tienen ni barba ni voz viril. Dijéronle que estos cantores no eran hombres, y que los habían despojado de su

virilidad para que cantasen con más perfeccion los loores de una portentosa muchedumbre de sujetos de mérito. Amazan no entendió qué quería decir esto: estos caballeros le rogaron que cantase, y cantó un aria gangárida con su acostumbrada gracia: era su voz un hermoso contralto. ¡Ah, monsiñor, le dijeron, qué hermoso soprano fuerais si!...—¿Cómo sí?... ¿Qué es eso de si?— ¡Ah, monsiñor!—¿Y qué más?—Si no tuvierais barba. Explicáronle entónces con mucha gracia y con señas muy graciosas, como ellos acostumbran, lo que querían decir. Confuso Amazan, dijo: Mucho mundo he corrido, mas nunca había oido extravagancia semejante.

Acabado el cántico, salió con mucha pompa el Viejo de las Siete montañas á la puerta del templo y cortó en cuatro partes el aire con el dedo pulgar levantado, otros dos extendidos y dos doblados, diciendo en una lengua que nadie hablaba ya: *Al mundo y al Universo (urbi et orbi)*. No podía entender el gangárida que dos dedos alcanzasen tanto.

Luégo vió pasar toda la corte del dueño del mundo, que se componía de sujetos graves, los unos con ropajes encarnados y los otros con morados; casi todos le miraban con amorosos ojos y le hacían cortesías, diciendo uno á otro: *¡San Martino, che bel' ragazzo!* *¡San Pancrazio, che bel' fanciullo!*

Los ardientes, que tenían por oficio enseñar á los forasteros las cosas curiosas de la ciudad, le hicieron ver unos escombros donde no querría un mozo de mulas pasar la noche, pero que eran en tiempos antiguos dignos monumentos de la grandeza del pueblo rey. Tambien vió retablos de doscientos años y estatuas de más de veinte siglos, que le parecieron obras maestras.—¿Hacéis todavía obras como esas?—No, excelentísimo, le respondió uno de los ardientes; pero tenemos en poco á lo demas de la tierra, porque conservamos estas rarezas, siendo una especie de ropavejeros que nos ufamamos con los trajes viejos que nos quedan en los almacenes.

Quiso Amazan ver el palacio del príncipe, y habiendo ido á él, vió á unos hombres vestidos de morado que contaban el

dinero de los caudales del Estado, tanto por una tierra sita en el Danubio, tanto por otra en el Loire, ó en el Guadalquivir, ó el Vístula. ¡Oh, oh! dijo Amazan, consultando su mapa geográfico, ¿con que es todavía vuestro amo dueño de toda Europa, como los héroes antiguos de las siete montañas? Un morado le respondió: Por derecho divino había de serlo de todo el orbe, y tiempos hubo en que anduvieron sus antecesores muy á los alcances de la monarquía universal; pero sus sucesores son tan buenos que se contentan hoy con un poco de dinero que en forma de tributo les pechan los reyes sus vasallos. ¿Con que efectivamente es vuestro amo el rey de los reyes y es ese su título? dijo Amazan. No, excelentísimo, su título es *siervo de los siervos*, y en su origen es pescador y portero, y por eso son emblemas de su dignidad unas llaves y unas redes; pero da órdenes á todos los reyes, y no hace mucho que envió ciento y un mandamientos á un rey del país de los celtas, que cumplió el tal rey. ¿Segun eso, replicó Amazan, envió vuestro pescador 500 ó 600.000 hombres para obligar á ese rey á cumplir con su voluntad?—No por cierto, excelentísimo, no es tan rico nuestro amo que pueda mantener 10.000 soldados; pero tiene 400 ó 500.000 divinos profetas repartidos en los demas países; profetas de todos colores, mantenidos, como es justo, á costa de los pueblos, los cuales de parte del cielo anuncian que tiene potestad mi amo para abrir y cerrar con sus llaves todas las cerraduras, y particularmente las de las arcas de dinero. Un clérigo normando, que ejercía el cargo de confidente de los pensamientos íntimos del rey de que os he hablado, le convenció que sin réplica debía obedecer los ciento y un pensamiento de mi amo; porque habeis de saber que es una de las prerogativas del Viejo de las Siete montañas tener siempre razon, ora sea que se digne hablar, ó que se digne escribir. Por Dios que es sujeto muy raro, dijo Amazan; mucho gusto tendría en comer con él. Excelentísimo, dijo el morado, áun cuando fueseis rey, no podríais comer á su mesa; lo más que pudiera hacer por vos,

sería que os sirviesen una á su lado más chica y más baja que la suya; mas si quereis hablarle le pediré que os dé audiencia, mediante la *buona mancia* que tendreis la bondad de darme. Con mucho gusto, dijo el gangárida, y el morado le hizo una reverencia. Mañana os introduciré, le dijo; os arrodillareis tres veces y besareis los piés al Viejo de las Siete montañas. Al oír esto Amazan le vino tal carcajada que estuvo para ahogarse, y se fué cayéndose de risa y llorando á puro reír todo el camino, hasta que llegó á su posada, donde todavía se estuvo riendo largo rato.

Miéntas estaba comiendo, se le presentaron veinte hombres sin barba y veinte violines á darle música. Lo demas del día le obsequiaron los señores principales de la ciudad y le propusieron cosas todavía más extrañas que besar los piés al Viejo de las Siete montañas. Como era muy cortés, creyó primero que estos caballeros pensaban que era mujer, y con la más circumspecta decencia les dijo que estaban equivocados; pero habiéndole estrechado algo más dos ó tres de los más resueltos morados, los arrojó por la ventana, sin creer que fuese mucho sacrificio el que á la bella Formosina hacía; y dejó sin tardanza esta ciudad de los dueños del mundo, donde besaban el dedo del pié de un viejo, como si tuviera la mejilla en el pié, y hacían á los mancebos propuestas todavía más extrañas.

§ X.

De una en otra provincia, siempre desairando á cuantas de amores le requerían, siempre fiel á la princesa de Babilonia, siempre enojado con el rey de Egipto, llegó este dechado de constancia á la nueva capital de las Galias. Esta ciudad, como otras muchas, había sufrido todas las alternativas de barbarie, ignorancia, necedad y miseria. Primero se había llamado lodazal y cenagal; luégo se había apellidado Isis, porque había

adoptado el culto de esta diosa; su primer senado era una compañía de barqueros; largos tiempos había sido esclava de los rapaces héroes de las siete montañas, y pasados algunos siglos, de otros héroes bandidos que habiendo venido de la otra ribera del Rhin se habían apoderado de su reducido territorio. El tiempo, que todo lo trueca, la había convertido en una ciudad, la mitad de la cual era muy agradable y hermosa y la otra mitad algo tosca y ridícula; emblema de sus moradores. En su recinto había cuando ménos cerca de cien mil personas que no tenían otra cosa que hacer que jugar y divertirse; este pueblo de ociosos fallaba acerca de las artes que cultivaban los otros y no sabían palabra de cuanto sucedía en el sitio real, que no distaba arriba de cuatro millas cortas, no más que si distase más de seiscientas. Su importante y única ocupacion eran la amenidad del trato, la alegría y las fruslerías, y los gobernaban como chiquillos á quienes dan juguetes para que no lloren. Si les hablaban de los horrores que dos siglos ántes habían assolado su patria y de la época espantable en que por sofismas la mitad de la nacion degollaba á la otra, decían que efectivamente había sido muy mal hecho y se echaban á reir y á cantar coplas.

Cuanto más urbanos, amenos y amables eran los ociosos, más triste oposicion se notaba entre ellos y ciertas compañías de ocupados. Entre estos ocupados, ó que se preciaban de estarlo, había una caterva de fanáticos tétricos, medio tontos y medio pícaros, que con su presencia no más contristaban la tierra, y por granjearse algun crédito la hubieran trastornado, si hubiesen podido; pero la nacion de los ociosos, cantando y bailando, los metía en sus cavernas, como fuerzan los pájaros á los buhos á que se escondan en los agujeros de las paredes arruinadas. Otros ocupados, en número más corto, eran los conservadores de antiguos estilos bárbaros, contra los cuales reclamaba en altas voces atemorizada la naturaleza. Estos no consultaban más que sus libros viejos roídos de la polilla, y si en ellos veían una práctica horrorosa y desatinada, la repu-

taban por ley sacrosanta. De esta villana costumbre de no atreverse á pensar por sí propios, y de abrazar las ideas de las ruinas de los tiempos en que nadie pensaba, provenía que en esta ciudad de placeres reinasen todavía estilos atroces; y por esta razon no había proporcion ninguna entre los delitos y las penas, tanto que hacían á veces padecer mil muertes á un inocente, por obligarle á confesar un delito que no había cometido. Un atolondramiento de un muchacho le castigaban como hubieran castigado un envenenamiento ó un parricidio. Los ociosos ponían los gritos en el cielo y al otro dia no se volvían á acordar de ellos y hablaban de la nueva moda.

Había este pueblo visto correr un siglo entero durante el cual se habían encumbrado las artes á tan alto grado de perfeccion cual nunca se hubiera podido esperar. Entónces iban los extranjeros, como á Babilonia, para contemplar los grandes monumentos de arquitectura, las maravillas de los jardines, los esfuerzos sublimes de la escultura y la pintura y oír con embeleso una música que llegaba al alma sin pasmar los oídos.

La verdadera poesía, esto es, la que es natural y armoniosa, la que habla al corazon tanto como al entendimiento, no fué conocida en la nacion hasta este venturoso siglo. Géneros de elocuencia nuevos ostentaron nuevas y conocidas hermosuras; los teatros especialmente resonaron con obras maestras á que ningun otro pueblo había llegado, y fielmente se esparció el gusto sano en todas las profesiones, tanto que hasta entre los druidas hubo autores célebres.

Tantos laureles que hasta las nubes habían descollado, en breve se marchitaron en una tierra exhausta, y sólo quedó un corto número cuyas hojas eran de un verdor falleciente y amarillento. La facilidad de componer y la pereza de componer bien, la saciedad de las hermosuras y el gusto de lo extravagante, trajeron la decadencia. La vanidad protegió ciertos artistas que acordaban los siglos bárbaros, y persiguiendo esta misma vanidad el verdadero talento le forzó á dejar una patria

donde los zánganos perseguían las abejas. No quedaron casi verdaderas artes ni verdadero ingenio; el mérito se cifró en discurrir á tuertas y á derechas sobre el mérito del siglo anterior: el embadurnador de las paredes de una taberna criticaba científicamente los cuadros de los más célebres pintores; los embadurnadores de papel desfiguraban las composiciones de los más ilustres escritores; la ignorancia y el gusto estragado pagaban otros embadurnadores, y con títulos distintos las mismas cosas se repetían en cien volúmenes; todo era diccionarios ó folletos. Un gacetero druida escribía dos veces á la semana los oscuros anales de algunos energúmenos desconocidos en la nacion, y de los portentos celestiales obrados en unos guardillones por unos pordioseros ó pordioseras; otros ex-druidas vestidos de negro y casi exánimes de hambre y de rabia, se quejaban en cien escritos de que no les permitiesen engañar á los humanos, y dejasen este derecho á unos machos cabríos vestidos de pardo; algunos archi-druidas componían libelos infamatorios.

Nada de esto sabía Amazan, y aún cuando lo hubiera sabido no se hubiera curado de ello, porque no tenía más en la cabeza que la princesa de Babilonia, el rey de Egipto y su inviolable juramento de despreciar todas las retrecherías de las damas en cualquiera país á do le condujera su pesar.

Todo el populacho ligero, ignorante y que siempre se entregaba con exceso á la curiosidad tan natural al linaje humano, se agolpó largo rato cerca de sus unicornios; las mujeres más juiciosas forzaron las puertas de su posada por contemplar su persona.

Amazan manifestó primero á su huésped algun deseo de ir á los sitios reales; pero unos ociosos de compañía fina, que estaban por casualidad presentes, le dijeron que ya no era moda, que habían variado mucho los tiempos, y que sólo en la capital había diversiones. Aquella misma noche le convidó á cenar una señora cuyo ingenio y habilidad eran conocidos fuera de su patria, y que había corrido algunos de los países

por donde había pasado Amazan. Le gustó mucho esta dama, no ménos que la sociedad reunida en su casa; la libertad era decente y sin estrépito la alegría; la ciencia nada tenía de adusto ni el ingenio de afectado. Se convenció entónces de que no es denominacion la de compañía fina que nada significa, puesto que la usurpan con frecuencia muchos. Al otro dia comió en una compañía no ménos amable, pero muy más sensual. Los convidados quedaron muy satisfechos con él, y él muy contento con los convidados. Sintió ablandarse y disolverse su corazon, como se derriten lentamente los aromas de su país á un fuego moderado, exhalándose en deliciosos perfumes.

Despues de comer le llevaron á un espectáculo encantador que condenaban los druidas, porque les quitaba los oyentes que ellos más aprecian. Era este espectáculo un conjunto de versos agradables, de deliciosos cantos, de bailes que expresaban los movimientos del alma, y de perspectivas que embelesaban los ojos engañándolos. Esta especie de diversion, que tantas especies reunía, tenía un nombre extranjero, llámabase *ópera*, que antiguamente significaba en la lengua de las siete montañas trabajo, cuidado, ocupacion, industria, empresa, obra, faena, negocio, y le dejó encantado este negocio. Embelesóle particularmente una muchacha con la melodía de su canto y las gracias con que le acompañaba: sus nuevos amigos le presentaron despues de la ópera esta moza de negocio, y él le regaló un puñado de diamantes, á lo que quedó ella tan agradecida que no le quiso dejar en todo lo restante del dia. Cenó Amazan con ella, y miéntras la cena se olvidó de su sobriedad, y despues de la cena se olvidó de su juramento de no hacer nunca aprecio de la hermosura y de ser inexorable con las damas enamoradas. ¡Qué ejemplo de la humana flaqueza!

Cabalmente llegaba entónces la hermosa princesa de Babilonia con el fénix, con su camarera Irla y sus doscientos gan-gáridas, caballeros en otros tantos unicornios. Aguardó largo rato para que le abrieran las puertas de la ciudad, y lo pri-

mero que preguntó fué si estaba todavía en ella el más galán, el más valiente, el más discreto y el más fiel de los hombres. Los magistrados conocieron que hablaba de Amazan, y la hicieron llevar á su posada. Entra, latiéndole de amor el corazón, embebida toda su alma en el inefable júbilo de volver á ver á su amante dechado de constancia. Nada la pudo contener sin que entrara en su aposento; las cortinas estaban descorridas, y vió al bello Amazan durmiendo en brazos de una bonita morena, y ambos con no poca necesidad de descansar.

Dió Formosina un grito de dolor que retumbó en toda la posada, pero que no fué parte para despertar á su primo ni á la moza de negocio, y cayó sin sentido en brazos de Irla. Luégo que volvió en sí, se salió de este fatal aposento con un pesar mezclado con furia. Irla había averiguado quién era la señorita que tan gustosos ratos pasaba con el lindo Amazan, y le dijeron que era una muchacha de negocio muy condescendiente, que sin contar otras muchas habilidades poseía la de cantar con gracia. ¡Justo cielo, poderoso Orosmales! exclamaba llorando la hermosa princesa, ¡quién es el aleve, y por quién comete alevosía! ¡El que por mi amor á tantas princesas se ha resistido, me abandona por una farsanta de las Galias! No, no es posible que viva yo despues de tamaño agravio. Señora, le dijo Irla, así son todos los mancebos desde un extremo del mundo al otro; aunque estén enamorados de una beldad bajada del cielo, hay ratos en que le serán infieles por cualquier Maritornes de un ventorcillo. Esto se acabó, dijo la princesa, no le quiero ver más en mi vida, vámonos al punto, y pongan al coche mis unicornios. Suplicóle el fénix que aguardara á lo ménos á que despertase Amazan, y á que él le hablase. No lo merece, dijo la princesa, y me harías un cruel agravio, porque pensaría que te he rogado yo que le dieras queja de mi parte, por reconciliarme con él; si bien me quieres, no añadas este agravio á los agravios que me ha hecho. El fénix, que debía la vida á la hija del rey de Babilonia, no podía ménos de hacer su voluntad. Partiósese Formosina con

su comitiva. Irla le preguntaba: ¿Adónde vamos, señora? No lo sé, respondía la princesa; seguiremos la primera vereda que topemos; voy contenta si me alejo para siempre de Amazan. El fénix, más cuerdo que Formosina, porque no estaba enamorado ni celoso, la consolaba en el camino, representándole con mucha calma que era triste cosa darse ella castigo por culpas ajenas; que tantas y tan seguras prendas de fidelidad le había dado Amazan, que bien se le podía perdonar si había tenido un tropiezo; que era un justo á quien había faltado la gracia de Orosmales, y que sería eso más constante en el amor y la virtud; que el deseo de expiar su culpa le haría vencerse á sí propio; que otras muchas grandes princesas habían perdonado yerros semejantes y les había salido bien la cuenta. Referíale muchos ejemplos, y tanta era su habilidad de narrar bien, que se fué serenando y sosegando el corazón de Formosina. Bien hubiera querido no haberse ido tan presto, ya le parecía que iban sus unicornios muy de prisa, mas no se atrevía á volver atrás; combatida por los contrarios deseos de perdonar y mostrarse enojada, por el amor y la vanidad, dejaba andar sus unicornios, y corría mundo como lo había predicho el oráculo de su padre.

Al despertarse Amazan, sabe el arribo y la partida de Formosina y del fénix; sabe la desesperacion y el enojo de la princesa, y le dicen que ha hecho juramento de no perdonarle nunca. Pues no me queda que hacer otra cosa, exclamó, que seguirla y quitarme la vida á sus plantas.

Acudieron los ociosos de fino trato, amigos suyos, al rumor de esta aventura y le dijeron que infinitamente más valía quedarse con ellos; que nada se podía comparar con la vida muelle que en el seno de las artes y de serenos y exquisitos deleites disfrutaban; que muchos extranjeros, hasta monarcas, habían preferido este sosiego, tan agradablemente ocupado y tan delicioso, á su trono y su patria; que su carruaje estaba hecho pedazos, y un maestro de coches le estaba haciendo uno á la última moda; que ya el mejor sastre tenía cortados para él una

docena de vestidos; que las más discretas y más amables damas de la ciudad, en cuyas casas se representaban comedias caseras, tenían aplazado día, cada una el suyo, para festejarle. Entre tanto la moza de negocio, sentada en su tocador, tomaba chocolate, se reía, cantaba y hacía muecas al lindo Amazon, que advirtió al fin que no tenía más entendimiento que un chorlito.

La ingenuidad, la sinceridad y la buena fe eran prendas tan geniales de este gran príncipe como el valor y la magnanimidad, y así había contado á sus amigos sus desventuras y sus viajes; éstos sabían que era primo hermano de la princesa, y estaban informados del malhadado beso que al rey de Egipto había dado Formosina. Esas marcialidades, le dijeron, se perdonan entre parientes; sin eso se consumiría la vida en rencillas perdurables. Mas cosa ninguna le pudo sacar de la cabeza el ir en seguimiento de Formosina, puesto que no estando compuesto su coche, se vió precisado á pasar tres días con los ociosos en fiestas y diversiones. Finalmente, se despidió de ellos con muchos abrazos, recomendándoles que fueran siempre insustanciales y ligeros, pues así eran más amables y felices, y obligándolos á que admitieran algunos de los diamantes más bien montados de su tierra. Los germanos, decía, son los viejos de Europa, los pueblos de Albion los hombres maduros, y los moradores de la Galia los niños, y á mí me gusta divertirme con ellos.

§ XI.

No costó mucho trabajo á sus guías seguir las huellas de la princesa; no se hablaba de otra cosa que de ella y de su grueso pájaro: todos los habitantes estaban aún atónitos y embebecidos. Méenos extrañaron y méenos júbilo tuvieron los pueblos de la Dalmacia y la Marca de Ancona, cuando vieron volar una casa por los aires; todavía resonaban las aclama-

ciones de los moradores de las riberas del Loire, la Dordoña, la Garona y la Gironda.

Cuando llegó Amazan á la falda de los Pirineos, los magistrados y los druidas del país le hicieron bailar contra su voluntad al són del tamboril; pero luégo que pasó los Pirineos no vió ni contento ni serenidad. Si de tiempo en tiempo oía algunos cantares, todos eran en tono triste: los moradores andaban con mucha pausa, con unas cuentas ensartadas y un puñal en el ceñidor, y la nacion vestida de negro parecía que estaba de luto. Si preguntaban los criados de Amazan alguna cosa á los caminantes, les respondían éstos por señas; y si entraban en un meson, les decía en dos palabras el huésped que no había nada en casa, y que podían enviar á buscar á algunas leguas de distancia las cosas de que más necesidad tuviesen.

Cuando preguntaban á estos taciturnos si habían visto pasar á la hermosa princesa de Babilonia, respondían con ménos concision: Sí que la hemos visto, pero no es tan hermosa; no hay cosa más hermosa que el color trigueño: enseña un pecho de alabastro que da asco verle, y que es cosa que apenas se conoce en nuestros climas.

Iba caminando Amazan hácia la provincia que baña el Bétis. Unos doce mil años hacía que habían descubierto los tirios este país, casi en la misma época que descubrieron la vasta isla Atlántica, que algunos siglos despues se tragó la mar. Los tirios cultivaron Bética, que dejaban sin desmontar los naturales, diciendo que no se querían meter en cuidados y que á los galos sus vecinos era á quien competía el cultivo de las tierras de la Bética. Los tirios se habían traído consigo algunos palestinos; que ya entónces recorrían todos los climas, con tal que hubiese dinero que sacar; y éstos, prestando á 50 por 100, se habían hecho dueños de casi todas las riquezas del país. Con esto se figuraron los pueblos de la Bética que los palestinos eran brujos; y todos cuantos de mágica eran acusados eran quemados vivos sin remision por una compañía de

druidas, que llamaban los *pesquisidores*, ó los *antropokayos*. Estos los vestían primero de un traje de mogiganga, se apoderaban de sus bienes y rezaban con mucha devoción las oraciones mismas de los palestinos, mientras que los quemaban á fuego lento *por el amor de Dios*.

Apeóse la princesa de Babilonia en la ciudad que andando los tiempos se llamó Sevilla, con ánimo de embarcarse en el Bétis para volverse por Tiro á Babilonia con su padre el rey Belo, y olvidarse, si podía, de su infiel amante, ó pedir á Belo que se le diera por marido. Mandó llamar á su casa á dos palestinos que eran los banqueros de palacio, y que le debían aprontar tres naves. Hizo el fénix con ellos el ajuste necesario, y convinieron en el precio que se les había de pagar, después de algunas altercaciones.

Era la huésped devotísima señora, y no le iba en zaga su marido, que sin eso era familiar, es decir, espía de los antropokayos, y fué volando á darles aviso de que había en su casa una bruja y dos palestinos que estaban haciendo un pacto con el diablo en forma de un pajarraco dorado. Los pesquisidores que averiguaron que tenía esta dama una portentosa cantidad de diamantes, sin más tardanza la calificaron de bruja y aguardaron á que fuese de noche para encerrar á los doscientos jinetes con los unicornios que estaban durmiendo en vastas caballerizas, porque los pesquisidores son gente muy medrosa.

Después que hubieron bien parapetado las puertas, prendieron á la princesa y á Irla, mas no pudieron prender al fénix que se escapó volando, presumiéndose que en el camino de las Galias á Sevilla se encontraría con Amazan. Efectivamente le halló á la raya de la Bética, y le contó el desmán de la princesa. Quedóse mudo Amazan con la rabia y el sentimiento : armase con una cota de acero embutida en oro, con una lanza de más de tres varas con dos azagayas y una tajante espada llamada *la fulminante*, que de un tajo podía hender árboles, rocas y druidas : cubre su hermosa cabeza con un yelmo ornado con plumas de garza y avestruz, que era el arma anti-

gua de Magog, que le había regalado su hermana cuando pasó por la Escitia; y la poca comitiva que traía montó con él en sendos unicornios.

Dió Amazan un abrazo á su amado fénix, y sólo le dijo estas tristes palabras : yo tengo la culpa; si no hubiera dormido con una moza de negocio en la ciudad de los ociosos, no estaría la hermosa princesa de Babilonia en el horroroso estado en que se halla : vamos en busca de los antropokayos. En breve llega á Sevilla : las puertas del recinto donde estaban encerrados los doscientos gangáridas y sus unicornios sin que les dieran de comer, las guardaban mil quinientos alguaciles; y todo estaba pronto para el sacrificio que iban á hacer de la princesa de Babilonia, su camarera Irla y los dos ricos palestinos.

Ya estaba sentado en su sagrado tribunal el supremo antropokayo, con los antropokayos subalternos; una muchedumbre de sevillanos, que traían en sus ceñidores sargas de cuentas, juntaban ambas manos sin hablar palabra, y la hermosa princesa, Irla y los dos palestinos venían con las manos atadas atrás y vestidos de mogiganga. El fénix se metió por una claraboya en la cárcel, y ya los gangáridas empezaban á desquiciar las puertas, miéntras las rompía por defuera el invicto Amazan. Todos salen armados, todos en sus unicornios y se pone Amazan á la cabeza. Poco le costó de desbaratar alguaciles, familiares y clérigos antropokayos; cada unicornio los pasaba á docenas de parte á parte; la fulminante de Amazan paría en dos á cuantos encontraba; el pueblo, con su capa negra y su gorguera sucia, se huía llevando en la mano sus sargas de cuentas benditas, y diciendo : *Sea por el amor de Dios*. Amazan agarró en su tribunal al supremo pesquisidor, y le arrojó á la hoguera que estaba á cuarenta pasos de distancia; tiró lúego á ella á todos los pesquisidores subalternos, uno tras otro, y se postró á las plantas de Formosina. ¡Ah, qué amables sois, le dijo ésta, y cuánto os adoraría si no me hubierais sido infiel con una moza *de negocio!*

Miéntas hacían las paces Amazan y la princesa, y miéntas amontonaban los gangáridas en la hoguera los cuerpos de todos los antropokayos y subía la llama á las nubes, vió desde léjos Amazan un ejército que venía hácia él. Acercábase un monarca anciano, con la corona en la cabeza, en un carro tirado de ocho mulas uncidas con sogas, y le seguían otros cien carros, acompañados de sujetos graves de capa negra y gorruera montados en soberbios caballos, y detras muchos hombres á pié, los cabellos sucios y muy callados. Amazan ordenó en batalla sus gangáridas, y se adelantó la lanza en ristre. Luégo que le vió el rey, se quitó la corona, se apeó del carro y abrazándole de los estribos, le dijo: «Varon enviado de
»Dios, vos sois el vengador del linaje humano, el libertador
»de mi patria y el amparo mio. Esos monstruos sagrados de
»que habeis purgado la tierra eran mis amos en nombre del
»*Viejo de las Siete montañas*, y yo me veía precisado á aguan-
»tar su culpado poder, que me hubiera abandonado mi pue-
»blo si me hubiese probado á moderar siquiera sus abomina-
»bles atrocidades: desde hoy aliento y reino, y os lo debo á
»vos.» Besó luégo con mucho respeto la mano á Formosina y la suplicó que le hiciese el favor de subir á su coche de ocho mulas con Amazan, Irla y el fénix. Los dos palestinios, banqueros del rey, postrados todavía en el suelo, aún no cobrados del susto, se alzaron en fin, y la tropa de unicornios siguió al rey de la Bética á su palacio.

Como requería la dignidad de rey de un pueblo grave que fuesen muy despacio las mulas, tuvieron lugar Amazan y Formosina para contarle sus aventuras. Habló tambien con el fénix y le besó pasmado mil veces. Hízose cargo de cuán ignorantes, brutales y bárbaros eran los pueblos de Occidente, que se comían á los animales y no entendían su idioma, y de que sólo los gangáridas habían conservado la primitiva naturaleza y dignidad del hombre; y ante todas cosas confesó que los más bárbaros de los mortales eran los pesquisidores antropokayos de que acababa de purgar el mundo Amazan, y no para-

ba de echarle bendiciones y rendirle gracias. Ya la bella Formosina se había olvidado de la aventura de la moza *de negocio*, lleno su pecho del esfuerzo del héroe que le había librado la vida; y Amazan, informado de la inocencia del beso del rey de Egipto y la resurreccion del fénix, disfrutaba un contento puro, y estaba animado del más violento amor.

Comieron en palacio y la comida no fué buena, porque eran los cocineros de la Bética los peores de Europa. Amazan le aconsejó al rey que hiciese venir algunos de las Galias, y los músicos de su majestad tocaron, miéntras comían, la célebre música que, andando los siglos, llamaron despues *Las folias de España*. De sobremesa se habló de asuntos, y preguntó el rey al hermoso Amazan, á la bella Formosina y al precioso fénix, qué pensaban hacer. Yo por mí, dijo Amazan, tengo ánimo de volverme á Babilonia, de cuyo cetro soy heredero presuntivo, y pedir á Belo, mi tío, la mano de mi prima hermana, la sin par Formosina, á ménos que quiera ella más vivir conmigo en el país de los gangáridas. Mi voluntad, dijo la princesa, es no separarme nunca de mi primo hermano; pero pienso que conviene volverme con el rey, mi padre, eso más que no me había dado licencia más que para ir en romería á Basora, y he corrido todo el mundo. Y la mia, dijo el fénix, la de séguir á cualquiera parte á estos dos generosos y finos amantes.

Muy acertados vais, dijo el rey de la Bética; pero no es tan fácil volveros á Babilonia como se os figura; todos los dias recibo yo noticias de este país por los navíos tirios, y mis banqueros palestinos que corresponden con todos los pueblos de la tierra. Todo, desde el Eufrátes hasta el Nilo, hierva en armas; el rey de Escitia reclama la herencia de su mujer á la cabeza de trescientos mil guerreros de caballería; el rey de Egipto y el de Indias, al frente de trescientos mil hombres cada uno, talan las riberas del Tígris y el Eufrátes en venganza de que se han burlado de ellos; y miéntras está el rey de Egipto fuera de su reino, ha entrado en Egipto, asolándolo todo, su ene-

migo el rey de Etiopía con otros trescientos mil hombres, y el rey de Babilonia no ha juntado más que seiscientos mil para defenderse. Yo os confieso, continuó el rey, que cuando me hablan de los portentosos ejércitos que vomita el Oriente de su seno, y de la asombrosa magnificencia de estas tropas, y los comparo con nuestros mezquinos cuerpos de veinte ó treinta mil soldados, que con tanta dificultad vestimos y mantenemos, me dan tentaciones de pensar que ha existido el Oriente muchos siglos ántes que el Occidente, y me parece que salimos nosotros anteayer del caos y ayer de la barbarie.

Señor, dijo Amazan, á veces los recién llegados se dejan atrás á los primeros que abrieron la carrera. En mi país afirman que el hombre es oriundo de la India; pero yo no lo sé con certeza. ¿Y vos, dijo el rey de la Bética al fénix, qué pensais de esto? Señor, respondió el fénix, soy todavía muy mozo para estar instruido en la antigüedad, porque apenas pasa mi edad de veintisiete mil años; pero mi padre, que vivió cinco veces más tiempo, me decía que su padre le había dicho que los países del Oriente siempre habían sido más poblados y más ricos que los otros, y por tradicion de sus ascendientes sabía que habían tenido su cuna las generaciones de los animales á orillas del Ganges; yo por mí no soy tan vano que lleve esta opinion, y no me puedo persuadir á que vengan de mi país las zorras de Albion, las marmotas de los Alpes y los lobos de las Galias, como no creo descendan de las palmas y cocos de las Indias los pinos y las encinas de vuestro país. ¿Pues de dónde venimos? dijo el rey. Yo no lo sé, replicó el fénix; lo que sí quisiera saber es adónde podrán ir la hermosa princesa de Babilonia y mi caro amigo Amazan. Mucho dudo, replicó el rey, que con sus doscientos unicornios puedan pasar por medio de tantos ejércitos de trescientos mil hombres cada uno. ¿Y por qué no? dijo Amazan. El rey de la Bética apreció toda la sublimidad de este *¿y por qué no?* pero creyó que no bastaba lo sublime contra innumerables ejércitos. Os aconsejo, dijo, que vayais á buscar al rey de Etiopía; yo estoy

en correspondencia con este príncipe negro por medio de mis palestinos, y os daré cartas para él; y siendo enemigo del rey de Egipto, se tendrá muy por dichoso en aumentar sus fuerzas con vuestra alianza. Puedo daros dos mil hombres muy sobrios y valerosos, y podreis alistar otros tantos en los pueblos que habitan ó que más ántes brincan á la falda de los Pirineos, y que llaman *vascos* ó *vascones*; enviadles á uno de vuestros guerreros montado en un unicornio con algunos diamantes, y no habrá vascon que no abandone el palacio, que quiere decir la choza de su padre, por serviros. Son hombres infatigables, atrevidos y graciosos, y quedareis muy contentos con ellos. Miéntas llegan os festejaremos y os pertrecharemos las naves, porque nunca podré mostrarme harto agradecido al beneficio que me habeis hecho.

Amazan disfrutaba de la dicha de haber encontrado á su Formosina y gozar en serena paz de su conversacion y de todos los contentos del amor reconciliado, que casi equivalen á los del amor naciente. En breve llegó alegre y ufano un escuadron de vascones bailando al són del tamboril, y ya estaba pronto el otro escuadron ufano y serio de béticos. Abrazó estrechamente el anciano rey trigueño á los dos amantes, y dispuso que cargaran sus embarcaciones de armas, camas, juegos de ajedrez, vestidos negros, golillas, cebollas, carneros, gallinas, harina y muchas sartas de ajos, y se despidió deseándoles feliz viaje, amor constante y víctimas.

Aportó la flota á las riberas donde dicen que muchos siglos despues, habiendo dejado Tiro la fenicia Dido, hermana de un tal Pigmalion y esposa de un tal Sicheo, vino á fundar la soberbia ciudad de Cartago, haciendo tiras un cuero de toro, como lo atestiguan los más graves autores de la antigüedad, los cuales nunca cuentan paparruchas, y como lo afirman los profesores que han escrito para los chiquillos, puesto que en Tiro jamás hubo quien se llamara ni Pigmalion, ni Dido, ni Sicheo, que son nombres enteramente griegos, y puesto que en aquel tiempo no había tampoco reyes en Tiro. Entónces no era

todavía la altiva Cartago puerto de mar, y sólo había en aquellos parajes unos pocos númidas que estaban curando pescado al sol. Costearon la Bizacena y las Sirtes, y las fértiles playas donde se fundaron despues Cirene y la gran Chersoneso. Al fin llegaron á la primera boca del sacro rio Nilo. Al extremo de esta fecunda tierra albergaba ya el puerto de Canopo los navíos de todas las naciones comerciantes, sin que nadie supiese si había sido fundado el puerto por el dios Canopo, ó si habían los moradores fabricado el dios, ni si había dado la estrella de Canopo su nombre al pueblo, ó éste el suyo á la estrella; sí que sabían que estrella y ciudad ambas eran muy antiguas, que es cuanto del origen de las cosas, sean las que fueren, hay averiguado.

Aquí fué donde el rey de Etiopía, que había talado todo el Egipto, vió desembarcar al invicto Amazan con la adorable Formosina; el uno le pareció el dios de las batallas y el otro la diosa de la hermosura. Presentóle Amazan la carta de recomendacion del rey de España, y el de Etiopía le dió primero soberbias fiestas, segun era práctica indispensable en los tiempos heroicos. Tratóse luégo de exterminar los trescientos mil hombres del rey de Egipto, los trescientos mil del emperador de las Indias y los trescientos mil del gran Kan de los escitas, que tenían sitiada la inmensa, altiva y deliciosa ciudad de Babilonia. Los dos mil españoles que traía Amazan le dijeron que no necesitaban del rey de Etiopía para socorrer á Babilonia; que sobraba para ello que les hubiese mandado su Rey que fuesen á librarla, y que ellos eran bastantes para la expedicion. Los vascones dijeron que de cosas más arduas habían salido, que ellos sólo desbaratarían á los egipcios, á los indios y á los escitas, y que no querían ir con los españoles como no se pusieran éstos á la retaguardia. Los doscientos gangáridas se echaron á reir de las bravatas de sus aliados, y sustentaron que con cien unicornios solos ahuyentarían á todos los reyes de la tierra. La bella Formosina, con su prudencia y sus blandas palabras, los serenó á todos. Amazan presentó al ate-

zado monarca sus gangáridas, sus unicornios, los españoles, los vascones y su bello pájaro.

En breve estuvo todo á punto para marchar por Ménfis, Heliópolis, Arsinoe, Petra, Artemite, Sora y Apamea, para acometer á los tres reyes y emprender aquella tan memorable guerra, que en comparacion de ella todas cuantas guerras ha habido despues son como combates de gallos ó de codornices.

Todos saben cómo se enamoró el rey de Etiopía de la bella Formosina y cómo se metió con ella en la cama, cuando un sueño blando tenía cerrados los párpados de esta hermosa. Cosa es notoria que Amazan, testigo de esta escena, creyó que veía el día acostado con la noche. Nadie ignora que, indignado Amazan de tamaño agravio, desnudó á deshora su fulminante, cercenó la cabeza al negro malandrin y arrojó del Egipto á todos los etiopes. ¿No están referidos estos pormenores en el libro de las crónicas de Egipto? Las cien trompetas de la fama han publicado las victorias que con el auxilio de sus españoles, sus vascones y sus unicornios alcanzó contra los tres reyes. Restituyó á su padre la bella Formosina, y libertó toda la comitiva de su amada, que había hecho esclava el rey de Egipto; el gran Kan de los escitas se juró su vasallo, y se confirmó su casamiento con la princesa Doris. El invicto y generoso Amazan fué reconocido heredero del rey de Babilonia, y entró triunfante en la ciudad con el fénix, á presencia de cien monarcas feudatarios. Las fiestas de sus bodas fueron más magníficas que cuantas había dado el rey Belo; presentaron en la mesa el buey Apis asado; los reyes de Egipto y de Indias escanciaron el vino á ambos esposos, y quinientos insignes poetas de Babilonia compusieron otros tantos epitalamios.

The first part of the history is a general account of the state of the world at the beginning of the world. It is a very interesting and useful work, and is highly recommended to all who are desirous of knowing the true origin of things, and the manner in which they have proceeded to the present time. The author has taken great pains to collect all the most authentic and ancient records, and to compare them with each other, in order to discover the truth of the matter. He has also consulted the most eminent philosophers and divines of all ages, and has taken care to give a full and impartial account of their opinions. The work is divided into three parts, the first of which is a general account of the world, the second is a particular account of the several nations, and the third is a general account of the state of the world at the present time. The first part is the most interesting and useful, and is highly recommended to all who are desirous of knowing the true origin of things, and the manner in which they have proceeded to the present time.

CARTAS DE AMABED

TRADUCIDAS POR EL ABATE TAMPONET

CARTAS DE AMARDO

LIBRERIA DE LA PLAZA DEL ORO



CARTAS DE AMABED

TRADUCIDAS POR EL ABATE TAMPONET

CARTA PRIMERA

DE AMABED Á CHASTASID, SUMO BRAHMA DE MADURÉ

Benarés, á 2 del mes del raton, año 115652
de la renovacion del mundo (1).

Luz de mi alma, padre de mis pensamientos, tú que guías á los humanos en las vías del Eterno, á tí, docto Chastasid, amor y respeto.

Ya me he familiarizado con la lengua china, conformándome á tus prudentes consejos, tanto que leo con fruto sus cinco Kings, que me parece que son tan antiguos como nuestro

(1) Corresponde esta fecha al año de nuestra era vulgar 1512, dos años despues que Alfonso de Alburquerque tomó á Goa. Ha de saberse que los brahmas contaban 111100 años desde la rebelion y caida de los séres celestiales, y 4552 años desde la promulgacion del Chasta, su primer libro sagrado, lo cual compone 115652 años, el año que corresponde á 1512 de nuestra era, en el cual año reinaban Babar en el Mogol, Ismael Sofí en la Persia, Selín en Turquía, Maximiliano I en Alemania, Luis XII en Francia, Julio II en Roma, Juana la loca en España y Manuel en Portugal.

Chasta, que tú interpretas, y como las cinco sentencias del primer Zoroastro y los libros del egipcio Thaut.

Le parece á mi alma que se dilata en presencia de la tuya, que todos estos cultos y escritos nada han tomado unos de otros, porque nosotros somos los únicos á quien Brahma, confidente del Eterno, ha enseñado la rebelion de las criaturas celestiales, el perdon que les otorgó el Eterno y la formacion del hombre, y creo que los demas nada han dicho de todas estas cosas. Mas creo todavía que ni los chinos ni nosotros debemos nada á los egipcios, que no han podido formar una sociedad instruida y civilizada hasta muchos siglos despues que nosotros, habiendo tenido que domar el Nilo ántes de poder cultivar sus campos y edificar sus ciudades.

Confieso que nuestro divino Chasta no tiene más de cuatro mil quinientos cincuenta y dos años de antigüedad; pero nuestros antiguos monumentos prueban que esta doctrina se enseñaba de padres á hijos más de cien siglos ántes de la publicacion de este libro sagrado. Sobre todos estos puntos aguardo las instrucciones de tu paternidad.

Desde la toma de Goa por los portugueses, han venido algunos doctores de Europa á Benarés. Uno hay á quien enseño yo la lengua india, y que me da lecciones de un guirigay que corre en Europa, y que llaman el italiano. Es una lengua muy graciosa, casi todas las voces acaban en *a*, en *e*, en *i* ó en *o*; la aprendo con facilidad, y en breve tendré la satisfaccion de leer los libros europeos. El doctor se llama el padre Fa-tutto, me parece cortés y halagüeño, y le he presentado á Hechizo de los ojos, la hermosa Adaté, que me destinan para esposa mis parientes y los tuyos. Adaté aprende el italiano conmigo, y desde el primer dia conjugamos ambos el verbo *amo*; los otros verbos nos han costado dos dias cada uno para aprenderlos. Despues de Adaté tú eres el mortal que está más cerca de mi corazon. Ruego á Birma y á Brahma que conserven tu vida hasta la edad de ciento treinta años, porque pasado este término el vivir es una carga.

RESPUESTA DE CHASTASID.

He recibido tu carta, espíritu hijo de mi espíritu. Ojalá Druga (1), montada en su dragon, extienda sin cesar sobre tí sus diez brazos vencedores de los vicios.

Verdad es, y no nos debemos vanagloriar de ello, que somos el pueblo más antiguamente civilizado del mundo, y los chinos mismos no lo niegan. Los egipcios son un pueblo moderno instruido por los caldeos. No nos vanagloriemos porque somos los más antiguos, y pensemos en ser los más justos.

Has de saber, querido Amabed, que hace poco tiempo que penetró hasta los occidentales un mal formado bosquejo de nuestra revelacion sobre la caída de los séres celestiales y la renovacion del mundo. En una traduccion arábica de un libro siriaco, escrito unos mil cuatrocientos años hace, he leído estas expresiones: «El Eterno tiene atadas con eternas cadenas »hasta el dia grande del juicio, las potencias celestiales que »amancillaron su primitiva dignidad (2).» Para probarlo cita su autor otro libro compuesto por uno de sus primeros hombres, llamado Enoc. Ya ves que las naciones bárbaras nunca han recibido otra ilustracion que los engañosos y débiles destellos que del seno de nuestra luz hasta ellos han llegado.

Caro hijo mio, yo recelo los mayores males de la irrupcion de los bárbaros de Europa en nuestros afortunados climas. Sobrado bien sé quién es ese Alburquerque, que de las playas de Occidente ha venido á este país, objeto del cariño del astro del

(1) *Druga* es la voz india que significa virtud. Esta se figura con diez brazos, montada en un dragon, y peleando contra los vicios, que son la gula, la lascivia, el robo, el homicidio, la injuria, la murmuracion, la calumnia, la pereza, la inobediencia á su padre y á su madre, y la ingratitude. Muchos misioneros han creido que esta figura era la del diablo.

(2) Bien se ve que Chastasid había leído nuestra Biblia en arábigo y que alude á la epístola de San Júdas, donde efectivamente se encuentran estas palabras, versículo 6. El libro apócrifo que nunca existió es el de Enoc, citado por San Júdas, versículo 14.

dia. Alburquerque es uno de los más ilustres bandidos que han assolado la tierra; que contra la pública fe se ha hecho dueño de Goa, ahogando en su propia sangre á hombres justos y pacíficos. Estos occidentales viven en un país pobre que produce muy poca seda, y ni algodón, ni azúcar, ni especerías ningunas, y hasta la tierra con que fabricamos la porcelana les falta. Dios les ha negado el árbol de cocos que da sombra, albergue, vestido, alimento y bebida á los hijos de Brahma, y solamente tienen un licor que les hace que pierdan la razón; su divinidad verdadera es el oro, y van á buscar á este dios al cabo del mundo.

En buen hora que sea tu doctor un hombre de bien; pero el Eterno quiere que no nos fiemos de esos extranjeros; que si son corderos en Benarés, dicen que son tigres en los pueblos donde se han establecido los europeos. Plegue al cielo que nunca el padre Fa-tutto os dé que sentir á tí ni á la bella Adaté, pero no sé qué recelos me asustan. Adios, y él quiera que Adaté, unida contigo con los santos vínculos del matrimonio, disfrute en tus brazos los contentos celestiales.

Esta carta te la entregará un banian que no saldrá de aquí hasta la luna llena del elefante.

CARTA SEGUNDA

DE AMABED Á CHASTASID.

Padre de mis pensamientos: he tenido lugar para aprender esta gerigonza de Europa, ántes que llegara á las orillas del Ganges tu mercader banian. El padre Fa-tutto sigue manifestándome la más sincera amistad, y me empiezo á persuadir de véras á que no se parece á los pérfidos cuya maldad con tanta justicia temes: lo único que me pudiera infundir recelos es que

me elogia mucho, y que no hay ponderaciones que no haga de Hechizo de los ojos; pero no obstante, me parece un sujeto virtuoso y sensible. Hemos leído juntos un libro de su país, que me ha parecido muy extraño, y es una historia universal del mundo, en que no se habla palabra de nuestro antiguo imperio, ni de los inmensos países más allá del Ganges, ni se mienta la China ni la vasta Tartaria. Menester es que sean muy ignorantes los autores de esta parte de Europa, y yo los comparo con unos villanos que ponderan infinito sus chozas y no saben donde está la capital, ó más ántes á los que piensan que se acaba el mundo en los confines de su horizonte.

Lo que más he extrañado es que cuentan los años desde la creación del mundo de distinto modo que nosotros. Me ha enseñado mi doctor europeo uno de sus almanaques sagrados, segun el cual se hallan ahora sus paisanos en el año 5552 de su creación, ó en el año 6244, ó en el año 6940, como uno quiera (1). Esta extravagancia me dejó admirado, y le pregunté cómo podía haber tres épocas distintas de un suceso mismo. Tú no puedes, le dije, tener treinta, cuarenta y cincuenta años á un tiempo; ¿pues cómo puede tener tu mundo tres fechas contrarias? Respondióme que las tres fechas se encontraban en el mismo libro, y que ellos estaban obligados á creer las contradicciones para humillar la soberbia del entendimiento. Este mismo libro trata de un primer hombre llamado Adan, de un tal Cain, de otro nombrado Matusalen y de otro Noé que plantó las viñas despues que había el Océano sumergido todo el globo; por fin, de innumerables cosas de que nunca había yo oído hablar ni leído en ninguno de nuestros libros. La hermosa Adaté y yo nos hemos reído mucho, cuando no está delante el padre Fa-tutto, que estamos sobrado bien criados y embebidos en tus máximas, para que nos riamos de nadie en su cara.

(1) Esta es la diferencia del texto hebreo, del samaritano y de la versión de los Setenta.

Mucho me duelo de estos infelices de Europa que no han sido criados hasta 6940 años hace, cuando más, miéntras que nuestra era es de 115652 años; y más los compadezco de que les falte la pimienta, la canela, el clavo, el té, el café, la seda, el algodón, el barniz, el incienso, los aromas y todo cuanto puede hacer grata la vida: preciso es que la Providencia no se haya acordado de ellos por espacio de largos siglos; pero lo que más compasion me causa es que vengan de tierras tan lejanas á robar nuestros géneros por fuerza de armas. Dicen que en Calicut han cometido atrocidades horrorosas por un poco de pimienta, cosa que hace estremecer la naturaleza india, que es en todo distinta de la de ellos; porque tienen los muslos y el pecho cubiertos de vello, y la barba larga, carnívoro el estómago, y se emborrachan con el jugo fermentado de la vid plantada, segun dicen, por su Noé. Hasta el padre Fa-tutto, que es tan cortés, ha degollado dos pollos, los ha puesto ha hervir en una caldera, y se los ha comido sin misericordia: accion inhumana, que le ha hecho aborrecible en toda la vecindad, y no nos ha costado poco el aquietarla. Dios me lo perdone, pero creo que si le hubieran dejado se habría comido nuestras vacas sagradas que nos dan leche. Ha dado palabra de no cometer más asesinatos de pollos, y contentarse con huevos frescos, lacticinios, arroz, nuestras excelentes legumbres, alfónsigos, dátiles, cocos, almendrados, bizcochos, piñas, naranjas y todo cuanto produce nuestro clima bendito del Eterno.

De algunos días acá me parece más fino con Hechizo de los ojos, y ha compuesto para ella dos versos italianos que acaban en o. Este cumplido me gusta mucho, porque ya sabes que cifro mi felicidad en que hagan justicia á mi querida Adaté. Adios. Me pongo á tus plantas que siempre te han conducido por la vía recta, y beso tus manos que nunca han escrito más que la verdad.

RESPUESTA DE CHASTASID.

Amado hijo en Birma y en Brahma: no me gusta tu Fa-tutto que mata pollos y compone versos para tu querida Adaté. Plegue á Birma que salgan vanas mis sospechas.

Te puedo jurar que en parte ninguna del mundo fué conocido su Adan ni su Noé, puesto que son tan modernos; y ni aún la Grecia, que cuando se acercó Alejandro á nuestras fronteras era el receptáculo de todas las fábulas, los oyó mentar nunca. No me espanta que gentes aficionadas al vino, como lo son los pueblos occidentales, tanto aprecio hagan de el que, segun ellos dicen, plantó la vid; pero está cierto de que la antigüedad nunca supo de Noé. Es cierto que en tiempo de Alejandro había en un rincon de la Fenicia un pueblecillo de regatones y logreros que había sido mucho tiempo esclavo en Babilonia, y que durante su cautividad fraguó una historia, en la cual historia solamente se trata de Noé. Habiendo luégo este pueblecillo conseguido privilegios en Alejandría, vertió sus anales en griego: despues se han traducido en arábigo; pero hasta estos últimos tiempos nuestros doctos no tenían de ellos ni la más leve tintura, y esta historieta la miran con desprecio, no ménos que el miserable aduar que la escribió (1).

Cosa ridícula efectivamente fuera que siendo todos los hombres hermanos hubieran perdido sus papeles de familia, y que estos se hubiesen encontrado en una mezquina manada de logreros y leprosos. Mucho me temo, querido amigo, que los conciudadanos de tu padre Fa-tutto, que, como tú me dices, han abrazado semejantes ideas, sean tan desatinados y risibles como son interesados, alevos y crueles.

Cásate cuanto ántes con tu preciosa Adaté, porque te repito que más que á los Noés temo á los Fa-tuttos.

(1) Bien se ve que habla Chastasid como un brahma que no tiene el don de la fe, y á quien falta la gracia.

CARTA TERCERA

DE AMABED Á CHASTASID.

Bendito eternamente sea Birma que crió al hombre para la mujer. Bendito seas tú, amado Chastasid, que tanto te interesas en mi felicidad. Hechizo de los ojos es mia, soy su esposo. No vivo en la tierra, estoy en el cielo. Sólo tú has faltado en la divina ceremonia. El doctor Fa-tutto ha sido testigo de nuestros santos empeños; y aunque no es de nuestra religion no ha puesto reparo ninguno en oír nuestros himnos y peticiones, y ha estado muy contento en el banquete de boda. El peso de mi ventura me rinde. Tú disfrutas otra dicha, poseyendo la sabiduría; pero la sin par Adaté me posee á mí. Vive largos años feliz y sin pasiones, miéntras que la mia me tiene absorto en un piélago de delicias. No te puedo decir más, que vuelvo á los brazos de Adaté.

CARTA CUARTA

DE AMABED Á CHASTASID.

Caro amigo y padre amado: la tierna Adaté y yo vamos á pedirte la bendicion, que no fuera perfecta nuestra felicidad si no desempeñáramos esta obligacion de nuestros amantes pechos. ¿Creerás que vamos á pasar por Goa, en compañía del célebre mercader Cursom y su mujer? Dice Fa-tutto que Goa es ahora la ciudad más hermosa de la India, que nos recibirá

el grande Albuquerque como embajadores, y nos dará un navío de tres palos que nos lleve á Maduré: se lo ha persuadido á mi mujer; y así que ha querido ella pasar por Goa, yo he venido en ello. Fa-tutto nos ha dicho que más que portugués hablaban italiano en Goa. Hechizo de los ojos está ansiando por servirse de un idioma que acaba de aprender, y yo me complazco sólo en darle gusto. Dicen que ha habido personas que tenían dos voluntades: Adaté y yo no tenemos más que una, porque ámbos nos alienta una misma alma. En fin, mañana nos ponemos en camino con la esperanza halagüeña de verter, ántes que pasen dos meses, lágrimas de júbilo y ternura en tus dulces brazos.

CARTA PRIMERA

DE ADATÉ Á CHASTASID.

Goa á 5 del mes del tigre, año 115652
de la renovacion del mundo.

Birma, oye mis voces, contempla mis llantos, libra á mi caro esposo. Brahma, hijo de Birma, presenta á tu padre mi dolor y mis temores. Generoso Chastasid, tú, más cuerdo que nosotros habías previsto nuestras desgracias. Nunca más te escribirá mi querido Amabed, tu discípulo, mi tierno esposo, que está en una mazmorra que llaman los bárbaros *la cárcel*. Unos hombres que yo no puedo definir y que aquí llaman *inquisitori*, sin que yo sepa lo que este vocablo significa; estos monstruos al otro dia de nuestro arribo nos prendieron á mi marido y á mí, y nos metieron á cada uno en una mazmorra separada como si estuviéramos difuntos; mas si lo estuviéramos

mos, juntos nos debían enterrar. No sé que han hecho con mi querido Amabed: á mis antropófagos les he dicho: ¿Dónde está Amabed? No le mateis y dadme la muerte á mí; pero nada han respondido. ¿Dónde está? repetí: ¿Por qué me habeis separado de él? A todos mis gritos han guardado obstinado silencio, y me han puesto en cadenas. Una hora hace que me dejan alguna más libertad, y el mercader Cursom ha encontrado medio de que recibiera papel, algodón, un pincel y tinta. Todo lo empapan mis lágrimas, la mano me tiembla, los ojos se me empañan y me muero.

CARTA SEGUNDA

DE ADATÉ Á CHASTASID, ESCRITA EN LAS CÁRCELES DE LA INQUISICION.

Divino Chastasid; ayer estuve largo rato desmayada, y no pude acabar mi carta: cuando volví un poco en mí la cerré, y me la puse en el seno que no mamarán nunca los hijos que de Amabed esperaba, porque moriré ántes que me conceda Birma la fecundidad.

Esta madrugada, al rayar el día, entraron en mi mazmorra dos espectros armados con alabardas, que traían al cuello unas cuentas ensartadas, y en el pecho cuatro listones encarnados cruzados; y sin articular palabra me agarraron de las manos y me llevaron á un aposento donde no había más muebles, que un bufete grande, cinco sillas, y un cuadro grande que figuraba un hombre desnudo con los brazos abiertos y los piés juntos. Entraron luégo cinco personajes vestidos de ropajes negros con una camisa encima del ropaje, y encima de la camisa dos piezas largas de tela listada. Atemorizada me caí en el suelo; pero cuál fué mi asombro cuando entre estas cinco fantasmas ví al padre Fa-tutto. Sonrojóse éste al verme;

pero mirándome con rostro sereno y compasivo que por un rato me quitó un poco el miedo, ¡ah, padre Fa-tutto! le dije: ¿Dónde estoy? ¿Qué ha sido de Amabed? ¿En qué piélagos me habeis metido? Dicen que hay naciones que viven de sangre humana: ¿van á darnos la muerte y á devorarnos? En respuesta alzó los ojos y las manos al cielo, pero con tan triste y cariñoso ademán, que no sabía yo qué pensar.

Al fin soltó la lengua el presidente de este consejo de mudos, y dirigiéndose á mí, me dijo: ¿Es verdad que estais bautizada? Tan absorta me tenían el pesar y la confusión, que no pude responderle al principio. Repitió, pues, la misma pregunta con voz tremenda; se me heló la sangre, y se me pegó la lengua á la boca; por fin reiteró tercera vez las mismas palabras, y yo le respondí *sí*, porque nunca debemos mentir; y estoy bautizada en el Ganges, como lo están todos los fieles hijos de Brahma, como lo estás tú, divino Chastasid, y como lo está mi amado y desventurado Amabed. *Sí*, bautizada estoy, este es mi consuelo, esta mi gloria, y así lo he confesado delante de estos espectros. Apenas salió de mi boca este *sí*, símbolo de la verdad, cuando exclamó uno de los cinco monstruos blanquinegros: ¡*Apóstata!* y los otros repitieron: ¡*Apóstata!* No sé qué significa esta palabra, pero con tono tan lúgubre y espantoso la articularon, que cuando te la escribo se ponen convulsos mis dedos.

Rompió entónces el silencio el padre Fa-tutto, y mirándome con ojos compasivos, les dijo que mi interior era bueno, que salía por fiador mio, que obraría la gracia, y que él se hacía cargo de mi conciencia; rematando sus razones, que no he podido comprender, con estas palabras: *Io la converteró*, que en italiano significan, según entiendo, *yo la revolveré*. ¡*Conque me revolverá!* decía yo entre mí, ¿qué entiende por revolverme? ¿si querrá decir que me restituirá á mi patria? Ah, padre Fa-tutto, le dije, *revolved también al jóven Amabed, tornadme mi alma, tornadme mi vida.* Bajó entónces los ojos, habló en voz baja á las cuatro fantasmas en un rincón del apo-

sento, y se fueron con los dos alabarderos, haciendo todos una profunda reverencia al cuadro que representa un hombre desnudo, y se quedó solo conmigo el padre Fa-tutto.

Luégo me llevó á un aposento bastante aseado, prometiéndome que si quería guiarme por sus consejos, no me volverían á encerrar en la mazmorra. Tan pesaroso estoy como vos, me dijo, de cuanto ha sucedido, y me he opuesto cuanto he podido; pero me han atado las manos nuestras santas leyes; por fin, gracias al cielo, ya estais libre en un buen aposento, del cual no podeis salir, y donde vendré yo con frecuencia á consolaros y á trabajar en vuestra dicha presente y venidera. ¡Ah! le respondí, sólo mi querido Amabed puede labrar la mia, y está en una mazmorra. ¿Por qué me han metido en ella? ¿quien son aquellos espectros que me preguntaron si había sido bañada? ¿me habeis engañado? ¿sois vos la causa de estas horrosas crueldades? Llamad al mercader Cursom, que es de mi tierra y hombre de bien; volvedme á mi criada, mi compañera y amiga Dera, de quien me han separado. ¿Está tambien en un calabozo por haber sido bañada? Que venga y que vuelva yo á ver á mi Amabed, ó que me den la muerte. A mis razones y á los sollozos que las interrumpían respondió con mil ofertas de celo y servicio que me han enternecido, y prometiéndome que me informaría del motivo de todo este espantable suceso, y que conseguiría que me restituyesen á mi pobre Dera, ínterin lograba poner en libertad á mi marido. Compadecióse mucho de mí, y noté sus ojos algo llorosos; por fin al toque de una campana salió de mi cuarto, cogiéndome la mano y poniéndosela en el corazon, que es, como sabes, la señal visible de la sinceridad que es invisible. Una vez que ha puesto mi mano en su corazon no me quiere engañar. ¿Y por qué me ha de engañar? ¿qué mal le hice para que me persiga? Mi marido y yo le tratábamos tan bien en Benarés; le hice tantos regalos cuando me enseñaba el italiano, y me ha hecho versos italianos; ¿cómo me ha de aborrecer? Como á un bienhechor mio le miraré si me restituye mi desventurado esposo, y si po-

demos salir ambos de esta tierra invadida y habitada por antropófagos, é ir á abrazar tus plantas á Maduré y á recibir tu santa bendicion.

CARTA TERCERA

DE ADATÉ Á CHASTASID.

Sin duda permites, generoso Chastasid, que te envíe el diario de mis inauditos infortunios; que quieras á Amabed, te dueles de sus lágrimas y lees compasivo los quebrantos de un corazón traspasado con mil espadas, que te manifiesta su inconsolable afliccion.

Me han vuelto á mi amiga Dera y lloramos juntas; los monstruos la habían encerrado como á mí en una mazmorra. De Amabed no tenemos nuevas, y puesto que estamos en una casa misma, media entre nosotros un espacio infinito, un caos impenetrable. Mas voy á participarte cosas que hacen estremecer la virtud, y despedazarán tu justificado pecho.

Por uno de los dos satélites que acompañan á todas partes á los cinco antropófagos, ha sabido la pobre Dera que hay en esta nacion un bautismo como entre nosotros. Yo no sé cómo han podido llegar hasta ellos nuestros ritos sagrados. Se han figurado que habíamos sido bautizados segun los ritos de su secta, que son tan ignorantes que no saben siquiera que han aprendido pocos siglos hace de nosotros el bautismo, de suerte que se han imaginado estos bárbaros que éramos de su secta, y habíamos renunciado de su religion. Eso quería decir la voz *apóstata*, que con tanta ferocidad pronunciaban los antropófagos á mis oídos. Dicen que es delito horrendo, y acreedor á los más exquisitos suplicios, ser de otra religion que la suya, y cuando les decía el padre Fa-tutto, *Io la converteró*, yo la

revolveré, quería decir que me volvería á la religion de los bandidos. No lo entiendo, y está mi alma cubierta de una nube, como mis ojos. La desesperacion me turba acaso el entendimiento; pero no puedo atinar cómo este Fa-tutto, que tan bien me conoce, ha podido decir que me volvería á una religion que nunca he oido mentar, y que tan ignorada está en nuestros climas, como lo estaban los portugueses ántes que aportaran por la vez primera á la India en demanda de pimienta con las armas en la mano. No sabemos qué pensar ni la buena de Dera ni yo; ella presume que el padre Fa-tutto tiene intenciones secretas, pero libreme Birma de hacer juicios temerarios.

He querido escribir al célebre bandido Albuquerque, implorando su justicia y pidiéndole la libertad de mi amado marido; pero me han dicho que había ido á tomar á Bombay y entrarle á saco. ¡Conque de tan léjos vienen con ánimo de asolar nuestras habitaciones y matarnos, y están bautizados estos monstruos lo mismo que nosotros! Dicen, empero, que ha hecho ese Albuquerque algunas acciones ilustres. Al fin no me queda más esperanza que en el Sér de los séres, que castigue el delito y ampare la inocencia; pero esta mañana he visto un tigre devorando á dos corderos, y me temo que no he de ser tan preciosa á los ojos del Sér Supremo para que se digne socorrerme.

CARTA CUARTA

DE ADATÉ Á CHASTASID.

De mi cuarto sale este padre Fa-tutto. ¡Qué conferencial! ¡qué complicacion de alevosías, de pasiones y de iniquidades! ¿Cómo es capaz el corazon humano de reunir tamañas atrocidades, y cómo se las he de escribir á un justo?

Entró temblando y los ojos bajos y yo temblaba más que él. En breve se serenó. No sé, me dijo, si podré librar á vuestro marido; aquí los jueces suelen ser compasivos con las mujeres mozas, pero con los hombres son muy severos. ¿Pues qué? ¿no está segura la vida de mi marido? Caí desmayada al decir esto y él pidió esencias olorosas para hacer que volviera en mí; no las había y envió á mi buena Dera á que las trajera de la tienda de un banian, al otro extremo de la calle; en tanto me descubrió el pecho para dar salida á los vapores que me ahogaban. Cuando volví en mí, me quedé asombrada al sentir sus manos en mis pechos y su boca pegada á la mia. Dí un horroroso grito y un salto de horror, y me dijo: estaba haciendo lo que manda la caridad, porque era menester desabrocharos y cerciorarme de que alentabais.

¡Ah! cuidad de que aliente mi marido: ¿está todavía en una horrible mazmorra? No, me respondió; que aunque con mucho afan, he conseguido que le trasladaran á otro calabozo más cómodo.—Pero una y mil veces, ¿qué delito es el suyo, y cuál el mio? ¿qué motivo hay para tan espantosa inhumanidad? ¿por qué se violan en nosotros los derechos de la hospitalidad, el natural y el de gentes?—Nuestra santa religión es la que nos manda estas ligeras severidades, porque os acusan á vuestro marido y á vos de que habeis renunciado ambos de nuestro bautismo. Yo exclamé entónces: ¿Qué es lo que decís? Nunca hemos sido bautizados á vuestro modo, que lo hemos sido en el Ganges en nombre de Brahma. ¿Sois vos quien habeis hecho creer tan execrable impostura á los monstruos que me han tomado declaracion? ¿qué fin llevabais en ello? Defendióse negando ser nuestro delator, me habló de virtud y de caridad, y por un instante desvaneció casi mis sospechas, afirmándome que eran muy hombres de bien los espectadores, varones de Dios y jueces del alma, que en todas partes tienen santas espías, y con particularidad junto á los extranjeros que aportan á Goa. Estas espías, dijo, han hecho juramento á sus colegas los jueces del alma, delante del cuadro

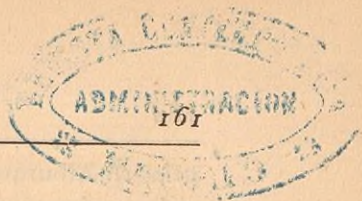
del hombre desnudo, de que habíamos sido bautizados Amabed y yo como los ladrones portugueses, y de que él era *apóstata*, y yo *apóstata*.

¡Oh virtuoso Chastasid! todo cuanto oigo, todo cuanto veo me hace estremecer desde la coronilla de la cabeza hasta la planta de los piés.

¿Conque vos sois, le dije al padre Fa-tutto, uno de los cinco varones de Dios, de los jueces del alma?—Sí, querida Adaté, sí, hechizo de los ojos, soy uno de los cinco dominicos delegados por el vice-Dios del universo para disponer, como árbitro supremo, de las almas y los cuerpos.—¿Qué cosa es un dominico, y un vice-Dios?—Un dominico es un sacerdote, hijo de Santo Domingo, inquisidor de la fe, y un vice-Dios un sacerdote escogido por Dios para representarle, disfrutar de 10 millones de rupias al año, y enviar por toda la tierra á dominicos vicarios del vicario de Dios.

Espero, gran Chastasid, que me expliques este infernal guirigay, este incomprendible baturrillo de horrores y disparates, de hipocresía y fiereza. Todo esto me lo decía Fa-tutto con tono de tanto candor, que en otro tiempo hubiera podido hacer alguna mella en mi ignorante y sencillo espíritu, alzando unas veces los ojos al cielo, clavándolos otras en mí con tiernas y ardientes miradas; pero esta ternura me hacía temblar de horror y susto. Continuamente tengo en la boca, como en el corazón, á mi Amabed. Volvedme á mi caro Amabed, era el principio, el medio y el fin de todas mis frases.

En este mismo punto llega Dera, que me trae esencias de cinamomo y de amomo. Esta preciosa criatura ha tenido modo para entregar al mercader Cursom mis tres cartas anteriores. Esta noche se va, y dentro de pocos días estará en Maduré. El gran Chastasid se dolerá de mí, verterá lágrimas por la suerte de mi marido, me dará consejo, y penetrará un rayo de sabiduría en las tinieblas de mi sepulcro.



RESPUESTA DEL BRAHMA CHASTASID Á LAS TRES PRIMERAS
CARTAS DE ADATÉ.

Virtuosa y desgraciada Adaté, esposa de mi querido discípulo Amabed, Hechizo de los ojos, los míos han derramado torrentes de lágrimas cuando he leído tus tres cartas. ¿Qué demonio enemigo de la naturaleza ha desatado de lo hondo de las tinieblas europeas los monstruos que la India entera asuelan? ¿Qué? ¡No ves, esposa tierna de mi amado discípulo, que es un pícaro el padre Fa-tutto, que te ha hecho caer en el lazo? ¿No ves que él solo es quien ha hecho meter á tu marido en una mazmorra y quien te ha metido á tí, para que le debieras el beneficio de sacarte de ella? ¡Cuánto exigirá de tu agradecimiento! Tan asustado estoy como tú. Esta violacion del derecho de gentes se la participo á todos los pontífices de Brahma, á todos los omras y rajahs, á los nababs, al gran emperador de las Indias en persona, al sublime Babar, Rey de Reyes, primo del Sol y de la Luna, hijo de Mirsamachamed, hijo de Semcor, hijo de Abuchaid, hijo de Miracha, hijo de Timur para que por todas partes se levante contra los latrocinios de los bandidos de Europa. ¡Qué abominable perversidad! Nunca cometieron semejantes hipócritas horrores los sacerdotes de Timur Gengiskan, Alejandro, Oguscan, Sesac, y Baco, que sucesivamente sojuzgaron nuestros santos y pacíficos países. Léjos de eso dejó Alejandro en todas partes eternos vestigios de su generosidad; Baco sólo bienes hizo, que era el valido del cielo. De noche una columna de fuego guiaba su ejército, y de dia caminaba delante de sus tropas una nube, atravesaba el mar Rojo á pié enjuto, mandaba al Sol y á la Luna que se parasen cuando era menester; de su frente salían dos haces de rayos divinos; el ángel exterminador estaba pié cabe él, pero siempre empleaba sólo el oficio del ángel del júbilo y la ale-

gría (1). Alburquerque no nos ha traído más que frailes, mercaderes pícaros y homicidas. El justo Cursom me ha confirmado de boca la desgracia de Amabed y la tuya. ¡Ojalá que ántes de morir pueda yo libraros á entrambos, ó vengaros y que os saque el eterno Birma de las garras del fraile Fa-tutto! Mi corazon brota sangre por las heridas de los vuestros.

NOTA. Esta carta no llegó á manos de Hechizo de los ojos, hasta mucho tiempo despues, cuando había salido ya de Goa.

CARTA QUINTA

DE ADATÉ AL GRAN BRAHMA CHASTASID.

¿De qué términos me podré valer para explicar mi nueva desventura? ¿Cómo ha de hablar el pudor de la ignominia? Birma testigo del delito le ha consentido: ¿qué haré? La mazmorra donde estaba enterrada es muy ménos horrorosa que mi situación.

Esta mañana entró el padre Fa-tutto en mi cuarto respiran-

(1) Cosa es indubitable que las fábulas acerca de Baco eran muy conocidas en Arabia y Grecia mucho ántes que supieran las naciones si tenían los judíos una historia ó no. Josefo confiesa que los judíos escondían sus libros de sus vecinos. El Egipto, la Arabia y la Grecia reverenciaban á Baco, mucho tiempo ántes que penetrara en estas comarcas el nombre de Moisés.

En los antiguos versos órficos Baco se apellida Misa ó Mosa: éste se crió en la montaña de Nisa, que cabalmente es el monte Sina ó Sinai, huyó al mar Rojo, juntó un ejército y con él atravesó este mar á pié enjuto. Paró el Sol y la Luna, su perro le siguió en todas sus expediciones, y el nombre de Caleb, uno de los conquistadores hebreos, quiere decir perro.

Mucho han disputado los doctos, sin ponerse acordes sobre si Moisés es anterior á Baco, ó Baco á Moisés. Ambos eran grandes hombres, pero cuando hirió Moisés con su vara una roca, no salió de ella más que agua; y cuando Baco abrió la tierra con su tirso, brotó vino. Por eso todas las coplas que cantan los bebedores celebran á Baco, y ninguno con el vaso de vino en la mano, se acuerda nunca de Moisés.

do aromas, y cubierto de un manteo de seda fina. Vencimos, me dijo, ya está firmada la orden de poner en libertad á vuestro esposo. Al oír estas palabras, se anegaron en alborozo y en júbilo mis sentidos todos; le llamaba protector mio y padre mio, él se inclinó hácia mí, y me dió un abrazo. Yo creí al principio que era una inocente caricia, y un casto testimonio de su amistad; pero al instante apartando el cobertor de mi cama, quitándose el manteo, arrojándose sobre mí como un ave de rapiña sobre una paloma, estrechándome con todo el peso de su cuerpo, impidiendo con sus robustos brazos todo movimiento á los míos sin fuerza, suspendiendo en mis labios mis lastimeros ayes con sus culpados besos, ardiente, invencible, inexorable... ¡que rato! ¿Por qué no he perdido la vida?

Dera casi desnuda vino á favorecerme, pero cuando sólo el rayo me podía librar. ¡Oh providencia de Birma! No tronó y el detestable Fa-tutto llovió en mi seno el rocío encendido de su delito. No, la misma Druga no pudiera con sus diez celestiales brazos haber contenido á este indómito Mosasor (1).

Tiraba de él mi querida Dera con todas sus fuerzas; pero figuraos á un pajarillo picando el extremo de las plumas de un buitre que está devorando á una tórtola, esa es la imagen del padre Fa-tutto, de Dera, y la pobre Adaté. Por vengarse de sus importunidades, la cogió, la derribó con una mano, teniendo con la otra, y sin compasion la trató como á mí me había tratado. Salió luégo muy ufano, como un amo que ha castigado á dos esclavos, diciéndonos: Sabed que cuando no seais dóciles, os castigaré á entrambas del mismo modo.

Dera y yo hemos estado un cuarto de hora sin atrevernos á articular una palabra, ni á pestañear. Al fin Dera dijo: ¡Ah, señora querida, qué hombre! ¿Son todos los de su especie tan

(1) Mosasor es uno de los principales ángeles rebeldes que pelearon contra el Eterno, segun refiere el Autorachasta, el libro más antiguo de los brahmanes, y de aquí probablemente ha venido la guerra de los Titanes, y todas las fábulas que despues se han fraguado conforme á este modelo.

inhumanos como él? Yo por mí solo en el malhadado Amabed pensaba; que me han prometido que me lo volverían y no me le vuelven. Como quitarme la vida era abandonarle, no me la he quitado.

Un día hacía que mi único alimento era mi dolor. A la hora acostumbrada no nos habían traído que comer. Dera estaba asustada y llorosa. Ignominiosa cosa me parecía comer despues de lo que nos había sucedido; teníamos, empero, una hambre voraz, no nos traían nada; y despues de habernos accidentado de sentimiento, nos desmayábamos de hambre. Al fin, ya de noche, nos sirvieron un pastel de pichones, una polla y dos perdices con un solo panecillo chico; y por cúmulo de afrenta una botella de vino puro; agravio el más sangriento que podían hacer á dos mujeres como nosotras, despues de todo cuanto habíamos padecido. ¿Mas que podía yo hacer? Me hiqué de rodillas y oré así: ¡Oh Birma, oh Visnú, oh Brahma! Ya sabeis que lo que entra en el cuerpo no amancilla el alma; si me habeis dado alma, perdonad la funesta necesidad en que se encuentra mi cuerpo de no ceñirse á legumbres. Bien sé que es un horroroso pecado comer pollo, pero nos vemos precisadas á cometerle. ¡Ojalá que recaigan tantos delitos sobre la cabeza del padre Fa-tutto, y que despues de su muerte se convierta en india jóven y desventurada y yo en fraile dominico; que le haga padecer cuantos males él me ha hecho, y que sea todavía más despiadada con él que lo ha sido él conmigo! No te escandalices, perdóname, virtuoso Chastasis, nos sentamos á la mesa; fuerte cosa es gozar contentos de que nos acusa nuestra conciencia.

P. D.—Así que acabé de comer, escribí una carta al moderador de Goa, que llaman el corregidor, pidiéndole la libertad de Amabed y la mía y dándole cuenta de todos los delitos del padre Fa-tutto. Dice mi querida Dera que hará que le entregue la carta un alguacil de los inquisidores de la fe, que viene de cuando en cuando á verla á mi antesala y que la estima mucho. Veremos qué resultas tiene una resolucion tan osada.

CARTA SEXTA

DE ADATÉ.

¿Crearás, sabio instructor de los hombres, que hay justos hasta en Goa, y que el corregidor D. Gerónimo es uno? Se ha compadecido de mi desventura y de la de Amabed; la injusticia le repugna y le indigna el delito. Ha venido con los oficiales de justicia á la cárcel donde estamos encerrados. Esta caverna se llama el palacio del Santo Oficio; pero lo que va á pasmartte, es que le han negado la entrada; los cinco espectros acompañados de sus alabarderos se han presentado á la puerta y han dicho á la justicia: En el nombre de Dios, te digo que no entrarás. En el nombre del rey, digo yo que entraré, ha replicado el corregidor, porque este es recurso de fuerza. Es caso reservado, respondieron los espectros. D. Gerónimo el justo dijo: Yo tengo que tomar declaracion á Amabed, á Adaté, á Dera y al padre Fa-tutto. ¡Tomar declaracion á un inquisidor, á un dominico! exclamó el capataz de los espectros, es un sacrilegio: *Scomunicaõ, scomunicaõ*. Dicen que estas son unas palabras tremendas y que uno á quien se las dicen por lo regular se muere al cabo de tres días.

Se habían exaltado ambos partidos y estaban á punto de cerrar uno con otro, cuando al cabo se han remitido ambos á la decision del obispo de Goa. Entre estos bárbaros es con corta diferencia un obispo lo que tú entre los hijos de Brahma: un intendente de la religion, que va vestido de morado y lleva en las manos zapatos morados, y los días de ceremonia se pone en la cabeza un pan de azúcar partido en dos. Este ha fallado que ninguno de los dos partidos llevaba razon, y que solamente á su vice-Dios competía sentenciar al padre Fa-

tutto; y se ha acordado que sería enviado ante su divinidad con Amabed, con mi fiel Dera y conmigo.

Yo no sé donde vive este vice, si junto al gran Lama ó en la Persia; mas no importa; voy á ver de nuevo á mi Amabed, y en su compañía iría al fin del mundo, al cielo y al infierno. En este instante me olvido de mi mazmorra, de mi cárcel, de las violencias de Fa-tutto, de sus perdices que tuve la cobardía de comerme y de su vino que cometí la flaqueza de beber.

CARTA SÉTIMA

DE ADATÉ.

Le he vuelto á ver á mi tierno esposo; nos han reunido, le he tenido estrechado en mis brazos y ha borrado la mancha del delito con que me había mancillado el abominable Fa-tutto; como el agua sagrada del Ganges que lava todas las máculas del alma, así me ha restituido él á nueva vida. Solamente la pobre Dera está todavía profanada; pero tus bendiciones y tus oraciones volverán su antiguo esplendor á su inocencia.

Mañana nos hacen embarcar en un navío que da á la vela para Lisboa, que es la patria del altivo Alburquerque; sin duda que allí reside el vice-Dios que ha de juzgar á Fa-tutto y á nosotros; si es vice-Dios, como dicen aquí todos, cierto es que ha de condenar á Fa-tutto. Algun consuelo es éste para mí; puesto que ménos anhelo el castigo de este tremendo delincuente, que á ver feliz á mi querido Amabed.

¡Qué suerte la de los flacos mortales, leves hojas juguete de los vientos! Amabed y yo hemos nacido en las riberas del Ganges y nos llevan á Portugal, y nos van á juzgar en un mundo desconocido, á nosotros que nacimos libres. ¿Torna-

remos á nuestra patria? ¿Podremos hacer la romería que teníamos meditada á la residencia de tu sagrada persona? ¿Cómo podremos ir mi amada Dera y yo encerradas en el mismo navío que el padre Fa-tutto? Esta idea me llena de susto. Por fortuna que iré con mi esforzado esposo que me amparará; ¿pero que ha de ser de Dera que no tiene marido? Al fin nos encomendaremos á la Providencia.

De hoy más mi querido Amabed será quien te escriba; te enviará el diario de nuestras aventuras y te pintará la nueva tierra y los nuevos cielos que vamos á ver. Ruego á Brahma que conserve largos años tu cabeza rasa y el divino entendimiento que en la médula de tu cerebro ha colocado.

CARTA PRIMERA

DE AMABED Á CHASTASID DESPUES DE SU CAUTIVIDAD.

¡Con que aún estoy en el número de los vivos! ¡Con que soy yo quien te escribe, divino Chastasid! Todo lo he sabido y todo lo sabes. Hechizo de los ojos no es culpada, ni puede serlo; la virtud reside en el corazon y no en otra parte. El rinoceronte de Fa-tutto, que había cosido á su piel la de un rãposo, sustenta con descaro que en Benarés nos ha bautizado á Adaté y á mí á la manera de Europa, que yo soy *apóstata* y Hechizo de los ojos *apóstata*, y jura por el hombre desnudo que está aquí pintado en casi todas las paredes, que le acusan sin razon de que ha violado á mi querida esposa y á la jóven Dera, miéntas que Hechizo de los ojos y la bondadosa Dera juran que las ha violado. La inteligencia de los europeos no puede penetrar tan oscuro abismo, y todos dicen que solo su vice-Dios podrá fallar, atento que es infalible.

Mañana nos hace embarcar el corregidor D. Gerónimo,

para que comparezcamos ante este sér extraordinario que nunca se engaña. No reside en Lisboa este supremo juez de los bárbaros, sino mucho más léjos, en una magnífica ciudad llamada Ruma; nombre absolutamente ignorado entre nosotros indios. ¡Qué terrible viaje! ¡A lo que se hallan expuestos en esta corta vida los hijos de Brahma!

En nuestra compañía van unos mercaderes de Europa, unas cantarinas, dos oficiales veteranos de las tropas del rey de Portugal, que han ganado mucho dinero en nuestro país, unos sacerdotes del vice-Dios y algunos soldados.

Mucha ha sido nuestra dicha en aprender el italiano, que es el idioma usual de esta gente; porque, ¿cómo habíamos de entender el guirigay portugues? Lo más horroroso es navegar en el mismo barco que un Fa-tutto. Esta noche nos hacen dormir á bordo para levar anclas mañana al amanecer. Tendremos un camarote de seis piés de largo y cuatro de ancho para mi mujer y Dera, y dicen que es insigne privilegio. Tenemos que hacer todo género de provisiones, y es un rumor y un estrépito indecible. La muchedumbre carga á mirarnos; Hechizo de los ojos llora y Dera tiembla; preciso es armarse de valor. Adios; encomiéndanos en tus devotas oraciones al Eterno que crió á los desventurados mortales, ahora hace ciento quince mil seiscientas cincuenta y dos revoluciones anuales del Sol en derredor de la Tierra, ó de la Tierra en derredor del Sol.

CARTA SEGUNDA

DE AMABED, EN EL CAMINO.

Despues de un dia de navegacion se encontró el navío en frente de Bombay, que ha tomado el exterminador Alburquerque, llamado aquí el *grande*. Al punto hemos oido un es-

truendo infernal; nuestro navío ha disparado nueve cañonazos y de las murallas de la ciudad le han correspondido con otros tantos. Hechizo de los ojos y la jóven Dera han creído que era el postrer día de su vida; estábamos envueltos en una densa humareda. ¿Crearás, prudente Chastasid, que son estos sus cumplidos y que de esta manera se saludan los bárbaros? Una lancha ha traído cartas para Portugal, y al punto nos hemos hecho á la vela en el gran mar, dejando á la derecha las bocas del caudaloso rio Zombudipo, que llaman estos bárbaros el Indo. Ahora sólo descubrimos la region del aire, que nombran cielo estos bandidos tan indignos del cielo, y el mar grande que les ha hecho atravesar su crueldad y su avaricia.

El capitan parece hombre honrado y discreto y no permite que el padre Fa-tutto esté sobre la cubierta cuando tomamos nosotros el fresco y cuando él está, nosotros estamos abajo; como el día y la noche, que nunca están juntos en un mismo horizonte. No me canso de hacer reflexiones acerca de la suerte que de los desventurados mortales se rie y que hace que surquemos el mar de Indias con un dominico, para que nos juzguen en Ruma, á distancia de seis mil leguas de nuestra patria.

En el navío se halla un personaje grave que llaman el capellan, á quien dan dinero para que rece oraciones en una lengua que ni es el portugués ni el italiano, que no entiende nadie en la tripulacion y que ni él propio acaso entiende, porque siempre está disputando con el padre Fa-tutto acerca de la significacion de las palabras. Me ha dicho el capitan que este capellan es franciscano y que, siendo el otro dominico, están obligados en conciencia á no ser nunca de un mismo dictámen; sus sectas son enemigas declaradas; por eso andan vestidos de distinto modo, para denotar la diferencia de sus opiniones. El franciscano se llama Fa-molto y me presta libros italianos tocante la religion del vice-Dios ante quien vamos á comparecer. Mi querida Adaté y yo leemos estos libros y asiste Dera á la lectura. Adaté repugnaba primero á leerlos, teme-

rosa de desagradar á Brahma; pero, cuanto más leemos, más nos fortificamos en el amor de los sagrados dogmas que enseñás tú á los fieles.

CARTA TERCERA

DEL DIARIO DE AMABED.

Hemos leído con el capellan las epístolas de uno de los mayores santos de la religion italiana y portuguesa, que se llamaba Pablo. Tú que posees la ciencia universal sabes, sin duda, quien es Pablo. Fué grande hombre; una voz le derribó del caballo y le cegó un rayo de luz. Se alaba de que estuvo como yo en un calabozo, y añade que le pegaron cinco veces treinta y nueve azotes, lo cual compone una suma de ciento noventa y cinco latigazos en las nalgas; mas, tres veces de palos, sin especificar cuántos; más, dice que le apedrearon una vez, cosa más dura, porque pocos escapan con vida; más, jura que estuvo un día y una noche en lo hontlo del mar. Mucho le compadezco; pero en pago fué arrebatado al tercer cielo. Confíesote, iluminado Chastasid, que bien querría que me sucediera otro tanto, aunque hubiese de comprar tan alta gloria á costa de ciento noventa y cinco azotes bien aplicados al trasero.

Glorioso es á un mortal subir al cielo,
Y hasta el caer glorioso:

como dice uno de nuestros más amables poetas indios, que á veces es sublime. Finalmente, veo que llevaron á Pablo á Ruma, como á mí, para juzgarle. Así, amado Chastasid, Ruma ha juzgado á todos los mortales en todos tiempos. Cierito que debe de haber en esta ciudad algo que sea superior á lo demas

de la tierra; todos cuantos van en el navío no hablan más que de Ruma, y en Goa todo lo hacían en nombre de Ruma.

Más te diré; el Dios de nuestro capellan Fa-molto, que es el mismo que el de Fa-tutto, nació y murió en un país súbdito de Ruma y pagó tributo al zamorin que en esta ciudad reinaba. ¿No te parece todo esto muy extraño? Yo por mí creo que sueño y que todos cuantos están á mi lado tambien están soñando.

Otras cosas todavía más portentosas nos ha leído nuestro capellan Fa-molto. Unas veces habla un jumento; otras uno de sus santos pasa tres días y tres noches en el vientre de una ballena y sale de él mohino además; un predicador se va á predicar al cielo, montado en un carro de fuego que tiraban cuatro caballos de fuego; un doctor, acompañado de dos ó tres millones de hombres que con él se van escapados, atraviesa el mar á pié enjuto; otro doctor pára el Sol y la Luna; aunque esto no lo extraño, porque me has dicho que otro tanto había hecho Baco. Lo que más me repugna, por ser muy aseado y recatado, es que mande el Dios de esta gente á uno de sus predicadores que coma materia fecal extendida en rebanadas de pan y á otro que duerma por su dinero con mozas del partido y que les haga chiquillos. Todavía hay cosas peores; este docto nos describe á dos hermanas Oola y Oliba. Tú que todo lo has leído sabes lo que hacen. Mi mujer ha quedado muy escandalizada de este artículo y se ha puesto colorada hasta lo blanco de los ojos; y noté que la buena Dera estaba toda encendida oyendo este párrafo. Fuerza es, por cierto, que sea el franciscano Fa-molto hombre de armas tomar. No obstante, cuando advirtió que Hechizo de los ojos y yo estábamos muy incomodados, cerró el libro y se fué á meditar sobre el texto. Dejóme su libro sagrado, del cual he leído algunas páginas salteadas. ¡Oh, Brahma! ¡Oh, justicia eterna! ¡Qué hombres! Todos duermen con sus sirvientas cuando son viejos; el uno hace porquerías con su madrastra, el otro con su nuera; aquí una ciudad toda entera se empeña en tra-

tar á un pobre sacerdote como si fuera una linda chica; allá dos señoritas de circunstancias emborrachan á su padre, duermen con él una tras de otra y paren de resultas.

Pero lo que más me ha atemorizado y más me ha horrorizado, es que los moradores de una magnífica ciudad á quien había diputado Dios dos séres eternos de los que sin cesar están á las plantas de su trono, dos puros espíritus, resplandecientes de divina luz... mi pluma y mi alma se estremecen... ¿Te lo diré? Sí, estos moradores hicieron cuanto por violar á los mensajeros de Dios pudieron. ¡Qué abominable pecado con hombres! ¡Mas con ángeles! ¿Es posible? Bendigamos á Birma, á Visnú y á Brahma, amado Chastasid; y démosle gracias de no haber cometido nunca tan infames torpezas. Dicen que antiguamente quiso el conquistador Alejandro introducir esta tan perniciosa costumbre entre nosotros, y que públicamente disfrutaba de su giton Efestion; pero le castigó el cielo y él y Efestion murieron en la flor de su edad.

Salve, maestro de mi alma, espíritu de mi espíritu. Adaté, la triste Adaté se encomienda á tus oraciones.

CARTA CUARTA

DE AMABED Á CHASTASID.

Del Cabo que llaman de Buena-Esperanza,
á 15 del mes del Rinoceronte.

Mucho tiempo hace que no he tendido en una tabla mis hojas de algodón, ni mojado mi pincel en laca negra desleida, para darte cuenta exacta de mi viaje. Detras de nosotros hemos dejado á mano derecha el golfo de Babel-mandel, que penetra

en el célebre mar Rojo, cuyas olas antiguamente se dividieron y se amontonaron como montañas, para abrir paso á Baco y á su ejército. Siento que no hayamos hecho aguada en las playas de la Arabia Feliz, país casi tan hermoso como el nuestro, donde quiso Alejandro establecer la silla de su imperio y el emporio del comercio del mundo. Hubiera deseado ver á Aden ó Eden, cuyos sagrados jardines tan famosos en la antigüedad fueron, á Moca, tan afamada por su café, que hasta ahora sólo en esta provincia se cria; á la Meca, donde estableció el gran Profeta de los musulmanes la silla de su imperio, y adonde cada año van tantas naciones de África, Asia y Europa á besar una piedra negra que cayó del cielo, el cual raras veces envía piedras semejantes á los mortales; pero no nos es dado satisfacer nuestra curiosidad, y surcamos sin cesar los mares por llegar á Lisboa, y de Lisboa á Ruma.

Ya hemos pasado la línea equinoccial, y hemos desembarcado en el reino de Melinda, donde poseen los portugueses un puerto importante, y nuestra tripulacion ha embarcado aquí marfil, ámbar gris, cobre, plata y oro. Ahora estamos en el gran Cabo, que es el país de los hotentotes, pueblos que al parecer no descienden de los hijos de Brahma. Aquí la naturaleza ha dado á las mujeres un delantal formado por su propio cutis, delantal que cubre su joyel, que idolatran los hotentotes y al que componen décimas y coplas. Estos pueblos andan en cueros, moda que es muy natural, pero que no me parece ni decente ni bien imaginada. Mucha es la desgracia de un hotentote, que cuando ha visto por detras y por delante á su hotentota, nada más tiene que desear, y faltándole el embeleso de los estorbos que vencer, no tiene incitativo ninguno. Los ropajes de nuestras indias, que fueron inventados para que los remangáramos, denotan muy superior ingenio; y estoy persuadido á que el mismo sabio indio, á quien debemos los juegos del ajedrez y del chaquete, tambien imaginó para felicidad nuestra los arreos femeniles.

Dos días nos detendremos en este cabo, que es el fin del

mundo, y que parece que separa el Occidente del Oriente. Cuanto más en el color de estos pueblos medito, en la especie de cloquear que usan para explicarse en vez de un idioma articulado, en su rostro, en el delantal de sus damas, más me convenzo de que esta casta no puede proceder del mismo origen que nosotros.

Nuestro capellan afirma que hotentotes, negros y portugueses todos descienden de un mismo padre; asercion muy rídícula. Tanto monta decir que las gallinas, los árboles y la hierba de estos países proceden de las gallinas, los árboles y la hierba de Benarés ó Pekin.

CARTA QUINTA

DE AMABET.

A 16 por la tarde, del Cabo de Buena-Esperanza.

Otra aventura. Se paseaba el capitan con Hechizo de los ojos y conmigo por una cuesta á cuyos piés viene el mar del Sur á quebrantar sus olas, miéntras que el capellan Fa-molto había llevado á su sabor á nuestra jóven Dera á una casita recién edificada, que llaman una taberna. La pobre muchacha no recelaba desman ninguno, ni creía que tuviese que temer cosa ninguna, visto que el capellan no es dominico. En breve oimos gritar. Figúrate que el padre Fa-tutto ha tenido celos de este convite, y ha entrado como un desaforado en la taberna, donde había dos marineros que tambien estaban celosos. Tremenda pasion es la de los celos. Los dos marineros y los dos sacerdotes habían bebido en abundancia aquel licor que

dicen los europeos que fué inventado por su Noé, y que atribuimos nosotros á Baco; fatal dádiva que pudiera ser útil si no fuera su abuso tan fácil. Dicen los europeos que esta pócima les da ingenio: ¿cómo puede ser, pues les priva de razon?

Los dos marineros y los dos bonzos de Europa se han aporreado cruelmente, un marinero pegaba á Fa-tutto, éste al capellan, y el franciscano al otro marinero que restituía lo que le endosaban. Todos cuatro mudaban á cada instante de mano dos contra dos, tres contra uno, todos contra todos; votando y tirando todos de nuestra desventurada, que ponía los gritos en el cielo. Al estruendo acudió el capitán, que sacudió indistintamente á los cuatro combatientes, y para poner á Dera en paraje seguro, se la llevó á su cuarto, donde está encerrada con él dos horas hace. Los oficiales y pasajeros, que todos son muy corteses, se han juntado en torno de nosotros, y nos han afirmado que ambos frailes (así los llaman) serán castigados con el mayor rigor por el vice-Dios así que lleguen á Ruma, esperanza que nos ha consolado algo.

Al cabo de dos horas ha vuelto el capitán trayéndonos á Dera con cortesías y cumplidos, de que ha quedado muy satisfecha mi querida mujer. ¡Brahma, qué cosas tan extrañas en los viajes suceden, y cuánto más cuerdo sería no salir uno de su casa!

CARTA SEXTA

DE AMABED EN EL CAMINO.

Desde la aventura de nuestra Dera no te he vuelto á escribir. Durante la travesía la ha tratado nuestro capitán con el mayor obsequio: yo me temía que obsequiara todavía más á mi mujer; pero ésta ha fingido que estaba embarazada de cuatro me-

ses, y consideran los portugueses á las mujeres en cinta como á personas sagradas á quien no es lícito dar que sentir, lo cual es un buen estilo que pone á salvo el precioso honor de Adaté. El dominico ha recibido órden de no presentarse delante de nosotros y ha obedecido.

Algunos días despues de la escena vino el franciscano á pedirnos perdon; yo le llamé aparte y le pregunté cómo se había podido proparar tanto habiendo hecho voto de castidad. Respondióme: verdad es que hice ese voto; pero si hubiese prometido que no circularía la sangre en mis venas, ni crecerían mis uñas y mis cabellos, bien confesareis que no podía cumplir con semejante promesa. En vez de precisarnos á hacer juramento de ser castos, debían forzarnos á que lo fuéramos, haciendo eunucos á todos los frailes. El pájaro vuela miéntras tiene plumas, y el único modo de estorbar que corra un venado, es cortarle las piernas. Estad cierto de que los sacerdotes robustos como yo, que no tienen mujer, se abandonan, contra su voluntad, á excesos de que se sonroja la naturaleza, y van luego á celebrar los sagrados misterios.

Mucho he aprendido en la conversacion con este hombre, el cual me ha instruido en los misterios de su religion, que todos me han pasmado. El reverendo padre Fa-tutto, me dijo, es un bribon que no cree una palabra de todo cuanto enseña; yo por mí tengo violentas dudas; pero las remuevo poniéndome una venda en los ojos, repelo mis pensamientos y adelanto como puedo en la carrera. Todos los frailes están reducidos á esta alternativa, ó la incredulidad los fuerza á que detesten de su profesion, ó la aguantan á fuerza de estupidez. ¿Creerás que despues de esta confesion me propuso que me hiciera cristiano? Yo le dije: ¿Cómo me exhortais á que abrace una religion de que vos propio no estais convencido, á mí, nacido en la religion más antigua del universo, cuyo culto existía, por confesion de vos mismo, lo ménos ciento quince mil trescientos años ántes que en el mundo hubiera frailes franciscos? Ah, querido indio, me respondió, si logro que vos y la bella Adaté

os hagáis cristianos, reventaría de rabia ese belitre de dominico que no cree que la Virgen Santísima fué concebida sin mancha de pecado original; me haríais rico, y acaso llegaría yo á ser *obispo* (1); haríais una obra de caridad y Dios os lo pagaría.

Así, divino Chastasid, se encuentran entre estos bárbaros de Europa hombres que son una mezcla de errores, flaquezas, codicia y necedad, y otros que son pícaros empedernidos y consiguientes. Estas conversaciones se las he participado á Hechizo de los ojos, que se ha reído de ellas con desdeñosa compasion. ¿Quién hubiera creído que en un navío que surca los mares de África hubiéramos aprendido á estimar á los hombres en lo que valen?

CARTA SÉTIMA

DE AMABED.

¡Qué hermoso clima el de estas playas meridionales, y qué asquerosos moradores! ¡Qué brutos! Cuanto más hace la naturaleza por nosotros, ménos hacemos nosotros por ella. Todos estos pueblos no conocen arte ninguno, y entre ellos es una cuestion muy controvertida saber si descienden de los jimios ó los jimios de ellos. Dicen nuestros sabios que es el hombre imágen de Dios: ¡donosa imágen del Sér Eterno unas narices negras aplastadas, con migaja más ó ménos de inteligencia! Sin duda que vendrá tiempo en que sepan estos animales cultivar la tierra, adornarla con habitaciones y jardines, y conocer el camino de los astros. Para todo se necesita tiem-

(1) *Obispo* es la voz portuguesa y castellana con que se traduce *episcopus*, palabra que no se encuentra en ninguno de los cuatro Evangelios.

po: nuestra filosofía tiene ciento quince mil seiscientos cincuenta y dos años de fecha, y de véras que, con todo el respeto que te debo, creo que nos equivocamos, porque me parece que se necesita mucho más tiempo para llegar al punto en que nos hallamos. Supongamos veinte mil años no más para inventar un tolerable idioma, otro tanto para escribirle por medio de un alfabeto, otro tanto para la metalurgia, lo mismo para el arado y la lanzadera, y tiempo igual para la navegacion, sin mentar otras artes que requieren siglos. Los caldeos cuentan cuatrocientos mil años, y aún no bastan.

En una costa que llaman Angola ha comprado el capitán seis negros que le han vendido por el precio corriente de seis bueyes. Preciso es que esté mucho más poblado este país que el nuestro, pues venden tan baratos á los hombres; ¿pero cómo se concierta poblacion tan abundante con tan crasa ignorancia? El capitán trae unos músicos consigo, á quienes mandó que tocaran sus instrumentos, y al punto echaron á bailar estos desventurados negros casi tan á compas como nuestros elefantes. ¿Es posible que, siendo tan aficionados á la música, no hayan inventado ni el violin, ni siquiera la gaita? Me responderás, gran Chastasid, que no ha podido la industria de los elefantes llegar tan allá, y que es menester tiempo. A eso no encuentro réplica.

CARTA OCTAVA

DE AMABED.

Apenas ha pasado un año de nuestra salida y ya estamos á vista de Lisboa, sobre el río Tajo, que de tiempo inmemorial está reputado por llevar oro en sus arenas, y si es así, ¿por qué le van á buscar tan léjos los portugueses? Todos los euro-

peos responden á esto que nunca está de sobra. Lisboa, como tú me habías dicho, es la capital de un reino muy chico y la patria de ese Alburquerque que tanto mal nos ha hecho. Confieso que es una accion grande que estos portugueses hayan sometido parte de nuestros hermosos países; fuerza es que el deseo de tener pimienta dé industria y valor.

Hechizo de los ojos y yo esperábamos entrar en la ciudad; pero no lo han permitido, diciendo que somos prisioneros del vice-Dios y que el dominico Fa-tutto, el capellan franciscano Fa-molto, Dera, Adaté y yo, todos hemos de ser juzgados en Ruma, y así nos han trasladado á otro navío que va á la ciudad del vice-Dios.

El capitan es un español viejo, que en nada se parece al portugues que con tanta cortesía nos trataba; este sólo por monosílabos se explica, y eso raras veces; en el cinto trae una sarta de cuentas que está contando sin cesar, lo cual dicen que es prueba de singular virtud. Dera siente mucho haber perdido al otro capitan, que le parecía muy más urbano. Al español le han entregado un gran lío de papeles para formalizar nuestra causa en la curia de Ruma. Un escribano del navío los ha leído en voz alta y dicen que el padre Fa-tutto será condenado á remar en las galeras del vice-Dios, y que darán doscientos azotes al capellan Fa-molto, y toda la tripulacion es del mismo dictámen. El capitan guardó los papeles sin hablar palabra.

Vamos á hacernos á la vela. Tenga Brahma compasion de nosotros y él te colme de favores. Brahma es justo; pero es cosa rara que habiendo yo nacido en las riberas del Ganges, me vayan á juzgar en Ruma; puesto que, segun dicen, otro tanto ha sucedido con más de un extranjero.

CARTA NONA

DE AMABED.

No hay nada de nuevo; toda la tripulacion es taciturna y adusta como el capitan. Ya sabes el refran indio, que dice que los criados se conforman á las costumbres de los amos. Hemos pasado un mar que no tiene arriba de nueve mil pasos de ancho entre dos montañas y hemos entrado en otro sembrado de islas. Una hay muy extraña, que la gobiernan unos religiosos cristianos, que llevan traje corto y sombrero y hacen voto de matar á todos cuantos traen turbante y ropa larga, y con eso deben rezar. Luégo hemos fondeado en otra isla mayor y más hermosa, que llaman Sicilia; antiguamente era mucho más opulenta y hablan de ciudades admirables de las cuales sólo se ven las ruinas. Fué habitada por dioses y diosas, por gigantes y héroes; se forjaban en ella los rayos y una diosa llamada Cérés la cubrió de ricas mieses. Todo esto la ha mudado el vice-Dios y ahora se ven en ella muchas procesiones y muchos rateros.

CARTA DÉCIMA

DE AMABED.

Por fin ya estamos en la tierra sagrada del vice-Dios. En el libro del capellan había leído que este país era de oro y zafiros, las paredes de esmeraldas y rubíes, los arroyos de aceite,

las fuentes de leche y los campos cubiertos de viñas, que cada cepa daba cien cubas de vino (1). Acaso lo veremos todo esto cuando estemos cerca de Ruma.

Con mucha dificultad hemos anclado en un puertecillo muy incómodo, que llaman la ciudad vieja, que se está viniendo abajo y está muy bien nombrada. Para nuestra conduccion nos han dado unas carretas tiradas de bueyes. Menester es que vengan de muy léjos estos bueyes, porque el país á izquierda y á derecha está inculto y no se ven más que hediondos pantanos, malezas y páramos eriales. En el camino cuantas gentes hemos visto estaban cubiertas con media capa y sin camisa, y nos pedían limosna con mucha arrogancia. Nos han dicho que no comían más que unos panecitos redondos muy delgados que les dan de balde por la mañana, y que no bebían más que agua bendita.

Si no fuera por esta chusma de pordioseros que andan cinco ó seis mil pasos para alcanzar con sus lamentaciones la trigésima parte de una rupia, sería este distrito un horroroso desierto. Nos han advertido que si uno pasa en él la noche, corre riesgo de perder la vida. De presumir es que está Dios enojado con su vicario, y que por eso le ha dado un país que es la cloaca de la naturaleza. He sabido que antiguamente era esta comarca muy hermosa y fertilísima, y que es tan miserable desde que están en posesion de ella estos vicarios.

Te escribo, sabio Chastasid, desde mi carreta, donde voy aburrido. Adaté está atónita. Así que llegue á Ruma te volveré á escribir.

(1) Sin duda que habla de la Jerusalem sagrada, descrita en el exacto libro del Apocalipsis, en Justino, Tertuliano, Ireneo y otros varones eminentes; pero bien se ve que este pobre brahma tenía de ella una idea muy imperfecta.

CARTA UNDÉCIMA

DE AMABED.

Esto se acabó; ya estamos en esta ciudad de Ruma. Llegamos de día claro ayer, día 3 del mes de la oveja, que aquí cuentan á 15 de Marzo de 1513; y, desde luégo, hemos experimentado todo lo contrario de lo que aguardábamos.

Apénas llegamos á la puerta llamada de San Pancracio (1), cuando vimos dos escuadrones de espectros, el uno vestido como nuestro capellan, y el otro como el padre Fa-tutto. Cada uno llevaba un estandarte á la cabeza y un palo grande al cual iba clavado un hombre de bulto, desnudo, en la misma situacion que el de Goa. Iban de dos en dos, entonando cánticos que harían bostezar una provincia. Cuando estuvo esta procesion junto á nuestra carreta, una banda gritó: San Fa-tutto, y la otra San Fa-molto. Besaron luégo sus ropajes y la gente se hincó de rodillas. ¿Cuántos indios habeis convertido, reverendo padre? Quince mil setecientos, dijo el uno. Once mil novecientos, respondió el otro. Bendita sea la Virgen María. Tenía todo el mundo clavados los ojos en nosotros y todos nos rodeaban. ¿Son catecúmenos éstos, reverendo padre? —Sí, que los hemos bautizado.—De véras que son muy bonitos. Gloria en las alturas, gloria en las alturas.

Una de las procesiones condujo al padre Fa-tutto, y otra al padre Fa-molto á sus casas, que eran dos edificios magníficos. Nosotros nos fuimos á la posada, y la gente nos seguía gritando: *cazzo, cazzo*, echándonos bendiciones, besándonos las manos y haciéndose lenguas en alabanza de mi querida

(1) Antiguamente era la puerta del Janículo. Por aquí se ve cuán superior es la moderna Ruma á la antigua.

Adaté, de Dera y de mí propio. No podíamos volver en nosotros de puro pasmados.

Apénas estábamos en el meson, vino á darnos el parabien de nuestro arribo un hombre vestido de una ropa morada, y acompañado de otros dos con capas negras. Lo primero que hizo fué brindarnos con dinero de parte de la propaganda, si le necesitábamos. No sé lo que es esta propaganda. Le respondí que todavía no nos faltaba, y que teníamos muchos diamantes; y efectivamente había traído siempre mi bolsillo, y una caja de brillantes escondida en los calzones. Al punto se postró casi el hombre á mis piés, y me dió tratamiento de excelencia. ¿Está muy cansada del viaje la excelentísima señora Adaté? ¿Se quiere acostar? Mucho temo incomodarla, pero siempre me tendrá á sus órdenes. El señor Amabed puede mandarme; le enviaré un ciceron (1) á su servicio; en mí tiene un criado. ¿Quieren ambos, cuando hayan descansado, favorecerme yendo á refrescar á mi casa? Tendré la honra de enviarles el coche.

Yo confieso, divino Chastasid, que no son los chinos tan corteses como esta nacion occidental. Este señor se retiró: la bella Adaté y yo dormimos seis horas, y cuando fué de noche vino el coche á llevarnos á casa de este hombre tan urbano. El aposento estaba iluminado y ornado de pinturas muy más agradables que la del hombre desnudo que vimos en Goa. Una sociedad muy numerosa nos colmó de halagos, se maravilló de que fuéramos indios, nos dió el parabien porque estábamos bautizados, y nos brindó con sus servicios por todo el tiempo que quisiésemos estar en Ruma.

Queríamos pedir justicia del padre Fa-tutto; pero no nos dieron lugar para explicarnos. Al fin nos volvieron á conducir á nuestra posada, atónitos y confusos con tanto agasajo, y sin saber lo que por nosotros pasaba.

(1) Todos saben que en Roma llaman cicerones unos hombres cuyo oficio es enseñar las antiguallas á los forasteros.

CARTA DUODÉCIMA

DE AMABED.

Hoy hemos recibido innumerables visitas, y nos ha enviado una tal princesa de Piombino dos escuderos para convidarnos á comer. Hemos ido á su casa en un coche magnífico; el hombre morado estaba en ella. Me han dicho que es un señor, esto es, un criado del vice-Dios, de los que aquí llaman preferidos, *prelati*. No hay mujer más amable ni más atenta que la princesa de Piombino. A la mesa me sentó á su lado, y extrañó mucho nuestra repugnancia en comer pichones romanos y perdices. Nos dijo el preferido que siendo bautizados debíamos comer perdices y beber vino de Montepulciano; que así lo hacían todos los vice-Dioses, y que esa era la señal esencial de verdadero cristiano. La bella Adaté, con su acostumbrado candor, respondió que no era cristiana, y que estaba bautizada en el Ganges. ¡Dios mio, señora! le dijo el preferido, en el Ganges, en el Tíber ó en una pila, poco importa: basta que sois de los nuestros. El padre Fa-tutto os ha convertido, y es un honor para nosotros que no queremos perder. Ved cuánto más vale nuestra religion que la vuestra; y diciendo esto cubrió nuestros platos de alones de polla. La princesa brindó á nuestra salud y á nuestra salvacion; y con tanta gracia nos instaron, tantos donaires dijeron, tan corteses, tan alegres, tan halagüeños estuvieron, que al cabo hechizados del deleite (perdóneme Brahma) Adaté y yo comimos las viandas más exquisitas, con propósito firme de lavarnos en el Ganges hasta las orejas por borrar tamaño pecado. Nadie dudó de que éramos cristianos. Menester es, decía la princesa, que sea el padre Fa-tutto gran misionero y esto, tentada á escogerle por confesor.

Mi pobre mujer y yo bajábamos los ojos de rubor. De cuando en cuando indicaba la señora Adaté que habíamos venido á que nos juzgara el vice-Dios, y que deseaba mucho verle. Ahora no le hay, dijo la princesa, que se ha muerto y se está trabajando en hacer otro; así que esté hecho, sereis presentados á Su Santidad, presenciareis la fiesta más augusta que pueden ver los hombres, y sereis su más hermoso ornato. La respuesta de Adaté fué muy discreta, y la princesa se ha prendado de ella.

Al fin de la comida nos han dado una música que me atrevo á decir que era muy superior á la de Benarés y Maduré. Después de comer, hizo la princesa poner cuatro carros dorados, y subimos con ella al suyo. Nos enseñó hermosos edificios, estatuas y pinturas. Por la noche bailaron. Yo comparaba en secreto esta acogida tan afectuosa con el calabozo subterráneo donde nos habían encerrado en Goa, y apenas podía comprender cómo podía un mismo gobierno y una misma religion ser tan suaves y tan blandos en Ruma, y cometer tantos horrores en países lejanos.

CARTA DÉCIMATERCIA

DE AMABED.

Miéntas que está la ciudad dividida en facciones sordas para elegir un vice-Dios; que animadas estas facciones de la enemiga más violenta se halagan todas con una urbanidad que se parece á la amistad; que contempla el pueblo á los padres *Fa-tutto* y *Fa-molto* como validos de la Divinidad; que se agolpa la gente cerca de nosotros con curiosidad y respeto, reflexiono yo profundamente, amado *Chastasid*, acerca del gobierno de Ruma, y le comparo con el banquete que nos ha dado la prin-

cesa de Piombino. Era la sala aseada, cómoda y ornada; resplandecía en las mesas la plata y el oro, y los convidados rebotaban en júbilo con discreción y gracia; empero corría en las cocinas la sangre y la grasa; y amontonadas en desorden las pieles de los cuadrúpedos, las plumas y las entrañas de los pájaros, levantaban el estómago y exhalaban la hediondez.

Asimismo me parece que es la corte romana; halagüeña y cortés en su país, y en los otros entremetida y tiránica. Cuando decimos que esperamos que hagan justicia con Fa-tutto, se echan á reír, diciéndonos que somos muy superiores á semejantes frioleras; que nos aprecia en mucho el gobierno, y no puede consentir que conservemos rencor por una chanza; que los Fa-tuttos y Fa-moltos son especies de jimios que se crían con mucho esmero para hacer gestos que diviertan al pueblo, y concluyen con profesiones de respeto y cariño. ¿Qué determinación podemos tomar, gran Chastasid? Lo más cuerdo creo que es reírnos como los demás, y ser corteses como ellos. Entre tanto, quiero estudiar á Ruma, que bien lo merece.

CARTA DÉCIMACUARTA

DE AMABED.

Mucho tiempo ha mediado entre mi última y ésta, y en este intervalo he leído, he visto, he conversado y he meditado. Te juro que nunca hubo en la tierra mayor contradicción que la que entre el gobierno romano y su religión reina. Ayer se lo decía á un teólogo del vice-Dios. En esta corte un teólogo es lo que son los criados de escalera abajo en las casas principales, que hacen las haciendas más afanosas, sacan la porquería, y si encuentran algún trapo que les pueda servir, le guardan para cuando le necesiten. Díjele pues: Vuestro Dios nació en un

pesebre entre un buey y un burro; se crió, vivió y murió pobre; mandó expresamente á sus discípulos que fueran pobres, y les declaró que no había de haber entre ellos primero ni postrero y que el que quisiera mandar en los otros los serviría, y aquí veo que hacen justamente lo contrario de lo que quiere vuestro Dios. Vuestro culto es en todo distinto del suyo, y obligáis á los hombres á que crean cosas que él no mentó siquiera.

Todo eso es verdad, me respondió: nuestro Dios no mandó formalmente á nuestros amos que se enriquecieran á costa de los pueblos, pero se lo mandó virtualmente. Nació entre un burro y un buey, pero tambien vinieron tres reyes á adorarle á su caballeriza: los bueyes y los burros son los pueblos á quien enseñamos, y los tres reyes representan á todos los monarcas que están á nuestras plantas. Sus discípulos eran pobres; luego deben nuestros amos de manar hoy día en riquezas, porque si los primeros vice-Dioses no necesitaban más que de una peseta, los de hoy necesitan de treinta millones de pesetas, y siendo pobre aquel que no tiene más de lo necesario, nuestros amos, que no tienen siquiera lo necesario, cumplen con rigor con la ley de pobreza. En cuanto á los dogmas, nunca escribió ninguna cosa nuestro Dios, y nosotros sabemos escribir; luego á nosotros compete escribir los dogmas: por eso los hemos ido fabricando con el tiempo cuando ha sido menester. Por ejemplo, el matrimonio le hemos hecho señal visible de una cosa invisible, y así todos los pleitos que por asunto de matrimonio se suscitan en cualquier rincón de Europa, vienen á parar á nuestro tribunal de Ruma, porque somos los únicos que podemos ver las cosas invisibles, y éste es un abundante venero de tesoros que se desaguan en nuestra sagrada cámara de rentas para apagar la sed de nuestra pobreza.

Preguntéle si tenía la sagrada cámara otros recursos. Sin tasa, dijo, porque nos aprovechamos de los vivos y los muertos. Por ejemplo, así que fallece un alma, la enviamos á una enfermería, y hacemos que tome una purga en la botica de las

almas, y no es decible el dinero que nos vale esta botica.—¿Cómo así, monsiñor? Pues yo creía que el bolsillo de un alma no debía de estar muy lleno.—Verdad es, siñor, pero para eso tiene parientes que se dan priesa á sacar de la enfermería el alma su parienta difunta, y á colocarla en sitio más ameno; que sería cosa penosa para un alma llevarse toda la eternidad en tomar purgas. Nos ajustamos con los vivos, que compran la salud de las almas de sus parientes difuntos, unos más caro, otros más barato, segun las facultades de cada uno, y les damos letras de cambio para la botica; y os aseguro que es una de nuestras rentas más pingües.—Pero, monsiñor, ¿por dónde reciben las almas esas letras? Echóse á reir, y dijo: Allá se las hayan sus parientes; además de que ya os dicho que tenemos incontestable potestad en las cosas invisibles.

Este monsiñor me parece un perillan con muchas conchas: yo me instruyo mucho en su compañía, y me voy haciendo otro de lo que era.

CARTA DÉCIMAQUINTA

DE AMABED.

Has de saber, amado Chastasid, que el ciceron á quien me ha recomendado monsiñor, y de quien te hablé en mis anteriores, es un sujeto muy capaz, que enseña á los forasteros las cosas curiosas de Ruma antigua y moderna. Una y otra, como ves, han sido árbitras de los reyes; pero los antiguos romanos granjearon su poder con la espada, y los modernos con la pluma. La disciplina militar dió el imperio á los Césares, cuya historia sabes, y la disciplina monástica da otra especie de imperio á estos vice-Dioses que llaman Papas. En la misma plaza donde se veían otro tiempo triunfos, se ven ahora procesiones.

Todo esto se lo explican los cicerones á los forasteros, y les proporcionan libros y mozas. Como yo, aunque mozo, no quiero ser infiel á mi hermosa Adaté, me ciño á los libros, y estudio con particularidad la religion de este país, que me divierte mucho.

He leído con mi ciceron la historia de la vida del Dios del país, que es muy extraña. Era éste un hombre que secaba las higueras con una palabra no más, convertía el agua en vino, y ahogaba los puercos. Tenía muchos enemigos: ya sabes que era natural de un villorrio sujeto al Emperador de Ruma. Sus enemigos, que eran astutos, le preguntaron un día si estaban obligados á pagar pecho al Emperador, y él les respondió: Dad al príncipe lo que es del príncipe, y dad á Dios lo que es de Dios. Cuerda me parece la respuesta; hablaba de ella con mi ciceron, cuando entró monsiñor. Díjele mil bienes de su Dios, y le rogué que me explicara cómo observaba este precepto su cámara de rentas guardándolo todo para sí, y no dando nada al Emperador; porque has de saber que puesto que tienen los romanos un vice-Dios, tambien tienen un Emperador al cual titulan Rey de Romanos. El varon discreto me respondió así: Verdad es que tenemos un Emperador, pero que sólo en pintura lo es; está desterrado de Ruma, no posee ni siquiera una mala casa en ella, y le dejamos que viva á orilla de un caudaloso rio que está helado cuatro meses al año, en un país cuya lengua nos desuella los oidos. El verdadero Emperador es el Papa, que reina en la capital del imperio, de suerte, que dad al Emperador, significa dad al Papa; y dad á Dios, tambien quiere decir dad al Papa, que es en efecto vice-Dios, único dueño de todos los corazones y todos los bolsillos. Si el otro Emperador que reside cerca de un caudaloso rio se atreviese á chistar siquiera, levantaríamos contra él á todos los moradores de las riberas del rio caudaloso, que la mayor parte son corpachones privados de inteligencia, y armaríamos contra él á los demas reyes que partirían con nosotros su despojo.

Ya estás informado, divino Chastasid, del espíritu de Ruma.

El Papa es en grande lo que el dalailama en miniatura, y si no es inmortal como el lama, es omnipotente mientras vive, que vale más. Si algunas veces le resisten, si le deponen, si le dan de bofetadas, ó le quitan la vida en brazos de su dama, como ya ha sucedido, nunca estos inconvenientes redundan en desdoro de su divino carácter; posible es darle una tunda de azotes, pero siempre se debe creer cuanto dice. El Papa muere, el papado es inmortal. Tres ó cuatro vice-Dioses ha habido á veces á la par, que todos competían por la silla pontifical: entonces la divinidad se partía entre todos; cada uno tenía una porcion, y era infalible en su partido (1).

Pregunté á monsiñor con qué artes había conseguido su corte gobernar á todas las demas. Poco arte, me dijo, necesitan los hombres de talento para conducir á los tontos. Quise saber si no había nunca habido rebeliones contra los fallos del vice-Dios, y me confesó que hombres había habido tan temerarios que habían alzado los ojos, pero que al instante se los habían sacado, ó habían sido exterminados estos miserables, no habiendo hasta ahora servido estas rebeliones más que para más afianzar la infalibilidad en el trono de la verdad.

Un nuevo vice-Dios acaban de nombrar: tocan las campanas, retumban los tambores, suenan las trompetas, la artillería dispara, y responden cien mil gritos. Te informaré de todo cuanto viere.

(1) Juan VIII, asesinado á martillazos por un marido celoso.—Juan X, amante de Teodora, ahorcado en su cama.—Estéban VIII, encerrado en el castillo que hoy llaman de San Angelo.—Estéban IX, muerto á sablazos en la cara por los romanos.—Juan XII, depuesto por el emperador Oton I, asesinado en casa de una de sus queridas.—Benedicto V, desterrado por el emperador Oton I.—Benedicto VII, ahorcado por el bastardo de Juan X.—Benedicto IX, que compró el pontificado con otros dos y vendió su parte, etc. Todos eran infalibles.

CARTA DÉCIMASEXTA

DE AMABED.

A 25 del mes del crocodilo, ó á 13 del planeta Marte, como aquí dicen, eligieron unos hombres inspirados y vestidos de encarnado al varon infalible ante quien he de ser juzgado, con Hechizo de los ojos, en calidad de apóstata.

Este dios en la tierra se llama Leone, décimo de su nombre, y es arrogante mozo de treinta y cuatro ó treinta y cinco años: las mujeres están locas de contento con él. Adolecía de un mal inmundo que aún no está bien conocido fuera de Europa, pero de que ya empiezan los portugueses á inficionar el Indostan, y creían que se moriría de él: por eso le eligieron para que vacase en breve este sublime puesto; pero ha sanado, y se rie de los que le nombraron.

No ha habido cosa más magnífica que su coronacion: cinco millones de rupias ha gastado en subvenir á las necesidades de su Dios que tan pobre vivió. En el bullicio de las fiestas no he podido escribirte, que con tanta prontitud se seguían unas á otras y tantos pasatiempos he disfrutado, que no he tenido ni un instante de vagar. El vice-Dios Leone ha dado fiestas de que no te puedes formar idea, pero una particularmente me gusta más que todas las demas; llámanla comedia, y es una representacion de la vida humana, una viva pintura, donde los personajes hablan y obran, exponen sus intereses, desenvuelven sus pasiones y mueven los ánimos de los espectadores.

La comedia que ántes de ayer ví en el palacio papal, se intitula la Mandragora, y el asunto es un mozo astuto que quiere dormir con la mujer de su vecino, y cohecha con dinero á un fraile, á un Fa-tutto ó Fa-molto, para que gane á su querida, y

haga que caiga el marido en un lazo ridículo. En toda la pieza se escarnece la religion que profesa la Europa, cuyo centro es Ruma, y su trono la cátedra papal. Acaso te parecerán, querido y piadoso Chastasid, indecentes semejantes diversiones. Hechizo de los ojos ha quedado escandalizada, pero es tan bonita la comedia, que ha podido más su gusto que su escándalo.

Sin interrupcion se han sucedido los banquetes, las máscaras, las ceremonias espléndidas de religion y los volatines. Las máscaras son cosa muy divertida: cada persona convidada se pone un traje extraño y una cara de carton pegada á la suya, y con este disfraz se dicen cosas que hacen caerse de risa. Miéntras dura la comida, hay una música muy grata; por fin, es cosa de encantamiento.

Me han contado que en las bodas de uno de sus bastardos, un vice-Dios, predecesor de Leone, llamado Alejandro, sexto de este nombre, dió una fiesta mucho más extraordinaria, en la cual bailaron cincuenta mozas en cueros; los brahmanes nunca instituyeron semejantes bailes. Ya ves que en cada país hay sus estilos. Te abrazo con respeto, y te dejo para ir á bailar con mi bella Adaté. Cólmete Birma de bendiciones.

CARTA DECIMASÉTIMA

DE AMABED.

En verdad, gran Brahma, que no han sido todos los vice-Dioses tan amenos como el que hoy tenemos; es un gusto vivir bajo su dominio. El difunto, llamado Julio, era de distinta condicion: viejo soldado, turbulento, aficionado á la guerra como un loco, siempre á caballo, siempre con el yelmo en la cabeza, repartiendo bendiciones y sablazos, embistiendo con to-

dos sus vecinos, condenando sus almas, y matando sus cuerpos á más no poder: al cabo murió de un sofoco de rabia. ¡Qué diablo de vice-dios era el tal! ¿Querrás creer que con un pedazo de papel se imaginaba que privaría de sus reinos á los reyes? Se le puso en la cabeza destronar así al rey de un país bastante vasto, que llaman la Francia: este rey era un bonazo que aquí está reputado por un tonto, porque no fué dichoso. El pobre príncipe se vió obligado un dia á convocar á los varones más doctos de su reino para que le dijeran si se podía defender lícitamente de un vice-Dios que le destronaba con papeles (1).

Muy bonazo es quien tal cosa pregunta. Manifestándole yo mi extrañeza al monsiñor morado que se ha hecho amigo mio, le decía: ¿Cómo es posible que sean tan tontos en Europa? Mucho me temo, me respondió, que á puro abusar los vice-Dioses de la condescendencia de los hombres, les abran el entendimiento.

Así es fuerza que haya revoluciones en la religion de Europa. Lo que más extrañarás, sagaz y docto Chastasid, es que no las hubiera bajo el vice-Dios Alejandro, que reinaba ántes de Julio y que hacía asesinar, ahorcar, ahogar y envenenar impunemente á todos los señores vecinos suyos. Uno de sus cinco bastardos fué el instrumento de esta caterva de delitos,

(1) El papa Julio segundo excomulgó al rey de Francia Luis XII el año de 1510: puso entredicho en el reino de Francia, y se le dió al primero que le quisiera conquistar. En 1512 se reiteró la excomunion y el entredicho. Apenas podemos comprender hoy este exceso de insolencia y desatino. Pero desde Gregorio VII no ha habido casi ningun obispo de Roma que no hiciera ó no quisiera hacer ó deshacer soberanos á su antojo. Todos los soberanos merecían tan infame trato por haber sido tan estúpidos que ellos mismos fortalecieron entre sus súbditos la opinion de la infalibilidad del Papa y su potestad sobre todas las iglesias. Ellos propios se habían forjado grillos que eran muy difíciles de romper. En todas partes fué el gobierno un caos formado por la supersticion. La razon no se ha abierto camino hasta muy tarde en los pueblos del Occidente, y ha sanado algunas de las llagas que había hecho á los hombres la supersticion, enemiga cruel del linaje humano; pero todavía quedan cicatrices muy hondas.

á vista de toda Italia. ¿Cómo perseveraron los pueblos en la religion de este monstruo? Era el mismo que hacía bailar las mozas sin ornato ninguno superfluo. Sus escándalos debían infundir desprecio y sus crueldades afilar mil puñales contra su pecho, y no obstante vivió acatado y pacífico en su corte. Consiste esto, á mi parecer, en que todos sus delitos aprovechaban al clero, y el pueblo nada perdía con ellos. Así que sufran sobradas vejaciones los pueblos, romperán sus grillos. Cien embates del ariete no han podido derribar el coloso, y una piedrecilla lo tirará al suelo: esto dicen aquí los hombres sagaces que se precian de prever los sucesos.

Al fin se han concluido las fiestas, y muy oportunamente, porque no hay cosa que tanto fatigue como las cosas extraordinarias que se hacen comunes: sólo las necesidades que renacen sin cesar pueden dar gusto todos los dias. Me encomiendo á tus fervientes oraciones.

CARTA DÉCIMOCTAVA

DE AMABED.

Ha querido el infalible ver á solas á Hechizo de los ojos y á mí, y nos ha llevado nuestro monsiñor á palacio, haciéndonos hincar tres veces de rodillas. El vice-Dios nos ha dado á besar su pié derecho sin poderse tener de risa, y nos ha preguntado si nos había convertido el padre Fa-tutto, y si éramos efectivamente cristianos. Mi mujer le respondió que el padre Fa-tutto era un desvergonzado: el Papa se echó á reir con más fuerza, y dió dos besos á mi mujer y á mí tambien. Mandónos luégo sentar al lado de su camilla de besa-piés, y nos preguntó cómo enamoraban en Benarés, de qué edad se casaban por lo comun las doncellas, y si el sumo brahma tenía un

serrallo. Mi mujer estaba sonrojada; yo respondía con modestia respetuosa: al fin nos despidió encomendándonos el cristianismo, abrazándonos y dándonos golpecitos en las nalgas en señal de bondad. Al salir encontramos á los padres Fa-tutto y Fa-molto, que nos besaron la ropa. El primer momento que siempre arrebató el alma nos hizo al principio desviarnos con horror; pero nos dijo el morado: Aún no estais diestros; haced mil halagos á estos benditos padres, que en este país es obligacion esencial acariciar á sus más crueles enemigos; eso no quita que les deis un veneno, si se os presenta ocasion; pero entre tanto manifestadles cordial amistad. Yo les dí un abrazo; pero Hechizo de los ojos les hizo una cortesía muy adusta, y Fa-tutto la miraba al soslayo, inclinándose hasta el suelo. Todo esto es cosa de encantamento: los dias se nos van en maravillarnos. De véras que dudo que sea Maduré más divertido que Ruma.

CARTA DÉCIMANONA

DE AMABED.

No hacen justicia del padre Fa-tutto. Ayer fué por curiosidad nuestra jóven Dera á un templo chico. Estaba la gente hincada de rodillas, y un brahma de este país pomposamente vestido se inclinaba sobre una mesa, volviendo el trasero al pueblo, y decían que estaba haciendo á Dios. Luégo que hubo hecho á Dios, se volvió por delante. Dera dió un grito, diciendo: Ese es el pícaro que me ha violado. Por fortuna que con el exceso del sentimiento y la confusion dijo estas palabras en indio, y me han asegurado que si las hubieran entendido los asistentes, se hubiera tirado á ella la canalla como á una bruja. Fa-tutto le respondió en italiano: Hija mia, sea con vos la

gracia de la Virgen; hablad más quedo. [Volvió desatentada á contárnoslo. Nos han aconsejado nuestros amigos que no nos quejemos, diciéndonos que Fa-tutto era un santo, y que no se debe decir mal de los santos. ¿Qué quieres? lo hecho es hecho. Llevamos en paciencia todos los contentos que nos hacen gozar en este país, y cada día nos enseña cosas que no imaginábamos. Muchas cosas se aprenden viajando.

Ha venido á la corte de Leone un poeta eminente, cuyo nombre es meser Ariosto, que no gusta de frailes; mira lo que dice de ellos:

No saben qué es amor, ni el alto precio
De caridad; por eso son los frailes
Vil canalla tan digna del desprecio (1)

Bien entiendo que diga Ariosto que son los frailes vilísima canalla; mas no sé por qué dice que no saben lo que es amor. ¡Ay! hartas pruebas tenemos nosotros de lo contrario. Acaso quiere decir que gozan sin amar.

CARTA VIGÉSIMA

DE AMABED.

Ya hace algunos días, amado gran brahma, que no te escribo; y es el motivo los muchos cumplidos con que nos honran. Nos ha dado nuestro monsiñor una espléndida comida, con dos mozos vestidos de colorado de piés á cabeza. Su dignidad es la de cardenal, como si dijéramos quicio de puerta: uno es el car-

(1) Non sa quel che sia amor, non sa que vaglia
La caritade; et quindi avien che i frati
Sono si ingorda et si crudel canaglia.

denal Sacripante, y otro el cardenal Faquinetti. Un cardenal es el primer hombre del mundo despues del vice-Dios, y así se titulan vicarios del vicario: su derecho, que indubitablemente es derecho divino, es el de ser iguales á los reyes y superiores á los príncipes, y especialmente poseer inmensas riquezas; y bien lo merecen por la mucha utilidad que al mundo acarrean.

Estos dos caballeros propusieron, miéntas que estábamos comiendo, llevarnos á sus quintas á pasar unos dias, porque todo el mundo quiere agasajarnos á porfía. Despues de la más graciosa disputa del mundo sobre quién había de ser el preferido, se apoderó Faquinetti de la bella Adaté, y yo cupe en suerte á Sacripante, con pacto de que al día siguiente cambiarían, y que al tercero nos reuniríamos todos cuatro. Dera fué con nosotros. No sé cómo contarte lo que nos ha sucedido; voy con todo á probarme á ello.



Aquí se concluye el manuscrito de las Cartas de Amabed. En todas las bibliotecas de Maduré y Benarés hemos buscado la continuación, y no hemos podido topar con ella: de suerte que si algun desventurado falsario imprime un dia la continuación de las aventuras de los dos Indios jóvenes, *Nuevas Cartas de Amabed*, *Nuevas Cartas de Hechizo de los ojos*, *Respuestas del Sumo Brahma Chastasid*, puede estar cierto el lector de que le engañan y le aburren, como ya mil veces en casos semejantes ha sucedido.

HISTORIA DE JENI

O EL ATEISTA Y EL SABIO.

HISTORIA DE JENI

DE LA ATENCIÓN Y EL CUIDADO

HISTORIA DE JENI

ó

EL ATEISTA Y EL SABIO

CAPÍTULO PRIMERO

Remito la narracion circunstanciada que me pedís de los sucesos de nuestro amigo el respetable Freind y su extraño hijo: el ocio que al fin disfruto despues del retiro de milord Peterborough me deja lugar para que os satisfaga. Tan pasmado os quedareis cuando los leais, como yo cuándo los presencié, y os revestireis de los mismos afectos que yo.

Poco habeis tratado al desgraciado mozo Jeni, al hijo único de Freind, que llevó consigo á España su padre cuando era capellan de nuestro ejército en 1705, habiéndoos partido para Alepo ántes que sitiara milord á Barcelona; pero teneis razon en decirme que tenía Jeni el rostro tan amable como agraciado, y que indicaba esfuerzo y talento: así es verdad; todos cuantos le vian le querían. Primero le había destinado su padre á la carrera eclesiástica; pero habiendo manifestado repugnancia el mozo á un estado que tanto arte, tantas contemplaciones y sagacidad requiere, este padre cuerdo hubiera

creido que cometía un delito y un disparate en violentar la naturaleza.

Todavía no había cumplido Jeni veinte años, cuando quiso servir de voluntario en el ataque de Monjuí que tomamos, y donde mataron al príncipe de Hese: el pobre Jeni fué herido, hecho prisionero y conducido á la ciudad. Remito una narracion muy puntual de cuanto le sucedió desde el ataque de Monjuí hasta la toma de Barcelona: esta relacion es de una catalana ingenua y libre en demasía; pero semejantes escritos no hacen mella en el corazon del sabio. Esta relacion la saqué de su casa cuando en compañía de milord Peterborough entré en Barcelona: leedla sin escandalizaros como fiel pintura de las costumbres de aquel país.

AVENTURAS DE UN MOZO INGLÉS LLAMADO JENI , ESCRITAS
POR DOÑA MAMERTA LAS NALGAS.

Quando nos dijeron que los mismos salvajes que habían venido por los aires de una isla no conocida á tomarnos á Gibraltar, venían á sitiar nuestra opulenta ciudad de Barcelona, empezamos celebrando una novena á la Virgen santísima de Montserrat, que cierto es el mejor modo de defenderse. El pueblo que venía desde tan léjos á atacarnos, tiene un nombre muy enrevesado, que es *English*. Predicó contra los bandidos nuestro reverendo padre inquisidor D. Jerónimo Bueno Caracucarador, y fulminó contra ellos excomunion mayor en Nuestra Señora del Pino, afirmándonos que tenían los english rabo de micos, piés de oso y cabeza de papagayos; que si alguna vez hablaban como los cristianos silbaban casi siempre; que además eran notorios herejes, y que la Virgen Santísima, que es muy propicia á los demas pecadores y pecadoras, nunca perdona los herejes, que por consecuencia todos serían

infalliblemente exterminados, especialmente si se presentaban en Monjuí. Apenas concluyó su sermón, supimos que habían tomado á Monjuí por asalto.

Aquella noche nos contaron que habíamos herido en este asalto á un english mozo, y le habíamos hecho prisionero. En toda la ciudad gritaron: *victoria, victoria*, y todos los balcones se iluminaron.

Doña Maruja Boca-Vermeja, que tenía la honra de ser el cortejo del reverendo señor inquisidor, tuvo vivísimos deseos de ver qué figura tenía un animal english y hereje. Era íntima amiga mía y yo tan curiosa como ella; pero tuvimos que esperar á que sanara de su herida, en lo cual tardó muy poco. En breve supimos que había de tomar baños en casa de mi primo hermano Elvob el sangrador, que, como todos saben, es el mejor cirujano del pueblo. Creció en mi amiga Boca-Vermeja el ansia de ver á este monstruo, y no paramos ni sosegamos, ni dejamos parar ni sosegar á mi primo el sangrador, hasta que nos metió en un retrete detras de una celosía de donde se veía la tina. Entramos en puntillas, sin meter ruido, sin chistar y sin atrevernos á alentar, cabalmente cuando salía el english del baño. Tenía vueltas las espaldas á nosotras, se quitó una gorrilla que cubría sus rubios cabellos, que sueltos bajaban en luengos rizos sobre las más hermosas espaldas que en mi vida he visto; los brazos, los muslos y las piernas me parecieron de una carnacion, de un perfilado y una elegancia que á mi ver se acerca á la perfeccion del Apolo de Belvedere de Roma, de que tiene copia mi tío el escultor.

Estaba Boca-Vermeja atónita, absorta y embelesada, y yo ni más ni ménos, tanto que no me pude contener sin exclamar *¡Qué hermoso muchacho!* Estas palabras que dije sin pensar le hicieron volver la cara; y entónces fué más nuestro pasmo, viendo el rostro de Adonis sobre el busto de Hércules mancebo. Poco faltó para que cayésemos Boca-Vermeja y yo sin sentido: se inflamaron los ojos de mi amiga y se cubrieron de un ligero rocío, por entre el cual se columbraban centellas de fuego: no

sé qué fué de los míos. Cuando volvió en sí: ¡Jesus! me dijo, ¡Virgen Santísima! ¿son así todos los herejes? ¿cómo nos tenían engañadas?

Nos fuimos lo más tarde que pudimos, y mi amiga Boca-Vermeja se prendó del más vehemente amor del monstruo hereje. Confieso que es más hermosa que yo, y también que tuve muchos celos. Representéle que se condenaba siendo infiel al reverendo señor inquisidor D. Jerónimo Bueno Caracucarador por un english. ¡Ah! querida las Nalgas, me dijo (que las Nalgas me llamo), al mismísimo Melquisedec sería yo infiel por este bello mozo. Así lo hizo, y si he de decirlo todo, yo contribuí con más del diezmo de las ofrendas,

Un familiar de la Inquisicion que oia cuatro misas al dia por alcanzar de Nuestra Señora de Montserrat la destruccion de los english, supo nuestros actos devotos, y el reverendo señor Caracucarador nos pegó á entrambas una tunda de azotes, y mandó á veinticuatro familiares del Santo Oficio que prendieran á nuestro amado english. Jeni mató á cinco y los diez y nueve restantes le maniataron y le metieron en un sótano muy fresco, donde le destinaron á ser quemado al siguiente domingo con pompa solemne, ornado de un gran sambenito y de una gorra en forma de pan de azúcar, en honra y gloria de nuestro Salvador y su bendita Madre la Virgen Nuestra Señora. El señor Caracucarador compuso un soberbio sermon que no pudo predicar, porque aquel mismo domingo á las cuatro de la madrugada tomaron los english la ciudad.

Aquí se concluye la relacion de Doña Mamerta las Nalgas: mujer á quien no faltaba cierto talento que llaman los españoles *agudeza*.

CAPÍTULO II.

SIGUEN LAS AVENTURAS DEL MOZO INGLÉS JENI, Y DE SU PADRE, DOCTOR EN TEOLOGÍA, Y MIEMBRO DEL PARLAMENTO Y LA SOCIEDAD REAL DE LÓNDRES.

Ya sabeis la conducta admirable que observó el conde de Peterborough así que se hubo hecho dueño de Barcelona, como estorbó el saqueo, con que presteza y sagacidad dió orden á todos, cómo libró á la duquesa de Popoli de manos de unos soldados alemanes borrachos, que la iban á robar y á violar. ¿Pero quién podrá pintar el asombro, el dolor, la confusion, la rabia, las lágrimas, y los arrebatos de nuestro amigo Freind, cuando supo que estaba Jeni en los calabozos del Santo-Oficio, y ya preparada la hoguera? Ya sabeis que las cabezas mas frias son las que más en las ocasiones decisivas se exaltan. Este hombre que tan grave y tan imperturbable habeis conocido, le hubierais visto volar á la caverna de la inquisicion con mas presteza que corren nuestros caballos castizos en Neumarket; á cincuenta soldados que le seguían desalados, se los dejaba doscientos pasos atrás: al fin llega, entra en la caverna... ¡Qué instantel! ¡qué llantos de júbilo y ternura! veinte víctimas destinadas á la misma solemnidad que Jeni son puestas en libertad: todos estos presos se arman, se unen con nuestros soldados; el Santo-Oficio queda demolido en pocos minutos, y almuerzan todos sobre ruinas con los jamones y el vino de los inquisidores. En medio de este estruendo, y de las músicas y tambores, y del retumbar de cuatrocientos cañones que anunciaban á la Cataluña nuestra victoria, había recobrado su serenidad nuestro amigo Freind, y estaba tan sosegado como el cielo en un día sereno despues de pasada la tormenta. Elevaba

á Dios su corazon tan tranquilo como su semblante, cuando de la claraboya de un sótano vió salir un espectro negro, vestido de una sobrepelliz, que se postró á sus plantas pidiendo misericordia. ¿Quién eres? le dijo nuestro amigo: ¿vienes de los infiernos? Casi casi, le respondió el otro: soy Don Jerónimo Bueno Caracucarador, inquisidor de la fe, y os pido rendidamente que me perdoneis de que quise tostar á mi señor vuestro hijo en la plaza mayor, creyendo que era judío. Pues, aunque fuese judío, respondió con su acostumbrada cachaza nuestro amigo, ¿os está bien, señor Caracucarador, tostar á uno porque desciende de una casta que antiguamente vivía en un distrito cubierto de guijo cerca del desierto de Siria? ¿Qué os importa que tenga uno su prepucio, ó que no le tenga? ¿que celebre la pascua el plenilunio de Marzo, ó el domingo siguiente? Este es un judío, luego es menester quemarle, y todo cuanto tiene es mio: malísimo argumento; no racionan así en la Sociedad Real de Londres. ¿No sabeis, señor Caracucarador, que Jesucristo fué judío; que nació, vivió y murió judío; que celebró la pascua en el plenilunio, como judío; que eran judíos todos los apóstoles; que, despues de la muerte de su maestro, fueron al templo judío, como dicen formalmente las Actas de los Apóstoles; que tambien fueron judíos los quince primeros obispos secretos de Jerusalem? Mi hijo no es judío, que es anglicano: ¿qué manía os ha pasado por la cabeza, que le queráis quemar?

Asombrado el inquisidor Caracucarador con la ciencia del señor Freind, y siempre postrado á sus plantas, le dijo: ¡Ah! nada de eso sabíamos en la universidad de Salamanca: perdonadme, os repito, puesto que el verdadero motivo que he tenido ha sido que mi señor vuestro hijo me ha robado á mi querida Boca-Vermeja. ¡Ah! si os ha robado á vuestra querida, es cosa muy distinta, respondió Freind, porque nadie debe robar lo ajeno; puesto que, como dice Leibnitz, no es esa razon suficiente para quemar á un mancebo: que las penas han de guardar proporcion con los delitos. Vosotros los cristianos de más allá del mar Británico tirando al Sur, con más facilidad asáis á vues-

tros hermanos, ora al consejero Ana Dubourg, ora á Miguel Servet, ora á todos cuantos fueron quemados reinando Felipe II, apellidado el Prudente, que asamos nosotros un *rostit-bif* en Lóndres. No obstante, que vayan á llamar á la señora Boca-Vermeja, y averiguarémos la verdad del caso.

Trajeron á Boca-Vermeja llorando, y mas bella con sus lágrimas, como es costumbre. ¿Es verdad, señorita, le dijo Freind, que estábais perdida de amores por el señor Caracucarador, y que os ha forzado mi hijo Jeni?—¡Forzarme, señor inglés! en mi vida he hecho cosa de mejor gana; no he visto más bello mozo ni más amable que el señorito vuestro hijo, y os doy la enhorabuena de que seais su padre. Yo he sido quien le ha rogado, y á fe que lo merece; y hasta el fin del mundo iré con él, si el mundo tiene fin. Siempre he aborrecido con toda mi alma á ese maldito inquisidor, que me ha sajado á azotes á mí y á Doña Mamerta las Nalgas, mi amiga. Si quereis darme gusto, mandad que ahorquen á ese pícaro clérigo de las rejas de mi ventana, y entre tanto juraré yo al señorito vuestro hijo amor eterno, teniéndome por muy dichosa si logro que tenga en mí un hijo que se le parezca.

Efectivamente, mientras pronunciaba Boca-Vermeja estas razones tan sinceras, enviaba milord Peterborough á buscar al inquisidor Caracucarador para que le ahorcaran. No estrañareis que os diga que el señor Freind lo resistió con todo su poder. Respete, dijo á milord, vuestra justa saña á vuestra generosidad; nunca se ha de quitar la vida á un hombre cuando no es cosa absolutamente necesaria para que viva seguro el prójimo: dirían entónces los españoles que somos los ingleses unos bárbaros que damos la muerte á cuantos clérigos topamos; cosa que pudiera acarrear gravísimos perjuicios al señor archiduque, en cuyo nombre os habeis apoderado de Barcelona: basta con que esté libre mi hijo, y este pícaro clérigo incapacitado á desempeñar su ministerio inquisitorial. Al cabo tanto dijo el prudente Freind, que se contentó milord con mandar azotar á Caracucarador, como había este misera-

ble azotado á Doña Mamerta las Nalgas, y á Doña Maruja Boca-Vermeja.

Clemencia tan rara enterneció el corazón de los catalanes. Los que habían salido de los calabozos de la inquisición conocieron que nuestra religión era muy mejor que la suya: casi todos pidieron que los admitiesen en el gremio de la iglesia anglicana, y no faltaron bachilleres de la universidad de Salamanca, que á la sazón se hallaban en Barcelona, que quisiesen ser ilustrados. La mayor parte se convencieron: uno solo, llamado don Iñigo Medroso Comodios y Papalamiendo, fué algo más renitente. Aquí pongo el resumen de la cortés disputa que á presencia de milord Peterborough tuvo mi querido Freind con el bachiller Papalamiendo. A esta conversación familiar la llamaron el diálogo de los *peros*; y cuando le leais, ya vereis por qué.

CAPÍTULO III.

RESÚMEN DE LA CONTROVERSI A DE LOS PEROS DEL SEÑOR FREIND
CON DON IÑIGO MEDROSO COMODIOS Y PAPANAMIENDO, BACHILLER
DE SALAMANCA.

EL BACHILLER.

Pero, señor, no obstante todas las bellísimas cosas que habeis dicho, no podeis negar que esa iglesia anglicana tan respetable no existía hasta don Lutero y don Ecolampadio; y así sois unos recién venidos, y no sois de casa.



FREIND.

Lo mismo es eso que decir que no soy nieto de mi abuelo, porque un pariente lejano que vivía en Italia se había alzado con su testamento y mis títulos de pertenencia. Yo he tenido la fortuna de dar con ellos, y es claro que soy nieto de mi abuelo. Vosotros y yo somos de la misma familia, con la diferencia de que nosotros, ingleses, leemos el testamento de nuestro abuelo en nuestro idioma vulgar, y que á vosotros os está vedado leerle en el vuestro. Sois esclavos de un extranjero, y nosotros sólo á nuestra razon nos sujetamos.

EL BACHILLER.

Pero si os descarría vuestra razon... porque al cabo no creéis en nuestra universidad de Salamanca, que ha declarado la infalibilidad del Papa, y su indisputable derecho en lo pasado, lo presente, lo futuro y lo *paulo-post-futuro*.

FREIND.

¡Ah! tampoco los Apóstoles la creían. Está escrito que el mismo Pedro, que negó á su maestro Jesus, fué reprendido agriamente por Pablo. No averiguo ahora quién de los dos tenía razon: acaso ni uno ni otro, como sucede en casi todas las contiendas; pero la verdad es que no se halla un solo pasaje en las Actas de los Apóstoles en que aparezca Pedro como árbitro de sus compañeros y de lo *paulo-post-futuro*.

EL BACHILLER.

Pero es cosa averiguada que fué San Pedro Arzobispo de Roma, porque nos enseña Sanchez que llegó este eminente varon á Roma, reinando Neron, y ocupó la cátedra arzobispal por espacio de veinticinco años bajo este mismo Neron, que

no reinó más que trece. Eso más: es de fe, y así lo afirma el prototipo de la Inquisición D. Grillando (porque nosotros nunca leemos la Sagrada Escritura), digo que es de fe que no sé qué año estaba San Pedro en Roma, porque fecha una de sus cartas de Babilonia; porque como Babilonia es palpablemente el anagrama de Roma, es claro que el Papa de derecho divino es dueño de todo el orbe; porque además han demostrado todos los doctores de Salamanca que Simon Virtud-de-Dios, primer brujo y consejero de Estado del emperador Nerón, envió á su perro á dar la bienvenida á San Simon Bariona, por otro nombre San Pedro, así que estuvo en Roma; que San Pedro, que no le iba en zaga en lo bien criado, envió también á su perro á pagar la visita á Simon Virtud-de-Dios; que luego apostaron á quien resucitaría más presto al primo hermano de Nerón; que Simon Virtud-de-Dios no le resucitó más que á medias, y Simon Bariona ganó la apuesta resucitando al primo del todo; que se quiso desquitar Virtud-de-Dios volando, como San Dédalo, por los aires, y San Pedro le rompió ambas piernas haciéndole caer, y por eso alcanzó San Pedro la corona del martirio con la cabeza hácia abajo y los piés hácia arriba (1). Luego está demostrado *à posteriori* que nuestro Santo Padre el Papa debe reinar en todas las testas coronadas, y que es árbitro de lo pasado, lo presente y todos los futuros del mundo.

FREIND.

Claro está que todos estos sucesos pasaron en tiempo que separó Hércules de una manotada las montañas de Calpe y Abila, y atravesó el Estrecho de Gibraltar embarcado en un tonel; pero nosotros fundamos nuestra religion en el Evangelio, y no en esas historias, puesto que son tan verídicas.

(1) Toda esta historia la cuentan Abdías, Marcelo y Hegesipo; Eusebio también refiere una parte.

EL BACHILLER.

¿Pero, señor, en qué pasajes del Evangelio? porque yo he leído parte de él en mi curso de teología. ¿En el ángel que bajó de las nubes para anunciar á María que se empreñaría del Espíritu Santo; en el viaje de los tres Reyes y la estrella; en el degüello de todos los niños del país; en el trabajo que se tomó el diablo de llevarse á Dios en el desierto al pináculo del templo y á la cima de un monte desde la cual se veían todos los reinos de la tierra; en el milagro del agua convertida en vino en una boda de lugar; en el de los dos mil marranos que ahogó el diablo en un lago por mandado de Jesus, en...?

FREIND.

Señor, todas esas cosas las respetamos porque se hallan en el Evangelio; y nunca hacemos mencion de ellas, porque no las alcanza la flaca razon humana.

EL BACHILLER.

Pero dicen que no llamais á la Vírgen santísima Madre de Dios.

FREIND.

La reverenciamos y la amamos; pero creemos que se cura muy poco de los títulos que le dan en la tierra; el Evangelio nunca la nombra madre de Dios. El año de 431, hubo una terrible controversia en un concilio de Efeso por averiguar si era María *theotocos*, y si, siendo Jesucristo Dios y juntamente hijo de María, podia María ser juntamente hija de Dios padre, y madre de Dios hijo, que no son más que un Dios. Nosotros no nos metemos en estas contiendas de Efeso, ni la Sociedad Real de Lóndres tampoco.

EL BACHILLER.

Pero, señor, me hablais de *theotocos*. ¿Qué pájaro es *theotocos*?

FREIND.

Theotocos quiere decir madre de Dios. ¡Con qué sois bachiller de Salamanca, y no sabeis el griego!

EL BACHILLER.

¡Pero el griego, el griego! ¿qué tiene que hacer con el griego un español?... ¿Pero, señor, creéis que tiene Jesucristo una naturaleza, una persona y una voluntad; ó dos naturalezas, dos personas, y dos voluntades, ó una voluntad, una naturaleza y dos personas, ó dos voluntades, dos personas, y una naturaleza; ó...?

FREIND.

Allá se lo compongan los de Efeso, que á nosotros de nada nos importa.

EL BACHILLER.

¿Pero qué es lo que os importa? ¿Pensáis que hay tres personas en Dios, ó tres dioses en una persona? ¿procede la segunda persona de la primera? ¿la tercera procede de las otras dos, ó de la segunda *intrinsicus*, ó sólo de la primera? ¿tiene el hijo todos los atributos del padre, menos la paternidad? ¿procede la tercera persona de las otras por infusion, por identificacion, ó por espiracion?

FREIND.

El Evangelio no trata de esas materias, ni escribió nunca San Pablo la voz de Trinidad.

EL BACHILLER.

Pero siempre me hablais del Evangelio, y nunca de San Buenaventura, de Alberto-magno, de Tamburini, de Grillando, ni de Escobar.

FREIND.

Eso consiste en que no soy dominico ni franciscano, ni jesuita, y en que me ciño á ser cristiano.

EL BACHILLER.

Pero, si sois cristiano, decidme en conciencia si creéis que todos cuantos no lo son han de ser condenados á penas eternas en el infierno.

FREIND.

A mí no me compete señalar límites á la justicia ni á la misericordia divina.

EL BACHILLER.

Pero, en resumidas cuentas, si sois cristiano, ¿qué es lo que creéis?

FREIND.

Creo, como Jesucristo, que debemos amar á Dios y á nuestro prójimo, perdonar nuestras injurias, y reparar los agravios que hubiéremos cometido. Adorar á Dios, ser justo y benéfico: en eso se cifran las obligaciones del hombre, y esas son las máximas de Jesus; máximas tan ciertas que ningun legislador ni filósofo profesó otros principios ántes de su venida, y que no es posible profesarlos diferentes. Estas verdades nunca han sido contrarestadas ni podido serlo, como no sea por nuestras pasiones.

EL BACHILLER.

Pero... ¡ah, ah! tratándose de pasiones ¿es cierto que vuestros obispos, vuestros sacerdotes y diáconos se casan todos?

FREIND.

Es la verdad pura. San Josef, que fué padre putativo de Jesus, era casado; y su hijo fué Santiago el menor, por mote Oblía, hermano de Nuestro Señor, que despues de muerto Jesus pasó su vida en el templo. San Pablo, el eminente San Pablo fué casado.

EL BACHILLER.

Pero Grillando y Molina dicen lo contrario.

FREIND.

Grillando y Molina dirán lo que les diere la gana, yo me atengo al propio San Pablo que en su epístola primera á los

Corintios dice (1): «¿No tenemos acaso facultad para comer y beber á costa vuestra? ¿No tenemos facultad para llevar con nosotros á nuestras mujeres, á nuestra hermana como hacen los demas apóstoles, los hermanos de Nuestro Señor y Cefas? ¿Va nadie á la guerra á costa suya? ¿El que ha plantado una viña no se come el fruto? etc.»

EL BACHILLER.

Pero, señor ¿es cierto que todo eso lo ha dicho San Pablo?

FREIND.

Eso, y mucho más ha dicho.

EL BACHILLER.

¿Pero cómo ese portento, ese dechado de la "gracia eficaz?...

FREIND.

Verdad es, señor Bachiller que fué su conversion muy portentosa. Yo confieso que segun las Actas de los Apóstoles había sido el satélite más cruel de los enemigos de Jesus. Dicen las Actas que contribuyó á apedrear á San Estéban; y él mismo confiesa que cuando condenaban los judíos á muerte á un secuaz de Jesus, él era quien llevaba la sentencia, *detuli sententiam* (2). Tambien sé que su discípulo Abdías, y Julio Africano, su intérprete, le acusan de que hizo quitar la vida á Santiago Oblía, hermano de Nuestro Señor (3), pero estos furores

(1) Capítulo 9.

(2) Actas de los Apóstoles. cap. 26

(3) Historia apostólica de Abdías, version de Julio Africano, lib. 6.º pág. 595 y siguientes.

hacen más portentosa su conversion, y no le quitaron que tuviera mujer. Os repito que era casado, como lo dice en términos positivos San Clemente Alejandrino.

EL BACHILLER.

Pero, según eso, era un hombre de bien, un excelente hombre San Pablo. Siento mucho que haya asesinado á Santiago y á San Estéban y más extraño que haya estado en el tercer cielo. Pero ruégoos que continuéis.

FREIND.

San Pedro, según refiere San Clemente Alejandrino, tuvo varios hijos y entre ellos á Santa Petronila. Eusebio refiere en su historia eclesiástica que San Nicolás, que fué uno de los primeros discípulos del Señor, tenía una mujer muy hermosa, y que reprendiéndole los apóstoles porque no pensaba más que en ella, y era celoso... Señores, les dijo, tómela quien quisiere; ahí la teneis (1).

En la economía judaica, que debía ser eterna, puesto que ha sucedido á ella la cristiana, no sólo era lícito el matrimonio de los sacerdotes, sino que se les mandaba expresamente, porque todos habían de ser de la misma familia, y el celibato era una especie de infamia. Preciso es que el estado de celibatario no se reputase por nada puro ni honroso, pues que los herejes anatematizados en los primeros concilios fueron más especialmente los que reprobaban el matrimonio de los clérigos, como los saturninos, los basilidianos, los montanistas, los encraticistas y otros en *istas* y en *anos*. Por eso, la mujer de San Gregorio Nacianceno, parió otro San Gregorio Nacianceno, y tuvo la imponderable felicidad de ser madre y esposa de un Santo: gloria que no cupo en suerte ni aún á Santa Mónica, madre

(1) Eusebio, libro 3.º, cap. 3o.

de San Agustín, y por eso pudiera yo citaros tantos ó más obispos casados, como obispos y papas amancebados, adúlteros y pederastas habeis tenido los católicos, cosa que hoy no se ve en parte ninguna fuera de vuestra iglesia; y por eso la iglesia griega, madre de la latina, quiere áun hoy día que sean casados los curas; y por eso, en fin, yo que estoy hablando soy casado, y tengo el más hermoso muchacho que se puede ver.

Decidme, querido bachiller, ¿no teneis en vuestra iglesia siete sacramentos cabales, que son otras tantas señales visibles de cosas invisibles? Ora, un bachiller de Salamanca disfruta de la gracia del bautismo desde recién-nacido; de la confirmacion, así que le ponen calzones; de la confesion, así que hace algunas picardigüelas; de la comunión, aunque algo diferente de la nuestra, así que cumple trece ó catorce años; del órden, así que le trasquilan la coronilla, y le dan un beneficio de veinte, treinta ó cuarenta mil duros de renta; por fin, de la extremauncion, así que se halla muy malo. ¿Pues, porqué se le ha de privar del sacramento del matrimonio cuando está bueno y sano, y más habiendo el mismo Dios casado á Adán y Eva: á Adán, que fué el primer bachiller de este mundo, pues tuvo ciencia infusa, segun vuestra escuela; y á Eva, que fué la primera bachillera, pues probó el árbol de la ciencia ántes que su marido?

EL BACHILLER.

Pero, si así es, no volveré á decir *pero*. Se acabó, me convierto á vuestra religion, y me hago anglicano. Me casaré con una mujer de bien, que finja que me quiera mientras fuere mozo, que me cuide cuando sea viejo, y á cuyo entierro asista yo si vivo más que ella. Más vale eso que tostar hombres, y deshonar doncellas, como hacía mi primo el señor Caracucarador, inquisidor de la fe.

Este es el resúmen puntual del diálogo del doctor Freind con el bachiller Papalamiendo, que luego llamamos nosotros Papa-Dejando. Jacob Hulf, uno de los secretarios de milord, le copió al pié de la letra.

Acabado el coloquio, me llamó á parte el bachiller, y me dijo: Preciso es que este inglés, que á los principios creía yo que era un antropófago, sea hombre de la mejor índole, porque es teólogo, y no me ha dicho desvergüenzas. Respondíle que el señor Freind era tolerante, y descendiente de la hija de Guillermo Penn, el príncipe de los tolerantes, y fundador de Filadelfia. ¡Tolerante y Filadelfia! exclamó: nunca había yo oído hablar de esas herejías. Explíqueme la significacion de estas voces; no me podía creer, y creía que estaba en otro mundo, y tenía razon.

CAPÍTULO IV.

REGRESO Á LÓNDRES: EMPIEZA JENI Á ESTRAGARSE.

Miéntras que ilustraba nuestro digno filósofo Freind á los barceloneses, y embelesaba su hijo Jeni á las barcelonesas, se malquistó milord Peterborough con la reina Ana y con el archiduque por haber conquistado para ellos á Barcelona. Los palaciegos le acusaron de que había tomado esta ciudad faltando á todas las reglas de táctica, y con un ejército la mitad ménos numeroso que la guarnicion. Al principio se ofendió mucho el archiduque, y tuvo el amigo Freind que publicar la apología del general; empero el archiduque que había venido á reinar en España, no tenía con que pagar una jícara de chocolate, habiendo desperdiciado todo cuanto le había dado la reina Ana. Dice Montecuculi en sus Memorias, que tres cosas son indispensables para la guerra: la primera dinero, la segunda dinero, y la tercera dinero. El archiduque, desde Guadalaajara, donde á la sazón estaba, escribió á 11 de Agosto de 1706

á milord Peterborough una larga carta firmada *Yo el Rey*, suplicándole que fuese incontinenti á Génova á agenciarle, sobre el crédito personal de milord, 100.000 libras esterlinas para reinar (1), y ya tenemos á nuestro Sertorio convertido en banquero genovés de general de ejército. Fió su apuro del amigo Freind, y ambos fueron á Génova adonde yo los acompañé, porque bien sabeis que siempre sigo los impulsos de mi corazón. Me pasmó la maña y el espíritu de conciliación de mi amigo en este negocio, y me convencí de que un hombre de talento es capaz de todo. Nuestro gran Locke era médico, y fué el único metafísico de Europa, y restableció las monedas de Inglaterra.

En tres días encontró Freind las 100.000 libras esterlinas que se comió la corte de Carlos VI en ménos de seis semanas; despues fué menester que el general en compañía de su teólogo se fuera á justificar á Lóndres, en parlamento pleno, por haber conquistado la Cataluña contra las reglas, y haber sacrificado su caudal al servicio de la causa comun. Este asunto se exasperó y se hizo interminable, como todos los asuntos de partido.

Ya sabeis, que ántes de ser clérigo, era el Sr. Freind diputado del Parlamento, y que es el único á quien hayan permitido ejercer estos dos cargos incompatibles. Pues un día que estaba meditando Freind un discurso que había de decir en la Cámara de los Comunes, cuyo digno miembro era, le dijeron que quería hablarle una señora española de negocio que urgía. Esta dama era Doña Maruja Boca-Vermeja en persona, que venía deshecha en llanto. Nuestro amigo la ofreció el desayuno; ella enjugó sus lágrimas, almorzó, y dijo así: Ya os acordais, señor amado, que cuando fuísteis á Génova mandasteis al señorito vuestro hijo, que viniese de Barcelona á Lóndres á tomar posesion del empleo de oficial de tesorería, que por

(1) Se halla impresa en la apología del conde de Peterborough por el Dr. Freind, pág. 143, imprenta de Jonas Bourer.

influjo vuestro le habían dado. Efectivamente se embarcó en *el Triton*, con el bachiller jóven, el Sr. Papa-Dejando, y algunos más que habiais vos convertido. Bien pensais que yo vine con él, en compañía de mi amiga las Nalgas. Ya sabeis que me habeis dado licencia de querer á vuestro hijo, y que le adoro...—Yo, señorita, no he dado tal licencia para ese galanteo, le he tolerado, que es cosa muy distinta. Un buen padre no ha de ser ni tirano ni mercurio de su hijo. Acaso era antiguamente la simple fornicacion entre dos personas libres una especie de derecho natural, que Jeni puede disfrutar con recato, sin que yo me meta en ello, porque no me meto en las queridas que tiene, más que en lo que come ó lo que bebe; si se tratara de un adulterio, confieso que no sería tan fácil, porque todo adulterio es un hurto; pero á vos, señorita, que á nadie agraviais, nada tengo que reprenderos.—¡Ay! señor, cabalmente de adulterio se trata. El bello Jeni me deja por una casada jóven que no es tan bonita como yo. ¡Ya veis que agravio tan atroz! Hace mal, dijo entónces el Sr. Freind. Boca-Vermeja vertiendo un mar de lágrimas, le contó que Jeni había tenido celos, ó fingido que los tenía del bachiller; que se había apoderado de su ánimo la señora Clive-Hart, una casada jóven, muy descarada, muy vengativa, muy hombruna y muy mala, que vivía con libertinos, sin temor de Dios; finalmente, que despreciaba á su fiel Boca-Vermeja por la bribonaza de Clive-Hart, porque tenía ésta, uno ó dos grados más de blanco y sonrosado que la pobre Boca-Vermeja.

Yo examinaré el asunto despacio, le dijo el buen Freind, que ahora tengo que ir al Parlamento para el de milord Peterborough. Fué, en efecto, al Parlamento, donde le oí perorar con lógica y concision, sin lugares comunes, sin epítetos, sin lo que llamamos frases, no invocando el testimonio de las leyes, sino compulsándolas, citándolas y reclamándolas; no decía que habían engañado la religion de la Cámara los que acusaban á milord Peterborough de haber aventurado las tropas de la reina Ana, porque no era asunto de religion; no llamaba de-

mostracion á lo que era mera conjetura; no perdía el respeto debido á la Augusta Asamblea del Parlamento, diciendo insulsos chistes propios de gente comun; no calificaba de cliente á milord Peterborough, porque cliente quiere decir un vecino llano, protegido por un senador. Hablaba Freind con tanta moderacion como entereza, todos le oían silenciosos, ó si alguien interrumpía era para decir: *Hear him, hear him*, escuchadle, escuchadle. La Cámara de los Comunes votó una accion de gracias al conde de Peterborough en vez de condenarle; la misma justicia le hizo la Cámara alta, y se dispuso para volver con su amado Freind á dar la corona de España al archiduque, puesto que no fué así, porque nada en este mundo sucede como uno quisiera.

Al salir del Parlamento fuimos en diligencia á informarnos de la conducta de Jeni, y supimos que efectivamente vivía en la disolucion y el abandono con una gavilla de ateistas mozos, todos muchachos de talento, á quien les habían convencido sus propios desórdenes de que «el hombre en nada es superior al bruto, que nace y muere como el bruto, que igualmente fueron ambos formados de tierra y ambos se vuelven en tierra, que la única cosa cuerda y buena es regocijarse en sus obras y vivir con la que bien se quiere, como lo esfuerza Salomon al fin de su capítulo tercero del Coheleth, que nosotros llamamos Eclesiastes.»

Quien les insinuaba con especialidad estas ideas era un tal Wirburton, un picaruelo muy osado. Yo he leído parte de los manuscritos de este loco; Dios nos libre de que se impriman algun dia. Afirma Wirburton que Moisés no creía en la inmortalidad del alma y efectivamente nunca habla en su ley de ella: de aquí colegía Wirburton que esta era la única prueba de la divinidad de su mision. De argumento tan absurdo se infiere por desgracia que era falsa la religion judaica; los impíos sacan la consecuencia de que tambien lo es la nuestra, que en aquella se funda, y si la nuestra, que es la mejor de todas, es falsa, todavía más lo son todas las demas; así que no

hay religion verdadera, y de aquí pasan algunos á inferir que no hay Dios. El tal Wirburton es aparte de esto un entremetido y un calumniador, con que véase si es peligroso. Otro loco, llamado Needham, que es un jesuita encubierto, se propasa á más. Se imagina este animal, como ya sabeis y tanto os lo han repetido, que con harina de centeno y sustancia de carnero ha criado anguilas que han producido al instante otras sin aparearse. Al punto fallan nuestros filósofos que es posible formar hombres con harina de trigo candeal y sustancia de perdziz, porque han de ser de más noble origen que las anguilas, y dicen que estos hombres producirán otros *incontinenti*; por tanto, que no es Dios el criador del hombre, que todo se ha hecho por sí propio, que para nada necesitamos á Dios, y que no hay Dios. Contemplad el estrago que el Coheleth mal interpretado, y Wirburton y Needham bien interpretados, pueden causar en corazones donde reinan las pasiones, y que sólo por su impulso se gobiernan.

Lo peor del caso era que estaba Jeni acribillado de deudas, y las pagaba de rara manera. Aquel mismo día había venido uno de sus acreedores á pedirle cien guineas miéntras estábamos en el Parlamento, y el lindo Jeni, que hasta entónces siempre había sido tan afable como bien criado, le había desafiado, y le había pagado con una buena estocada. El herido corría peligro de muerte, y á Jeni le iban á meter en la cárcel y acaso á ahorcarle, no obstante la proteccion de milord Peterborough.

CAPÍTULO V.

PROYECTO DE CASAR Á JENI.

Ya se os acuerda, querido amigo, el dolor y la indignacion que se habían apoderado del venerable Freind, cuando supo que estaba su querido Jeni en Barcelona en las cárceles del Santo Oficio; pues creed que todavía fué más violento su arre-

bato cuando supo los desórdenes de este desventurado mozo, su disolucion, sus prodigalidades, su modo de pagar á los acreedores, y el riesgo en que se hallaba de que le ahorcaran; pero Freind se contuvo. Cosa asombrosa es el dominio que tiene este excelente hombre en sí propio; su corazon obedece á su razon como un buen criado á un buen amo; todo lo hace á su tiempo, y obra con prudencia con tanta presteza como se resuelven los imprudentes. No es tiempo, dijo, de echar sermones á Jeni sino de sacarle del precipicio.

Habéis de saber que el dia ántes habia cobrado nuestro amigo una fuerte cantidad de la herencia de su tio Jorge Huberto. Él propio fué á buscar á nuestro gran cirujano Cheselden; le encontramos por dicha, y fuimos juntos á casa del acreedor herido. El señor Freind hizo sondear la herida, que no era mortal; dió al paciente las cien guineas como cura de primera intencion, y otras cincuenta más para subsanarle el perjuicio: pidióle luégo que perdonara á su hijo, manifestándole su sentimiento con tanto afecto y tantas véras, que el pobre hombre que estaba en cama le abrazó vertiendo lágrimas, y quería volverle su dinero. El jóven Cheselden, que empieza á cobrar fama, y que tiene tan buen corazon como penetracion y soltura de manos, estaba atónito y enternecido con esta escena, y yo llorando, sin saber lo que por mí pasaba: nunca habia venerado ni querido tanto á nuestro amigo.

Miéntas se hacia hora de cenar, fuí á ver á Jeni, y le encontré, como creo que está cualquiera cuando acaba de cometer su primer delito, amarillo, desencajados los ojos, interrumpida y ronca el habla, agitado el ánimo, respondiendo sin ton ni son á cuanto le decían; al cabo le dije lo que habia hecho su padre. Se quedó parado, me miró de hito en hito, volvió luégo el rostro y vertió algunas lágrimas. Túvelo á buen agüero, y esperé que podría Jeni ser un dia muy hombre de bien. Iba á echarle los brazos al cuello, cuando entró la señora Clive-Hart con un mozo atolondrado, amigo suyo, llamado Birton.

¿Con que es cierto, le dijo riéndose la dama, que has muerto á un hombre hoy? Sin duda que era algun fastidioso; eso es bueno, librar el mundo de esa casta: cuando se te ponga en la cabeza matar á otro, te ruego que escojas á mi marido, porque me tiene terriblemente aburrida.

Contemplaba yo á esta mujer de piés á cabeza, y era hermosa; pero me pareció que tenía su rostro un no sé qué siniestro. No se atrevía Jeni á responder, y bajaba los ojos al suelo, porque estaba yo presente. ¿Pues qué tienes, amigo? le dijo Birton; no parece sino que has cometido una mala accion; anda, que yo te absuelvo de tu pecado. Mira, aquí te traigo un librito que acabo de comprar en la librería de Lintot, y que prueba, como dos y dos son cuatro, que no hay Dios, ni vicio, ni virtud; eso consuela: vamos á beber.

Al oír tan extrañas razones, me marché al instante, y dí á entender con prudencia al señor Freind cuánto necesitaba su hijo de su presencia y consejos. Bien lo veo, me dijo; pero paguemos primero sus deudas. Al otro dia por la mañana las pagó todas: Jeni vino á postrarse á sus plantas. ¿Creeréis que no le hizo su padre reconvenccion ninguna, y que le abandonó á sus propios remordimientos, ciñéndose á decirle: Hijo mio, acuérdate de que sin virtud no hay felicidad?

Casó luégo á Boca-Vermeja con el bachiller de Cataluña, á quien tenía ella inclinacion secreta, no obstante las lágrimas que por Jeni había veruido; que todo eso lo combinan perfectamente las mujeres. Dicen que reune el corazon de la mujer todas las contradicciones, sin duda porque en su origen fué formada de una de nuestras costillas. El generoso Freind pagó la dote de la novia, y colocó muy bien, con la proteccion de milord Peterborough, á todos los recién-convertidos; porque no basta labrar la salvacion de las almas, que es menester tambien que vivan los cuerpos.

Habiendo hecho todas estas buenas acciones con aquella calma que siempre me pasmaba, resolvió que no había otro recurso para reducir á su hijo al sendero de la virtud, que

casarle con una doncella bien criada, hermosa, honesta, discreta y con algun caudal; y que era este el único modo de desprender á Jeni de la detestable Clive-Hart, y de los mancebos disolutos con quien se acompañaba.

Me habían hablado de miss Primarosa, niña y rica, criada por su parienta milady Hervey. Milord Peterborough me presentó en casa de esta señora: ví á miss Primarosa, y creí que podía satisfacer todo cuanto deseaba mi amigo Freind. Jeni, en medio de su disoluta vida, conservaba un profundo respeto á su padre, y hasta un verdadero cariño; moviéndole especialmente que nunca le hubiese echado en cara sus desórdenes. Sus deudas pagadas sin decírselo, consejos prudentes y sin reprensiones dados al caso, las muestras de cariño que de cuando en cuando le daba sin familiaridad ninguna que envilecerlas pudiese: todo esto enternecía á Jeni que era sensible y tenía entendimiento muy claro. Yo estaba persuadido con razon á que cedería la furia de sus desórdenes á las gracias de Primarosa, y á la rara virtud de mi amigo.

Milord Peterborough en persona presentó á milady Hervey primero á su padre, y luego á Jeni. Reparé que la sin par hermosura de este se grabó al punto en lo hondo del pecho de Primarosa, porque la ví bajar los ojos, alzarlos, y pararse colorada. Jeni estuvo muy cortés, y confesó Primarosa á milady Hervey que hubiera deseado que en vez de atento se hubiera mostrado tierno. Poco á poco fué conociendo nuestro mozo el mérito de esta incomparable doncella, puesto que le tenía dominado la infame Clive-Hart: semejanté á aquel indio á quien un ángel le brindaba á coger una fruta celestial, pero se lo estorbaba un dragon. Aquí me ahoga la memoria de lo que he visto, y el papel se empapa en mis lágrimas. Cuando haya cobrado los sentidos, añadiré el roto hilo de mi historia.

CAPÍTULO VI.

SUCESO ESPANTOSO.

A celebrarse iban las bodas de la bella Primarosa con el hermoso Jeni: nunca había gozado nuestro amigo Freind alegría más pura; yo también estaba no menos contento, cuando se convirtió nuestro júbilo en el pesar más horroroso y más incomprensible.

Clive-Hart, continuamente infiel á Jeni, estaba enamorada de él: estrella de todas cuantas á poder de despreciar el pudor huellan á los piés la probidad. A su querido Jeni le engañaba por su querido Birton y otro disoluto de la misma especie, y todos vivían encenagados en la torpeza; pero todos tenían ingenio y valor: cosa que acaso sólo en nuestra nación se halla en hombres de este jaez. Por desgracia nunca eran más ingeniosos que cuando hablaban contra Dios. Era la casa de la Clive-Hart el receptáculo de los ateos: vaya, si hubieran sido ateistas virtuosos, como Epicuro y Leoncio, como Lucrecio y Memio, como Espinosa, que dicen que fué uno de los hombres más de bien de Holanda; como Hobbes, tan leal á su malhadado soberano Carlos I... ¡Peró!... Sea como fuere, furiosa de celos Clive-Hart contra la inocente Primarosa, no pudo llevar en paciencia este casamiento, sin dejar de ser infiel á Jeni; meditó una venganza de que creo que no hay otro ejemplo en nuestro Lóndres, puesto que nuestros padres tantos delitos de tan varias especies cometieron.

Sabiendo que había de pasar Primarosa por delante de su puerta de vuelta del barrio que llaman la Ciudad, adonde había ido con su criada á comprar unas frioleras, llama á los albañiles para componer un albañal por donde se desaguaba

el sumidero de su cocina. El coche de Primarosa tuvo que pararse delante de este obstáculo. Clive-Hart se presenta, la convida á que se apee y descanse, y á que admita algun refresco miéntras despejan el camino. Esta oferta estremeci6 á la bella Primarosa, pero vi6 á Jeni en el zaguan; y un impulso involuntario, más poderoso que la reflexion, la hizo apearse. Jeni fué á ella, y le dió la mano. Entra la desventurada: el marido de la Clive-Hart era un borracho estúpido, dócil instrumento de su mujer, que le aborrecía por sus propias condescendencias: éste tartamudeando brinda con refrescos á la señorita que viene á honrar su casa, y bebe él despues. La Clive-Hart los hace quitar al punto, y manda traer otros. Entre tanto despejan la calle, sube Primarosa al coche, y se vuelve á casa de su madre. Al cabo de un cuarto de hora se queja de dolor de est6mago y vaguidos. Primero creen que es su desazon efecto del movimiento del coche; pero crece el dolor por puntos, y al otro dia estaba á la muerte. Fuimos volando á su casa el señor Freind y yo, y hallamos á esta preciosa criatura amarilla, cárdena, agitada de convulsiones, los labios tirantes y secos, los ojos ora amortecidos, ora inflamados, y siempre inm6viles; su hermoso seno y su hermoso rostro desfigurados con petequias negras, y su madre desmayada junto á la cama. El compasivo Cheselden le suministraba inútilmente todos los remedios de su arte. No os pintaré la desesperacion de Freind, porque no hay palabras que la ponderen. Voy apriesa á la habitacion de la Clive-Hart, y me dicen que su marido ha muerto, y que ella se ha huido. Busco á Jeni, y no le hallo: una criada me cuenta que se ha prostrado su ama á las plantas de Jeni, rogándole que no la abandonara en su desdicha; que se ha ido con él y con Birton, y que no sabe adonde.

Atolondrado con tantos y tan repetidos golpes, atosigado mi ánimo con horrorosas sospechas que procuraba desechar y me venían de nuevo, vuelvo en lentos pasos á casa de la moribunda. No obstante, decía entre mí, una vez que esta abomi-

nable mujer se ha echado á los piés de Jeni, y que le ha suplicado que tuviese compasion de ella, no es él su cómplice. No es capaz Jeni de tan horroroso y tan feo delito, que no tenía interes ni motivo ninguno para cometer, que le privaba de una mujer adorable y de su caudal y le hacía la execracion del linaje humano: su flaqueza se ha dejado avasallar de una miserable cuyas iniquidades no sabe. No ha visto, como yo, á Primarosa agonizando; no hubiera dejado la cabecera de su cama por seguir á la envenenadora de su mujer. Embatido por estos pensamientos, entró temblando en casa de la que me temía encontrar sin vida; aún alentaba: el viejo Clive-Hart se había rendido en un instante, porque tenía las fuerzas exhaustas por sus escesos; pero la jóven Primarosa la sustentaba viva un temperamento tan robusto como era pura su alma. Reparó en mí, y con voz afectuosa me preguntó donde estaba Jeni. Mis ojos rompieron entónces en un mar de lágrimas, y no le pude responder, ni hablar con Freind: al fin la dejamos en las manos fieles que la servían.

Fuímos á informar á milord de tamaño desastre. Ya conocéis su corazon, tan tierno con sus amigos como terrible con sus enemigos. Nunca ví hombre más compasivo con más áspera fisonomía. Tanto se afaná por socorrer á la moribunda, por descubrir el asilo de Jeni y su infame compañera como se había afanado por ganar la España para el archiduque. Inútiles fueron todas nuestras pesquisas: yo creí que Freind se moría. Corriamos ya á casa de Primarosa, cuya agonia se prolongaba, ora á Rochestér, á Dover y á Portsmouth; despachábamos correos á todas partes; á todas partes íbamos; vagábamos sin norte, como perros de caza que han perdido la huella; y en tanto la desventurada madre de la desventurada Primarosa vía de hora en hora acercarse la muerte de su hija. Al fin sabemos que una mujer moza y hermosa, acompañada de tres jóvenes y varios criados, se había embarcado en Newport, en el condado de Pembroke, en un navichuelo surto en la rada, y lleno de contrabandistas,

y se había hecho á la vela para la América septentrional.

Al saber Freind esta nueva exhaló un profundo suspiro, paróse un rato pensativo, y apretándome la mano, me dijo: Me voy á América. Maravillado y llorando, le respondí: Yo no os abandonaré; ¿pero qué pretendéis hacer? Traer á mi hijo único, me dijo, á su patria y á la virtud, ó enterrar-me cabe él. Efectivamente, por las señas que nos dieron, no nos podía quedar duda de que era Jeni el que con esta abominable mujer, con Birton, y las demas malas cabezas de la comitiva se había embarcado.

Resuelto su buen padre se despidió de milord Peterborough que muy en breve se volvió á Cataluña, y nosotros fuimos á Bristol á fletar un navío para el rio Delaware y la bahía de Mariland. Freind se determinó á dirigirse á estos parajes que hallándose en medio de las posesiones inglesas le proporcionarían seguir á su hijo, ora hubiese este ido al Mediodía ó al Septentrion. Proveyóse de dinero, de letras de cambio y víveres, y dejó en Lóndres un criado de confianza, con encargo de escribirle por los navíos que cada semana salían para Mariland ó la Pensilvania.

Nos embarcamos, y la tripulacion, que tan sereno vía el semblante de Freind, se figuraba que viajábamos por recreo; pero cuando se hallaba á solas conmigo, su hondo dolor se exhalaba en amargos sollozos. Algunas veces me daba yo á mí propio en secreto el parabien de ser el consolador de alma tan noble. Un viento de Poniente nos detuvo mucho tiempo á la altura de las Sorlingas, y nos vimos precisados á dirigirnos á la Nueva Inglaterra. ¡Cuántos informes tomamos en toda la costa! ¡cuánto tiempo y afan perdimos! Al fin se levantó un viento de Nordeste, y navegamos hácia Mariland. Allí nos dieron lengua de Jeni, de la Clive-Hart, y de sus compañeros.

Más de un mes habían estado en la costa, y habían asombrado la colonia entera con francachelas y magnificencias hasta entónces no conocidas en esta parte del globo: luego

habían desaparecido, y nadie sabía su paradero. Fuímos más adelante, con ánimo de ir hasta Baltimore á tomar nuevos informes.

CAPÍTULO VII.

SUCESOS DE AMÉRICA.

En el camino, á la derecha, hallamos una habitacion muy decente, que era una casa baja, cómoda y aseada, entre un espacioso granero y una vasta caballeriza, cercado todo de un jardín donde se daban todas frutas del país. Era este recinto de un anciano que nos convidó á descansar en su albergue. No parecía inglés, y por su acento colegimos que era extranjero. Aferramos el ancla, desembarcamos, y este buen hombre nos recibió con agasajo, y nos sirvió la mejor comida que se puede servir en el Nuevo Mundo. Manifestámosle con urbanidad nuestro deseo de saber á quién debíamos tan buen recibimiento. Yo soy, dijo, uno de los que llamais vosotros salvajes: nací en una de las montañas azules que rodean esta comarca, y veis al Occidente. Una maldita serpiente gruesa de cascabelillo me mordió siendo niño en una de esas montañas, y me abandonaron por muerto. El padre del que es hoy milord Baltimore me encontró, me encomendó á su médico, y le debí la vida. Presto le pagué esta deuda, porque le libré la suya en un combate contra un aduar inmediato. Para remunerarme, me dió esta habitacion donde vivo dichoso.

Preguntóle el señor Freind si era de la religion de milord Baltimore. De la mia soy, dijo: ¿por qué querriais que fuera de la religion de otro? Esta enérgica y concisa respuesta nos puso palpable lo imprudente de nuestra pregunta. ¿Con que

teneis, le dije yo, vuestro Dios y vuestra ley? Sí, me respondió con una entereza que nada tenía de arrogancia: mi Dios está allí, enseñando el cielo, y mi ley aquí, poniendo la mano en su corazon. Quedó pasmado de admiracion el señor Freind, y apretándome la mano me dijo: esta naturaleza pura sabe más que todos cuantos bachilleres arguyeron con nosotros en Barcelona.

Anhelaba Freind por saber, si era posible, algo de cierto de su hijo Jeni: era un peso que le abrumaba. Preguntó, pues, á su huésped si había oido mentar la banda de mancebos que tanta bulla habían metido en las inmediaciones. ¿Cómo si los he oido mentar? dijo el viejo: los he visto, los he tenido en mi casa; y tan satisfechos han quedado con mi agasajo, que se han ido con una de mis hijas. Considerar cuál sería el asombro y la confusion de mi amigo al oir esto. En su primer movimiento no pudo ménos de clamar: ¡Con que mi hijo se ha llevado robada á vuestra hija! Buen inglés, le replicó el viejo, no te enojés: mucho me alegro que el que se fué de mi casa con mi hija sea hijo tuyo, porque es hermoso, buen mozo, y tiene trazas de valiente. No me ha robado á mi querida Paruba, porque has de saber que se llama Paruba, por ser Paruba mi nombre. Si hubiera robado á mi Paruba, sería un hurto; y mis cinco hijos varones que ahora están cazando en los contornos, cuarenta ó cincuenta millas de aquí, nunca hubieran aguantado este agravio, porque es pecado enorme hurtar lo ajeno. Mi hija se ha ido por su voluntad con esos mozos, que ha querido ver tierras; y ese es un gusto que no se ha de negar á una muchacha de su edad. Los extranjeros me la restituirán ántes que pase un mes; y estoy cierto de ello, porque me han dado su palabra. Estas razones me habrían movido á risa, si toda mi alma no hubiera estado penetrada del pesar en que via sumido á mi amigo.

Por la tarde, cuando nos íbamos para aprovechar del viento, llega uno de los hijos de Paruba, sin aliento, la amarillez, la desesperacion y el horror retratados en su semblan-

te. ¿Que tienes, hijo mio? le dice Paruba: ¿de dónde vienes? yo creía que estabas cazando. ¿Qué te ha sucedido? ¿te ha mordido alguna fiera?—No, padre, no estoy herido, pero me estoy muriendo.—¿Pero de dónde vienes, hijo querido, vuelvo á decir?

—De cuarenta millas de aquí, sin tomar aliento; pero vengo muerto.

Temblando su padre le hace que descanse, le da sustancias para confortarle; todos estábamos en torno de él, sus hermanitos, sus hermanitas, el señor Freind, y yo, y nuestros criados. Cuando hubo cobrado aliento, se abrazó del buen viejo Paruba. Ah! le dijo llorando, mi hermana Paruba es prisionera de guerra, y probablemente se la van á comer. Al oír estas palabras se cayó en el suelo el buen Paruba. El señor Freind, que tambien era padre, se sintió enternecido el corazon; al fin Paruba, hijo, nos contó que una turba de ingleses mozos muy atolondrados había embestido, por pasar el rato, á unos habitantes de la Montaña azul. Llevaban consigo, añadió, á una mujer muy hermosa con su criada; y no sé como se hallaba mi hermana en su compañía. A la hermosa inglesa la han muerto y comido; mi hermana está presa, y se la comerán tambien: yo vengo á buscar socorro contra los hombres de la Montaña azul. Quiero darles la muerte, comérmelos, cobrar á mi querida hermana, ó morir.

Tocaba entónces al señor Freind el caerse desmayado; pero estaba tan habituado á mandar en sí propio, que se mantuvo firme. Dios me ha dado un hijo, me dijo, y se llevará á él y á su padre cuando venga la hora del cumplimiento ds sus eternos decretos. Amigo, tentado estuviera á creer que obra algunas veces Dios por una providencia especial, sujeta á sus leyes generales, pues castiga en América delitos cometidos en Europa, y la perversa Clive-Hart ha muerto como había de morir. Acaso ha dispuesto de tal manera las cosas el fabricante supremo de tantos mundos, que á veces se pagan las grandes atrocidades que en un globo se cometen en aquel globo mis-

mo. No me atrevo á creerlo, pero quisiera que así fuese; y lo creyera si no fuese esta idea opuesta á todas las reglas de buena metafísica.

Hechas estas reflexiones tan tristes acerca de sucesos tan funestos, que son muy frecuentes en América, tomó Freind su resolucion al punto, como lo tenía por costumbre. Traigo un buen navío, le dijo á su huésped, y bien provisto; subamos con la marea el golfo lo más cerca que ser pueda de las Montañas azules. Lo que por ahora más urge, es libertar á vuestra hija. Vamos á buscar á vuestros antiguos paisanos, y les direis que les vengo á traer el calumete de la paz, y que soy nieto de Penn: con sólo este nombre será bastante. Al oír el nombre de Penn, tan reverenciado en toda la América boreal, experimentaron el buen Paruba y su hijo los afectos del más profundo respeto, y la más halagüeña esperanza. Nos embarcamos, levamos anclas, y en treinta y seis horas aportamos cerca de Baltimore.

Apénas avistábamos esta pequeña ciudad, casi desierta entónces, cuando á lo léjos columbramos un crecido escuadron de moradores de las Montañas azules, que bajaban al llano armados de macanas, de hachas, y de escopetas que tan neciamente les han vendido los europeos á trueque de pieles. Ya se oían sus espantables ahullidos. Por la otra parte venían cuatro hombres á caballo acompañados de alguna gente de á pié. Esta poca gente creyó que éramos guerreros de Baltimore que venía á pelear con ellos: y los de á caballo nos acometieron á rienda suelta, y sable en mano. Disponíanse nuestros compañeros á defenderse cuando el señor Freind, mirando de hito en hito á los jinetes, empezó á temblar; pero recobrando en breve su acostumbrada calma: No os movais, amigos, les dijo con voz enternecida, y fiad de mí. En efecto, solo y sin armas, se va llegando muy despacio al escuadron. Al instante vemos al capitan que suelta las riendas de su caballo, se tira al suelo, y se postra arrodillado: damos asombrados un grito; nos acercamos, y vemos á Jeni propio bañando en llan-

to los piés de su padre, que con trémulas manos abrazaba. Ni uno ni otro podían hablar. Birton y los dos mancebos á caballo que le acompañaban, se apearon tambien; pero conservando Birton su carácter, le dijo: Por quien Dios es, querido Freind, que no te esperaba en esta tierra; tú y yo estamos predestinados para las cosas raras: por vida de Dios, que me alegro mucho de verte.

Sin dignarse Freind de responderle, se dirigió al ejército de las Montañas azules que se venía acercando, y se fué hácia él con Paruba solo que le servía de intérprete. Paisanos, les dijo Paruba, este es el descendiente de Penn, que os trae el calumete de la paz. Al oír estas palabras, respondió el más anciano del pueblo, alzando al cielo los ojos y las manos: ¡Un hijo de Penn! dejadme besar sus piés, sus manos, y sus sagradas partes genitales. ¡Ojalá engendre una crecida familia de Pennes! ¡vivan eternamente los Pennes! El gran Penn es nuestro Manitú, nuestro Dios: que fué el único casi entre todos los europeos que no nos engañase, ni se apoderase por fuerza de nuestros campos. Compró el país que le cedimos, le pagó liberalmente, mantuvo entre nosotros la concordia, nos trajo remedios para las pocas dolencias que nos había comunicado nuestro trato con los europeos, nos enseñó artes que no sabíamos: nunca fumamos contra él ni contra sus hijos el calumete de la guerra; para los Pennes no tenemos otro calumete que el de la adoracion.

Dichas estas razones en nombre de su pueblo, fué corriendo á besar los piés y las manos al señor Freind; pero se abstuvo de tocar á las partes sagradas, así que le dijeron que no era estilo en Inglaterra, y que cada país tenía sus ceremonias.

Freind mandó traer treinta jamones, otros tantos pasteles grandes, y pollas en adobo, y doscientos frascos de vino de Pontac, que sacaron del navío, y sentó á su lado al comandante de las Montañas azules. Jeni y sus compañeros asistieron al banquete; pero Jeni hubiera deseado estar cien piés debajo de tierra. Su padre no le hablaba palabra, y con este

silencio crecía su confusion. Birton, que de nada se curaba, manifestaba una loca alegría. Freind, ántes de sentarse á la mesa, dijo al buen Paruba: aquí nos falta una persona muy preciosa para todos, que es vuestra hija. Al punto la mandó venir el comandante de las Montañas azules, que en nada la habían agraviado; y dió ella un abrazo á su padre y á su hermano, como si viniera de paseo.

Yo me aproveché de la libertad de la comida para preguntar por qué motivo habían muerto y comídose los guerreros de las Montañas azules á Clive-Hart, y no habían hecho mal á la hija de Paruba. Porque somos justos, respondió el comandante: la altiva inglesa era una de la tropa que nos acometió, y mató por detras á uno de los nuestros de un pistoletazo; á la Paruba no le hemos hecho mal así que hemos sabido que era hija de uno de nuestros antiguos camaradas, y que sólo por divertirse había venido: á cada uno se le debe dar su merecido.

Esta máxima le gustó á Freind: pero representó que el estilo de comerse á las mujeres era indigno de hombres tan honrados, y que siendo tan virtuosos no debían ser antropófagos. Entónces el caudillo de las Montañas nos preguntó qué hacíamos nosotros con nuestros enemigos cuando les habíamos quitado la vida.—Enterrarlos, les respondí.—Ya entiendo, me dijo, dejais que se los coman los gusanos: pues nosotros queremos ser preferidos; que más honrosa sepultura es nuestro estómago.

Birton se empeñó en sustentar el dictámen del de las Montañas azules, y dijo que la práctica de guisar ó asar á su prójimo era la más antigua y más natural, pues se había encontrado establecida en ambos hemisferios; que por consiguiente estaba demostrado que era una idea innata; que ántes de ir á cazar fieras iban á cazar hombres, porque es mucho más fácil matar á un hombre que á un lobo; que si en sus libros, tantos siglos ignorados, han imaginado los judíos que un tal Abel fué muerto por un tal Cain, sólo pudo ser por co-

mérsele; que estos mismos judíos confiesan redondamente que se alimentaron muchas veces con carne humana; que, segun los historiadores más fidedignos, devoraron los judíos la carne ensangrentada de los romanos que, cuando se revelaron contra los emperadores Trajano y Adriano, asesinaron en Egipto, en Chipre y en Asia. Nosotros le dejamos ensartar todos estos insulsos chistes, que por desgracia mucho podían tener de verdad, pero que tan desviados iban del aticismo griego y la urbanidad romana.

Sin responderle, el buen Freind se dirigió á los habitantes del país: Paruba le interpretaba palabra por palabra; y nunca habló con más energía el grave Tillotson, ni el persuasivo Smaldrige con gracia más afectuosa. Todo el toque está en demostrar con elocuencia: y él les demostró que los banquetes en que devora el hombre la carne de sus semejantes, son mesas de buitres, y no de hombres; que esta execrable práctica infunde una ferocidad destructora del linaje humano; que por sola esa razon no conocían ni los consuelos de la sociedad, ni el cultivo de los campos: al fin juraron por su gran Manítú que no volverían á comer á hombre ni á mujer ninguna. Así en una conversacion sola fué Freind su legislador, como Orfeo amansaba los tigres. Por muchos portentos que se atribuyan á sí propios los jesuitas en sus cartas edificantes y curiosas, que casi nunca son uno ni otro, nunca igualarán los de nuestro amigo Freind.

Habiendo colmado de dádivas á los señores de las Montañas azules, volvió á llevar á su casa en su navío al buen Paruba. El más mozo de los hijos de éste y su hermana nos acompañaron; los otros hermanos se fueron á seguir su caza á las selvas de la Carolina. Jeni, Birton y sus camaradas se embarcaron en el navío: el prudente Freind no se apartaba de su método de no reprender nunca á su hijo; cuando este cabecilla cometía alguna mala accion, le dejaba que se examinase á sí propio, y royese su corazon, como dice Pitágoras. No obstante repasó tres veces la carta que le habían trai-

do de Inglaterra; y cuando la leía, miraba á su hijo, el cual bajaba los ojos, y en su rostro estaba retratado el respeto y el arrepentimiento.

Birton estaba tan alegre y tan jovial como si volviera de la comedia; su carácter era, con poca diferencia, como el del conde de Rochester, extremado en sus disoluciones, en su valor, en sus ideas, en sus expresiones y en su filosofía epicúrea; no teniendo apego á nada, como no fuese á las cosas extraordinarias, que en breve le aburrían; poseyendo aquella especie de ingenio que abraza como demostraciones las probabilidades; más docto y más elocuente que ningun mancebo de su edad, pero que nunca se había tomado el trabajo de profundizar nada.

Soltósele al Sr. Freind decirme, miéntas comía con nosotros en el navío: Por cierto, amigo, que espero que inspire Dios mejores costumbres á estos mozos, y que los enfrene el tremendo paradero de la Clive-Hart. Birton, que oyó estas razones, le dijo con desdeñoso ademán: Mucho tiempo hace que estaba yo muy disgustado con la bribona de Clive-Hart, y así me curo de ella como de una polla cebada que hubieran asado. Pero vamos claros: ¿pensais que exista, no sé dónde, un sér ocupado sin cesar en castigar á cuantas malas mujeres y hombres perversos pueblan y despueblan las cuatro partes de nuestro mezquino mundo? ¿Os habeis olvidado de que vivió feliz hasta su muerte nuestra detestable María, hija de Enrique VIII, puesto que mandó quemar á más de ochocientos ciudadanos y ciudadanas, sin otro motivo que porque no creían en la transustanciacion ni el Papa? Su padre, casi tan inhumano como ella, y su marido, más profundamente inicuo, vivieron en los deleites: el Papa Alejandro VI, más delincuente que todos ellos, todavía fué más dichoso: todos sus delitos se le lograron, y murió de setenta y dos años, poderoso, rico y obsequiado de todos los monarcas. ¿Pues dónde está ese Dios justo y vengador? No, por vida de Dios, no hay Dios.

El Sr. Freind, con rostro austero, pero sereno, le dijo: Ca-

ballero, me parece que no debiérais jurar por vida de Dios que no existe ese mismo Dios; considerad que nunca pronunciaban Newton y Locke su nombre sacrosanto sin cierta compuncion y adoracion secreta que notaba todo el mundo. ¡Bah! replicó Birton, bravo me importa la cara que ponían dos hombres. ¿Qué cara ponía Newton cuando comentaba el Apocalipsis? ¿ó qué visajes hacía Locke cuando contaba el largo coloquio de un papagayo con el príncipe Mauricio? Entónces dijo Freind estas razones áureas, que se estamparon en mi corazon: *Oly-démons de los yerros de los claros varones, y acordémonos de las verdades que nos han enseñado*. Esta respuesta dió motivo á una disputa en forma, más importante que la conversacion con el bachiller de Salamanca: yo me puse en un rincon, y fuí anotando todo cuanto se decía. Los asistentes hicieron rueda en torno de ambos atletas: el buen viejo Paruba, su hijo y más aún su hija, y los compañeros de los desórdenes de Jeni escuchaban alargando el cuello y los ojos sin pestañear; Jeni, bajaba la cabeza, apoyaba ambos codos en las rodillas, cubría con las manos sus ojos, y parecía sumido en la meditacion más profunda.

Esta fué palabra por palabra la disputa.

CAPÍTULO VIII.

DIÁLOGO DE FREIND Y BIRTON ACERCA DEL ATEISMO.

FREIND.

No os repetiré los argumentos metafísicos de nuestro famoso Clarke, pero sí os exhorto á que los volvais á leer atentamente: que son más capaces de ilustraros que de moveros. Yo quiero usar otros argumentos que acaso harán más impresion en vuestro corazon.

BIRTON.

Me dareis mucho gusto, que quiero que me diviertan y me interesen, y no puedo ver sofismas: las disputas metafísicas se parecen á las pelotas de viento que se tiran los jugadores; si revienta la vejiga, se va el aire, y no queda nada.

FREIND.

En las profundas investigaciones del respetable arriano Clarke, hay acaso algunas oscuridades y algunas vejigas; acaso se ha engañado acerca de la realidad de lo infinito actual y del espacio, etc.; acaso, cuando se ha hecho comentador de Dios, se ha parecido alguna vez á los comentadores de Homero, que le atribuyen ideas en que nunca Homero pensó.

(Al oír estas palabras de infinito, espacio, Homero y comentadores, quisieron irse al combés á tomar el fresco el buen Paruba y su hija con algunos ingleses; pero habiendo dado palabra Freind de ser claro, se estuvieron quietos. Yo expliqué en voz baja á Paruba algunos términos algo científicos, que no podía entender un natural de las Montañas azules con tanta facilidad como un doctor de Oxford ó Cambridge.)

El amigo Freind siguió así: Triste cosa fuera que para cerciorarse de la existencia de Dios, fuese indispensable ser profundo metafísico: en Inglaterra habría cuando más cien entendimientos muy versados, ó muy cabilosos en esa ardua ciencia del pró y el contra, en estado de sondear este abismo, y lo demas del mundo viviría encenagado en una invencible ignorancia, abandonado á sus bestiales pasiones, gobernado por su mero instinto, y sin discurrir medianamente, como no fuese acerca de las toscas nociones de sus intereses terrenales. Para saber si hay Dios, lo único que os pido es que abrais los ojos.

BIRTON.

¡Ah! ya veo adonde vais á parar; el antiguo argumento tan dicho y redicho. El sol gira sobre su eje en veinticinco dias y medio, á despecho de la absurda inquisicion de Roma: la luz reflejada de Saturno, llega á nosotros en catorce minutos, no obstante las absurdas suposiciones de Descartes: cada estrella fija es un sol rodeado de planetas, como el nuestro: todos esos innumerables astros, situados en las profundidades del espacio, siguen las leyes matemáticas descubiertas y demostradas por el gran Newton: un catequista anuncia á Dios á los muchachos, y Newton le demuestra á los sabios, como dice un filósofo *frenchman*, que han perseguido en su gracioso país por haberlo dicho (1). No os trabajéis en hacer alarde de ese órden constante que en todas las partes del universo reina: fuerza es que esté en un órden, cualquiera que sea, todo cuanto existe; fuerza es que la materia más rara se sobreponga á la más densa, y que lo más fuerte en todos sentidos repela lo más débil; que lo que con más fuerza es empujado se mueva con más velocidad. Asi todo se coloca por sí propio: y en balde me estaríais hablando, despues de beber media azumbre de vino, novecientas y sesenta horas seguidas sin cerrar la boca como Esdras, no por eso os creería. ¿Quereis que admita un Sér eterno, infinito, inmutable, que se plugo, no sé en qué tiempo, en criar de la nada cosas que á cada instante mudan, y en formar arañas para matar moscas? ¿Quereis que, como el impertinente hablador Nieuventyd, os diga que *nos dió Dios oídos para que tengamos fe, porque la fe viene por los oídos*? No, no, nunca creeré en embaidores que han vendido sus drogas muy caras á los tontos: aténome á un librito de un *frenchman*, que dice que nada más que la naturaleza existe, ni puede existir; que todo lo hace la

(1) El mismo Voltaire.

naturaleza: que la naturaleza es todo; que es cosa imposible y contradictoria que haya algo fuera del todo: en una palabra, sólo creo en la naturaleza (1).

FREIND.

¿Y si os digo yo que no hay tal naturaleza, que en nosotros, en torno de nosotros, y á cien mil millones de leguas de nosotros, todo sin excepcion es arte?

BIRTON.

¿Cómo que todo es arte? Esa es otra.

FREIND.

Casi nadie piensa en ello, puesto que no hay cosa más cierta. Vuelvo y volveré á deciros: Servíos de vuestros ojos, y conoceréis y adorareis á Dios. Contemplad cómo estos inmensos globos que veis que giran en su órbita inmensa observan las leyes de una profunda matemática; luégo hay un gran matemático, que llamaba Platon el geómetra eterno. Las máquinas de nueva invencion que llaman Oreris, porque las ha hecho de moda milord Oreri, protegiendo con sus liberalidades al inventor, os pasman, no siendo mas que una copia muy imperfecta de nuestro mundo planetario y sus revoluciones: y eso que en nuestros Oreris no han podido representar las manos de los hombres el período de la mudanza de los solsticios y los equinoccios, que de uno en otro dia nos trae una estrella polar diferente; período ó carrera tan lenta, que es de cerca de veinte y seis mil años. Tan imperfecta es esta máquina, que es menester ponerla en movi-

(1) Trátase del *Sistema de la naturaleza*, obra muy posterior al sitio de Barcelona y á las aventuras de Jeni.

miento con una cigüeñuela; y con todo eso es la obra maestra de la habilidad de nuestros artífices. Contemplad, pues, cuál es la potencia y el saber del eterno arquitecto, si nos es dado valernos de estas expresiones impropias que tan mal al Sér Supremo se adaptan.

(Dí yo entónces una ligera tintura de lo que era un Oleri á Paruba, y dijo éste: Si esta copia prueba ingenio, fuerza es que le haya mucho mayor en el original. Mucho gusto tendríá en ver un Oleri; pero más hermoso es el cielo. Al oír estas razones, todos los circunstantes, ingleses y americanos, quedaron convencidos de la verdad, y alzaron las manos al cielo. Paróse Birton algo pensativo, y exclamó luégo: «¡Con que todo es arte, y no es otra cosa la naturaleza que la producción de un supremo artífice! ¿es posible?» El discreto Freind continuó su discurso).

Contemplaos ahora á vos mismo: examinad el arte asombroso, y nunca bastantemente ponderado, con que está fabricado todo vuestro interior y vuestro exterior para todos vuestros gustos y necesidades. No es mi ánimo leeros un curso de anatomía; bien sabeis que no hay víscera ninguna que no sea necesaria, y que, cuando peligra, no venga en auxilio suyo el juego continuo de las vísceras inmediatas. Con tanta arte está organizado el cuerpo para que se auxilién recíprocamente sus partes, que no hay vena ninguna que no tenga sus válvulas y sus exclusas para dejar paso libre á la sangre. Desde el nacimiento del cabello hasta los dedos de los piés, todo es arte, todo preparativo, medio y fin; y ciertamente causa indignacion que haya hombres que se atrevan á negar las verdaderas causas finales, y sean tan de mala fe ó tan desatinados, que digan que no se hizo la boca para hablar ni para comer, ni los ojos se organizaron con tanta delicadeza para ver, ni para oír los oídos, ni para engendrar las partes genitales: osadía tan loca, que no puedo siquiera imaginarla.

Confesemos que cada animal es un testimonio vivo del formador supremo. La hierba más menuda basta para dar al

traste con la humana inteligencia. Tan cierto es esto, que no es dado á los esfuerzos de todos los hombres juntos producir una sola paja, si no hay el gérmen de ella en la tierra: y no se diga que se pudren los gérmenes para producir, porque esos disparates ya nadie los dice.

(Reconoció la asamblea la verdad de estas pruebas con más claridad que todos las demas, porque eran más palpables. Birton decía entre dientes: ¿Será forzoso que me rinda á confesar que hay Dios? allá lo veremos, que todavía tenemos mucho que examinar. Jeni estaba absorto en una meditacion profunda, y enternecido; y nuestro Freind concluyó su argumento así):

No, amigos míos, nada hacemos ni podemos hacer por nosotros mismos: nos fué dado colocar, unir, desunir, contar, pesar, y medir; ¡pero hacer! ¡qué voz ésta! sólo el Sér necesario, el Sér que eternamente existe por sí propio, es Hacedor. Por eso los embaidores que se afanan por hallar la piedra filosofal son tan solemnes majaderos ó tan solemnes bribones, pues se jactan de criar oro, y ni siquiera pueden criar basura. Confesemos pues que hay un Sér Supremo, necesario, incomprendible, que nos ha formado.

BIRTON.

¿Y dónde está ese Sér? Si le hay, ¿por qué se esconde?
¿Quién le ha visto? ¿Se debe ocultar un bienhechor?

FREIND.

¿Vísteis alguna vez á Cristobal Wren, el que hizo la iglesia de San Pablo de Lóndres? Sin embargo, cosa demostrada es que este edificio es obra de un arquitecto muy inteligente.

BIRTON.

Fácilmente ve cualquiera que á costa de muchísimo dinero levantó Wren ese vasto edificio, donde nos duerme Burgess con sus sermones, y sabemos por qué y cómo edificaron nuestros antepasados ese templo. ¿Mas por qué y cómo crió Dios de la nada este universo? ya sabeis la máxima admitida de toda la antigüedad: *Nada puede criar nada, nada vuelve á la nada*; verdad de que jamás dudó nadie. Vuestra Biblia misma dice en términos expresos que hizo vuestro Dios el cielo y la tierra, puesto que el cielo, esto es, el conjunto de todos los astros, es muy más superior á la tierra que la tierra al grano más menudo de arena; pero nunca ha dicho vuestra Biblia que hiciese Dios el cielo y la tierra de la nada, ni afirma tampoco que hiciese el Señor de la nada á la mujer, que la amasó de un modo muy extraño de una costilla que le quitó á su marido. Segun la misma Biblia, ántes que la tierra existía el caos; luego la materia era coeterna con vuestro Dios.

(Suscitóse aquí un murmullo en la asamblea, diciendo: puede ser que tenga Birton razon; pero Freind respondió):

Me parece que os he probado que existe una inteligencia suprema, un poder eterno, á quien debemos una vida transitoria; pero no he prometido explicaros por qué y cómo. Dios me ha dado la razon suficiente para saber que existe, pero no la bastante para averiguar á punto fijo si ha dominado eternamente en la materia, ó si la ha criado en un tiempo. ¿Que nos importa la eternidad ó la creacion de la materia, con tal que reconozcamos un Dios señor de la materia y nuestro? Preguntáisme dónde está Dios; yo no lo sé, ni tengo para qué saberlo: sé, sí, que existe, que es nuestro Señor, que lo hace todo, y debemos esperarle todo de su bondad.

BIRTON.

¡De su bondad! ¿os chanceais conmigo? Me decíais que me valiera de mis ojos, y yo os digo: valeos de los vuestros, tended la vista sobre el orbe entero, y decidme si es bueno vuestro Dios.

(Bien conoció el señor Freind que este era el punto arduo de la dificultad, y que se disponía Birton á una fiera lid; y advirtió que los oyentes, especialmente los americanos, necesitaban desahogarse un poco para escuchar, y él para hablar. Encomendóse, pues, á Dios, fuéronse todos á dar un paseo sobre la cubierta, luego tomaron té en el yate, y se volvió á entablar la disputa en forma.)

CAPÍTULO IX.

SOBRE EL ATEISMO.

BIRTON.

Por Dios, que no saldreis tan bien librado defendiendo la bondad, como lo habeis salido defendiendo el poder y la industria divina. Primero os hablaré de los enormes defectos de este globo, que cabalmente son cosa opuesta á esa tan decantada industria; y despues pasaré en reseña los perpetuos delitos y desdichas de sus moradores, y vereis qué paternal cariño es ese que, según decís, les tiene su dueño.

Empiezo diciéndoos que los criadores de caballos de Gloucestershire, mi tierra, cuando les nacen potros, los ponen en abundosas dehesas, luégo les dan buenas caballerizas, y paja y cebada cuanta han menester. Pues mirad ahora qué ali-

mento y qué abrigo tenían estos pobres americanos del Norte, cuando los descubrimos pocos siglos hace, que tenían que andar treinta y cuarenta millas para encontrar que comer. Toda la costa boreal de nuestro antiguo mundo se halla en la misma penuria; y cien pueblos, desde la Laponia sueca hasta el mar septentrional del Japon, pasan una vida tan breve como inaguantable, en una horrorosa miseria, y en mitad de nieves perdurables.

Los climas más hermosos están sujetos á destructoras plagas, y andamos por cima de ardientes precipicios, cubiertos de terrenos feraces, que son otros tantos lazos engañosos. Sin duda no hay otro infierno, pero este mil veces se ha abierto bajo nuestras plantas.

Nos hablan de un diluvio universal, que es físicamente imposible, y de que se mofan todos los hombres de juicio, pero á lo menos nos dan el consuelo de decirnos que no duró mas que diez meses: así hubiera apagado los fuegos que despues tantas florecientes ciudades han destruido. Vuestro San Agustín nos dice que en Libia un solo terremoto abrasó y se tragó cien ciudades enteras; los volcanes han trastornado toda la hermosa Italia. Por cúmulo de desdicha no están exentos de estos abismos subterráneos los tristes moradores de la zona glacial; siempre amenazados los islandeses, contemplan ante los ojos el hambre á su derecha, y su izquierda cien piés de nieve y ciento de llamas en el monte Hecla: porque en horrorosas montañas es donde arden siempre todos los grandes volcanes.

Vano es decirnos que con relacion á la tierra nada son esas montañas de seis mil varas de alto, teniendo el globo tres mil leguas de diámetro; que son como el grano de una cáscara de naranja en la superficie de esta fruta; que no hacen un pié por tres mil. ¡Ay! ¿pues qué somos nosotros, si no figuran en la tierra los más altos montes mas que como un pié sobre tres mil, ó como cuatro pulgadas sobre mil piés? No obstante, todo cuanto nos cerca nos estruja, puesto que nuestra infinita

pequeñez, que tanto á la nada se acerca, parecía que nos debía librar de todo desman. Además de esta innumerable muchedumbre de ciudades destruidas, reedificadas, y vueltas á destruir como hormigueros, ¿qué diremos de los mares de arena que atraviesan la mitad del África, y cuyas ardientes oleadas, amontonadas por los vientos, se han tragado ejércitos enteros? ¿Para qué sirven esos vastos desiertos junto á la hermosa Siria, desiertos tan horrorosos y tan inhabitables, que los animales feroces, llamados judíos, creyeron que estaban en el paraíso terrenal, cuando de estos lugares horribles pasaron á un rincon de tierra donde se podían cultivar algunas fanegas?

Todavía no basta con que el hombre, esta criatura tan noble, haya vivido por espacio de tantos siglos tan mal alojado, tan mal vestido, y tan mal mantenido: nace entre orines y materia fecal para alentar dos días; y en estos dos días, que constan de falsas esperanzas y verdaderos pesares, su cuerpo formado con una inútil industria es juguete de todas las dolencias que de esta misma industria proceden: vive entre la peste y el gálico, está envenenada la vena de su existencia; y nadie hay que acordarse pueda de la lista de todos cuantos achaques nos persiguen; y afirma el doctor de los orines de Suiza que él los sana todos.

(Mientras discurría así Birton, estaban atentos y movidos los circunstantes, y decía el buen viejo Paruba: veamos cómo sale nuestro doctor de este atolladero. A Jeni mismo se le fueron en voz baja estas razones: A fe mía que tiene razon; yo era un tonto en dejarme arrastrar de los argumentos de mi padre. Dejó el señor Freind calmarse este primer impulso que la imaginacion de todos había arrastrado, y dijo luego):

Con sofismas respondería un estudiante de teología á esas tristes verdades, y citaría á San Basilio y San Cirilo, que aquí para nada vienen al caso. Yo por mí confieso sin ambages que hay mucho mal físico en la tierra, y no disminuyo su existencia; pero el señor Birton le ha ponderado mucho.

A vuestro dictámen me atengo, querido Paruba; vuestro clima es el que os conviene, y no es tan malo, una vez que nunca ni vuestros paisanos ni vos habeis querido abandonarle. Los esquimales, los islandeses, los lapones, los ostiacos, los samoyedas, etc. tampoco quieren dejar el suyo: los rengíferos que les ha dado Dios para alimentarlos, vestirlos, y tirar de ellos, se mueren cuandos los trasladan á otra zona; los mismos lapones se mueren en los países algo meridionales; hasta el clima de la Siberia es muy cálido para ellos, y en el país donde estamos se abrasarían de calor.

Claro es que Dios ha hecho cada especie de animales y plantas para el lugar en que se perpetúan. Los negros, casta de hombres tan distinta de la nuestra, de tal manera fueron nacidos para su patria, que cuando nuestra inhumana codicia los ha trasladado á otros pueblos, se han dado la muerte millares de animales negros. El camello y el avestruz viven muy á su sabor en los arenales de África; el toro y su compañera triscan en los abundosos países donde sin cesar retoña la hierba que los alimenta; en la India solamente se cria la canela y el clavo; el trigo, en sólo los países donde quiso Dios que se diera, es bueno; otras son las semillas alimenticias de vuestra América, desde las Californias hasta el cabo de Hornos: en nuestra fecunda Inglaterra no pueden vivir cepas, como tampoco en Suecia ni en Canadá: por eso los que en algunos países fundan la esencia de sus ritos religiosos en pan y vino, sólo han tenido cuenta con su clima. Estos tienen mucha razon en dar gracias á Dios por el alimento y la bebida que á su bondad deben; y vosotros los americanos hareis muy bien en dárselas por vuestro maíz, vuestro yuca, y vuestro cazabe. En todo el universo ha proporcionado Dios los órganos del animal y sus facultades, desde el hombre hasta el caracol, con el sitio en que vive: así no acusemos la Providencia, cuando debemos tributarle gracias.

Pasemos á las plagas, las inundaciones, los volcanes, los terremotos. Si sólo estas calamidades contemplamos, si amontonamos el horroroso conjunto de cuantos accidentes han acometido alguna vez ciertas ruedas de la máquina de este universo, es Dios un tirano á primera vista; empero si á sus innumerables beneficios atendemos, Dios es nuestro padre. Me citais al retórico San Agustín que en su libro de los portentos habla de cien ciudades de la Libia que se tragó de una vez la tierra; pero contemplad que este africano, que se contradijo á sí propio toda su vida, era muy pródigo en sus escritos de exagefaciones, y trataba de los terremotos como de la gracia eficaz, y de la condenacion eterna de todas las criaturas que se morían sin bautismo. ¿No dice en su sermón trigésimo séptimo, que vió en Etiopía castas de hombres que no tenían más que un ojo en la frente, como los cíclopes, y pueblos enteros sin cabeza?

Nosotros que no somos Padres de la Iglesia, no debemos decir más ni ménos que la verdad, y la verdad es que de cien mil habitaciones puede contarse cuando más una destruida en un siglo por los fuegos indispensables para la formacion de este globo.

Tan indispensable es el fuego para el universo entero, que si no fuera por él no habría en la tierra animales, plantas ni minerales, ni en el espacio habría sol ni estrellas. Este fuego, difundido bajo la primera corteza de la tierra, obedece á las leyes generales que estableció el mismo Dios, y es imposible que de ellas no resulten algunos desastres particulares. Ora, no se puede decir que sea mal artífice un maquinista cuando una máquina inmensa, que él solo ha hecho, se mantiene sin descomponerse, por espacio de millares de siglos. Si hubiese inventado uno una máquina hidráulica que regara y fertilizara una provincia, ¿quién le echaría en cara que el agua que acarrease ahogaba algunos insectos?

Yo he probado que era la máquina de este mundo artefacto de un Sér sumamente inteligente y poderoso; siendo nosotros

inteligentes, debemos adorarle; y estando colmados de sus beneficios, le debemos amar.

Decidme empero: ¿los desventurados condenados á padecer toda su vida, que de incurables enfermedades adolecen, le pueden adorar y amar? Digoos, amigos míos, que casi todas esas dolencias tan funestas provienen de nuestra culpa, ó de la de nuestros padres que abusaron de su cuerpo, y no de la del gran fabricante. En toda la América Septentrional casi no se conocía otra enfermedad que la de la decrepitud, ántes que hubiésemos traído nosotros el mortífero licor que llamamos aguardiente, y que tantos males causa á los que con exceso le beben: el contagio secreto de los caribes, que vosotros mozos llamais *bubas*, era una mera indisposicion muy ligera cuyo principio no sabemos, y que se sanaba en dos días con infusion de palo santo, ó con sustancia de galápagos. La lascivia europea trasplantó esta dolencia al resto del mundo, y entre nosotros se tornó tan fiera que se ha convertido en una plaga abominable. Todos sabemos que murieron de ella el Papa Leon X, un arzobispo de Maguncia, llamado Henneberg, y Francisco I, rey de Francia.

Las viruelas, nacidas en la Arabia feliz, eran una débil erupcion, un hervor transitorio y sin peligro, una mera depuracion de la sangre; y se ha tornado mortal en Inglaterra, asi como en otros muchos climas. Nuestra codicia la ha trasladado al Nuevo Mundo, y le ha despoblado.

Acordémonos de que en el poema de Milton pregunta el majadero de Adan al ángel Gabriel si ha de vivir mucho. Sí, le responde el ángel, con tal que observes este gran precepto: *Nada con exceso*. Observad todos esta regla, amigos míos: ¿quereis exigir de Dios que os mantenga sanos siglos enteros en pago de vuestra glotonería, vuestras borracheras, vuestra incontinencia, vuestro abandono á infames pasiones que pudren la sangre, y por necesidad acortan la vida?

(Gustóme la respuesta, y quedó muy satisfecho Paruba: pero Birton no se dió por vencido, y en los ojos de Jeni re-

paré que todavía estaba muy indeciso. Birton replicó así:

Una vez que os habeis valido de lugares comunes entreverados de algunas reflexiones nuevas, yo tambien usaré de un lugar comun que no tiene otra réplica que fábulas y locuela. Si existiera un Dios tan bueno y tan poderoso, no habría plantado el mal en la tierra, ni dejado á sus criaturas en las garras del dolor y el delito. Si no pudo estorbar el mal, es impotente: si pudo y no quiso, es inhumano.

Nuestros anales no pasan de ocho mil años, que nos han sido conservados por los bracmanes, y de cinco mil los de los chinos; nada sabemos de más tarde que ayer, pero desde este ayer todo es horrores: desde un extremo á otro de la tierra se han degollado los hombres, y han sido tan locos que han calificado de claros varones, de héroes, de semi-dioses, y hasta de dioses, á los que han hecho asesinar más número de sus semejantes.

En la América quedaban dos grandes naciones civilizadas que empezaban á disfrutar los contentos de la paz: llegan los españoles y degüellan doce millones; van á cazar hombres con perros; y señala Fernando el Católico una pension á estos perros que tan bien le habían servido. Los héroes vencedores del Nuevo Mundo, que á tantos inocentes inermes y desnudos habían degollado, se hacen servir á la mesa piernas, muslos, pantorrillas y brazos de hombres y mujeres guisados: hacen tostar en un brasero al rey Guatimocin en Méjico, y van luego al Perú á convertir al rey Atabaliba. Un tal Almagro, clérigo, hijo de un clérigo, condenado á horca en España como salteador de caminos, viene con otro llamado Pizarro á notificar al rey por boca de otro clérigo, que otro tercer clérigo, llamado Alejandro VI, amancillado de incestos, asesinatos y homicidios, ha dado de su propia espontaneidad, *proprio motu*, y por su absoluto poder, al rey de España, no sólo el Perú, mas tambien la mitad del Nuevo Mundo; que Atabaliba se debe inmediatamente someter, so pena de incurrir en la indignacion de los apóstoles San Pedro y San Pablo:

y como así entendía el rey la lengua latina como el clérigo que leía la bula, incontinenti fué declarado incrédulo y hereje, y ahorcado Atabaliba, como había sido quemado Guatimocin: su nacion fué degollada, y todo por robar barro amarillo endurecido, que sólo para despoblar la España y empobrecerla ha servido, habiendo sido causa de que descuidasen los españoles el verdadero barro que mantiene á los hombres, cuando le cultivan.

Decidme, amado señor Freind, ¿si hubiera querido el sér fantástico y ridículo que llaman diablo hacer los hombres á su imágen y semejanza, los habría formado de otro modo? No atribuyais, pues, á Dios una produccion tan abominable.

(Esta declamacion redujo toda la asamblea al dictámen de Birton: á Jeni le veía yo ufanarse en secreto, y hasta la jóven Paruba se llenó de horror contra el clérigo Almagro, contra el clérigo que había leído la bula, contra el clérigo Alejandro VI, y contra todos los cristianos que por devocion y por sed de oro tantos y tan increíbles delitos habían cometido. Confieso que dí por perdida la tésis del amigo Freind, y desconfié de su pleito; pero él, sin inmutarse, respondió así):

Acordaos, amigos, de que existe el Sér Supremo, de que os lo he probado, y lo habeis confesado; y despues de haberos visto precisados á decir que existe, os esforzais ahora á encontrar en él imperfecciones, vicios y maldades.

Muy distante estoy de deciros, como ciertos argumentistas, que el bien general se compone de los males particulares: disparate ridículo en demasía. Con sentimiento mio convengo en que hay mucho mal moral y físico; pero siendo cierta la existencia de Dios, tambien es certísimo que no pueden estorbar esos males que haya Dios. Dios no puede ser malo; porque ¿qué interes tuviera en serlo? Males horrorosos hay, amigos míos, pues no los aumentemos: imposible es que no sea bueno Dios; los hombres son empero perversos, y hacen un detestable abuso de la libertad que les dió y les debió dar el gran Sér; quiero decir, de la potencia de hacer lo que quie-

ren, sin lo cual serían unas meras máquinas formadas por un sér malévolo para ser rotas en mil pedazos.

Acordes están todos los españoles ilustrados en que abusó de esta libertad un corto número de sus ascendientes, cometiendo delitos que hacen estremecer la naturaleza; y Cárlos II (¡ojalá que el señor archiduque sea su sucesor!) ha reparado, en cuanto le ha sido dable, las atrocidades á que se entregaron los españoles bajo Fernando el Católico y Cárlos V.

Amigos, si se hallan vicios en la tierra, tambien se encuentran virtudes.

BIRTON.

¡Ah, ah, ah, la virtud! ¡donosa idea! por Dios, que quisiera saber qué facha tiene la virtud, y dónde se encuentra.

(Oyendo estas razones, no me pude contener, y le interrumpí diciéndole: La encontrareis en el señor Freind, en el buen Paruba, en vos propio, cuando limpieis vuestro corazón de los vicios que le inficionan. Sonrojáronse Birton y Jeni; éste bajó los ojos, y sintió al parecer remordimientos: su padre le miró con ojos compasivos, y prosiguió así su razonamiento):

FREIND.

Si, amigos queridos, si hubo siempre delitos, tambien hubo virtudes. Si Aténas tuvo sus Anitos, tambien tuvo sus Sócrates: si en Roma hubo un Sila, tambien hubo un Caton: Calígula y Neron asustaron con sus atrocidades el mundo; pero Tito, Trajano, Antonino Pío, y Marco Aurelio, le consolaron con su beneficencia. Por fortuna traigo mi Epicteto en el bolsillo; Epicteto no era más que un esclavo, pero igual de Marco-Aurelio por su modo de sentir. Escuchad, y ojalá que cuantos se meten á enseñar á los hombres escuchen lo que se dice Epicteto á sí propio: «Dios me ha criado, y le llevo con-

«migo: ¿me he de atrever á deshonrarle con torpes pensamientos, con culpadas acciones, con indignos deseos?» Su vida fué conforme á sus palabras. Sentado Marco-Aurelio en el trono de Europa y de las otras dos partes de nuestro hemisferio, pensó lo mismo que el esclavo Epicteto: ni se afrentó el uno de su bajeza, ni con su grandeza se ensoberbeció el otro: cuando escribieron sus pensamientos, fué para sí propios y sus discípulos, no para ser loados en los papeles públicos. ¿Pensáis que Locke, Newton, Tillotson, Penn, Clarke, el buen hombre que llamaban *The man of Ross*, y otros mil que en nuestra isla y fuera de ella os pudiera citar, no eran dechados de virtud?

Me habeis hablado, señor Birton, de las guerras tan injustas como crueles de que han sido culpadas tantas naciones, y habeis pintado las abominaciones de los cristianos en Méjico y en el Perú; tambien pudierais añadir el día de San Bartolomé en Francia, y los asesinatos de Irlanda: ¿pero no hay pueblos enteros que siempre han mirado con horror el derramar sangre? ¿no han dado en todos tiempos los bracmanes este ejemplo al mundo? ¿sin salir del país donde estamos, no tenemos junto á nosotros la Pensilvania donde siempre han detestado de la guerra nuestros primitivos, que en balde se esfuerzan á desfigurar con el nombre de cuákaros, y la Carolina donde dictó sus leyes el gran Locke? En estas dos patrias de la virtud, son iguales todos los ciudadanos, libres todas las conciencias, buenas todas las religiones con tal que anuncien un Dios, y hermanos todos los hombres. Ya habeis visto, señor Birton, cómo al oír mentar el nombre de un descendiente de Penn han soltado las armas los moradores de las Montañas azules, que os podían exterminar, conociendo qué es la virtud, miéntras os empeñáis vos en ignorarlo. Porque produce la tierra venenos y alimentos saludables, ¿quereis manteneros con ponzoña?

BIRTON.

¿Pero, señor, á qué tanta ponzoña? si todo lo hizo Dios, el tósigo es obra suya. Es árbitro de todo, y todo lo hace: dirige la mano de Cromwell cuando firma la muerte de Cárlos I, y guia el brazo del verdugo que le corta la cabeza. No, yo no puedo admitir un Dios homicida.

FREIND.

Ni yo tampoco. Escuchadme. Confesareis conmigo que rige Dios el mundo por leyes generales: segun estas leyes Cromwell, monstruo de hipocresía y fanatismo, resolvió la muerte de Cárlos I por su interes, que todos los humanos necesariamente buscan, pero que no todos entienden bien. Segun las leyes del movimiento establecidas por el mismo Dios, cortó el verdugo la cabeza á este rey; pero cierto Dios no asesinó á Cárlos I por un acto especial de su voluntad: Dios no fué ni Cromwell, ni Jeffreis, ni Ravaillac, ni Baltasar Gerard, ni el fraile de la órden de predicadores Jaime Clemente: Dios ni comete, ni manda, ni permite los delitos; pero ha hecho al hombre, y ha establecido las leyes del movimiento: estas leyes eternas igualmente las ejecuta la mano del mortal caritativo que socorre al pobre, que la del perverso que á su hermano degüella. Así como no apagó Dios su sol, ni sepultó á España en el mar por castigar á Cortés, Almagro y Pizarro, que habían inundado en sangre humana la mitad de un hemisterio, así tampoco envía un escuadron de ángeles á Lóndres, ni hace que lluevan del cielo cien mil cubas de vino de Borgoña, por dar gusto á sus amados ingleses cuando hacen una buena accion. Ridícula fuera su providencia general si se abajara á cada instante á cada individuo; y es tan de bulto esta verdad, que nunca castiga Dios á un culpado por un destello de su omnipotencia, y deja que ama-

nezca su sol sobre los buenos y los malos. Si han muerto algunos malvados al punto que cometían un delito, han muerto en virtud de las leyes generales que presiden al mundo. En un librote de un frenchman llamado Mezeray, he leído que dispuso Dios que se muriese nuestro gran Enrique V de una fístula en el ano, por haberse atrevido á sentarse en el trono del rey cristianísimo. No es así, que murió, porque de tal modo las leyes generales dimanadas de la omnipotencia habían ordenado la materia, que la vida de este héroe había de terminarse con una fístula en el ano. Todo lo físico de una mala acción es efecto de las leyes generales impresas por mano de Dios á la materia; y todo el mal moral efecto de la libertad de que abusa el hombre. Por fin, sin meternos en las tinieblas de la metafísica, no nos olvidemos de que está demostrada la existencia de Dios: y así no hay que disputar acerca de ella. ¿Sí quitais á Dios del mundo, será por eso más legítimo el asesinato de Carlos I? ¿tendreis en más aprecio á su verdugo? Hay, Dios: esto basta; si le hay, es justo: así, seamos justos.

BIRTON.

Vuestro argumentillo acerca del concurso de Dios es sutil y fuerte, puesto que no disculpa enteramente á Dios de ser autor del mal físico y moral; yo ya veo que el modo como disculpais á Dios hace alguna impresion en los concurrentes. ¿Pero no podía hacer de manera que no causaran esas leyes generales tantas desdichas particulares? Me habeis probado un Sér eterno y poderoso, y (perdónemelo Dios) me temí por un instante que haríais que creyera en Dios; pero aún me quedan terribles reparos que oponeros. Vamos, Jeni, esfuérzate, y no desmayemos.

¿Y vos, señord Freind, que tan de perlas hablais, habeis leído el libro intitulado la *Sana razon*?



FREIND.

Sí que le he leído, y no soy de los que vituperan todo lo de sus contrarios. En ese libro hay verdades muy bien dichas, pero echadas á perder con un gran defecto. Continuamente quiere el autor destruir el Dios de Escoto, de Alberto, de Buenaventura; mas reparad que no se atreve á decir palabra contra el Dios de Sócrates, de Platon, de Epicteto, de Marco Aurelio; contra el Dios de Newton y Locke, y me atrevo á decirlo, contra el mio. Malgasta el tiempo declamando contra absurdas supersticiones abominables, escarnecidas y execradas hoy de todos los hombres de bien : que es como si escribiera uno contra la naturaleza, porque la habían desfigurado los torbellinos de Descartes ; ó como si dijésemos que no hay gusto sano, porque la mayor parte de los autores le tienen estragado. El que ha compuesto el libro de la *Sana razon* creo que ha impugnado á Dios, y en eso le falta totalmente la sana razon , porque á quien ha impugnado, es á ciertos sacerdotes antiguos y modernos. ¿ Piensa que ha acabado con el amo, porque ha dicho que algunos de sus criados han sido solemnes bribones ?

BIRTON.

Escuchadme, bien nos pudiéramos poner acordes; y yo podré respetar al amo, si me dejais que trate como merecen á los criados. Yo gusto de la verdad; manifestádmela, y la abrazo al instante.

CAPÍTULO X.

SOBRE EL ATEISMO.

La noche que se había venido era hermosa; figuraba la atmósfera una bóveda de diáfano zafiro, tachonada de estrellas de oro; espectáculo que siempre mueve á los hombres y los convida á una serena meditacion. Arrobase el buen Paruba contemplando el cielo, como se queda arrobado un aleman cuando por la vez primera ve la ópera de Nápoles ó San Pedro de Roma. Magnífica bóveda es esta, decía Paruba á Freind, y éste le respondió: querido Paruba, no es bóveda; esa cintura azul no es otra cosa que una coleccion de vapores de ligeras nubes que de tal manera ha dispuesto y combinado Dios con el mecanismo de nuestros ojos, que en cualquiera parte que estemos siempre nos hallamos en el centro de nuestro paseo, y vemos lo que llaman el cielo que no es el cielo, redondeado encima de nuestra cabeza.—¿Y esas estrellas, señor Freind? —Son; como ya os he dicho, otros tantos soles, en torno de los cuales giran otros mundos; acordaos de que léjos de estar clavadas en esa bóveda azul, están á distancias inmensas. Esa estrella que estais mirando está mil doscientos millones de leguas de nuestro Sol. Manifestóle entónces el telescopio que había traído, y le enseñó á nuestros planetas, á Júpiter con sus cuatro lunas, á Saturno con las cinco suyas y su incomprendible ánulo luminoso. La misma luz, le decía, es la que de todos esos globos se desprende, y llega á nuestros ojos de aquel planeta en un cuarto de hora, y de esta estrella en seis meses. Hincóse Paruba de rodillas, diciendo: los cielos anuncian á Dios. Toda la tripulacion estaba en torno del venerable Freind, absorta y maravillada; el reacio Birton, sin hacer aprecio, habló así:

BIRTON.

Sea en buen hora: haya Dios, yo os lo otorgo; ¿pero qué nos importa ni á vos ni á mí? ¿Qué conexión tiene el Sér Infinito con nosotros gusanos de la tierra? ¿Qué relacion puede tener con su existencia la nuestra? Razon tuvo Epicuro cuando admitió dioses en los planetas, en enseñar que no se metían en nuestros disparates y nuestros horrores; que ni podíamos agradecerles ni ofenderlos; que para nada necesitaban de nosotros ni nosotros de ellos. Vos admitís un Dios más digno de la inteligencia humana que los dioses de Epicuro, y que todos los de los orientales y occidentales; pero si como otros muchos me dijeseis que formó ese Dios el mundo y á nosotros para su gloria, que antiguamente exigió para su gloria sacrificios de bueyes, que se apareció para su gloria en nuestra figura de bípedos, etc., dijerais, á mi parecer, sandeces de que se reirían todos los hombres de juicio. El afecto de gloria no es otra cosa que soberbia, y la soberbia es vanidad; un soberbio es un necio que ridiculiza Shakspeare en sus comedias; y así se puede dar este epíteto á Dios, como los de injusto, mudable y cruel. Si se dignó Dios de criar ó más bien de coordinar el universo, no pudo ser con otro fin que con el de hacer felices sus criaturas: ahora decidme vos mismo si lo ha conseguido, puesto que este fin es el único que puede avenirse con la divina naturaleza.

FREIND.

Sin duda que lo ha conseguido respecto de las almas virtuosas, que serán felices un día, si hoy no lo son.

BIRTON.

¡Felices! ¡Qué delirio! ¡Qué conseja de viejas! ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Quién os lo ha dicho?

FREIND.

Su justicia.

BIRTON.

¿Me vais á decir, como tantos declamadores, que hemos de vivir eternamente cuando no existamos; que poseemos un alma inmortal, ó más bien que el alma nos posee, despues de habernos confesado que los propios judíos, los judíos á quienes os preciais de sustituir, nunca, hasta el tiempo de Heródes, habían sospechado siquiera la inmortalidad del alma? La idea de un alma inmortal la inventaron los bracmanes y la adoptaron los persas, los caldeos y los griegos; pero no fué conocida en muchos siglos del desventurado aduar judaico, padre de las supersticiones más infames. ¡Ay! ¿Sabemos siquiera si tenemos alma? ¿Sabemos si los animales cuya vida, como la nuestra, está en la sangre, y que tienen, como nosotros, deseos, apetitos, pasiones, ideas, industria y memoria; sabemos, digo, si estos séres, tan incomprensibles como nosotros, tienen alma, como afirman que la tenemos nosotros?

Hasta ahora había creído que había en la naturaleza una fuerza activa, á la cual debíamos el dón de la vida en todo nuestro cuerpo, de andar con los piés, de asir con las manos, de ver con los ojos, de oír con los oídos, de sentir con los nervios, y de pensar con la cabeza, y que eso era lo que llamábamos alma; voz vaga que en la realidad sólo el principio desconocido de nuestras facultades significa. Llamaré Dios, como vos, á este principio inteligente y poderoso que anima la naturaleza toda; ¿pero se ha dignado de manifestarse á nosotros?

FREIND.

Sí, por sus obras.

BIRTON.

¿Nos ha dictado leyes? ¿Nos ha hablado?

FREIND.

Sí, por la voz de nuestra conciencia. ¿No es cierto que si hubierais muerto á vuestro padre y madre, os despedazaría la conciencia con tan horroroso como involuntario remordimiento? ¿No siente y confiesa esta verdad el orbe entero? Pasemos ahora á delitos más leves: ¿hay uno solo que á primera vista no os atemorice, que no os haga perder el color la vez primera que le cometéis, y no deje clavado en lo hondo del corazon el aguijon del arrepentimiento?

BIRTON.

Así lo confieso.

FREIND.

Dios, explicándose en vuestro corazon, os ha mandado formalmente que nunca os amancilleis con un delito evidente. En cuanto á todas las acciones equívocas que unos justifican y condenan otros, lo mejor que hay que hacer es practicar la sublime ley del primero de los Zoroastros, tan encomiada en nuestro tiempo por un autor frances: «Cuando no sepas si es buena ó mala la accion que meditas, abstente.»

BIRTON.

Admirable máxima es esa: sin duda es lo más perfecto y más útil que en moral se ha dicho, y eso me inclinaría casi á creer que de cuando en cuando ha suscitado Dios sabios que han

enseñado la virtud á los hombres descarriados: yo os ruego que me perdoneis la mofa que de la virtud he hecho.

FREIND.

Pedid perdón al Sér Eterno, que la puede remunerar en la eternidad, y castigar á los que contra ella pecan.

BIRTON.

¿Pues me ha de castigar eternamente Dios por haberme abandonado á las pasiones que me dió él propio?

FREIND.

Os dió pasiones con las cuales podeis obrar bien y mal. No digo que os ha de castigar para siempre, ni cómo os ha de castigar, porque nadie lo puede saber: digo, sí, que puede castigaros. Los que primero imaginaron una mazmorra eterna para las sustancias celestiales que contra Dios en su propio alcázar se habían levantado, fueron los braçmanes; Dios las encerró en una especie de infierno, que llamaban *ondera*; pero pasados millares de siglos suavizó sus tormentos, las colocó en la tierra, y las hizo hombres: de aquí proviene nuestra mezcla de vicios y virtudes, de deleites y calamidades. Esta imaginacion es ingeniosa, y todavía lo es más la fábula de Pandora y Prometeo: naciones rudas han imitado rudamente la hermosa fábula de Pandora: todas estas invenciones son sueños de la filosofía oriental. Todo cuanto sé deciros, es que si abusando de vuestra libertad habeis cometido delitos, nunca me podreis probar que sea imposible para Dios el daros castigo. Probaos, sino.

BIRTON.

Esperad... ¿Decís que no puedo demostraros que sea imposible para el Sér Supremo castigarme?... A fe que teneis razon; cuanto he podido he trabajado para probarme á mí propio que fuese imposible, y nunca lo he conseguido. Yo confieso que he abusado de mi libertad, y que me puede castigar Dios; pero á fe mia, cuando no exista, no será castigado.

FREIND.

La más cuerda solucion que podeis tomar, es ser hombre de bien miéntras existís.

BIRTON.

¡Ser hombre de bien miéntras existo!... Así lo confieso, y así es la verdad: esa es la determinacion que conviene tomar.

Quisiera, amigo mio, que hubieseis presenciado el efecto que en todos los ingleses y en todos los americanos produjeron las razones de Freind. Birton, ántes tan atronado y tan osado, se convirtió en reposado y modesto. Jeni bañados los ojos en lágrimas, se postró á las plantas de su padre, y su padre le abrazó. Finalmente, la siguiente escena terminó esta tan ardua como importante disputa.

CAPÍTULO XI.

DEL ATEISMO.

BIRTON.

Bien entiendo que sea eterno el gran Sér, el Señor de la naturaleza; ¿pero nosotros que ayer no vivíamos, podemos tener acaso la loca osadía de aspirar á una futura eternidad? Todo en torno de nosotros muere, y nada revive, desde el insecto que la golondrina devora, hasta el elefante que se comen los gusanos.

FREIND.

No, nada perece, todo muda: subsisten los gérmenes impalpables de los animales y plantas, se desarrollan, y perpetúan las especies. ¿Pues, por qué no quereis que conserve Dios el principio que os hace obrar y pensar, sea de la naturaleza que fuere? Líbreme Dios de hacer un sistema, pero lo cierto es que en nosotros hay una cosa que piensa y quiere; esta cosa, que otras veces llamaban *monada*, es imperceptible; Dios nos la ha dado, ó acaso, hablando con más exactitud, Dios nos ha dado á ella. ¿Estais cierto de que no la pueda conservar? pensadlo, examinadlo, y ved si me podeis dar una demostracion.

BIRTON.

No; muchas veces la he buscado en mi entendimiento, en todos los libros de los ateistas, y especialmente en el canto tercero de Lucrecio; y confieso que sólo probabilidades he hallado.

FREIND.

¡Y guiados por meras probabilidades nos hemos de abandonar á todas nuestras funestas pasiones! ¡hemos de vivir como las bestias, sin otra regla que nuestros apetitos, ni otro freno que el miedo de los demas hombres, convertidos por este miedo recíproco en enemigos unos de otros, porque siempre deseamos acabar con lo que tenemos! Medítadlo bien, señor Birton; reflexiónalo, hijo Jeni: el que de Dios ni castigo ni premio aguarda, es un verdadero ateo. ¿Qué sirve la idea de un Dios que nada puede en nosotros? Lo mismo es eso que si me dijesen que en la China hay un monarca muy poderoso. Buen provecho le haga, respondo, estése él en su casa, y yo en la mia: ni yo me curo de él, ni él de mí, porque tiene las mismas facultades en mi persona que un canónigo de Windsor en un miembro de nuestro Parlamento. Entónces soy yo mi propio Dios; el mundo entero le sacrifico á mis antojos, si encuentro ocasion propicia; no tengo ley, ni pienso más que en mí: si son corderos los otros, me hago yo lobo; y si son pollas, zorra.

Supongo (no lo permita Dios) que fuera toda nuestra Inglaterra ateista por principios; convengo en que se podrán encontrar muchos ciudadanos que siendo apacibles, de buena índole y bastantemente ricos para no necesitar de cometer injusticias, tendrán cuenta con sus propias acciones, y guiados por el honor podrán vivir en sociedad: cultivarán las bellas artes que suavizan las costumbres, y vivirán en la paz y los inocentes contentos de los hombres de bien. Empero el ateo pobre y violento, cierto de la impunidad, será un tonto si no os asesina por robaros. Entónces se rompen todos los vínculos de la sociedad, inundan la tierra los delitos secretos, semejantes á las langostas, que al principio apénas se advierten y en breve asuelan los campos. La ínfima plebe será una chusma de salteadores, como nuestros ladrones, de los cuales el diez-

mo cuando más muere en la horca, y que pasan su deplorable vida en las tabernas con disolutas ramerías, apaleándolas y apaleándose unos á otros, cayéndose de borrachos entre sus vasos de plomo con que se han roto las cabezas, despiertan para robar y matar, y todos los dias reiteran este abominable círculo de brutales torpezas.

¿Quién contendrá la venganza, la ambición de los reyes y los grandes, á que quieren sacrificarlo todo? Más peligroso es un rey ateo que un Ravailac fanático. En el siglo xv hervía la Italia en ateistas : ¿qué resultó? Tan frecuente cosa era dar un veneno como un refresco, y envainar un puñal en el pecho de su amigo como darle un abrazo : había profesores de delitos, como hoy maestros de música y de matemáticas. *Ex-profeso* se escogían los templos para asesinar á los príncipes al pié de las aras. Así los dos más aventajados príncipes de Europa fueron asesinados á impulsos del Papa Sixto IV y un arzobispo de Florencia. (Ruégoo, amado Sherloc, que digais á Paruba y á sus hijos qué cosa es un Papa y un arzobispo, y sobre todo, que ya no se ven esos monstruos). Sigamos. Un duque de Milan tambien fué asesinado en una iglesia. Sobrado sabidos son los asombrosos horrores de Alejandro VI. Si hubieran durado semejantes costumbres, estaría hoy más desierta la Italia que lo quedó el Perú despues de su invasión. Así la creencia más útil para el linaje humano es la de un Dios que remunera las buenas acciones, castiga las malas y perdona las culpas leves : este es el único freno de los hombres poderosos que descaradamente cometen notorios delitos, el único freno de los que con maña cometen delitos secretos. No os exhorto, amigos, á que con esta creencia mezcleis supersticiones que la deshonren y que puedan tornarla fatal : el ateo es un monstruo que sólo por saciar su hambre devora; el supersticioso, otro monstruo que por escrúpulo de conciencia despedaza á los humanos. Siempre he reparado que se puede sanar á un ateaista, pero el supersticioso nunca sana de raíz : el ateo es un hombre de talento que se equivoca, pero

que discurre por sí propio; el supersticioso un necio bestial que siempre se guía por las ideas ajenas. Violará el a teo á Ifigenia cuando se va á casar con Aquiles; pero el fanático la degollará devotamente en las aras, y creará que debe quedarle Júpiter muy agradecido: robará el ateista un vaso de oro en una iglesia para tener una francachela con mozas; pero el fanático celebrará en esta misma iglesia un auto de fe, y entonará á gritos un cántico judaico miéntras quema judíos. Sí, amigos míos, los dos polos de un universo de horror y confusión son el ateísmo y el fanatismo; entre estos dos polos se halla la estrecha zona de la virtud: caminad con planta firme en este estrecho sendero; creed que hay un Dios bueno, y sed buenos. Eso es todo cuanto piden á sus pueblos los grandes legisladores Penn y Locke.

Respondedme vos y vuestros amigos, señor Birton. ¿Qué males puede acarrearos la adoracion de un Dios, unida con la dicha de ser hombre de bien? Miéntras yo estoy hablando, nos puede acometer una enfermedad mortal: ¿quién de nosotros no querría entónces haber vivido inocente? Ved de qué modo muere en Shakespeare nuestro perverso Ricardo III, y cómo vienen á asustar su imaginacion los espectros de todos aquellos que ha privado la vida. Mirad cómo despues del día de San Bartolomé espira Cárlos IX de Francia. En balde le dice su capellan que ha obrado bien; que le roe su delito las entrañas, brota la sangre por sus poros y toda cuanta ha derramado clama contra él. Estad cierto de que no hay ni uno entre todos estos monstruos que no haya vivido atormentado por sus remordimientos, y no haya muerto desesperado y rabiendo.

CAPÍTULO XII.

REGRESO Á INGLATERRA. — BODAS DE JENI.

No se pudieron resistir más Birton y sus amigos, y se arrojaron á las plantas de Freind. Sí, dijo Birton, en Dios y en vos creo.

Ya estábamos cerca de casa de Paruba, donde cenamos; pero no pudo cenar Jeni, que se puso en un rincón, deshecho en llanto. Su padre le fué á buscar para consolarle. ¡Ah! le dijo Jeni, no merecía yo un padre como vos: me moriré de pesar por haberme dejado arrastrar de esa abominable Clive Hart. Yo soy causa, aunque inocente, de la muerte de Primarosa; y ahora mismo, cuando nos hablábais de envenenamiento, me cogió un temblor y creí que estaba viendo á Clive-Hart presentar la horrible pócima á Primarosa. ¡Oh, cielos! ¡Oh, Dios! ¿Cómo se pudo obcecar mi entendimiento hasta seguir á criatura tan infame? Pero me engañó: yo estaba iluso, y hasta pocos días ántes de que le prendieran los salvajes, no me desengañé. En un raptó de cólera casi me confesó su delito; desde entónces la miré con horror, y para más suplicio mio siempre tengo delante de mí la imágen de Primarosa; la estoy viendo y oyendo, y me dice: Morí porque te quise.

Sonrióse con afabilidad el señor Freind, sin que pudiese atinar Jeni por qué, y dijo luégo á su hijo que sólo con una vida irreprochable podía enmendar los pasados yerros: trájole despues á la mesa como á un hombre que han sacado de un río donde se estaba ahogando. Yo le abracé, le acaricié y le animé; todos estábamos enternecidos. El día siguiente nos hicimos á la vela de vuelta de Inglaterra, habiendo hecho regalos á toda la familia de Paruba, y fueron acompañados nues-

tros vales de sinceras lágrimas. Birton y sus camaradas, que siempre habían sido unos troneras, estaban hechos hombres de juicio.

En alta mar estábamos cuando dijo Freind á Jeni en mi presencia: ¿Conque es grata siempre, hijo mio, para tí la memoria de la virtuosa y enamorada Primarosa? Desesperóse Jeni al oír estas palabras; la acerada punta de un inútil y eterno arrepentimiento traspasaba su corazon, y faltó poco para que se tirara al mar. Consuélate, le dijo Freind, Primarosa vive, y te quiere.

Efectivamente había recibido Freind noticias ciertas de su fiel criado, que por todos los navíos que salían para Mariland le escribía. El señor Mead, que despues se ha granjeado tanta fama por su práctica en curar de todo veneno, había tenido la dicha de sacar á Primarosa de las garras de la muerte. El señor Freind enseñó á su hijo esta carta que tantas veces había repasado tan enternecido.

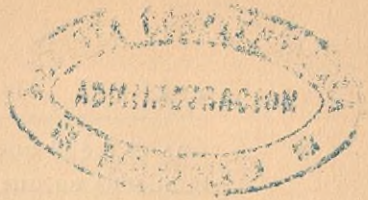
En un instante pasó Jeni del extremo de la desesperacion al de la felicidad. No pintaré los efectos de esta mudanza tan repentina; tanta impresion me causó que no la puedo explicar, y fué el instante más feliz de la vida de Jeni. Birton y sus camaradas participaron de un contento tan puro. ¿Qué más os diré? A todos les ha servido de padre el excelente Freind: las bodas del hermoso Jeni y la hermosa Primarosa se han celebrado en casa del doctor Mead, y tambien hemos casado á Birton, que es otro de lo que era. Hoy él y Jeni son los dos hombres más virtuosos de toda Inglaterra. Ya veis que un sabio puede volver en su juicio á los locos.

EL TORO BLANCO

VERSION DEL SIRIACO.

EL JOMO BLANCO

EL JOMO BLANCO



EL TORO BLANCO

VERSION DEL SIRIACO,

POR EL SEÑOR MAMAKI, INTÉRPRETE DE LENGUAS ORIENTALES
DEL REY DE INGLATERRA.

CAPÍTULO PRIMERO.

TRATA DE CÓMO SE TOPÓ CON UN BUEY LA PRINCESA AMASIDA.

Íbase paseando por el camino de Pelusio con las damas de su comitiva la hermosa princesa Amasida, hija de Amasis, rey de Tanis en Egipto, vertiendo lágrimas sus hermosos ojos. Todos saben el motivo de su dolor, y cuánto temía desagradar á su padre el rey por este mismo dolor. Junto á ella estaba el anciano Mambrés, antiguo mago y eunuco de los Faraones, que nunca se apartaba de ella; que la había visto nacer, la había criado, y enseñádole cuanto una hermosa princesa es lícito que de las ciencias egipcias sepa. Corría parejas con la belleza de Amasida su entendimiento: tan tierna y cariñosa era cuanto hermosa, y su ternura era la que tantos llantos le costaba.

Tenía la princesa veinticuatro años de edad, y se acercaba el mago Mambrés á los mil y trescientos. Nadie ignora

que él fué el que sustentó contra el gran Moisés la famosa contienda en que estuvo entre estos dos profundos filósofos indecisa por mucho tiempo la victoria: y si fué vencido Mambrés, fué por la visible proteccion de las potencias celestiales que se declararon en favor de su competidor. Los dioses fué necesario que intervinieran para que fuese vencido Mambrés.

Hízole Amasis mayordomo mayor de su hija, y desempeñó con su acostumbrada discrecion este cargo. Los llantos de la hermosa Amasida le enternecían: «¡Ay, exclamaba la princesa, amante mio, querido y tierno amante, tú el mayor de los conquistadores, el más hermoso y más perfecto de los humanos! ¿cómo has desaparecido del mundo siete años hace? ¿qué Dios te robó á tu enamorada Amasida? no has muerto, que así me lo afirman todos los doctos profetas de Egipto; pero has muerto para mí: yo estoy sola en la tierra, que sin tí es un desierto. ¿Qué extraño portento ha hecho que abandonarás tu trono y tu amada? ¡tu trono! puesto que era el primer trono del mundo, todavía es una friolera; ¡pero á mí que te adoro, ó querido Na...!» Á concluir iba, cuando le dijo el prudente Mambrés, antiguo eunuco y mago de los Faraones: Guardaos de pronunciar este nombre fatal; acaso os vendería alguna de las damas de palacio. Sin duda todas os aman y os respetan, y todas ellas tienen á mucha dicha servir la ilustre pasion de una hermosa princesa, pero al cabo puede encontrarse alguna que sea imprudente, y acaso pérfida: y ya sabeis que vuestro padre el rey, puesto que os quiere bien, ha jurado que os cortará la cabeza si pronunciais ese nombre terrible que sin cesar se os quiere salir de la boca. Llorad, pero callaos: dura es esta ley; pero como habeis sido educada en la sabiduría egipcia, habeis aprendido á enfrenar vuestra lengua: contemplad que siempre tiene puesto el dedo en la boca Harpócrates, que es una de nuestras principales divinidades. La hermosa Amasida lloró, y se calló.

Silenciosa iba caminando por las orillas del Nilo, cuando

desde léjos vió, en un bosquecillo que bañaba el rio, una vieja cubierta de andrajos pardos, y sentada en una loma: junto á ella estaban una burra, un perro, un cabron, y enfrente una sierpe, que no era como las sierpes comunes, porque eran sus ojos tan amorosos como animados, su cara interesante y noble, y pintadas sus escamas de los más agradables y vivos colores: no era el sugeto ménos extraño de la comitiva un pez enorme que estaba medio-metido en el rio; sobre las ramas de un árbol estaban un cuervo y una paloma; y parecía que toda esta gente estaban muy ocupados en una conversacion muy interesante. ¡Ah, dijo en voz baja la princesa, sin duda que estos animales están hablando de sus amores, y yo no tengo facultad de mentar siquiera el nombre de mi amado!

Tenía la vieja una ligera cadena de acero de cien brazas de largo, y atado á ella un toro que estaba paciendo en el prado: era el toro blanco, hecho á torno, grueso, y sin embargo ligero, cosa muy rara; los cuernos eran de marfil; en una palabra, no se podía ver más hermoso animal: el de Pasifae, el toro en que se transformó Júpiter, no merecían descalzarle, y apenas hubiera sido digna de él la hermosa novilla en que se convirtió Isis. Así que columbró á la princesa, fué corriendo á ella con la presteza de un potro árabe que, enderezando las orejas por los vastos llanos y los rios del antiguo Saana, brinca en demanda de la lucida alfana que reina en su corazon. La vieja se esforzaba á contenerle; la sierpe con sus silbos procuraba asustarle; el perro le seguía mordiéndole las bellas piernas; la burra se ponía en el camino, y le pegaba coces para que volviera atras; el pez grueso subía el Nilo, y sacando el cuerpo del agua le hacía amenazas de tragársele; el cabron estaba inmóvil y temblando de miedo; el cuervo revoloteaba por encima de la cabeza del toro, como si le quisiera sacar los ojos; sólo la paloma le acompañaba por curiosidad, y le animaba con tiernos arrullos.

Tan extraordinaria escena dejó á Mambrés absorto en sus

serias meditaciones. Entre tanto el toro blanco, llevándose atrás de sí la vieja con la cadena, estaba ya junto á la princesa, sobrecogida de la confusion y el susto; y echado á sus piés se los besaba, vertiendo lágrimas, y mirándola con ojos que retrataban una indecible mezcla de pesar y gozo. No se atrevía á bramar por no asustar la bella Amasida, y no podía hablar, porque le había negado el cielo el poco uso de la voz que ha dado á algunos animales; pero eran elocuentes todas sus acciones. Gustó mucho á la princesa, que vió que una ligera diversion podía suspender algunos ratos sus más dolorosos tormentos. ¡Qué animal tan amable! decía: bien quisiera tenerle en mi caballeriza. Al oír estas palabras, hincó el toro las cuatro rodillas, y besó la tierra. Me entiende, exclamó la princesa, y manifiesta que quiere ser mio: ¡ah! divino mago, divino eunuco, dadme este consuelo, comprad á ese hermoso querubin (1), ajustadle con la vieja á quien sin duda pertenece; quiero que sea mio este animal: no me negueis este inocente consuelo. Todas las damas de palacio le rogaron lo mismo que la princesa: Mambrés se dejó vencer, y fué á hablar con la vieja.

CAPÍTULO II.

QUE TRATA DE CÓMO EL SABIO MAMBRÉS CONOCIÓ Á LA VIEJA Y LA VIEJA Á MAMBRÉS.

Señora, le dijo, ya sabeis que las doncellas, con especialidad las que son princesas, necesitan divertirse: la hija del rey está prendada de vuestro toro; ruégoos que nos le vendais, que os pagarán en dinero al contado. Señor, le respondió la

(1) En caldeo y en siríaco *chérub* significa *buey*.

vieja, este precioso animal no es mio: yo, y todos los brutos que estais viendo, estamos encargados de guardarle con esmero, seguir todos sus pasos, y dar cuenta de ellos. ¡Líbreme Dios de vender nunca á este animal que no tiene precio!

Oyendo estas palabras se sintió Mambrés alumbrado de algunos rayos de una confusa luz que no discernía bien aún, y mirando más atentamente á la vieja de capotillo pardo, le dijo: Respetable dama, si no me engaño, ya nos hemos visto ántes. Yo no me engaño, respondió la vieja, setecientos años hace, señor, que nos vimos en un viaje que hice de Siria al Egipto, pocos meses despues de la destruccion de Troya, reinando Hiran en Tiro, y Nefel-Keres en el antiguo Egipto. ¡Ah, señora! exclamó el anciano, vos sois la augusta pitonisa de Endor. Y vos, señor, le dijo dándole un abrazo la pitonisa, sois el gran Mambrés de Egipto. ¡Oh inesperado encuentro! dijo Mambrés: ¡memorable día! ¡decretos eternos! Sin duda que no sin un juicio de la Providencia nos volvemos á encontrar en este prado á orillas del Nilo, cerca de la soberbia ciudad de Tanis. ¡Conque vos, señora, sois aquella mujer tan ilustre á orillas de vuestro pobre Jordan, y la primera de este mundo para hacer venir las sombras!—¡Conque vos, señor, sois aquel varon tan afamado que convierte las varas en serpientes, el día en noche y en sangre los rios!—Sí, señora, puesto que mi mucha edad enflaquece en parte mi ciencia y mi poder; y así no sé de dónde os viene ese toro blanco, ni quiénes son esos animales que con vos le guardan. Meditó la vieja un rato, alzó luégo los ojos al cielo, y respondió así: Amado Mambrés, del mismo ejercicio somos, pero me está formalmente vedado deciros quién es ese toro; acerca de los otros animales puedo contentar vuestra curiosidad, y fácilmente los conoceréis por sus señas características: la sierpe es la que persuadió á Eva á que comiera una manzana, y se la diera á comer á su marido; la burra es la que en un camino hondo habló con Balaam, vuestro coetáneo; el pez, que siempre tiene la cabeza sacada del agua, es el que se tragó á Jonás

pocos años hace; el perro, el que acompañó al ángel Rafael y al mancebo Tobías al viaje que á Rajes en la Media hicieron en tiempo del gran Salmanasar; el cabron el que expía todos los pecados de un pueblo; y el cuervo y la paloma, los que estuvieron en el arca de Noé: memorable suceso, y universal catástrofe que todo el mundo todavía ignora. Ya estais informado; pero lo que es el toro, no lo sabreis.

Escuchaba Mambrés con respeto, y respondió: El Eterno, pitonisa ilustre, revela lo que quiere y á quien quiere: todos esos animales encargados con vos de la guarda del toro blanco, sólo los conoce vuestra generosa y amena nacion, desconocida ella de casi todo el mundo; los milagros que los vuestros y vos, los míos y yo hemos obrado, darán un día vasta materia de duda y escándalo á los falsos sabios: vale que les darán entero asenso los sabios verdaderos, los cuales estarán sujetos á los vientes en un rincon del mundo; y eso es todo cuanto habemos menester.

Apénas había dicho estas razones, le tiró de la manga la princesa, diciéndole: Mambrés, ¿no me comprais mi toro? Absorto el mago en una profunda meditacion, no le respondió palabra; Amasida se echó á llorar, y dirigiéndose á la vieja, le dijo: Ruegoos, buena abuela, por cuanto más en el mundo quereis, por vuestro padre, vuestra madre y vuestra nodriza, que sin duda están vivos todavía, que me vendais no sólo vuestro toro, mas tambien vuestra paloma, que al parecer le tiene mucho cariño. Los demas animales no los quiero; pero soy capaz de morirme de melancolía, si no me vendeis ese lindo toro blanco, que será el embeleso de mi vida.

Besó la vieja con respeto las franjas del traje de gasa de la princesa, y le dijo: Señora, mi toro no se vende, ya se lo he dicho á vuestro ilustre mago: todo cuanto por serviros puedo hacer, es traerle todos los días cerca de vuestro palacio, para que le halagueis, le deis bizcochos y le hagais bailar á vuestro sabor; pero es indispensable que no le pierdan nunca de vista todos los animales que me acompañan y están encar-

gados de su guarda. Si no se quiere escapar, no le harán daño; pero si prueba otra vez á romper la cadena, como ha hecho así que os ha visto, ¡ay de él! que no le fio la vida. Ese pez grueso que veis sé le tragará sin remedio, y le tendrá más de tres dias en el vientre, ó esa sierpe, que tan mansa y tan amable os ha parecido, podrá matarle picándole.

El toro blanco, que entendía perfectamente todo cuanto decía la vieja, puesto que no podía hablar, admitió todas estas propuestas con rendido ademan, se echó á sus piés, dió un blando bramido, y mirando amorosamente á Amasida, parecía que le decía: Venid á verme de cuando en cuando al prado. Hablando entónces la serpiente, dijo: Princesa, yo os aconsejo que hagais puntualmente cuanto dice la señora doncella de Endor; luégo metió la burra su cucharada, y fué del parecer de la serpiente. Dolíase Amasida de que hablaran con tanta soltura la serpiente y la burra, y un toro tan hermoso, que tenía tan tiernos y nobles afectos, no los pudiera explicar. ¡Ah! decía en voz baja, así sucede en palacio: todos los dias vemos señores muy hermosos que no saben hablar, y pelgares que hablan de perlas. Esta serpiente no es ningun pelgar, dijo Mambrés, no os equivoqueis, que acaso es el sujeto de más alta extraccion de la comitiva.

Declinaba el sol, y se vió obligada la princesa á irse, no sin dar palabra de volver al otro dia á la misma hora. Las damas de palacio estaban atónitas, y nada podían entender de cuanto habían visto y oido: Mambrés meditaba. La princesa, acordándose de que la serpiente había llamado doncella á la vieja, coligió que lo era, y se sintió no poco afligida de serlo ella aún, puesto que escondía tan respetable afliccion con no ménos esmero que el nombre de su amante.

CAPÍTULO III.

QUE TRATA DEL COLOQUIO SECRETO QUE TUVO LA HERMOSA AMASIDA
CON LA BELLA SIERPE.

Encomendó la hermosa princesa el secreto á sus damas acerca de cuanto habían visto: todas se le prometieron, y efectivamente le guardaron por espacio de un dia entero. Bien se puede creer que aquella noche dormiría poco Amasida: un inexplicable embeleso le traía sin cesar á la memoria la idea de su hermoso toro; y así luégo que se vió libre con el sabio Mambrés, le dijo: ¡Oh sabio! este animal me vuelve el juicio. Tambien ocupa mucho el mio, dijo Mambrés: bien claro veo que este querubin es muy superior á su especie, y que hay aquí mucho misterio encerrado; pero estoy temiendo algun suceso fatal: vuestro padre Amasis es iracundo y suspicaz, y requiere todo este asunto que obreis con mucha prudencia. Ah, dijo la princesa, tengo sobrada curiosidad para que sea prudente, que es la única pasion que puede albergarse en mi pecho con la que me consume por mi perdido amante. ¿Con que no he de poder averiguar quién es ese toro blanco que tan inaudita turbacion en mí ha excitado? Señora, le respondió Mambrés, ya os he confesado que se disminuye mi ciencia al paso que crecen mis años; pero si no me engaño, la serpiente está instruida de lo que tanto por saber anhelais: tiene talento, se explica en buenos términos, y está acostumbrada de tiempo inmemorial á meterse en los asuntos de las damas. Sin duda, dijo Amasida, que es la bella sierpe de Egipto, que mordiéndose la cola es símbolo de la eternidad; que alumbrá el mundo cuando abre los ojos, y le oscurece cuando los cierra.—No, señora.—Pues será la serpiente de Esculapio.—Méenos.—Acaso Júpiter en forma de serpiente.—Nada de eso.—Ah, yá caigo; es vuestra vara que transformás-

teis en sierpe.—Tampoco, señora; pero todas esas serpientes son de la misma familia. Esta tiene mucha reputacion en su tierra, y está tenida por la serpiente más hábil que se ha visto: dirigíos á ella, pero os advierto que es empresa muy arriesgada; y si yo fuera, no me curara más del toro, la burra, la sierpe, el pez, el perro, el cabron, el cuervo ni la paloma; pero la pasion os arrastra: cuanto puedo hacer, es dolerme de vos, y temblar.

Rogóle la princesa que la hiciese hablar á solas con la serpiente. Mambrés, que era buen hombre, vino en ello, y aborto siempre en sus meditaciones, se fué á ver con la pitonisa, y le dijo el antojo de la princesa, con tanta eficacia que la venció. Respondióle, pues, la vieja que podía venir Amasida cuando gustase, que la serpiente era muy bien criada y muy cortés con las damas, que su mayor gusto era servir las, y que iría al sitio adonde la citara.

Trajo el mago viejo esta buena nueva á la princesa, pero siempre recelando algun desman, y siempre meditando. Puede vuestra alteza, señora, hablar cuando guste con la serpiente; pero acordaos de decirle muchas lisonjas, porque todo animal está lleno de amor propio, pero con especialidad éste, que dicen que fué arrojado antiguamente de un lugar muy hermoso por su excesiva soberbia. Nunca lo había oido, respondió la princesa. Bien lo creo, replicó el viejo, y le contó todos los rumores que acerca de esta serpiente tan famosa habían corrido. Pero, señora, añadió, sea cual fuere la extraña aventura que á este animal ha sucedido, sólo lisonjeándole podreis sacarle su secreto. En un país inmediato tiene fama de que jugó, hace muchos años, una pieza muy cruel á las mujeres; justo es que otra mujer la engañe. Haré cuanto pueda para ello, dijo la princesa.

Fuése, pues, al sitio aplazado con las damas de su palacio, y con el buen mago eunuco. La vieja había llevado á pacer bastante léjos al toro blanco. Mambrés dejó libre á Amasida, y fué á razonar con su pitonisa: la dama de honor habló con

la burra, y las otras damas de la comitiva se divertieron con el cabron, el perro, el cuervo y la paloma, y se metió en el Nilo por mandado de la vieja el pez grueso que á todo el mundo metía miedo.

Salió la serpiente al encuentro de la bella Amasida, y tuvieron ambos este coloquio:

LA SERPIENTE.

No podeis creer, señora, cuánto aprecio la honra que se digna hacerme vuestra alteza.

LA PRINCESA.

Señor, vuestra mucha reputacion, lo expresivo de vuestro semblante y el brillo de vuestros ojos han sido parte para que deseara hablaros á solas, habiendo sabido por pública voz y fama, que sin duda no es falsa, que habeis sido un señor muy principal en el cielo empíreo.

LA SERPIENTE.

Verdad es, señora, que desempeñaba un cargo muy alto: dicen que soy un valido caido de la gracia, y esta voz corrió primero en la India (1). Los primeros que escribieron una historia circunstanciada de mis sucesos fueron los brahmanes, y no dudo de que un dia los tomen los poetas del Norte por asunto de un poema épico muy extragavante, que es realmente quanto con ellos hacerse puede; pero no estoy tan caido que todavía no tenga en este globo un imperio muy vasto, y casi pudiera decir que es mia la tierra entera.

(1) Efectivamente los brahmanes son los primeros que imaginaron una rebelion en el cielo; y mucho tiempo despues sirvió esta fábula de fundamento para la historia de la guerra de los gigantes contra los dioses, y algunas otras historias semejantes.

LA PRINCESA.

Así lo creo, señor, porque dicen que poseéis el arte de persuadir cuanto quereis, y agradar es reinar.

LA SERPIENTE.

Al veros, señora, y al escucharos, conozco que teneis vos en mí este poderío que á mí en tantas almas me atribuyen.

LA PRINCESA.

Creo que sois un animal vencedor: dicen que habeis rendido á muchas damas, empezando por nuestra primera madre, cuyo nombre se me ha olvidado.

LA SERPIENTE.

En eso me agravian; yo le dí el consejo mejor del mundo: me honraba ella con su confianza, y fuí de dictámen que se hartara con su marido de la fruta del árbol de la ciencia; en eso creí que agradaba al árbitro de las cosas, que me parecía que árbol tan necesario para el linaje humano no se había plantado para no servir de nada. ¿Quería el Señor que le sirvieran ignorantes y necios? ¿No dió el entendimiento para ilustrarse y perfeccionarse? ¿No se necesita conocer lo bueno y lo malo, para practicar lo uno y evitar lo otro? Cierto que se me debían acciones de gracias.

LA PRINCESA.

No obstante, dicen que fuísteis cruelmente castigado; y desde entónces, sin duda, lo han sido tantos ministros, por haber dado buenos consejos, y han perseguido á tantos verdaderos

doctos y eminentes ingenios por haber escrito cosas útiles al linaje humano.

LA SERPIENTE.

Verosímilmente, señora, que son enemigos míos los que tales patrañas os han contado: por todas partes van diciendo que estoy malquisto en palacio; pero la prueba de que gozo mucho valimiento, es que ellos mismos confiesan que asistí al consejo en que se trató de experimentar al bueno de Job, y que también fui llamado cuando se resolvió en él engañar á un reyezuelo llamado Acab (1), y me fiaron á mí sólo el desempeño de esta comision.

LA PRINCESA.

¡Ah, señor! creo que sois incapaz de engañar; pero, pues todavía estais en el ministerio, ¿podré solicitar de vos una gracia? Espero que no me la niegue un señor tan amable.

LA SERPIENTE.

Vuestros ruegos, señora, para mí son preceptos. ¿Qué mandais?

LA PRINCESA.

Ruégoos que me digais quién es ese hermoso toro blanco que excita en mí incomprendibles afectos que me asustan y me enternecen. Me han dicho que os dignaríais instruirme de la verdad.

(1) Libro tercero de los Reyes, cap. 22, vers. 21 y 22. «Dijo el Señor: ¿Quién ha de engañar á Acab, rey de Israel, para que suba á Ramot de Galaad, y caiga? Y se llegó un espíritu, y se presentó ante el Señor y le dijo: Yo seré quien le engañe. Y le dijo el Señor: ¿Cómo? Sí, tú le engañarás, y prevalecerás. Vé, y hazlo así.»

LA SERPIENTE.

La curiosidad, señora, es indispensable en la naturaleza humana, y especialmente en vuestro amable sexo; sin ella vivirían los hombres encenagados en la más ignominiosa ignorancia; y yo, en cuanto he podido, siempre he contentado la curiosidad de las damas. Me acusan de que he tenido esta condescendencia por dar que sentir al árbitro de las cosas; yo os juro que no he llevado otro fin que servirlos. Pero ya os debe de haber dicho la vieja que correis mucho peligro si se os revela este secreto.

LA PRINCESA.

¡Ah! Eso mismo aumenta mi curiosidad.

LA SERPIENTE.

Parecida sois á todas las hermosas damas á quienes he servido.

LA PRINCESA.

Si sois compasivo, si se deben valer mutuamente todos los séres, si teneis lástima de una desventurada, no desecheis mi súplica.

LA SERPIENTE.

El corazon se me parte; voy á contentaros, mas no me interrumpais.

LA PRINCESA.

Yo os lo prometo.

LA SERPIENTE.

Érase un rey mozo, hermoso, galan, enamorado, amado...

LA PRINCESA.

¿Un rey mozo, hermoso, galan, enamorado, amado? ¿De quién? ¿Quién era ese rey? ¿Qué edad tenía? ¿Qué se ha hecho? ¿Dónde está? ¿Dónde es su reino? ¿Cómo se llama?

LA SERPIENTE.

Ved cómo me interrumpís cuando apenas he empezado á explicarme. Tened cuenta: si no teneis más imperio en vos propia, perdida sois.

LA PRINCESA.

¡Ay! perdon, señor, esta imprudencia será la postrera; continuad, por piedad.

LA SERPIENTE.

Este gran rey, el más valiente y el más amable de los mortales, vencedor en todos los países donde con sus armas había penetrado, soñaba con frecuencia cuando dormía; y cuando se le olvidaban sus sueños, quería que se acordaran sus magos y le dijeran lo que había soñado, y si no los mandaba ahorcar; cosa muy conforme á recta justicia. Pues siete años van á hacer que soñó un magnífico sueño, que se le fué de la memoria así que despertó, y un mancebo judío, de mucha experiencia, le explicó su sueño, despues de lo cual se convirtió este amable monarca en buey (1), porque...

(1) Toda la antigüedad usaba promiscuamente las voces de buey y toro.

LA PRINCESA.

¡Ah, que es mi amado Nabal... No pudo acabar, porque se quedó desmayada. Mambrés, que estaba escuchando desde léjos, la vió caer y creyó que era muerta.

CAPÍTULO IV.

QUE TRATA DE CÓMO QUISIERON SACRIFICAR EL BUEY Y EXORCIZAR
Á LA PRINCESA.

Corrió Mambrés llorando á ella. La serpiente estaba enternecida, y no pudiendo llorar, dijo con lúgubres silbos: está muerta; la burra repitió: está muerta; lo repitió el cuervo, y todos los animales parecían llenos de pesadumbre, ménos el pez de Jonás, que siempre ha sido despiadado. Llegaron las damas de palacio con la dama de honor, arrancándose los cabellos. El toro blanco, que estaba pasciendo en un prado lejano y que oye sus gritos, vuela al bosquecilo llevándose tras sí la vieja, y dando bramidos que repetían los ecos. En balde vertían las damas sobre la moribunda Amasida frasquillos de agua de rosa, de clavel, de mirto, de benjuí, de bálsamo de la Meca, de canela, de amomo, de clavo, de nuez moscada, de ámbar gris, que no daba indicio ninguno de vida; pero así que se sintió junto el toro blanco, volvió en sí más hermosa, más animada y más lozana que nunca; dió mil besos á este bello animal que inclinaba amorosamente la cabeza en su seno de alabastro; le llamó mi dueño, mi rey, mi corazón y mi vida; enlazó sus brazos de marfil de su cuello más albo que la nieve; con ménos fuerza se ase la paja al ámbar, la vid al almo y al roble la hiedra. Oíase el blando murmullo de sus suspiros; véanse sus

ojos, unas veces encendidos en amorosa llama, y otras ofuscados con las preciosas lágrimas que hace verter el amor.

Ya nos podemos figurar lo pasmadas que se quedarían las damas de Amasida. Así que entraron en palacio, contó cada una á su amante tan raro suceso, ribeteándole con circunstancias que aumentaban su extrañeza, y que siempre dan más sal á todas las historias. Luégo que llegó á oídos de Amasis, rey de Tanis, se apoderó un justo enojo de su pecho real; enojo semejante al de Minos cuando supo que colmaba su esposa Pasifae de favores al padre del Minotauro, y al de Juno cuando vió que acariciaba su esposo Júpiter á la bella vaca Io, hija del rio Inaco. Mandó Amasis encerrar en su cuarto á la hermosa Amasida, estableció á la puerta una guarda de eunucos negros, y convocó luégo su consejo secreto, al cual presidía el sumo mago Mambrés, que no gozaba empero tanto crédito como en los antiguos tiempos. Fallaron todos los ministros de Estado que era hechicero el toro blanco, y era todo lo contrario, pues estaba hechizado; pero en las córtes casi siempre se equivocan en los asuntos árdulos.

A pluralidad de votos se resolvió exorcizar á la princesa, y sacrificar el toro blanco y la vieja. El sabio Mambrés no quiso chocar con la opinion del rey y su consejo, porque á él le competía el derecho de exorcizar, y lo podía dilatar con un pretexto muy plausible, porque acababa de morir en Ménfis el dios Apis; que un buey dios se muere como los demas bueyes, y no era lícito exorcizar en Egipto á nadie, ínterin no se hallaba otro buey que sustituyese al difunto. Decretó, por tanto, el consejo que se esperaríá el nombramiento del nuevo dios, que se debía hacer en Ménfis.

Bien veía el buen viejo Mambrés el peligro que corría su querida princesa, y sabía que el toro era su amante; que este misterio se le habían revelado las sílabas Nabú, que se le habían soltado.

Pertenecía entónces la *dinastía* ó soberana potencia de Ménfis á los babilonios, que conservaban esta reliquia de las pasa-

das conquistas, que bajo el mando del mayor rey del mundo, cuyo mortal enemigo era Amasis, habían hecho. Mambrés necesitaba de toda su prudencia para dar vado á tamañas dificultades. Si llegaba á descubrir el rey Amasis quién era el amante de su hija, había jurado que quitaría á ésta la vida, porque el ilustre, hermoso y mozo rey de quien estaba prendada había destronado á su padre, el cual no había recuperado el reino de Tanis hasta unos siete años hacía que nadie sabía el paradero del adorable monarca, ídolo y vencedor de las naciones, generoso y enamorado amante de la hermosa Amasida; pero también si era sacrificado el toro, se moría infaliblemente de pesar la hermosa Amasida.

En tan árduas circunstancias, ¿qué podía hacer Mambrés? Acabado el consejo, fué á ver á su querida alumna y la dijo: Hija mia, yo os serviré; pero os repito que os cortarán el pescuezo si pronunciais una sola vez el nombre de vuestro amante. ¡Ah! ¿Qué me importa mi pescuezo, dijo la bella Amasida, si no puedo abrazar el de Nabuco...? ¡Qué mal hombre es mi padre! No sólo se negó á darme por esposa al hermoso príncipe á quien idolatro, sino que le declaró guerra; y habiéndole vencido mi amante, ha encontrado medios para convertirle en buey. ¿Háse visto nunca malicia más horrenda? Si mi padre no fuera mi padre, no sé lo que haría con él. No ha sido vuestro padre quien le ha jugado una pieza tan cruel, dijo el sabio Mambrés, sino un palestino, uno de nuestros antiguos enemigos, morador de un pueblecillo encerrado en la muchedumbre de Estados que para civilizarlos ha vencido vuestro augusto amante. No debeis extrañar semejantes transformaciones; ya sabéis que en otro tiempo hacía yo otras mucho más difíciles, y no había entónces cosa más frecuente que las metamorfosis de que tanto se admiran hoy día los sabios. En las historias verídicas que hemos leído juntos, habeis visto que Licaon, rey de Arcadia, fué convertido en lobo; su hija, la bella Calixto, en osa; Io, hija de Inaco, nuestra venerable Isis, en vaca; en laurel, Dafne; en caña, Siringa; la bella Edit, mu-

jer de Lot, el padre más indulgente y amoroso que se ha conocido, es hoy en nuestras inmediaciones una gran estatua de sal muy blanca y muy picante, que conserva todas las señas distintivas de su sexo, y cada mes despide sus evacuaciones menstruas (1), como lo atestiguan mil varones doctos que la han visitado. Siendo yo mozo vi esta catástrofe, y fuí testigo de que cinco opulentas ciudades, en el terreno más árido y seco del mundo, se convirtieron de repente en un hermoso lago: en mi tiempo no se veía otra cosa que milagros de esta especie. Por fin, señora, si fueran poderosos los ejemplos á calmar vuestras penas, os citaría á los Cerestas convertidos por Vénus en bueyes. Ya lo sé, dijo la malhadada princesa; ¿pero acaso consuelan los ejemplos? Y si se hubiese muerto mi amante, ¿me consolaría yo con la idea de que todos los hombres mueren? Puede tener término vuestro pesar, dijo el sabio; y una vez que se ha vuelto en buey vuestro tierno amante, tambien de buey se puede volver hombre; yo, por mí, menester fuera que me volviese tigre ó cocodrilo, si no usase el poco poder que me queda en servir á una princesa digna de ser adorada del orbe todo, á la bella Amasida que crié sobre mis rodillas, y á quien su adversa estrella ha deparado tan crueles pruebas.

(1) Tertuliano dice en su poema sobre Sodoma:

*Dicitur et vivens alio sub corpore sexus
Munificos solito dispungere sanguinus menses.*

San Ireneo, libro IV, dice: *Per naturalia ea quæ sunt consuetudinis feminæ ostendens.* Los lectores púdicos nos agradecerán que no traduzcamos en romance estos donaires de los Santos Padres.

CAPÍTULO V.

QUE CUENTA LA PRUDENTE CONDUCTA QUE OBSERVÓ EL SABIO MAGO
MAMBRÉS.

Habiendo dicho el divino Mambrés á la princesa todo cuanto le ocurrió para consolarla, y no habiéndola consolado, fué á buscar á la vieja. Camarada, le dijo, nuestro oficio es muy gustoso, pero tiene sus riesgos: vos correis el de que os ahorquen, y vuestro buey el de que le quemen, le ahoguen ó se le coman. No sé lo que han de hacer con los otros animales, porque sé poquísimas cosas, puesto que soy profeta; pero esconded con mucho cuidado la serpiente y el pez; que éste no saque la cabeza del agua, ni la otra salga de su agujero: yo pondré al buey en la caballeriza de una de mis casas de campo, y vos estareis con él, una vez que decís que no os es permitido abandonarle. Si fuere menester, podrá servir de expiación el cabron emisario; que le enviaremos al desierto cargado de los pecados de la compañía; ya está acostumbrado á esta ceremonia, que no le hace daño ninguno, y sabemos que todo se expía cuando se pasea un cabron. Lo que os suplicó es que me presteis al instante el perro de Tobías, que es un galgo muy ágil, la burra de Balaan, que corre más que un dromedario, el cuervo y la paloma del arca, que tienen un vuelo muy raudo; porque los quiero enviar de embajadores á Menfis para un asunto de la mayor importancia.

La vieja replicó al mago: señor, podeis disponer como gustareis del perro de Tobías, de la burra de Balaan, del cuervo y la paloma del arca, y del cabron emisario; pero mi buey no puede dormir en caballeriza, que está escrito que ha de estar amarrado con una cadena de acero, *siempre bañado del rocío,*

Y ha de pacer la hierba en la tierra (1), y que ha de ser su porcion la de los animales silvestres. De mí le han fiado, y tengo que obedecer. ¿Qué dirían de mí Daniel, Ezequiel y Jeremías, si fiase mi buey de otro que de mí propio? Ya veo que sabéis el secreto de este raro animal; pero á lo ménos no me puedo echar en cara que he sido yo quien os le he revelado. Voy á llevármele de este país impuro al lago Sirbon, léjos de las crueldades del rey de Tanis: mi pez y mi serpiente me defenderán, que á nadie temo cuando sirvo á mi señor.

Replicóle el sabio Mambrés: abuela, hágase la voluntad de Dios; con tal que sepa yo dónde está nuestro toro blanco, poco me curo del lago de Sirbon, ni del de Meris, ni del de Sodomá: lo que quiero es hacerle bien, y tambien á vos; pero ¿por qué me habeis mentado á Daniel, Ezequiel y Jeremías? Ah! señor, respondió la vieja, tan bien como yo sabeis lo que en este grande asunto se interesan; pero no perdamos el tiempo, que no quiero que me ahorquen, ni que quemén, ahoguen, ó se coman á mi toro; me voy al lago de Sirbon por Canopo, con mi pez y mi serpiente. Quedad con Dios.

El toro la seguía muy pensativo, habiendo manifestado primero al benéfico Mambrés el debido agradecimiento. Este se quedó mortalmente inquieto, conociendo que, desesperado Amasis, rey de Tanis, de la loca pasión que á este animal tenía su hija, mandaría perseguir al desventurado toro, y sería irremediabilmente quemado en la plaza pública de Tanis como hechicero, ó entregado al pez de Jonás, ó asado, y presentado en la mesa; y á toda costa quería evitar á la princesa sinsabor tamaño. Escribió, pues, á su amigo, el sumo sacerdote de Menfis, una carta en caracteres sagrados, y en papel de Egipto, que aún no se usaba, la cual decía así: «Luz del mundo, teniente de Isis, Osiris y Horo, caudillo de los circuncidados, cuyo altar es superior de justicia á todos los otros: he sabido que ha muerto el buey Apis, vuestro Dios, y

(1) Daniel, cap. 5.

»tengo otro para serviros; venid en diligencia con vuestros sacerdotes á reconocerle, adorarle, y llevarle á las caballerizas de vuestro templo. Isis, Osiris y Horo os guarden muchos años, y guarden tambien á los señores sacerdotes de Menfis.

Vuestro afecto amigo,

MAMBRÉS.»

Escribió por cuadruplicada esta carta, de miedo de desman, y las metió en cajas de durísimo ébano; y llamando luégo á los cuatro correos que para este mensaje destinaba (que eran la burra, el perro, el cuervo y la paloma) dijo á la burra: ya sé cuán fielmente serviste á mi colega Balaan; sírveme lo mismo, pues no hay onocrótalo que en ligereza te iguale. Anda, querida amiga, entrega esta carta en mano propia, y vuelve con la respuesta. La burra le respondió: como serví á Balaan serviré á mi señor; iré y volveré. Púsole el sabio la caja de ébano en la boca, y se fué como un rayo. Llamó luégo al perro de Tobías y le dijo: perro fiel, y más raudo en la carrera que Aquiles de piés ligeros, bien sé todo cuanto hiciste por Tobías, hijo de Tobías, cuando con el ángel Rafael le acompañaste desde Nínive hasta Rages en la Media, y desde Rages á Nínive, trayendo diez talentos á su padre (1), que había prestado al esclavo Gebelo el esclavo Tobías, porque eran muy ricos todos estos esclavos; lleva esta carta á quien va escrita, que es más preciosa que diez talentos de plata. Respondióle el perro: señor, si en otro tiempo seguí al mensajero Rafael, tambien puedo desempeñar vuestro encargo. Púsole Mambrés la carta en la boca, y dijo lo mismo á la paloma. Señor, respondió ésta, si traje un ramo al arca, del mismo modo traeré la respuesta á vuestra misiva; y la agarró en el pico. En un momento se perdieron todos tres de vista.

Dijo luégo al cuervo: bien sé que alimentaste al gran profeta Elías cuando estuvo escondido cerca del torrente Carit,

(1) Doscientos y veinte mil reales de vellon.

tan conocido en todo el orbe (1), y que le llevabas todos los días pollas cebadas y panecillos de flor; sólo te ruego que lleves á Menfis esta carta. Respondióle el cuervo: verdad, es señor, que todos los días llevaba de comer al gran profeta Elías tesbita, á quien ví subir á la atmósfera en un carro de fuego tirado por cuatro caballos de fuego, puesto que no sean de moda los tales carruajes; pero siempre guardaba para mí la mitad de la racion. Yo llevaré vuestra carta, con tal que me deis dos comidas buenas al día, y me pagueis mi comision en dinero de contado y adelantado. Enojado Mambrés, dijo á este animal: Gloton y bellaco, no me maravillo que, de blanco como un cisne que eras te haya vuelto negro como el hollin Apolo, cuando en los valles de la Tesalia vendiste á la hermosa Coronis, madre desgraciada de Esculapio. Pues dime, ¿comías todos los dias lomo mechado y pollas asadas cuando estuviste diez meses en el arca? Señor, comíamos muy bien, replicó el cuervo; dos veces al día nos servían un asado á todos los pájaros de mi especie que no comen más que carne, como son buitres, milanos, águilas, alcotanes, buhos, mochuelos, halcones, gabilanes, pernocteros, y toda la innumerable familia de aves de rapiña; la mesa de los leones, leopardos, tigres, panteras, onzas, hienas, lobos, osos, zorras, garduñas, y demas cuadrúpedos carniceros, era todavía mucho más espléndida, que había en el arca ocho personas muy principales, las únicas que en el mundo habían quedado, las cuales no tenían otro afan que cuidar de nuestra comida y nuestras evacuaciones, que eran Noé y su mujer, de unos seiscientos años de edad cada uno, sus tres hijos y sus tres nueras. Gusto daba ver el esmero y aseo con que servían nuestros ocho criados á más de cuatro mil convidados, buenos comedores todos, sin mentar el infinito trabajo que tenían con otras diez ó doce mil personas, desde el elefante y el camello-pardal hasta las moscas y gusanos de seda. Lo que me pasma es que, descendiendo todas las

(1) Libro III de los Reyes, cap. 17.

naciones de nuestro despensero Noé, ninguno sepa de él; pero eso á mí no me importa. Ya me habeis visto en otra funcion semejante, en casa del rey de Tracia Xisutro (1): de cuando en cuando suceden esas cosas para escarmiento de los cuervos. En una palabra, lo que quiero es comer bien, y dinero de contado.

Mambrés se guardó de fiar su carta de animal tan codicioso y tan hablador, y se despidieron muy disgustados uno con otro. Entre tanto lo más urgente era saber el paradero del hermoso toro, y no perder la huella de la vieja y la serpiente. Mandó Mambrés á unos criados inteligentes y de toda confianza que los fuesen siguiendo, y él fué costeando las riberas del Nilo, siempre meditando.

¿Cómo es posible, decía en su interior, que sea este serpente señor de casi toda la tierra, como se jacta de serlo y lo confiesan tantos doctos, y no obstante obedezca á una vieja? ¿Cómo le llaman á veces á consejo allá arriba, miéntras que se arrastra por el suelo? ¿Por qué se mete todos los dias en el cuerpo de los hombres por su propia virtud, y tantos sabios se precian de lanzarle con palabras? Finalmente, ¿cómo asegura un pueblecillo inmediato que perdió el linaje humano, y el linaje humano lo ignora? Muy viejo soy, y toda mi vida he estudiado; pero veo mil cosas incompatibles que no puedo concordar. Tampoco puedo explicar lo que á mí propio me ha sucedido, ni las grandes maravillas que obré en otro tiempo, ni las que presencié. Reflexionándolo bien tódo, empiezo á presumir que este mundo es un piélagos de contradicciones, *rerum concordia discors*, que decía en su lengua Zoroastro mi maestro.

Miéntras estaba engolfado en esta metafísica tan oscura como

(1) Efectivamente el autor caldeo Beroso refiere que sucedió el mismo acontecimiento al rey de Tracia Xisutro, y más portentoso todavía, porque tenía su arca cinco estadios de largo y dos de ancho. Entre los Doctos se ha suscitado una contienda muy reñida para averiguar cuál fué más antiguo, si el rey Xisutro ó Noé.

lo es toda metafísica, un barquero, cantando unas seguidillas, amarró su barquilla en la ribera, y salieron de ella tres sujetos graves, medio vestidos de sucios y rotos andrajos; pero que con la librea de la pobreza conservaban el ademan más augusto y majestuoso, y eran Daniel, Ezequiel y Jeremías.

CAPÍTULO VI.

REFIERE EL ENCUENTRO DE MAMBRÉS CON TRES PROFETAS
Y EL BANQUETE QUE LES DIÓ.

Estos tres eminentes varones, que tenían en el rostro la luz profética, conocieron por uno de sus colegas al sabio Mambrés por algunos rayos de la misma luz que todavía le quedaban, y se postraron ante su silla de manos. También Mambrés los conoció por profetas, todavía más por el traje que por los rayos de fuego que de sus augustas cabezas salían, y presumiéndose que venían á saber nuevas del toro blanco, con su acostumbrada prudencia se apeó de su litera y se adelantó algunos pasos para recibirlos con no menos cortesía que dignidad: los alzó del suelo, hizo poner las tiendas y preparar una comida de que no poca necesidad tenían los tres profetas. Convidó también á la vieja, que no estaba más que á unos quinientos pasos, y vino al convite trayendo del cabestro el toro blanco.

Sirvieron dos sopas, una con menudillos de aves y otra de masa; los extraordinarios fueron una torta de lenguas de carpa, hígados de lota y sollo, pollos guarnecidos de alfónsigos, palominos con criadillas de tierra y aceitunas, dos pavipollos guisados con sustancia de cangrejos, moserñones, colmenillas, y otras setas no ménos delicadas y una pepitoria; el asado se componía de pollos de faisán, perdigones, gallinetas, co-

dornices y verdaulas, con cuatro ensaladas: en medio de la mesa había un ramillete del más fino gusto; no podía darse cosa más delicada que el segundo servicio, ni más magnífica, ingeniosa y lucida que los postres. El prudente Mambrés tuvo mucha cuenta con que no se presentase en la comida ni cocido, ni asado de vaca, ni lengua ni cabeza de ternera, ni ubre, porque no creyera el desventurado monarca, que presenciaba el convite, que se mofaban de él.

Este grande y malhadado príncipe estaba paciendo la hierba junto á la tienda, y nunca sintió con más vehemencia la funesta revolucion que le había privado del trono por espacio de siete años. ¡Ay! decía entre sí: este Daniel que me ha convertido en toro y esta bruja de pitonisa que me guarda, comen los más delicados manjares; ¡y yo, soberano del Asia, me veo reducido á comer heno y á beber agua!

Bebieron los convidados mucho vino de Engadi, Tadmor y Chiras; y cuando se pusieron algo alegres los profetas y la pitonisa, hablaron con más confianza que cuando empezaban á comer. Yo confieso, dijo Daniel, que no comía tan bien cuando estaba en la cueva de los leones. ¿Conque habeis estado, señor, en la cueva de los leones? dijo Mambrés; pues ¿cómo no os han comido? Ya sabeis, señor, respondió Daniel, que los leones no comen profetas. Yo por mí, dijo Jeremías, toda mi vida la he pasado muriéndome de hambre; nunca he hecho comida tan buena como hoy; y si á nacer otra vez volviese y me dejasen escoger estado, cien veces más querría ser tesorero general ú obispo en Babilonia, que en Jerusalem profeta.

Ezequiel dijo: Una vez me fué mandado dormir trescientos noventa días seguidos sobre el lado izquierdo, y comer todo ese tiempo pan de cebada, de mijo, de algarrobas, de habas y de trigo; cubierto de purísima... (1); no me atrevo á decirlo: lo único que pude lograr fué cubrirle con estiércol de vaca. Confieso que más delicadamente come el señor Mambrés; pero, no

(1) Ezequiel, cap. IV.

obstante, bueno debe de ser el oficio de profeta cuando tantos lo ejercitan.

Ahora que viene á pelo, dijo Mambrés, explicadme ¿qué significan vuestra Oola y vuestra Ooliba, que tanto aprecio hacían de los caballos y los jumentos? ¡Ah! respondió Ezequiel, esas son flores retóricas.

Luégo que se hubieron esplayado los ánimos, habló Mambrés de asuntos serios, y preguntó á los tres peregrinos qué motivo los había traído á los Estados del rey de Tanis. Daniel, que respondió por todos, le dijo que todo era alborotos en el reino de Babilonia desde que se había desaparecido Nabucodonosor; que habían perseguido á todos los profetas, como era estilo en las córtes, donde unas veces se arrodillaban los monarcas á sus plantas y otras les mandaban dar doscientos azotes; que al cabo se habían visto precisados á refugiarse á Egipto, por no ser apedreados. Tambien Ezequiel y Jeremías hablaron en un estilo sublime que apenas se entendía; la pitonisa no quitaba los ojos de su animal; el pez de Jonás estaba en el Nilo, enfrente de la tienda, y la serpiente iba jugueteando por la hierba.

Despues del café se fueron todos á pasear por las orillas del Nilo: el toro blanco entónces, viendo á los tres profetas enemigos suyos, dió bramidos horrorosos, se tiró furioso á ellos, y les empezó á dar cornadas; y como los profetas nunca tienen más que los huesos y el pellejo, los habría traspasado de parte á parte y dejado sin vida, si el árbitro de las cosas, que todo lo ve y todo lo remedia, no los hubiera á deshora convertido en urracas, que siguieron hablando como ántes. Lo mismo sucedió despues con las Piéridas: así la fábula ha imitado la historia.

Este nuevo suceso dió motivo para nuevas meditaciones al discreto Mambrés. Tres grandes profetas, decía, han sido convertidos en maricas; esto debe servirnos de documento para no hablar con demasía y observar siempre la reserva que conviene. De aquí colegía que más valía la prudencia que la elo-

cuencia, y meditaba profundamente, como lo tenía por costumbre, cuando se presentó á su vista un grande y temeroso espectáculo.

CAPÍTULO VII.

DONDE SE TRATA DE LA LLEGADA DEL REY DE TANIS, Y DE LOS PREPARATIVOS QUE SE HICIERON PARA SACRIFICAR EL TORO.

Alzábanse torbellinos de polvo, de Norte á Mediodía; resonaba el ruido de atambores, pífanos, salterios, cítaras, zambombas; adelantábanse escuadrones numerosos y batallones crecidos, y á la cabeza venía Amasis, rey de Tanis, en un alarzan cubierto de un caparazon de grana recamada de oro, y gritaban sus reyes de armas: Cojan el toro blanco, átenle, y tírenle al Nilo; déngle al pez de Jonás que se le coma, porque quiere el rey mi señor, siempre justo, hacer un escarmiento con el toro blanco que ha hechizado á su hija.

Más que nunca meditó el buen anciano Mambrés, y sacó de sus meditaciones que todo se lo había contado al rey el cuervo malandrín, y que corría la princesa mucho riesgo de que le cortaran la cabeza. Dijo, pues, al serpentón: id, amigo mio, á mi alumna la bella Amasida, decidle que nada tema en cualquier evento, y contadle cuentos para disipar sus recelos; porque siempre los cuentos divierten á las doncellas, y sólo con cuentos se consigue algo en este mundo. Fuése luego á postrar á las plantas de Amasis, rey de Tanis, y le dijo: oh rey, vivid siglos eternos; el toro blanco ha de ser sacrificado, porque siempre vuestra majestad lleva razón; pero el dueño de las cosas ha dicho: «El pez de Jonás no se ha de comer á este toro, hasta que haya encontrado Menfis un Dios que sustituya á su Dios que ha muerto.» Entónces se-

reis vos vengado , y exorcizada vuestra hija, que está endemoniada : un rey tan pío no puede dejar de obedecer al árbitro de las cosas.

Paróse pensativo Amasis, rey de Tanis, y dijo al cabo de un rato : ha muerto el buey Apis ; Dios tenga en paz su alma. ¿Cuándo creéis que se halle otro buey que reine en el fértil Egipto? Señor, dijo Mambrés, no pido más que ocho días. El rey, que era muy devoto, le respondió : yo los otorgo, y quiero estarme aquí ocho días, pasados los cuales sacrificaré al seductor de mi hija. Mandó traer sus tiendas, llamó á sus cocineros y sus músicos, y se detuvo ocho días en este sitio, segun está escrito en Maneton.

Estaba desesperada la vieja viendo que no le quedaban más de ocho días de vida al toro que guardaba. Todas las noches hacía Elías que se le aparecieran sombras al rey, que de su cruel resolucion le arredrasen ; pero así como se había olvidado Nabucodonosor de sus sueños, así tampoco se acordaba el rey por la mañana de las sombras que veía por la noche.

CAPÍTULO VIII.

DA CUENTA DE LAS CONSEJAS QUE PARA CONSOLAR Á LA PRINCESA
LE CONTÓ LA SERPIENTE.

En tanto contaba la serpiente á la hermosa Amasida historias que calmasen su dolor. Decíale cómo había ella sanado antiguamente á todo un pueblo de las picaduras de unas culebrillas, con sólo dejarse ver al cabo de un palo. Contábale las conquistas de un héroe que forma una hermosa oposicion con Anfion, arquitecto de Tebas en Beocia, el cual Anfion atraía, tocando el violín, las piedras de cantería, y con un minué y unas seguidillas boleras, tenía lo bastante para edificar

una ciudad, mientras que el otro, con una bocina, las echaba por los suelos. Un día mandó ahorcar á treinta poderosos reyes en un país de cuatro leguas de ancho y cuatro de largo; hizo que llovieran del cielo piedras gruesas encima de un batallón de enemigos que iban huyendo; y habiéndolos exterminado de esta manera, paró en la mitad del día el sol y la luna, para volverlos á exterminar entre Gabaon y Ayalon, camino de Betoron, á ejemplo de Baco que en su viaje á la India había parado estos astros.

La prudencia característica de toda serpiente no permitió que hablase á la bella Amasida del potente bastardo Jefé, que por haber ganado una batalla cortó la cabeza á su hija, cosa que hubiera asustado á la hermosa princesa; pero sí le contó las aventuras del gran Sanson, que con una quijada de borriquito mató á mil Filisteos, unció trescientas zorras por el rabo, y cayó en los lazos de una muchacha ménos hermosa, ménos amorosa, y ménos fiel que la sin par Amasida. También le contó los desgraciados amores de Sichen y la graciosa Dina, de edad de seis años, y los amores más venturosos de Booz y Rut, los de Judas y su nuera Tamar, los de Lot y sus dos hijas que no querían que se acabara el mundo, los de Abraham y Jacob con sus esclavas, los de Ruben con su madre, los de David y Betsabee, los del gran rey Salomon; y finalmente, todo cuanto podía disipar el pesar de una hermosa princesa.

CAPÍTULO IX.

DONDE SE VE QUE NO LA CONSOLÓ LA SERPIENTE.

Todos esos cuentos me fastidian, respondió la bella Amasida que tenía el gusto y la razón sana, y sólo son buenos para que los comenten entre los irlandeses el loco de Abadie, entre

los Velchas el hablador de Houteville, ó entre los íberos el hipócrita de Olavide; los cuentos que podían petar á la retarabuela de mi bisabuela ¡no me pueden agradar á mí que he sido criada por el sabio Mambrés, y he leído el *Entendimiento humano* del filósofo egipcio llamado Locke, y el *Teatro crítico* del mago Feijóo. Un cuento ha de ir fundado en la verosimilitud, y no se ha de parecer siempre á un sueño; no ha de tener trivialidades ni extravagancias, y sobre todo bajo el velo de la fábula ha de esconder del vulgo alguna verdad delicada que columbren los ojos perspicaces. Estoy fatigada con el sol, con la luna de que dispone una vieja á su antojo, con los montes que bailan, con los ríos que vuelven atras su corriente, y con los muertos que resucitan; y cuando están escritas semejantes majaderías en un estilo hinchado y que no se entiende, me causan asco y hastío. Ya veis que una doncella que está temiendo que un pez grueso se trague á su amante, y que su propio padre mande que le corten á ella la cabeza, necesita que la distraigan; pero procurad distraerme como yo gusto. Ardua tarea me echais á cuestras, respondió la serpiente: en otro tiempo hubiera podido entreteneros algunos cuartos de hora, pero hace años que he perdido la imaginacion y la memoria. ¡Ah, qué se ha hecho el tiempo en que entretenía yo á las mozas! Veamos, no obstante, si me podré acordar de alguna novela ejemplar que os divierta.

Veinticinco mil años hace que ocupaban el trono de Tebas de cien puertas el rey Gnaof y la reina Patra. Era el rey Gnaof muy hermoso, y todavía más hermosa la reina Patra, pero no podían tener hijos: el rey Gnaof propuso un premio á quien enseñara el mejor método de perpetuar la casta real. La facultad de medicina y el colegio de cirugía compusieron excelentes tratados acerca de esta importante cuestion, pero ninguno dió en el hito. La reina fué á los baños, hizo novenas, y dió mucho dinero al templo de Júpiter Amon, de donde viene la sal amoniacal; todo fué en balde. Al cabo se presentó un mancebo de veinticinco años, sacerdote, y dijo al

rey: Señor, creo que sé hacer el conjuro que ha de obrar lo que tanto vuestra majestad anhela: es menester que hable á solas al oído de mi señora vuestra esposa, y si no cesa de ser estéril, deo que me ahorquen. Admito la propuesta, dijo el rey Gnaof. La reina y el sacerdote no estuvieron más que un cuarto de hora solos: la reina se hizo embarazada, y el rey quiso ahorcar al sacerdote. ¡Dios mio! dijo la princesa, ya veo adónde va eso á parar: ese cuento es muy sabido, y añadiré que es muy indecente. Contadme alguna fábula verídica, probada, y ejemplar, que nunca la haya oído, *para acabar de formar mi razón y mi corazón*, como dice no sé qué doctor egipcio. La que sigue es, señora, dijo la bella serpiente, una de las más auténticas.

Éranse tres profetas, todos tres, por igual, ambiciosos y aburridos de su estado: era su manía que querían ser reyes, porque de la gerarquía de profeta á la de monarca no hay más que un paso, y el hombre siempre aspira á subir todos los grados de la escala de la fortuna. En todo lo demas sus inclinaciones y aficiones eran totalmente diversas: el primero predicaba de perlas á sus hermanos congregados que le vitoreaban; el segundo tenía manía por la música; y el tercero pasión á las mozas. Un dia que estaban sentados á la mesa razonando de los contentos de reinar, se les presentó el ángel Ituriel, y les dijo: El árbitro de las cosas me envía á vosotros para remunerar vuestra virtud. No sólo habeis de ser reyes sino que contentareis sin cesar vuestras [inclinaciones dominantes. A tí, primer profeta, te hago rey de Egipto, y celebrarás sin cesar tu consejo que aplaudirá tu elocuencia, y tu sabiduría; tú, segundo profeta, reinarás en la Persia, y continuamente oirás una música divina; y á tí, tercer profeta, te hago rey de la India, y te doy una preciosa dama que nunca se apartará de tu lado. Aquel en quien cupo en suerte el Egipto, juntó al punto su consejo privado, que constaba de doscientos sabios no más, y les dijo, segun es etiqueta, un razonamiento muy largo que fué muy aplaudido, gozando el mo-

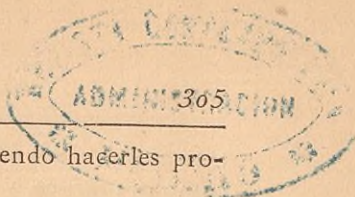
marca la halagüeña satisfaccion de embriagarse en alabanzas que con ningunas lisonjas iban mezcladas. Al consejo privado se siguió el de negocios extranjeros, que era muy más crecido, y fué muy más elogiada otra nueva arenga. En los otros consejos sucedió lo mismo; y no hubo un instante de vagar en los contentos y la gloria del profeta rey de Egipto, que hinchó toda la tierra con la fama de su elocuencia.

El profeta rey de Persia empezó su reinado oyendo una ópera italiana, cuyos coros los cantaban mil y quinientos tiples, que con sus voces penetraban hasta la médula de los huesos, donde reside el alma; á esta ópera se siguió otra, y á esta otra sin interrupcion.

El rey de la India se encerró con su querida, y disfrutó en su compañía inefables deleites: mirando como el sumo bien la necesidad de halagarla, y doliéndose de la triste suerte de sus dos colegas, que el uno de ellos tenía que estar sin cesar en el consejo, y el otro siempre en la ópera.

Al cabo de pocos dias oyó cada uno de ellos por la ventana á unos carboneros que salían de la taberna para ir á cortar leña á un bosque inmediato, y llevaban asidas del brazo á sus queridas que podían mudar cuando les daba la gana, y suplicaron nuestros reyes á Ituriel que intercediera por ellos con el árbitro de las cosas, para que los hiciese carboneros.

No sé, interrumpió la bella Amasida, si oyó el árbitro de las cosas su súplica, y no me curo de saberlo: lo que si sé, es que nada pediría yo á nadie, si estuviera encerrada á solas con mi amante, mi querido Nabucodonosor. Al punto resonaron con el gran nombre las bóvedas de palacio. Amasida primero había pronunciado Na, luégo Nabu, luégo Nabuco; al fin cegada de la pasion pronunció el nombre fatal entero, sin acordarse del juramento que á su padre había hecho: todas las damas de palacio repitieron Nabucodonosor, y el taimado cuervo al instante dió parte al rey. Turbóse el rostro de Amasis, rey de Tanis, porque estaba lleno de turbacion su corazon: y así la serpiente, que era el más prudente y astuto de los anima-



les, hacía siempre daño á las mujeres creyendo hacerles provecho.

Enojado Amasis despachó sin tardanza en busca de su hija Amasida á doce alguaciles, siempre prontos á ejecutar cuantas inhumanidades mandaba el rey, y que para disculparse decían: para eso nos pagan.

CAPÍTULO X.

QUE CUENTA QUE QUISIERON CORTAR LA CABEZA Á LA PRINCESA
Y NO SE LA CORTARON.

Así que llegó temblando la princesa al campo del rey su padre le dijo éste: Hija mia, ya sabes que se da la muerte á todas las princesas que desobedecen al rey su padre, sin lo cual no iría bien gobernado un reino: yo te había vedado que pronunciaras el nombre de tu amante Nabucodonosor, mi mortal enemigo, que me había destronado siete años há, y se ha desaparecido del mundo; y tú en su lugar has escogido un toro blanco, y has gritado Nabucodonosor: con que así justo es que te corte el pescuezo. La princesa le respondió: Padre, cúmplase vuestra voluntad, pero dadme tiempo para que llore mi virginidad. Así es muy justo, dijo el rey Amasis, y así es ley establecida entre todos los príncipes ilustrados y prudentes. Todo el día te doy para que llores tu virginidad, una vez que dices que la tienes: mañana que es el día octavo de mi acampamiento, á las nueve de la mañana echaré al pez el toro blanco para que se le coma, y te cortaré el pescuezo.

Fuése, pues, la bella Amasida con las damas de su palacio á orillas del Nilo á llorar la virginidad que le quedaba, y á su lado el prudente Mambrés iba meditando y contando las horas y los instantes. Amado Mambrés, le dijo la princesa,

¡con que habeis convertido en sangre las aguas del Nilo, como es práctica, y no podeis convertir el pecho de mi padre, el rey de Tanis! ¿habeis de consentir que me corte el pescuezo mañana á las nueve de la mañana? Eso pende, respondió el meditabundo Mambrés, de lo que aguijaren mis correos.

Al otro dia, así que las sombras de los obeliscos y pirámides señalaron en la tierra la novena hora del dia, ataron el toro blanco para echarle al pez de Jonás, y trajeron al rey su alfanje grande. ¡Ay, ay! decía en lo interior de su corazon Nabucodonosor, ¡yo el rey, cerca de siete años hace que soy buey, y apenas hallo á mi amada, cuando me va á comer un pez!

Nunca había meditado más profundamente el sabio Mambrés; mas mientras estaba absorto en sus tristes pensamientos, ve á lo léjos todo cuanto esperaba. Veníanse acercando una innumerable caterva: cien senadores de Ménfis traían en andas de oro y piedras preciosas las tres efigies de Isis, Osiris y Horo, unidas: delante iban cien doncellas tocando el sagrado sistro; acompañábanlas cuatro mil sacerdotes, pelada la cabeza y coronados de flores, montado cada uno en un hipopótamo; más léjos venían con la misma pompa la oveja de Tebas, el perro de Bubastes, el gato de Febe, el cocodrilo de Arsinoe, el cabron de Mendes con todos los dioses menores del Egipto, á tributar homenaje al gran buey, el gran dios Apis, tan potente el solo como Isis, Osiris y Horo juntos. Traían cuarenta sacerdotes, en medio de todos estos semidioses, un enorme cesto lleno de puerros sagrados: que puesto que no eran enteramente dioses, se les parecían en mucho. A entrambos lados de esta hilera de dioses, que seguía un gentío innumerable, iban cuarenta mil soldados con el yelmo en la cabeza, la cimitarra pendiente del muslo izquierdo, el arco al hombro y la flecha en la mano. El coro de sacerdotes entonaba con una armonía que exaltaba y enternecía los ánimos:

Si á nuestro buey enterramos,
Otro más hermoso hallamos.

A cada pausa se oía el toque de los sistros, las castañetas, los tamboriles, los salterios, las zampoñas, las arpas y las zambombas.

CAPÍTULO XI.

DONDE SE DA CUENTA DE LAS BODAS DE LA PRINCESA Y SU BUEY.

Pasmado de este espectáculo Amasis, rey de Tanis, no cortó el pescuezo á su hija, y envainó su alfanje. Dijo Mambrés: Gran Rey, el orden de cosas ha variado; menester es que dé ejemplo vuestra majestad. ¡Oh rey! desatad presto vos mismo el toro blanco, y sed el primero que le adoreis. Obedeció Amasis, y se postró con todo su pueblo: presentó el sumo sacerdote de Méfis el primer puñado de heno al nuevo buey Apis; la princesa Amasida ató de sus hermosos cuernos guirnaldas de rosas, anémonas, ranúnculos, tulipanes, claveles y jacintos, tomándose la libertad de besarle, puesto que con un profundo respeto. Los sacerdotes sembraban de palmas y flores el camino por donde le llevaban á Méfis; y el sabio Mambrés, siempre meditando, decía en voz baja al serpiente su amigo: Daniel convirtió á este hombre en buey, y yo he convertido al buey en dios.

Volvíanse á Méfis en el mismo orden, y el rey de Tanis seguía confuso la comitiva. Mambrés, con semblante sereno y devoto, iba á su lado; detras iba maravillada la vieja, acompañada de la serpiente, el perro, la burra, el cuervo, la paloma y el cabron emisario; el pez grande subía el Nilo; Daniel, Ezequiel y Jeremías, convertidos en maricas, cerraban la procesion. Cuando llegaron á la raya del reino, que no estaba

muy léjos, se despidió el rey Amasis del buey Apis, y dijo á su hija: hija mía; volvamos á nuestros estados para que te corte el pescuezo, segun he resuelto en mi pecho real, por haber pronunciado el nombre de mi enemigo Nabucodonosor, que me había destronado siete años hace. Cuando jura un padre que ha de cortar el pescuezo á su hija, es fuerza que cumpla el juramento, sin lo cual es precipitado á los infiernos por toda la eternidad, y yo no me quiero condenar por amor de tí. La bella princesa respondió al rey Amasis las siguientes razones: amado padre, id á cortar el pescuezo á quien se os antojare; mas no ha de ser á mí, que estoy en la tierra de Isis, Osiris, Horo y Apis, y no quiero dejar á mi hermoso toro blanco, sino besarle todo el camino, hasta que vea su apoteósis en la gran caballeriza de la ciudad santa de Ménfis: flaqueza que se puede perdonar á una doncella bien criada.

Apénas hubo dicho estas razones, exclamó el buey Apis: Amada Amasida, toda mi vida te querré. Esta era la vez primera que habían oido en Egipto hablar al buey Apis en cuarenta mil años que hacía que le adoraban. La serpiente y la burra gritaron: los siete años se han cumplido; y las tres uracas repitieron: los siete años se han cumplido. Alzaron todos los sacerdotes de Egipto las manos al cielo, y vieron á deshora que perdía el dios sus dos piernas delanteras; las dos de detras se convirtieron en piernas humanas; de sus hombros salieron dos brazos hermosos, gruesos y musculosos, y el hocico de toro se mudó en el rostro de un héroe bellísimo. En fin, volvió á ser el mancebo más lindo de la tierra, y dijo: más quiero ser amante de Amasida que dios; yo soy Nabucodonosor, rey de los reyes.

Todo el mundo quedó pasmado de esta nueva metamorfósis, ménos el meditabundo Mambrés; pero lo que nadie extrañó fué que Nabucodonosor se casara al punto con la bella Amasida en presencia de tan crecida asamblea.

A su suegro le dejó el reino de Tanis, y fundó obras pías para la burra, la serpiente, el perro, la paloma y hasta para el

cuervo, las tres maricas y el pez grueso, manifestando á todo el universo que así sabía perdonar como vencer. A la vieja le señaló una buena pension; el cabron emisario fué enviado por espacio de un dia al desierto, á que expiara todos los pecados cometidos, y despues se le dieron doce cabras en premio; el sabio Mambrés se volvió á meditar á su palacio. Nabucodonosor le abrazó con mucha ternura, y gobernó luégo en paz los reinos de Ménfis, de Babilonia, de Damasco, de Balbec, de Tiro, de la Siria, del Asia Menor y de la Escitia, y los pueblos de Chiras, Mosoc, Tubal, Madai, Gog, Magog, Javan, la Sogdiana, la Bactriana, las Indias y las islas.

Todas las mañanas gritaban los pueblos de tan vasta monarquía: Viva el gran Nabucodonosor, rey de los reyes, que ya no es buey. Y desde entónces quedó por estilo en Babilonia que siempre que el soberano, torpemente engañado por sus sátrapas, por sus magos, sus tesoreros ó sus mujeres, conocía al cabo sus yerros, y se enmendaba de su mala conducta, gritaba la gente á su puerta: Viva nuestro gran monarca, que ya no es buey.

FIN DE LA HISTORIA DEL TORO BLANCO.

COSI-SANTA

CHICO MAL Y MUCHO BIEN.

COSI-SANTA

CHICO MAL, Y MUCHO BIEN.

NOVELA AFRICANA.

Máxima falsa es que no sea lícito hacer un mal leve del cual ha de resultar un bien muy grande, y así lo siente San Agustín, como puede verse en la narración del siguiente suceso que aconteció en su diócesis bajo el proconsulado de Séptimo Acindino, y que refiere el Santo en su libro de la Ciudad de Dios.

Había en Hipona un cura viejo, gran inventor de cofradías, confesor de todas las mozas del barrio, y que pasaba plaza de inspirado de Dios, porque decía la buena ventura, y desempeñaba bastante bien este oficio. Un día le trajeron á una muchacha llamada Cosi-Santa, que era la criatura más hermosa de la provincia: su padre y su madre, jansenistas, la habían criado con los principios de la más rígida virtud, y ninguno de cuantos amantes había tenido había podido causarle siquiera un rato de distracción en sus oraciones. Pocos días hacía que había contraído esponsales con un viejecito avellanado, llamado Capiton, oidor de la audiencia de Hipona, que era un hombre chiquito, de mal genio y regañón,

no tonto, pero afectado en la conversacion, burlon y que gastaba chanzas pesadas; celoso con esto como un portugues, y que por quanto tiene el mundo no hubiera puesto buena cara á los cortejos de su mujer. Hacía la pobre muchacha quanto podía por quererle, porque había de ser su marido, y lo procuraba muy de véras; mas no se salía con ello.

Fué á consultar con su cura para saber si sería dichoso su matrimonio, y éste en tono profético le dijo: Hija mia, tu virtud acarreará gravísimos males; pero un dia serás canonizada por haber hecho tres infidelidades á tu marido. Este oráculo pasmó á Cosi-Santa, y la puso en una cruel confusion: rogóle, pues, que se le explicara, creyendo que contenía algun sentido místico; pero toda la explicacion se redujo á que no se habían de entender las tres veces de tres citas dadas á un mismo amante, sino de tres aventuras distintas. Alborotóse entónces Cosi-Santa, hartó de denuestos al cura, y juró que nunca sería canonizada. Fuélo, empero, como vamos á ver.

Casóse en breve, y fué muy divertida la boda: aguantó con bastante paciencia todas cuantas tonterías le dijeron, todos los equívocos insulsos, todas las porquerías mal cubiertas con que es costumbre sonrojar á las novias, y bailó con mucha gracia con algunos mozos muy airosos y muy lindos, que á su marido parecieron los más feos y desgarbados del mundo.

Metióse en la cama con alguna repugnancia con Capiton, pasó durmiendo casi toda la noche, y despertó muy pensativa, puesto que no era su marido el objeto de sus pensamientos, sino un mancebo llamado Ribaldos, que le había dado en el ojo sin que ella lo entendiese. El tal mancebo parecía formado por mano del amor: tenía toda la gracia, la osadía y la malicia de Cupido; era algo imprudente, pero sólo con las que querían que lo fuese; por fin, el gallito de Hipona. Á todas las mozas las traía mal unas con otras, y él estaba mal con todos los maridos y las madres. Por lo comun obsequiaba por atolondramiento, y á veces por vanidad; pero á Cosi-

Santa la quiso de véras, y eso más de véras que más ardua era su conquista. Á fuer de hombre entendido, se aplicó primero á ser bienquisto de su marido, haciéndole mil agasajos, alabando su buena presencia, su agudeza y sus donaires, perdiendo el dinero cuando con él jugaba, y afectando que le fiaba todos sus secretos. Á Cosi-Santa le parecía el mozo más amable de la tierra, y ya le quería mucho más de lo que ella se figuraba, puesto que no lo conocía; pero su marido lo conoció. Con todo el amor propio que puede caber en un hombre chico, no se le pudo esconder que no eran por él sólo las visitas de Ribaldos, y así se asió de un pretexto frívolo para reñir con él, y decirle que no pusiera los piés en su casa.

Cosi-Santa lo sintió, pero no se atrevió á manifestarlo; y Ribaldos, más enamorado con las dificultades, gastaba todo el tiempo en atisbar ocasiones para verla, disfrazándose unas veces de fraile, otras de mercader ambulante, otras de titere-ro que enseña purchinelas; mas no hizo lo bastante para triunfar de la resistencia de su amada, y sobró lo que hizo para que lo conociera el marido. Si hubiera estado Cosi-Santa de acuerdo con su amante, hubieran concertado sus medidas de manera que no habría presumido nada el marido; pero como se resistía ella á su amor, y no la remordía la conciencia en nada, no hacía nada para desvanecer las falsas apariencias, y la creía su esposo muy culpada.

El hombrecillo, que era muy colérico y se imaginaba que estaba su honra colgada de la fidelidad de su mujer, le hizo mil deñuestos por vengarse de que parecía bien, y se encontró Cosi-Santa en la más triste situacion en que se pueda ver mujer ninguna, maltratada por un esposo á quien era fiel, y acosada de una vehemente pasion que se afanaba por vencer. Creyendo que si cesaba de perseguirla su amante, cesaría su marido en sus injusticias y tendría ella la felicidad de sanar de un amor sin alimento, se aventuró á escribir á Ribaldos la siguiente carta: «Si sois virtuoso, dejad de hacerme infeliz; »me amais, y me expone vuestro amor á las sospechas y vio-

»lencias de un dueño que ha de serlo toda mi vida. ¡Pluguiera al cielo que fuera éste el único riesgo que yo corriese! »Por lástima no me persigais más tiempo; os lo ruego por »aquel amor que á vos y á mí nos hace infelices, y que nunca »podrá haceros dichoso.»

No había previsto la pobre Cosi-Santa que una carta, aunque tan virtuosa, tan amorosa, produciría el efecto contrario del que ella esperaba, que fué el de encender más y más el pecho de su amante, que se resolvió á aventurar la vida por ver á su amada.

Era Capiton tan tonto, que de todo quería que le avisaran, y tenía buenas espías, las cuales le informaron de que se había disfrazado Ribaldos de carmelita descalzo demandista, para ir á pedir limosna á su mujer. Túvose por hombre perdido, imaginándose que para la honra de un marido era muy más peligroso el hábito de un carmelita descalzo que ningun otro, y puso en atisbo quien apaleara á fray Ribaldos. Sobrado lo consiguió, porque al entrar el mancebo en su casa le salieron al encuentro los arrimones; y por más que gritó que era un buen carmelita, y que debía ser tratado con acatamiento debido á un santo religioso, le dejaron por muerto; y en efecto á los quince dias murió de un garrotazo que en la cabeza le habían dado. Todas las mujeres del pueblo le lloraron, y no se podia consolar Cosi-Santa: el mismo Capiton lo sintió, pero por motivo de que se temía tener malísimo pleito á cuestras.

Era Ribaldos pariente del procónsul Acindini, y quiso este romano hacer un ejemplar castigo del asesinato. Había tenido ántes contiendas muy reñidas con la audiencia de Hipona, y se alegró mucho de hallar motivo para ajusticiar á un oidor, celebrando sobre todo que le hubiese tocado la suerte á Capiton, que era el más vanidoso y el más inaguantable de todos los oidores.

Así había visto Cosi-Santa asesinar á su amante, y en breve iba á ver ajusticiar á su marido, por haber sido virtuosa en

demasía; porque ya he dicho que si hubiera dispensado sus favores á Ribaldos, habría engañado á su marido. Así se cumplió la mitad de la profecía. Acordóse entónces Cosi-Santa del oráculo, y se temió mucho ver cumplida la otra mitad; pero contemplando que no es posible vencer su estrella, se entregó en manos de la Providencia, que la condujo por el camino más llano.

Era el procónsul Acindino hombre más disoluto que voluptuoso, que se divertía muy poco en los preparativos, abrutado, descortés, un verdadero sargento, que le temían mucho en la provincia, y con quien habían tenido que ver todas las mozas de Hipona, solamente por no reñir con él. Llamó á la señora Cosi-Santa, que vino bañada en lágrimas, y con su mismo llanto más hermosa. Señora, le dijo, vuestro marido va á ser ajusticiado, y en vuestra mano está el librarle. Mi vida daré yo por la suya, le dijo la hermosa. No es eso lo que os piden, replicó el procónsul. ¿Pues qué? dijo ella. Una de vuestras noches, respondió Acindino. No son mías, dijo Cosi-Santa, sino de mi marido: mi sangre daré yo por librarle, mas no mi honor. ¿Y si viene en ello vuestro marido? dijo el procónsul. Eso es otra cosa, respondió la señora: cada uno es dueño de lo suyo, pero bien conozco á mi marido, y no hará tal; que es un testarudo, y ántes dejará que le ahorquen, que consentir que me toquen con un dedo. Ahora lo veremos, dijo enojado el procónsul. Inmediatamente llamó al delincuente, y le propuso ser ajusticiado ó cornudo: no es dudoso lo que escogería. No obstante, el hambrecillo se hizo algo de pencas, pero al cabo hizo lo que hubiera hecho cualquiera hijo de vecino. Su mujer le libró por caridad la vida, y ésta fué la primera de las tres veces.

Aquel mismo día cayó malo su hijo de una dolencia muy rara, que no entendía médico ninguno de Hipona: sólo uno había que supiese curarla y vivía en Aquila, pocas leguas de Hipona. En aquel tiempo no le era permitido á un médico que residía en un pueblo salir de él para ejercitar su profesion en

otro, de suerte que se vió precisada Cosi-Santa á ir á Aquila en persona con un hermano suyo á quien quería mucho. En el camino les salieron ladrones: al capitán le pareció muy bonita, y se arrimó á ella cuando iban á matar á su hermano, y le dijo, que con tal que fuera algo condescendiente, no harían daño á su hermano ni le quitarían un ochavo. La cosa urgía: acababa de librar á su marido, á quien no podía ver, iba á perder á un hermano á quien quería mucho, y además la aguijaba el riesgo en que se veía su hijo, y no se podía perder un momento: encomendóse, pues, á Dios, hizo cuanto quiso el capitán, y esto fué la segunda vez.

Aquel mismo día llegó á Aquila y se apeó en casa del médico, que era uno de los médicos de moda, que llaman las mujeres cuando tienen vaguidos ó cuando nada tienen; confidente de unas, cortejo de otras, cortés, condescendiente y que se llevaba mal con el colegio, del cual hacía burla cuando le venía á cuento.

Explicóle Cosi-Santa la enfermedad de su hijo, y le ofreció por curarle un gran sextercio (que equivale á más de mil ducados nuestros). No quiero yo, respondió el lindo doctor, que me pagueis en esa moneda; con todo cuanto tengo os brindaría yo, si quisieseis que os pagaran las curas que podeis hacer; curadme del mal que me dais, y yo sanaré á vuestro hijo.

Pareció extravagante la propuesta á la señora; pero su estrella ya la había acostumbrado con las cosas extravagantes. Era el médico un terco que no quiso otra paga de su remedio. Cosi-Santa no tenía marido con quien consultar; ¿y cómo había de dejar morir á su hijo, á quien adoraba, por no darle al médico un socorro tan ligero que tenía en su mano? Era tan buena madre como hermana; compró el remedio al precio que el médico quiso, y esta fué la postrera de las tres veces.

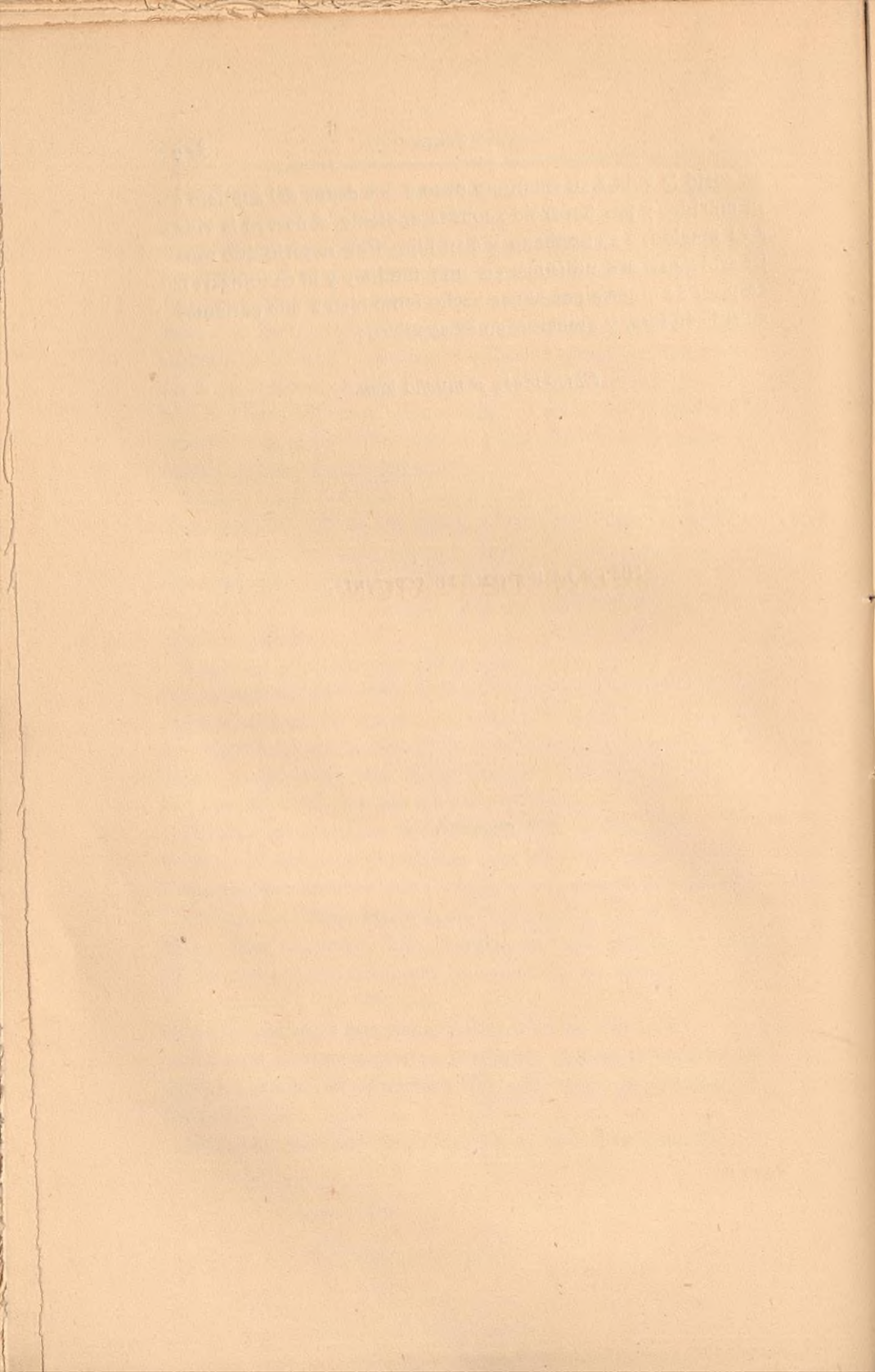
Volvióse á Hipona con su hermano, que no se cansaba de darle las gracias en el camino del valor con que le había librado la vida.

De suerte que Cosi-Santa, por haber sido sobradamente cas-

ta, costó la vida á su amante y puso á dos dedos del suplicio á su marido, y por haber sido condescendiente, conservó la vida á su marido, á su hermano y á su hijo. Fué notorio que mujer semejante era utilísima en una familia, y la canonizaron despues de muerta por haber hecho tanto bien á sus parientes mortificándose, y grabaron en su sepulcro:

Chico mal, y mucho bien.

FIN DE LA HISTORIA DE COSI-SANTA.





SUEÑO DE PLATON

MEMOIRE DE PLATON

MEMOIRE DE PLATON

SUEÑO DE PLATON.

Platon soñaba mucho, y lo mismo han soñado los hombres despues. Soñó que antiguamente era doble la naturaleza humana, y que fué dividida en macho y hembra en castigo de sus culpas. Probó que no podía haber más que cinco mundos perfectos, porque no hay más que cinco cuerpos regulares en geometría. Uno de sus mejores sueños es su república. También soñó que el sueño se engendra de la vigilia, y la vigilia del sueño, y que quien contempla un eclipse, si no es en un lebrillo de agua, se queda infaliblemente ciego. Entónces soñando se granjaban los hombres mucha reputacion.

El siguiente sueño suyo no es de los ménos interesantes. Parecióle que habiendo el gran Demiurgos, el eterno geómetra, sembrado de innumerables globos el espacio infinito, quiso experimentar la ciencia de los genios que habían sido testigos de sus obras, y dió á cada uno un pedacito de materia para que la coordinase, como si Zeuxis y Fidias hubieran encargado á sus discípulos unas estatuas ó unos cuadros, en cuanto es permitido comparar las cosas pequeñas con las grandes.

Cupo en suerte á Demogorgon el pedazo de barro que llaman la Tierra, y habiéndola éste coordinado del modo que hoy

vemos, se jactaba de que había hecho una obra maestra, con que pensaba haber vencido la envidia, y merecer elogios de sus propios compañeros, y se quedó atónito cuando lo recibieron éstos con silbos. Díjole uno de ellos, que era un burlador sarcarron: «Cierto que has trabajado bien; has separado tu mundo »en dos, y has dejado un vasto espacio de agua entre ambos »hemisferios, para que no tuviera una comunicacion con otro. »Debajo de tus dos polos se helarán de frio, y bajo tu línea »equinoccial se morirán de calor. No me desagradan tus car- »neros, tus vacas y tus gallinas; pero ingenuamente tus ser- »pientes y tus arañas me gustan poco. Buena cosa son tus ce- »bollas y tus alcachofas; mas no sé qué idea llevabas en cubrir »la tierra de tanta planta venenosa, como no fuese la de enve- »nenar á sus moradores. Creo que has formado unas treinta »especies de jimios, muchas más de perros, y cuatro ó cinco, »no más, de hombres: verdad es que á este último animal le »has dado lo que llamas *la razon*; pero en conciencia tan ri- »dícula es la tal razon, que se arrima á la locura. Me parece »que no te curas mucho de este animal de dos piés, á quien »has dado tantos enemigos con tan poca defensa, tantas dolen- »cias con tan pocos remedios, tantas pasiones con tan poca »cordura. Sin duda que no quieres que se multipliquen en »demasía en la Tierra, pues dejando aparte los peligros á que »los has expuesto, los has dispuesto tan bien, que un día ven- »drá en que las viruelas se lleven cada año el diezmo de la es- »pecie, y el gálico envenene el manantial de la vida en las »nueve partes restantes. Como si con esto no bastara, de tal »manera los has organizado, que la mitad de los que sobrevi- »van pasarán el tiempo litigando, y la otra mitad matándose »unos á otros. Cierto que te deben estar muy agradecidos, »y que has hecho un dechado perfecto.»

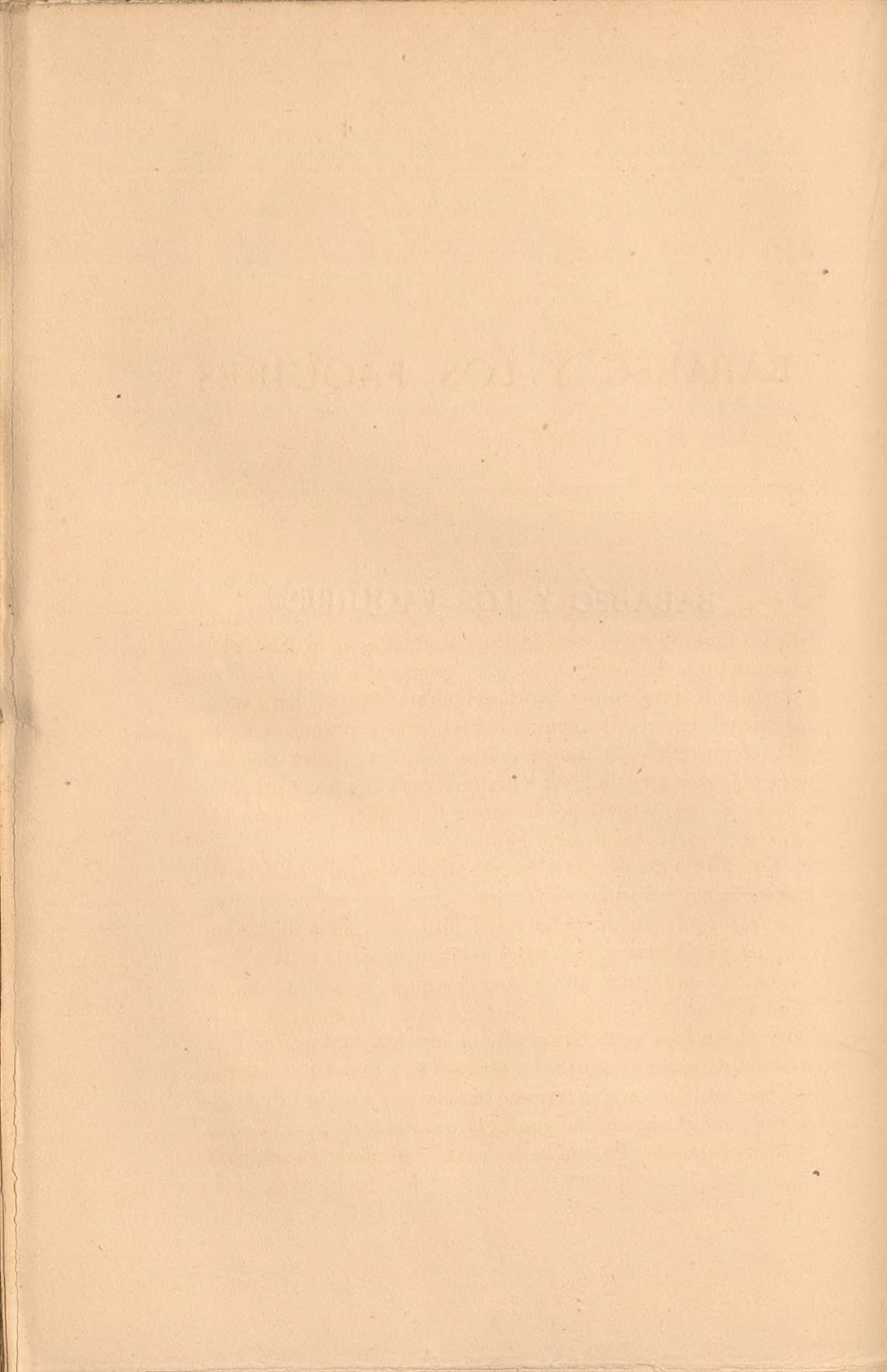
Sonrojóse Demogorgon, conociendo que efectivamente había en su obra mal físico y mal moral; pero sustentó que el bien era más que el mal. «La crítica es fácil, dijo; ¿pero pien- »sas que sea tan fácil hacer un animal, que siendo siempre ra-

»cional y libre, no abuse nunca de su libertad? ¿Piensas que
»cuando tiene uno nueve ó diez mil plantas que hacer brotar,
»puede tan fácilmente estorbar que tengan algunas de ellas
»propiedades perjudiciales? ¿Te figuras que con cierta cantidad
»de agua, arena, cieno y fuego, pueda no haber mares ni de-
»siertos? Usted acaba, señor burlon, de coordinar el planeta
»Marte; ya veremos qué tal están sus dos grandes bandas, y qué
»lindo efecto hacen sus noches sin luna; ya veremos si no ado-
»lecen sus moradores de locura ni enfermedad ninguna.»

Efectivamente examinaron los genios á Marte, y el burlon sufrió una descarga cerrada de pullas. No llovieron ménos críticas sobre el genio adusto que había amasado á Saturno, y lo mismo sucedió con cada uno de sus camaradas los fabricantes de Júpiter, Mercurio y Vénus. Escribiéronse libretos y folletos, corrieron epigramas, compusiéronse coplas, se ridiculizaron los unos á los otros, y se exasperaron los partidos, hasta que á todos les puso silencio el eterno Demiurgos, diciéndoles: «Habeis hecho todas cosas buenas y malas, porque teneis
»mucho inteligencia y sois imperfectos; vuestras obras no du-
»rarán más que algunos centenares de millones de años, y
»despues, más instruidos, las hareis mejores: á mí sólo me per-
»tenece el hacer cosas inmortales y perfectas.»

Esto enseñaba Platon á sus discípulos. Cuando acabó de hablar, le dijo uno de ellos: «Y luégo despertasteis.»

BABABEC Y LOS FAQUIRES



BABABEC Y LOS FAQUIRES

Cuando estuve yo en la ciudad de Benarés, antigua patria de los brahmanes, procuré instruirme. Entendía medianamente el indio, escuchaba mucho y lo examinaba todo. Vivía en casa de mi corresponsal Omri, el hombre más de bien que he conocido. Era él de la religion de los bramans, yo tengo la honra de ser musulman, y nunca nos dijimos una palabra más alta que otra acerca de Mahoma y Brahma: cada uno hacía sus abluciones aparte, y bebíamos la misma limonada, y comíamos el mismo arroz, como dos hermanos.

Fuimos un dia juntos á la pagoda de Gavani, adonde vimos muchas cuadrillas de faquires, unos que eran yangüies, esto es, faquires contemplativos, y otros discípulos de los antiguos gimnosofistas, los cuales pasaban una vida activa. Todos saben que tienen una lengua científica, que es la de los más antiguos brahmanes; y un libro en este idioma, que llaman el *Veidan*, que ciertamente es el libro más antiguo de toda el Asia, sin exceptuar el Zenda-Vesta. Pasé por delante de un faquir que estaba leyendo este libro. ¡Maldito infiel, exclamó, que me has hecho perder la cuenta de las vocales que estaba contando! De esta hecha pasará mi alma al cuerpo de

una liebre, en vez de ir al de un papagayo, como lo esperaba con fundamento. Yo le dí una rupia para que se consolara. A pocos pasos tuve la desgracia de estornudar, y al ruido se despertó un faquir que estaba arrobado. ¿Dónde estoy? dijo; ¡qué horrorosa caída! ya no veo el cabo de mis narices, y se ha desaparecido la luz celestial (1). Si soy yo la causa, le dije, de que veais más allá que donde alcanzan vuestras narices, ahí está una rupia para resarcir tamaño desman; tornaos á vuestra luz celestial.

Habiendo salido con esta cordura del mal paso, visité á los demas gimnosofistas; muchos me presentaron tachuelitas muy bonitas para metérmelas en los brazos y en los muslos en honra y gloria de Brahma: yo compré las tachuelas, y me han servido para clavar mi colgadura; otros bailaban sobre las manos, otros daban vueltas en la cuerda floja, otros andaban á la cox-cojilla: unos andaban ceñidos de cadenas, otros traían una albarda encima; aquellos llevaban metida la cabeza en una media fanega; todos eran buena gente. Llevóme mi amigo Omri á la celda de uno de los más famosos, que se llamaba Bababec, el cual estaba en cueros, como su madre le parió, y traía arrastrando del cuello una cadena gruesa que pesaba más de sesenta libras. La silla en que estaba sentado era de palo, bonitamente ribeteada de puntitas de clavos que se le metían en las nalgas, y parecía que estaba en un lecho de plumas bien mullido. Venían muchas mujeres á consultarle: era el oráculo de las familias, y puede decirse que disfrutaba inmensa reputacion. Yo presencié la larga conferencia que tuvo con Omri. Padre, le dijo éste, ¿creéis que despues de haber sido acrisolado por las siete metempsícosis podré llegar á la mansion de Brahma? Segun, dijo el faquir; ¿cómo vives? Procuero, dijo Omri, ser buen ciudadano, buen marido, buen padre y buen amigo: á los ricos les presto dinero sin interes cuando lo ne-

(1) Cuando quieren los faquires ver la luz celestial, cosa muy frecuente entre ellos, fijan los ojos en la extremidad de sus narices.

cesitan, á los pobres se lo doy, y conservo la paz entre mis vecinos. ¿Te metes alguna vez tachuelas en el culo? le preguntó el brahma.—Nunca, reverendo padre. Mucho lo siento, replicó el faquir, porque ¿es seguro que no irás más que al décimonono cielo, y es lástima. Bastante es, dijo Omri, con eso estoy contento. ¿Qué me importa que sea el décimonono ó el vigésimo, si cumplo con mis obligaciones en mi peregrinacion, y me tratan bien en mi último albergue? ¿No basta con ser hombre de bien en esta tierra, y luégo feliz en la de Brahma? ¿Pues á qué cielo quiere V. ir, señor Bababec, con sus tachuelas y sus cadenas? Al trigésimoquinto, dijo Bababec. ¡Donoso chiste, replico Omri, querer estar en sitio más alto que yo! Eso sólo puede ser efecto de una desmedida ambicion. Si condenais á los que aspiran á las honras de esta vida, ¿por qué las pretendéis tan grandes en la otra? ¿En qué razon os fundais que os hayan de tratar más bien que á mí? Sabed que más limosnas doy yo en diez dias que cuanto os cuestan en diez años las tachuelas que os meteis en el trasero. Bravo importa á Brahma que paseis el día en cueros con una cadena al pescuezo; mucha utilidad saca de eso la patria. Cien veces más precio yo á uno que siembra berzas ó planta árboles, que á todos vuestros camaradas que se están mirado la extremidad de las narices, ó se ponen una albarda por nobleza de ánimo. Dicho esto, se serenó Omri; halagó á Bababec, le persuadió, y le convenció al fin que abandonara sus tachuelas y su cadena, y se fuera con él á vivir otra vida más desahogada. Llevóle á su casa, aseáronle, untáronle con esencias de aromas, vistiéronle con decencia, y vivió quince dias con mucho juicio, confesando que era mil veces más dichoso; pero perdía su reputacion con la gente, y no le venían á consultar las mujeres, de suerte que dejó á Omri, y se volvió á sus tachuelas por conservar su reputacion.

AVENTURAS DE LA MEMORIA

AVENTURAS DE LA MEMORIA.

El género humano que piensa, que es decir, la cienmilésima parte, cuando más, del género humano, había creído largos siglos, ó á lo ménos había repetido que las ideas nos venían por los sentidos, y que la memoria es el único instrumento con que podemos unir dos ideas y dos palabras. Por eso Júpiter, que representa la naturaleza, se enamoró de Mnemosine, diosa de la memoria, al instante que la vió; y de estos amores nacieron las nueve Musas, inventoras de todas las artes.

Este dogma fundamental de todos nuestros conocimientos se admitió universalmente, y hasta la Sorbona le abrazó cuando nació, puesto que sea una verdad.

Vino algun tiempo despues un argumentista, medio geómetra, medio soñador, que argumentó contra los cinco sentidos y la memoria, diciendo al corto número del género humano que piensa: Hasta aquí habeis vivido engañados; que son inútiles vuestros sentidos; que son innatas las ideas en vosotros, ántes que ninguno de vuestros sentidos pueda obrar; que cuándo vinísteis al mundo, teníais todas las nociones necesarias, y lo sabíais todo sin que nunca hubiérais

sentido nada. Todas vuestras ideas han nacido con vosotros, y estaban presentes á vuestra inteligencia, llamada *alma*, sin el auxilio de la memoria; y esta no es buena para nada.

Condenó la Sorbona esta proposicion, no porque era desatinada, sino porque era nueva; pero cuando luego un inglés probó, y con alguna prolijidad, que no había ideas innatas, que los cinco sentidos eran necesarios, que la memoria servia de mucho para retener las cosas que reciben los cinco sentidos, condenó su propia opinion, porque la había sustentado un inglés; y á consecuencia mandó al género humano que creyera en adelante en las ideas innatas, y no en los cinco sentidos ni en la memoria. El género humano, en vez de obedecer, se echó á reir de la Sorbona, la cual montó en tal cólera, que quería que quemaran á un filósofo, por haber dicho que no es posible que se forme idea completa de un queso el que nunca le ha visto ni comido; y hasta se propasó á decir el picaron que nunca hubieran podido trabajar de sastre hombres ni mujeres, si no hubieran tenido agujas y dedos para ensartarlas.

Por la primera vez en la vida se juntaron los loyolistas con la Sorbona; y los jansenistas, enemigos mortales de los loyolistas, se reunieron un instante con ellos, llamando á su auxilio á los antiguos dicastéricos, que eran filósofos eminentes; y todos de consuno, ántes de morir, condenaron la memoria, los cinco sentidos, y el autor que había hablado bien de estas seis cosas.

Hallábase presente á la sentencia que pronunciaron estos señores un caballo, puesto que no era animal de la misma especie, y que mediaban entre él y los otros muchas diferencias, de estatura, de voz, de lo largo de las crines y las orejas. Pues este caballo, digo, que tenía sentidos, contó un dia el lance á Pegaso en mi caballeriza; y Pegaso con su acostumbrada viveza se lo fué á contar á las Musas. Estas que de cien años á esta parte habían favorecido mucho el país, bárbaro por espacio de muchos siglos, teatro de este suceso, se escandaliza-

ron en extremo , porque tienen entrañable cariño á su madre Memoria, ó Mnemosine, á quien deben sus nueve hijas todo cuanto saben. Enojáronse de la ingratitud de los hombres; y sin componer sátiras contra los antiguos dicastéricos, los loyolistas, los jansenistas, ni la Sorbona, porque con las sátiras nadie se enmienda, y los tontos se irritan y se tornan peores de lo que eran, imaginaron un medio de ilustrarlos con el castigo. Habían los hombres blasfemado de la memoria, y las Musas les privaron de esta dádiva de los dioses, para que viesan lo que eran sin ella.

Sucedió que en la mitad de una noche, de tal modo se le cargó la cabeza, que á la otra mañana despertaron todos sin conservar la más remota idea de cuanto les había sucedido. Algunos dicastéricos, que estaban acostados con sus mujeres, se quisieron acercar á ellas en virtud de un residuo de instinto que no pendía de la memoria; pero las mujeres que raras veces tienen el instinto de acariciar á sus maridos, desecharon con repugnancia sus asquerosos halagos: los maridos se enojaron, las mujeres gritaron, y casi todas las familias anduvieron á palos.

Los doctores que encontraron su bonete se sirvieron de él para ciertos menesteres que nada tienen que ver con la memoria ni con la razon: las señoras hicieron el mismo uso de los vasos de su tocador: los criados, que no se acordaban del ajuste que habían hecho con sus amos, entraban en los cuartos de éstos, sin saber dónde estaban; pero como naturalmente es curioso el hombre, abrían los cajones de las papeletras; y como naturalmente les gusta el brillo de la plata y el oro, sin necesitar para eso de memoria, agarraban todo cuanto topaban á mano. Los amos querían gritar *ladrones*; pero la idea de ladrón se les había borrado del cerebro, y no pudieron dar con la voz. Como á cada uno se le había olvidado su idioma, articulaba sonidos informes, y era peor que en Babel, donde á lo ménos inventaba cada uno una lengua nueva. El afecto á las mujeres bonitas, innato en el sentido de los lacayos mo-

zos, obró con tal eficacia, que los insolentes se tiraron á ton-tas y á locas á las primeras casadas ó doncellas que se les depararon, sin distincion de taberneras ó duquesas; y no acordándose éstas de las lecciones de pudor, les dejaron hacer cuanto ellos quisieron.

A la hora de comer nadie sabía que hacer; nadie había ido á la plaza, ni á vender ni á comprar. Los criados se habían puesto los vestidos de sus amos, y éstos los de sus criados: todos se miraban con atontados ojos. Los que más habilidad tenían para adquirir lo necesario (que era la gente de la plebe), pudieron comer algo: los demas se morían de hambre. El presidente de los dicastéricos y el arzobispo iban en cueros; los mozos de caballos traian unos la banda del toison, y los otros la casulla de pontifical; todo estaba en confusion, y todos iban á morir de hambre y miseria, por no entenderse.

A cabo de algunos dias tuvieron lástima las Musas de nuestra pobre casta, que son bondadosas, aunque á veces descar-gan su enojo en los malos, y suplicaron á su madre que restituyese á éstos blasfemos la memoria que les había quitado. Bajó entónces Mnemosine á la mansion de las cosas contra-dictorias, donde tan temerariamente la habían insultado, y les dijo así: «Necios, yo os perdono; pero acordaos de que no hay memoria sin los sentidos, y de que sin la memoria no hay entendimiento.»

Los dicastéricos le dieron las gracias de muy mala gana, y fallaron que representarían; los jansenistas insertaron este suceso en su gaceta, y se conoció que aún no estaban curados. Los loyolistas hallaron materia para un enredo de palacio. El doctor Cogé, bobo con la aventura, y no sabiendo lo que ésta quería decir, dictó á sus discípulos de rudimentos este soberbio axioma: *Non magis Musis quam hominibus infensa est ista quæ vocatur memoria.*

LOS CIEGOS FALLANDO DE COLORES

LOS CIEGOS

FALLANDO DE COLORES

En los primeros tiempos que se siguieron á la fundacion del hospital de los ciegos, todos ellos eran iguales, y sus asuntos se decidían á pluralidad de votos. Por el tacto distinguían perfectamente la moneda de cobre de la de plata, y ninguno de ellos confundió nunca el vino de Jerez con el de Castilla; su olfato era más sagaz que el de sus vecinos que tenían ojos. Discurrían con mucho pulso acerca de los cuatro sentidos, esto es, que sabían todo cuanto les era dable saber: así vivían serenos y felices, cuanto pueden serlo los ciegos. Por desgracia, afirmó uno de sus profesores que tenía ideas claras del sentido de la vista: le escucharon, enredó, hubo entusiastas; al cabo le reconocieron por cabeza de la comunidad: se echó á fallar de colores, y todo se perdió.

Este primer dictador del hospital de ciegos formó primero su consejo, con cuyo auxilio se alzó con todas las limosnas, y así nadie fué osado á resistírsele. Decidió que eran blancos todos los vestidos de los ciegos, y éstos lo creyeron; no hablaban de otra cosa que de sus magníficos vestidos blancos, y no había uno siquiera de este color. Como todo el mundo hacía burla de ellos, se fueron á quejar al dictador, que los recibió

muy mal, tratándolos de innovadores, de hijos de Belial, de rebeldes que se dejaban arrastrar de las opiniones erróneas de los que tenían ojos, y se atrevían á dudar de la infalibilidad de su maestro. De esta contienda se originaron dos partidos.

Para calmarlos dió el dictador una sentencia, fallando que eran encarnados todos sus vestidos, y no había en todo el hospital ni un vestido encarnado. La gente se burló de ellos más que ántes, y la comunidad dió nuevas quejas. Enfurecióse el dictador y tambien los ciegos; se pelearon mucho tiempo, y no se restableció la concordia hasta que fué lícito á cada ciego suspender el juicio acerca del color de su vestido.

Un sordo que leyó esta historia, confesó que los ciegos no llevaban razon en querer fallar de colores; pero se mantuvo firme en el dictámen de que solamente á los sordos compete ser árbitros en la música.

FIN DE LA HISTORIA DE LOS CIEGOS FALLANDO DE COLORES.

VIAJE DE LA RAZON

VIAJE DE LA RAZON

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA ACADEMIA DE UNA PROVINCIA.

En el siglo décimosexto compuso Erasmo el Elogio de la Locura, y me habeis mandado que componga yo el de la Razon, no sin acierto, que no es poco celebrar la razon doscientos años despues que á su enemiga. Muchas veces no la celebran hasta muy más tarde, y hay naciones en que ni siquiera la han columbrado todavía.

Tan ignorada era de nosotros en tiempo de los druidas, que ni siquiera tenía nombre en nuestra lengua. César no la trajo ni á Suiza, ni á Autun, ni á Paris, que entónces no era más que unas chozas de pescadores, y él mismo no la conocía, porque estaba dotado de tantas grandes prendas, que no había lugar vacante para la Razon. Este loco magnánimo salió de nuestro talado país para ir á talar el suyo y recibir veintitres puñaladas de otros veintitres ilustres furiosos que valían mucho ménos que él.

Unos quinientos años despues vino el Sicambro Clovis ó Clodoveo á exterminar una parte de nuestra nacion y esclavizar la otra, y ni en su ejército, ni en nuestros desventurados lugarejos se oyó mentar la Razon, como no fuese la del más fuerte. Muchos siglos vivimos encenagados en tan villana y horrorosa barbarie, y no nos sacaron de ella las Cruzadas, que

fueron la más universal, más atroz, más ridícula y más funesta demencia. A estas cruzadas remotas se siguió la demencia abominable de la guerra civil y sagrada que acabó con tanta gente de la lengua de *oc* y de la lengua de *oueil*: en todo esto la Razon no hallaba cabida. La política reinaba entónces en Roma, y eran ministros suyos sus dos hermanas la astucia y la avaricia: veíanse la ignorancia, el fanatismo y el furor recorrer bajo sus órdenes la Europa entera, seguidos de su inseparable compañera la pobreza: la Razon estaba escondida en un pozo con su hija la Verdad; nadie sabía dónde estaba este pozo; y si lo hubieran sabido, hubieran bajado á él á degollar á la hija y la madre.

Despues que tomaron los turcos á Constantinopla y aumentaron las horrosas calamidades de la Europa, dos ó tres griegos fugitivos, medio muertos de fatiga, hambre y miedo, se cayeron en este pozo ó en esta caverna. La Razon los recibió con mucho agasajo, les dió de comer sin distinguir de carnes, cosa que nunca habían visto en Constantinopla, y les comunicó algunas instrucciones en corto número, porque la Razon no es prolija, tomándoles juramentos de que nunca descubrirían el sitio de su albergue. Se partieron, y despues de muchas caravanas llegaron á las córtes de Cárlos V y Francisco I, donde fueron recibidos como unos saltimbanquis que venían á hacer juegos de manos para divertir la ociosidad de los palacios, y las damas los ratos de vagar que les dejaban sus galanteos. Los ministros se dignaron de mirarlos en los instantes desocupados que les dejaba el despacho de los negocios: fueron acogidos del emperador y del rey de Francia, que les hablaron al paso cuando iban á ver á sus damas; pero metieron más bulla en los pueblos chicos, donde encontraron honrados vecinos á quienes todavía quedaba, no sé cómo, algunas vislumbres de sentido comun.

Vislumbres tan flacas se apagaron en toda Europa con las guerras civiles que la asolaron; que en medio de las ardientes teas y las hogueras que por espacio de tantos años encendió el

fanatismo, mal podían dos ó tres chispas de razon alumbrar el mundo. Más que nunca se escondieron la Razon y su hija, y se callaron los discípulos de sus primeros apóstoles, excepto algunos pocos tan imprudentes que predicaron la razon contra toda razon y á deshora: predicacion que les costó la vida, como á Sócrates; pero nadie se curó de ello. No hay cosa más desagradable que un suplicio oscuro. Tanto tiempo se ocupó el mundo en el degüello de la noche de San Bartolomé, en los de Irlanda, en los cadalsos de la Hungria y en los asesinatos de los reyes, que no quedaba lugar ni libertad de ánimo para contemplar en los delitos ménos importantes y en las calamidades secretas que de uno á otro extremo le inundaban.

Informada la Razon por algunos desterrados que se habían refugiado á su albergue de cuanto sucedía, se movió á piedad, puesto que tiene fama de no ser muy compasiva. Su hija, más atrevida que ella, la excitó á que viese el mundo y procurase sanarle. Ambas se dejaron ver, y hablaron; pero hallaron tantos hombres malos interesados en contradecirlas, tantos tontos pagados por los malos, tantos indolentes que sólo en sí propios y en el instante actual pensaban, y que ni de ellas ni de sus enemigos se curaban, que discretamente se volvieron á su albergue. No obstante, algunas semillas de los frutos que siempre llevan consigo y que habían esparcido, germinaron en la tierra sin podrirse.

Finalmente, poco tiempo hace que se les puso en la cabeza ir en romería á Roma, disfrazadas y sin decir su nombre por miedo de la inquisicion. Así que llegaron, se dirigieron al cocinero del papa Ganganeli, Clemente XIV, que sabían que era el cocinero ménos ocupado en Roma, y acaso, señores, despues de los confesores de vuestas mercedes, el más desocupado en su oficio. Pues este buen hombre, despues que hubo servido á las peregrinas una comida casi tan frutal como la del Papa, las llevó al aposento de Su Santidad, á quien encontraron que leía los pensamientos de Marco Aurelio. El Papa pe-

netró el disfraz, y dándoles un estrecho abrazo contra la etiqueta, les dijo: Señores, si me hubiera yo podido figurar que andabais por el mundo, os hubiera visitado ántes que me viñeseis á ver.

Despues de los cumplidos hablaron de negocios serios, y al otro dia abolió Ganganeli la bula *In cœna Domini*, que es uno de los más asombrosos monumentos de la demencia humana que tantos años ha agraviado á todos los potentados: el tercero, se determinó á destruir la compañía de Garasse, Guignard, Garnet, Busebaum, Malagrida, Patouillet, y Nonotte, y respondió la Europa con aplausos: al cuarto disminuyó los pechos de que se quejaba el pueblo, estimuló la agricultura y las artes todas, y se hizo querer de todos cuantos eran reputados enemigos del puesto que ocupaba. Entónces podían creer en Roma que no había en el orbe más que una nacion y una ley.

Tan pasmadas como satisfechas se despidieron ambas peregrinas del Papa, que no les regaló *agnus-dei* ni reliquias, sino una buena silla de posta para seguir su viaje. Hasta entónces no estaban acostumbradas la Razon y la Verdad á tantas comodidades.

Visitaron la Italia entera, y se quedaron atónitas de hallar, en vez de maquiavelismo, una emulacion entre los príncipes y las repúblicas, desde Parma á Turin, de hacer á sus vasallos á porfía más virtuosos, ricos y más felices.

Hija mia, le dijo la Razon á la Verdad, creo que despues de nuestro dilatado cautiverio podrá muy bien empezar á venir nuestro reino; preciso es que algunos de los profetas que han venido á visitarnos á nuestro pozo hayan sido muy poderosos en palabras y obras para haber mudado la faz de la tierra: ya ves que todo llega tarde; fuerza era atravesar todas las tinieblas de la ignorancia y la mentira ántes de volver á tu palacio de luz, de donde has estado desterrada conmigo por espacio de tantos siglos. Con nosotros sucederá lo que con la naturaleza ha sucedido, que ha estado tapada con un denso velo, y des-

figurada innumerables siglos, y al cabo han venido un Galileo, un Copérnico y un Newton, que la han enseñado casi desnuda y han enamorado de ella á los hombres.

En estas razones llegaron á Venecia, y lo que más llamó su atencion fué contemplar á un procurador de San Márcos, que con unas tijeras muy grandes estaba cortando encima de una mesa garras, picos y plumas negras. ¡Ah! exclamó la Razon, Dios me lo perdone, señor ilustrísimo, me parece que esas tijeras me las había yo llevado á mi pozo cuando me refugié á él con mi hija. ¿Cómo han venido á parar á manos de vuesaelencia, y qué destino les da? Ilustrísima señora, le respondió el procurador, puede ser que en tiempos antiguos hayan pertenecido estas tijeras á vuesaelencia; pero quien nos las trajo aquí, muchos tiempos hace, fué uno llamado Fra-Paolo, y nos sirven para cortarle á la inquisicion las garras que estais viendo sobre esa mesa. Las plumas negras eran de unas arpías que se venían á comer la pitanza de la república; todos los días les cercenamos las uñas y la punta del pico, que sin esa precaucion se lo hubieran al fin engullido todo, sin dejar nada para los sabios grandes ni para los *pregadi* y los ciudadanos.

Si pasais por Francia, acaso encontrareis en Paris otras de vuestras tijeras en casa de un ministro español que las usaba en su país para el mismo ministerio que nosotros, y á quien un día colmará de bendiciones el linaje humano.

Habiendo asistido las dos peregrinas á la ópera veneciana, se partieron para la Alemania, y vieron con mucho gusto este país que en tiempo de Carlo-Magno era una inmensa selva salpicada de pantanos, y cubierto hoy de florecientes y tranquilas ciudades; este país poblado de soberanos, en otro tiempo bárbaros y pobres y ahora cortesés y magníficos; que en la antigüedad no tenía más sacerdotes que sus hechiceras, y que sacrificaba hombres sobre piedras toscamente labradas; este país que fué luégo bañado en su propia sangre por averiguar á punto fijo si estaba la cosa *in, cum, sub*, ó no; en fin, este país que admitió en su seno tres religiones enemigas, atónitas

de vivir juntas en paz. Bendito sea Dios, dijo la Razon; á poder de desatinos, se han acercado á mí estas gentes. Las introdujeron en el palacio de una emperatriz que era más que racional, porque era benéfica, y quedaron tan satisfechas de ella las peregrinas, que no hicieron reparo en ciertos estilos que les disgustaron; pero ambas se prendaron del emperador su hijo.

Aumentóse su admiracion cuando estuvieron en Suecia. ¡Conque una revolucion, decían, tan ardua y tan repentina, tan peligrosa y tan tranquila, y desde un dia tan grande, no dejar pasar ni uno sin hacer bien, y todo esto en la edad que tan raras veces es la de la razon! ¡Qué bien hemos hecho en salir de nuestro escondrijo cuando estaba la Europa entera pasmada con tan gran suceso!

Desde allí atravesaron de corrida la Polonia. ¡Ah, madre, qué contraposicion! exclamó la Verdad. Ganas me están dando de volverme á mi pozo. Eso se saca con haber estrujado sin cesar la más útil porcion del género humano, y tratado á los cultivadores peor que tratan ellos á sus animales de labranza. Sólo con una total ruina se podía desenmarañar este cáos de la anarquía; con harta claridad se les había anunciado. Mucho compadezco á un monarca virtuoso, cuerdo y humano, y me atrevo á esperar que ha de ser feliz, pues empiezan á serlo los demas reyes, y de distancia en distancia se van comunicando vuestras luces.

Vamos á ver, siguió diciendo, una mudanza más propicia y más asombrosa; vamos á la inmensa region hiperboreal, tan bárbara ochenta años hace, y hoy tan ilustrada y tan invencible; vamos á contemplar á la que ha dado cima al portento de una nueva creacion... Fueron allá, y confesaron que los que les habían dado las noticias que sabían, se habían quedado cortos.

No cesaban de maravillarse al ver cuánto había variado el mundo en pocos años, y colegían que un dia acaso serían el Chile y las tierras australes el templo de la urbanidad y el

fino gusto, y que para instruirse sería menester ir al polo anártico.

Cuando estuvieron en Inglaterra, dijo la Verdad á su madre: Se me figura que no es la felicidad de este pueblo como la de los otros; ha sido más desatinado, más fanático, más cruel y más desventurado que ninguno de cuantos conozco; y al fin se ha formado un gobierno único, en el cual se ha conservado todo cuanto hay útil en la monarquía y necesario en la república: nacion aventajada en guerra, en leyes, en artes y comercio. Bien veo que se encuentra apurada con la América septentrional, que á un extremo del orbe ha conquistado, y con las más hermosas provincias de la India sujetas al otro extremo: ¿cómo ha de llevar estas dos cargas de su felicidad? Muy pesadas son, dijo la Razon; pero, si á mí me escucha, encontrará palancas que se las hagan muy ligeras.

Finalmente, pasaron por la Francia la Razon y la Verdad. Ya se habían dejado ver otras veces, pero las habían arrojado del reino. Ya os acordais, dijo la Verdad á su madre, de los vivos deseos que tuvimos de establecernos entre los franceses en la época brillante de Luis XIV; pero en breve nos ahuyentaron las impertinentes disputas de los jesuitas y los jansenistas, y los continuos gemidos del pueblo nos quitaron la gana de volver. Ahora oigo las aclamaciones de veinte millones de hombres que bendicen al cielo, diciendo unos: «Esta exaltación, eso más alegre es que nada nos cuesta nuestra alegría;» gritando los otros: «El lujo es mera vanidad; ahora se van á suprimir los empleos nobles, los gastos superfluos y los beneficios excesivos;»—y tienen razon.—«Todas las contribuciones se van á abolir;»—y disparatan, porque es menester que pague cada particular para la felicidad general.

«Las leyes van á ser uniformes.»—No hay cosa que más de desear sea, pero tampoco la hay más ardua.—«A los indigentes que trabajan, y particularmente á los oficiales pobres, se les van á repartir los inmensos bienes de ciertos holgazanes que han hecho voto de pobreza: estas manos-muertas no ten-

» drán de hoy más vasallos de manos muertas; no se verán los
» alguaciles de los frailes echando de casa de sus padres á huér-
» fanos que quedan reducidos á la mendiguez, por enriquecer
» con sus despojos un convento que goza los derechos de se-
» ñorío, que son los de los antiguos conquistadores, ni se ve-
» rán familias enteras pidiendo inútilmente limosna á la puerta
» del convento que las ha despojado.»—Pluguiese á Dios; que
sería providencia dignísima de un monarca. El rey de Cerdeña
ha destruido en su país este abominable abuso: ¡quiera el cielo
que tambien sea extirpado en Francia!

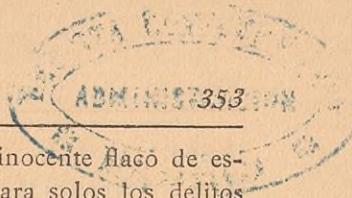
¿No oís, madre, todos esos gritos que claman: « Los matri-
» monios de cien mil familias útiles al Estado no se tendrán
» por amancebamientos, ni serán sus hijos declarados por bas-
» tardos por la ley? »—La naturaleza, la justicia, y vos, madre,
reclaman sobre este punto un prudente reglamento compati-
ble con el sosiego del Estado y los derechos de los hombres.

«La profesion de soldado será tan honrosa, que á nadie le
» vendrá la tentacion de desertar.»—Posible cosa es, pero muy
difícil.

«Las culpas leves no serán castigadas como los delitos gra-
» ves, porque es preciso que haya proporcion en todo. Una
» ley inhumana, redactada en términos oscuros y mal inter-
» pretada, no hará que mueran quebrantados con barras de
» hierro, y en medio de las llamas, unos muchachos impru-
» dentes quanto incautos, como si hubieran asesinado á sus
» padres y madres.»—Ese debería ser el primer axioma de la
justicia criminal.

«No se confiscarán los bienes de un padre de familias, por-
» que no se deben morir de hambre los hijos por las culpas de
» sus padres, y porque no necesita el rey de esta miserable con-
» fiscacion.»—Excelente idea, digna de la magnanimidad del
soberano.

«La tortura inventada antiguamente por los salteadores de
» caminos para forzar á los que robaban á que descubrieran sus
» tesoros, y que hoy usa un corto número de naciones para li-



»brar al delincuente robusto y perder al inocente. Hago de es-
»píritu y de cuerpo, quedará reservada para solos los delitos
»de lesa sociedad más capitales, y sólo para que el culpado re-
»vele quién son sus cómplices ; pero semejantes delitos no se
»cometerán jamás.»—¡Ley perfecta!

Estos son los deseos que oigo articular en todas partes y archivaré todas estas grandes reformas en mis anales, yo que soy la Verdad.

En torno de mí oigo que en todos los tribunales se profieren estas notables palabras : «Nunca citaremos las dos potencias, porque no puede haber más que una ; la del rey ó de la ley en una monarquía, y la de la nacion en una república. De naturaleza tan superior y tan diversa es la potencia divina, que nunca se debe comprometer por una profana mezcla con las leyes humanas ; que lo infinito no se puede unir con lo finito. El primero que fué osado á llamar por auxiliar suyo á lo infinito, fué Gregorio VII en sus guerras, hasta entonces sin ejemplo, contra Enrique IV, emperador muy finito, quiero decir, muy limitado. Estas guerras han ensangrentado durante largos siglos la Europa ; pero al fin se han separado estos dos séres venerables que no tienen conexion ninguna, y ese es el único modo de vivir en paz.»

Muy arrojados me parecen estos razonamientos, que son los de todos los ministros de las leyes. Bien sé que no se conocen dos potencias en la China, ni en Persia, ni en Constantinopla, ni en Moscou, ni en Lóndres, etc... Pero vos, madre, resolved este punto, y yo escribiré lo que me dictáreis.

La Razon respondió : Hija, bien sabes que yo deseo casi todas esas cosas, y otras muchas más ; pero todo eso pide tiempo y reflexion, y yo siempre me he dado por muy satisfecha cuando en mis cuitas he logrado una parte de los alivios que quería ; ahora me tengo por sobrado feliz. ¿Te acuerdas de cuando casi todos los reyes de la tierra, que vivían en paz profunda, se divertían en proponerse acertijos, y venía la reina de Sabá á probar á solas con adivinanzas á Sa-

lomon?—Sí, madre, buen tiempo era ese, pero duró poco. Pues éste, replicó la Razon, es, sin comparacion, mejor : entónces sólo pensaban en hacer alarde de agudeza, y veo que de diez ó doce años á esta parte se aplican en Europa á las artes y virtudes necesarias que templan las amarguras de la vida. Parece que generalmente se han dado el santo para pensar con más solidez que lo que habían pensado en millares de siglos. Tú, que nunca puedes mentir, dime qué otro tiempo hubieras escogido ó preferido á éste para residir en Francia. Su hija le respondió: Yo tengo fama de que gusto de decir cosas muy agrias á las personas con quien me hallo, y bien sabeis que siempre me han precisado á ello ; pero confieso que del tiempo actual tengo mucho bueno que decir, á despecho de tantos autores que sólo encomian el pasado.

Debo decir á la posteridad que en este siglo han aprendido los hombres á preservarse de una horrorosa y mortal dolencia, comunicándosela ménos funesta ; á volver la vida á los que la pierden en el agua ; á dirigir y arrostrar el rayo ; á suplir el punto fijo que en balde se desea de Occidente á Oriente. En moral han adelantado más : han implorado la justicia de las leyes contra las leyes que habían condenado al suplicio la virtud, y algunas veces han conseguido esta justicia ; en fin, se han atrevido á pronunciar la voz de tolerancia.

Pues bien, hija mía, disfrutemos estos dias serenos : permanezcamos aquí si duran ; y si se levanta la tempestad, volvámonos á nuestro pozo.

TABLA

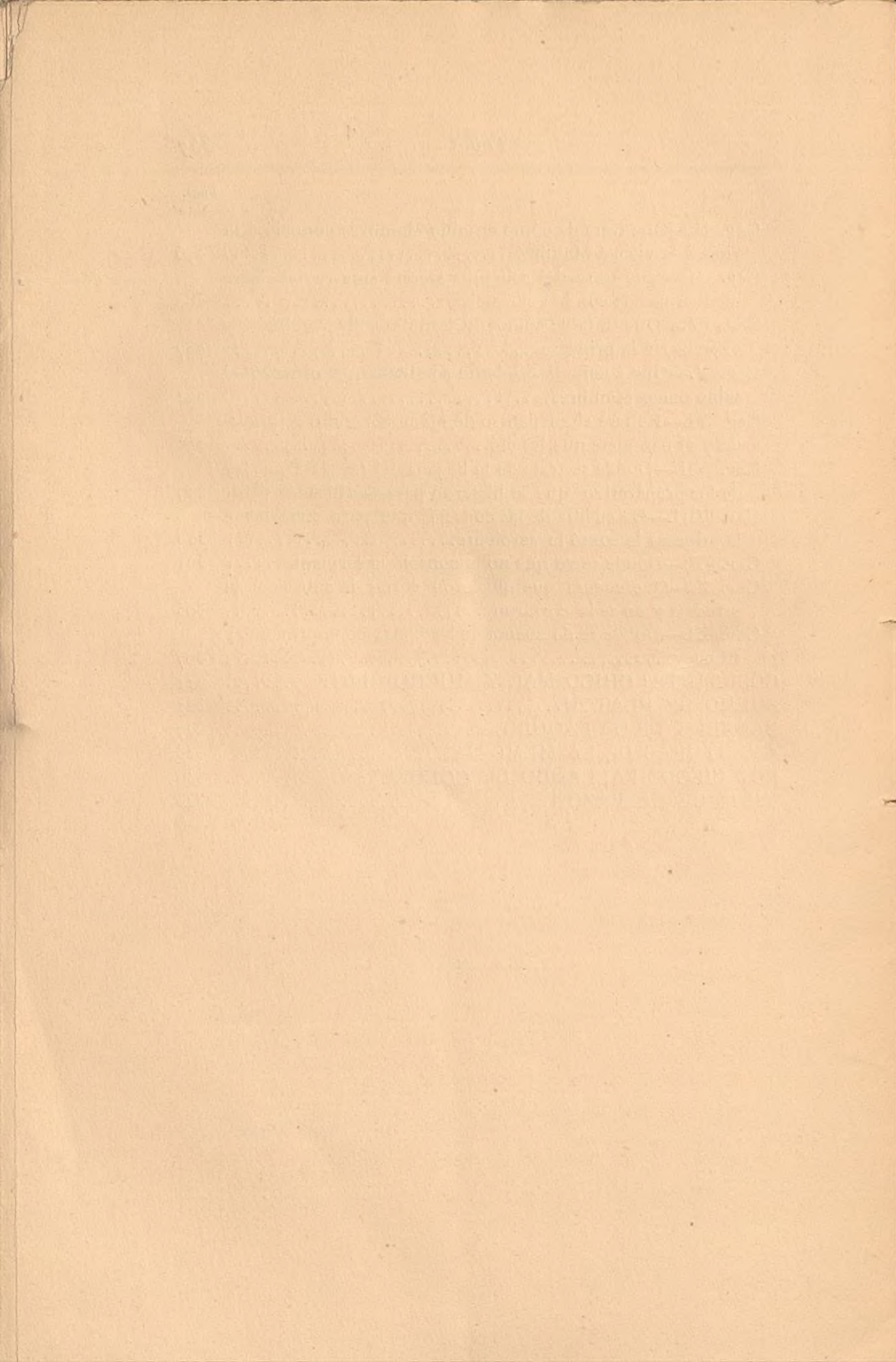
DE LAS NOVELAS CONTENIDAS

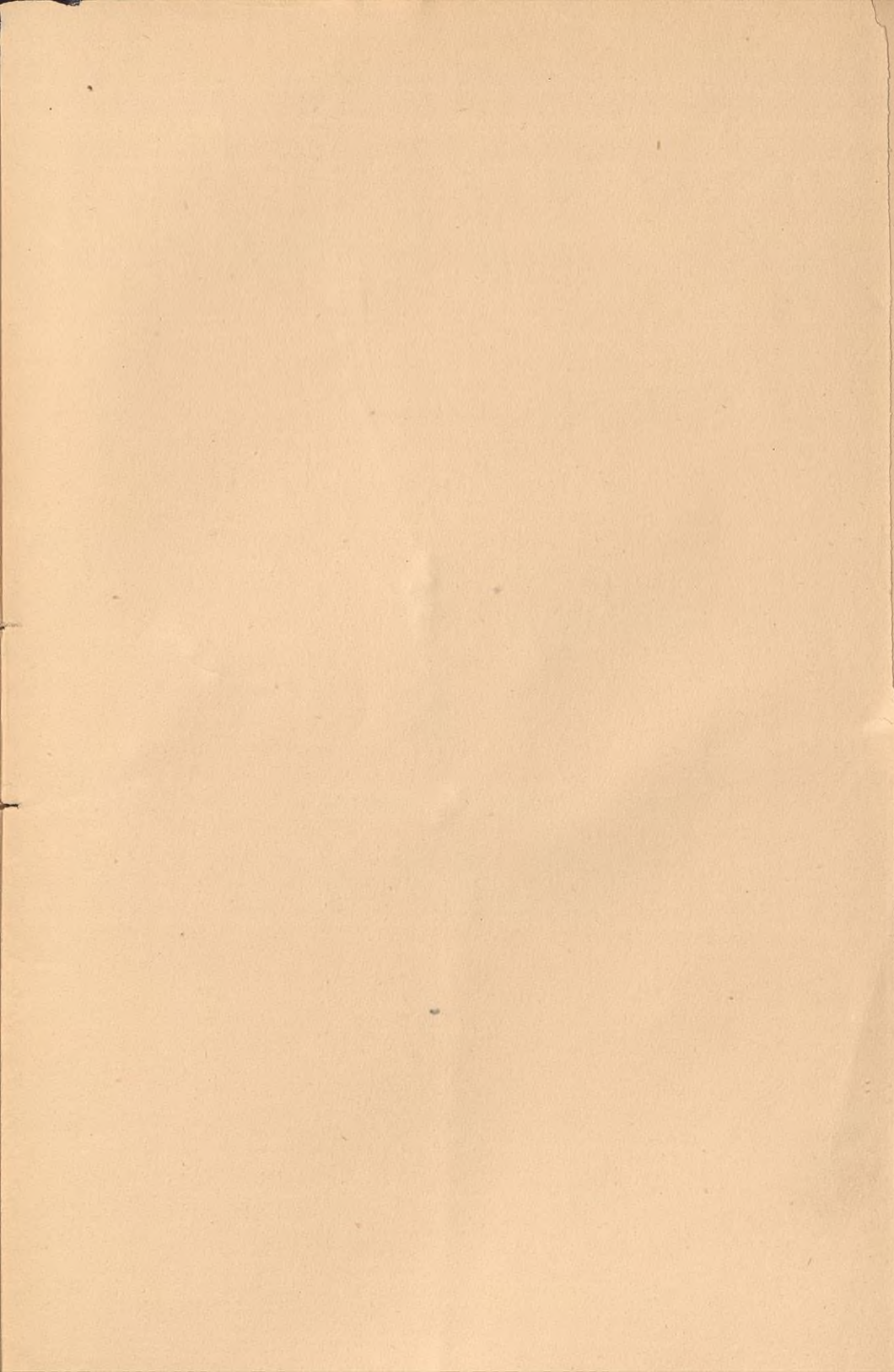
EN EL TOMO SEGUNDO.

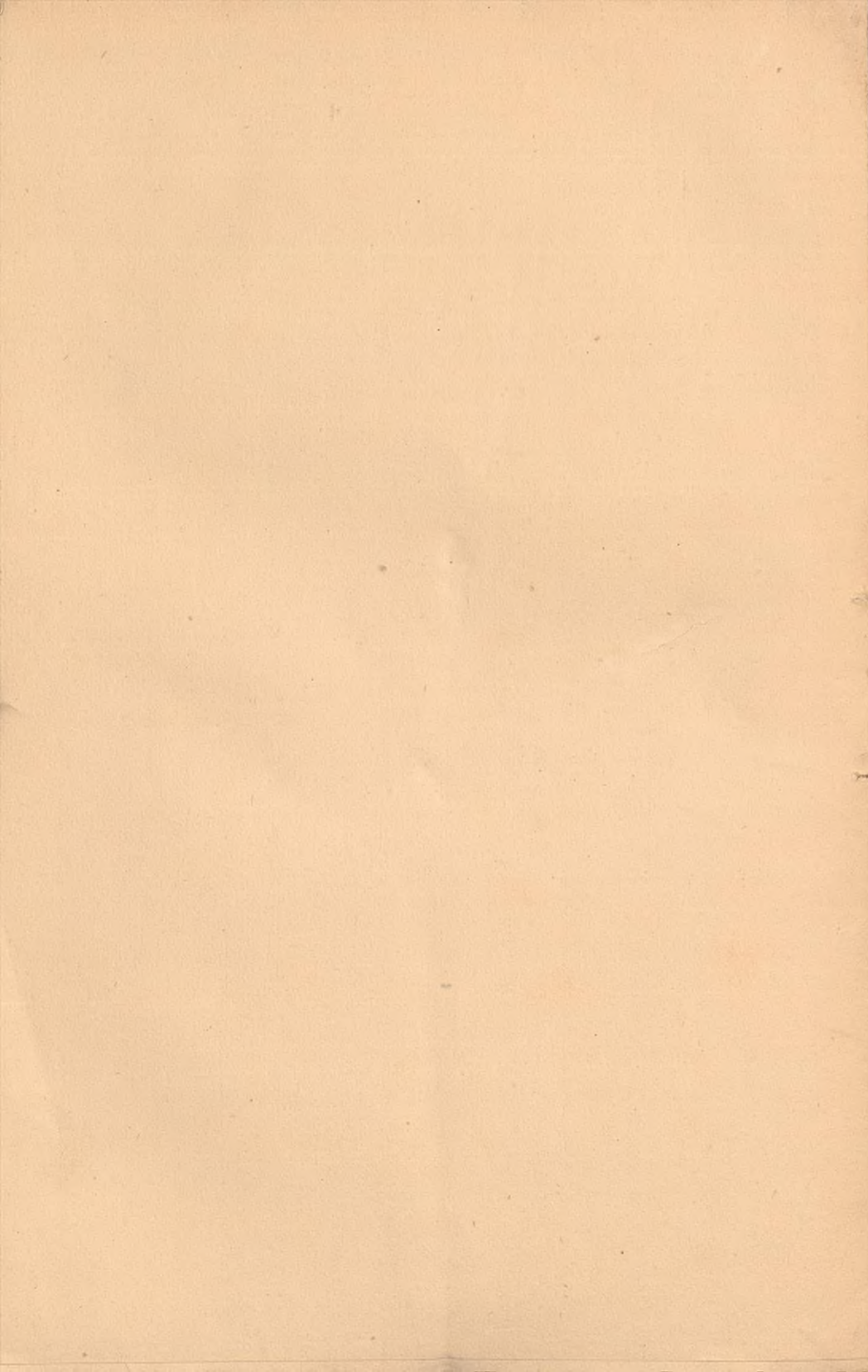
	Págs.
EL HOMBRE DE LOS CINCUENTA DUCADOS.....	1
LA PRINCESA DE BABILONIA.....	71
CARTAS DE AMABED.....	143
CARTA PRIMERA.—De Amabed á Chastasid, sumo brahma de Maduré.....	145
Respuesta de Chastasid.....	147
CARTA SEGUNDA.—De Amabed á Chastasid.....	148
Respuesta de Chastasid.....	151
CARTA TERCERA.—De Amabed á Chastasid.....	152
CARTA CUARTA.—De Amabed á Chastasid.....	152
CARTA PRIMERA.—De Adaté á Chastasid.....	153
CARTA SEGUNDA.—De Adaté á Chastasid, escrita en las cárce- les de la inquisicion.....	154
CARTA TERCERA.—De Adaté á Chastasid.....	157
CARTA CUARTA.—De Adaté á Chastasid.....	158
Respuesta del brahma Chastasid á las tres primeras de Adaté.	161
CARTA QUINTA.—De Adaté al gran brahma Chastasid.....	162
CARTA SEXTA.—De Adaté.....	165
CARTA SÉTIMA.—De Adaté.....	166
CARTA PRIMERA.—De Amabed á Chastasid despues de su cautividad.....	167

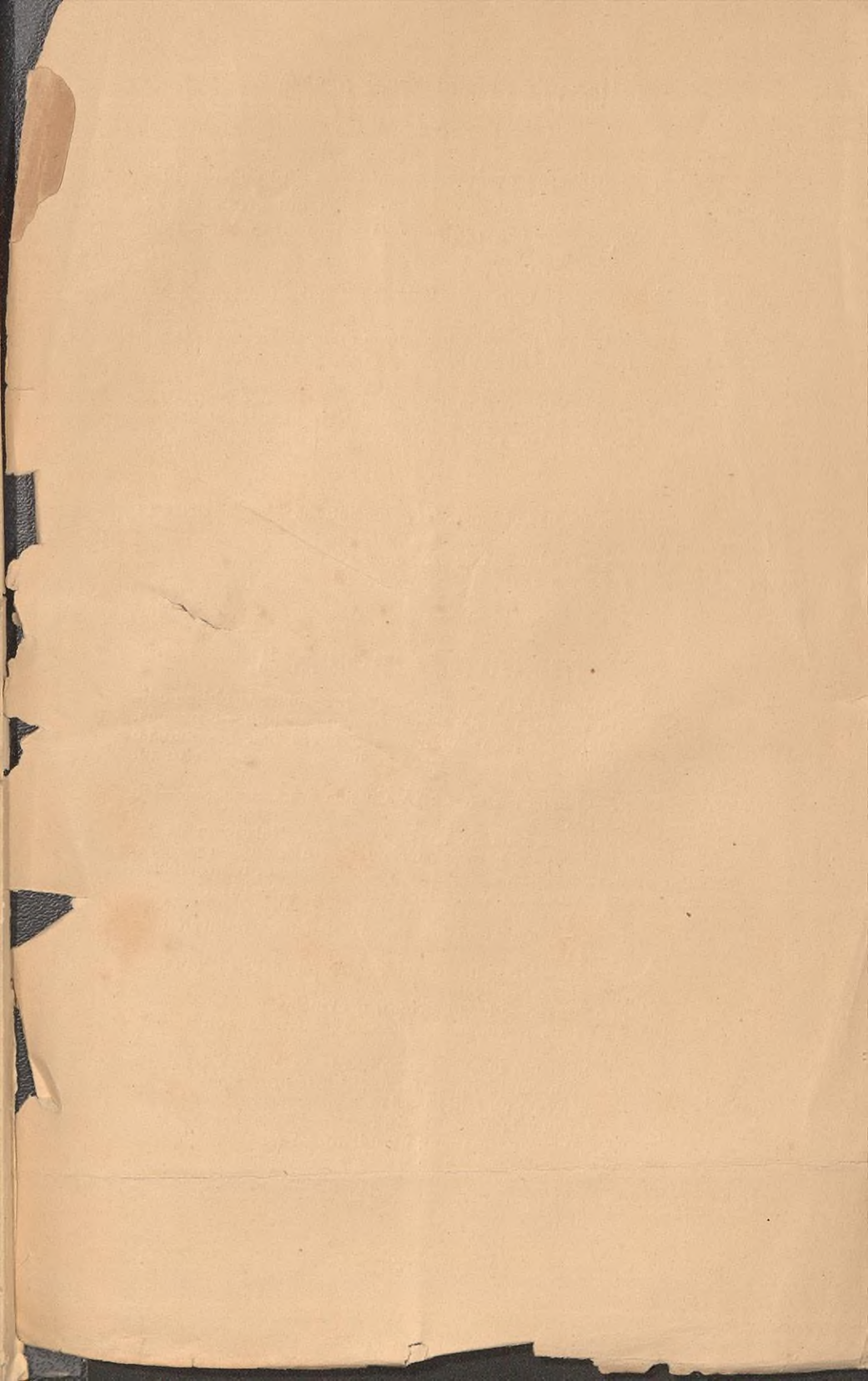
	Págs.
CARTA SEGUNDA.—De Amabed, en el camino.....	168
CARTA TERCERA.—Del diario de Amabed.....	170
CARTA CUARTA.—De Amabed á Chastasid.....	172
CARTA QUINTA.—De Amabed.....	174
CARTA SEXTA.—De Amabed en el camino.....	175
CARTA SÉTIMA.—De Amabed.....	177
CARTA OCTAVA.—De Amabed.....	178
CARTA NONA.—De Amabed.....	180
CARTA DÉCIMA.—De Amabed.....	180
CARTA UNDÉCIMA.—De Amabed.....	182
CARTA DUODÉCIMA.—De Amabed.....	184
CARTA DÉCIMATERCIA.—De Amabed.....	185
CARTA DÉCIMAQUARTA.—De Amabed.....	186
CARTA DÉCIMAQUINTA.—De Amabed.....	188
CARTA DÉCIMASEXTA.—De Amabed.....	191
CARTA DÉCIMASÉTIMA.—De Amabed.....	192
CARTA DÉCIMAOCtava.—De Amabed.....	194
CARTA DÉCIMANONA.—De Amabed.....	195
CARTA VIGÉSIMA.—De Amabed.....	196
HISTORIA DE JENI Ó EL ATEISTA Y EL SABIO.....	199
CAPÍTULO PRIMERO.....	201
Aventuras de un mozo inglés llamado Jeni, escritas por doña Mamerta Las Nalgas.....	202
CAP. II.—Siguen las aventuras del mozo inglés Jeni, y de su padre, doctor en teología, y miembro del Parlamento y la Sociedad Real de Lóndres.....	205
CAP. III.—Resúmen de la controversia de los peros del se- ñor Freind con D. Iñigo Medroso Comodios y Papala- miendo, bachiller de Salamanca.....	208
CAP. IV.—Regreso á Lóndres: empieza Jeni á estragarse..	218
CAP. V.—Proyecto de casar á Jeni.....	222
CAP. VI.—Suceso espantoso.....	226
CAP. VII.—Sucesos de América.....	230
CAP. VIII.—Diálogo de Freind y Birton acerca del ateismo.	238
CAP. IX.—Sobre el ateismo.....	245
CAP. X.—Sobre el ateismo.....	258
CAP. XI.—Del ateismo.....	264
CAP. XII.—Regreso á Inglaterra.—Bodas de Jeni.....	268
EL TORO BLANCO.....	271
CAP. I.—Trata de cómo se topó con un buey la princesa Amasida.....	273

	Págs.
CAP. II.—Que trata de cómo el sabio Mambrés conoció á la vieja y la vieja á Mambrés.....	276
CAP. III.—Que trata del coloquio secreto que tuvo la hermosa Amasida con la bella sierpe.....	280
CAP. IV.—Que trata de cómo quisieron sacrificar el buey y exorcizar á la princesa.....	287
CAP. V.—Que cuenta la prudente conducta que observó el sabio mago Mambrés.....	291
CAP. VI.—Refiere el encuentro de Mambrés con tres profetas y el banquete que les dió.....	296
CAP. VII.—Donde se trata de la llegada del rey de Tanis, y de los preparativos que se hicieron para sacrificar el toro.	299
CAP. VIII.—Da cuenta de las consejas que para consolar á la princesa le contó la serpiente.....	300
CAP. IX.—Donde se ve que no la consoló la serpiente:.....	301
CAP. X.—Que cuenta que quisieron cortar la cabeza á la princesa y no se la cortaron.....	305
CAP. XI.—Donde se da cuenta de las bodas de la princesa y su buey.....	307
COSI-SANTA: CHICO MAL Y MUCHO BIEN.....	311
SUEÑO DE PLATON.....	321
BABABEC Y LOS FAQUIRES.....	327
AVENTURAS DE LA MEMORIA.....	333
LOS CIEGOS FALLANDO DE COLORES.....	339
VIAJE DE LA RAZON.....	343









CATÁLOGO DE LA BIBLIOTECA PEROJO.

Coleccion de filósofos modernos. Bajo este título está publicando las obras todas de los grandes filósofos modernos desde Descartes y Bacon hasta los últimos contemporáneos.—Van publicadas:

Descartes.—Traduccion de *D. M. de la Revilla*; dos tomos en 4.º—24 rs. Madrid, 26 provincias.

Spinoza.—Tomo I.—Traduccion é introduccion de *D. E. Reus Bahamonde*.—Un tomo en 4.º de 368-CXVI páginas.—24 rs. Madrid, 26 provincias.

Voltaire.—NOVELAS.—Traduccion del abate *D. José Marchena*. Precedida de la vida de Voltaire, por *Condorcet*, y un estudio crítico por *D. Juan Valera*.—Dos tomos en 4.º—24 rs. en Madrid y 26 en Provincias.

Seguirá á este:

Kant.—CRÍTICA DE LA RAZON PURA.—Traduccion de *D. José del Perojo*.

Herbert Spencer.—Traduccion de *D. Pedro Estiassen*.

Littré.—Traduccion de *D. Pompeyo Gener*.

OBRAS PUBLICADAS POR DICHA BIBLIOTECA.

Ch. Darwin.—ORÍGEN DE LAS ESPECIES.—Traduccion de la última edicion inglesa. Un volúmen en 8.º encuadernado con lujo.—8 pesetas.

W. Bagehot.—ORÍGEN DE LAS NACIONES Ó LEYES DEL DESARROLLO CIENTÍFICO DE LOS PUEBLOS SEGUN LA LEY DE SELECCION.—Un tomo.—3 pesetas.

J. W. Drapper.—CONFLICTOS ENTRE LA CIENCIA Y LA RELIGION.—Un tomo.—3,50 pesetas.

L. Jacolliot.—VIAJE AL PAÍS DE LAS BAYADERAS.—Narracion de las costumbres y mujeres del extremo Oriente.—Un tomo.—2 pesetas.

J. Valera.—PEPITA JIMENEZ.—5.ª edicion.—8 rs. Madrid, 10 provincias.

El mismo.—PASARSE DE LISTO, novela; un tomo en 8.º—14 fs.

El mismo.—DISERTACIONES Y JUICIOS LITERARIOS.—24 rs.

Salvatore Farina.—AMOR VENDADO, novela italiana; traduccion de *M. de la Peña*.—4 rs.

Eckmann-Chatrian.—HISTORIA DE UN QUINTO DE 1813; edicion ilustrada.—4 rs. Madrid, 5 provincias.

Idem.—EL AMIGO FRITZ.—5 rs. Madrid, 6 provincias.

Idem.—HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA CONTADA POR UN ALDEANO.—6 fs.

El P. Curci.—EL MODERNO DISENTIMIENTO ENTRE LA IGLESIA Y LA ITALIA; única traduccion completa.—8 rs. Madrid, 10 provincias.

Ros de Olano.—GALATEA; un folleto.—8 rs.

P. Heyse.—LOTTKA; novela alemana.—6 rs.

F. Lastres.—LA CÁRCEL DE MADRID; un folleto.—5 rs.

Perez de Guzman.—UN MATRIMONIO DE ESTADO.—20 fs.

Carlos Coello.—CUENTOS INVEROSÍMILES.—Un tomo, 20 fs.

Claudio Bernard.—CIENCIA EXPERIMENTAL.—14 fs.